

**Dragonlance**® Saga

# LORD SOTH

Guerreros de la Dragonlance - Volumen 6



**EDO VAN BELKE**

Lectulandia

Ésta es la historia de Lord Soth, quien, tras alcanzar gloria y dignidades sin igual en sus gestas como Caballero de Solamnia, asumió el más alto rango de la orden. Su corazón era puro y su alma, aparentemente, no albergaba maldad alguna.

Hay quien dice que se apartó de la causa del Bien por culpa de un orgullo desmedido; otros aseguran que la causa fue la lujuria; y otros dicen que fue por avaricia. Sólo el propio Soth conoce los verdaderos motivos que lo impulsaron a destruir todo aquello que valoraba y quería.

Para redimirse, aceptó la misión que le encomendó el mismísimo Paladine: impedir que el Príncipe de los Sacerdotes de Istar reclamase para sí el poder de los dioses de Krynn; sólo de ese modo podría evitarse el Cataclismo.

**Lectulandia**

Edo Van Belkom

# **Lord Soth**

**Dragonlance: Guerreros de la Dragonlance 6**

ePub r1.0  
helike 16.10.13

Título original: *Lord Soth*  
Edo Van Belkom, 1997  
Traducción: Fernando Garí Puig

Editor digital: helike  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Querido Astinus:

*Sé que siempre habéis deseado escribir un volumen que recogiera las crónicas del espectacular ascenso y caída de lord Loren Soth, del alcázar de Dargaard; pero que la cantidad de trabajo que tenéis con millares de otros libros, en vuestra maravillosa biblioteca, os ha impedido llevara cabo este propósito.*

*Es por ello por lo que decidí aceptar vuestro encargo. Sin embargo, he de admitir que, a la vez, me embargan la impaciencia y la turbación. Aunque ansío demostrar que vuestra confianza en mis habilidades estaba justificada no puedo ocultar mi temor de no haber superado el desafío que supone escribir una historia tan complicada y misteriosa como la de lord Soth.*

*La vida del señor del alcázar de Dargaard fue fascinante: estuvo tan llena de honor, dedicación al deber y a las leyes caballerescas, amor y disciplina, como de celos, crueldad, avaricia, mentiras, pasiones desatadas, infidelidades y asesinatos.*

*Reflejar todo eso en el papel no ha sido un trabajo sencillo.*

*A pesar de lo conocidas que son sus hazañas entre los habitantes de Krynn, algunos de los detalles que las acompañan varían tanto como las personas o los testigos que los relatan. Antes de que este libro quedara completado, la historia de la vida de lord Soth —también conocido como el Caballero de la Rosa Negra, el Caballero de la Muerte o el Señor de la Muerte— no era más que una colección de leyendas, mitos, fábulas y cuentos transmitidos oralmente.*

*Por ejemplo, hay múltiples historias referentes a la muerte de la primera esposa de Soth, la señora Korinne Gladria de Palanthas (incluso en eso, algo tan sencillo como su nombre, ha habido discrepancias, puesto que en ocasiones se habla de ella como la señora Gladria de Korinne), que contrajo matrimonio con lord Soth durante una magnífica ceremonia en las afueras del alcázar de Dargaard. Algunas historias explican que murió durante el parto y otras sólo mencionan que su muerte acaeció bajo «circunstancias misteriosas», pero sólo son ciertas en parte.*

*Vos, Astinus de Palanthas, Maestro de Historiadores de Krynn, os habéis convertido en lo que sois escribiendo crónicas basadas en medias verdades; la reputación y el respeto que os acompañan los habéis conseguido por vuestra*

*incansable búsqueda de la verdad respecto a la historia y sus personajes. Yo he tenido la intención de escribir una crónica merecedora del mismo respeto.*

*Si lo he conseguido o no, sólo vos podréis juzgarlo. Por mi parte únicamente diré que, aunque éste ha sido el trabajo en el que más he profundizado de todos cuantos he escrito, no puedo honradamente afirmar que recoja toda la verdad acerca de la vida de lord Soth. Ello se debe a que, a pesar de que he contrastado todos los testimonios posibles, muchos de ellos, recogidos aquí y allá, sólo pudieron ser confirmados de palabra y, a veces, incluso lo fueron por testigos de dudosa credibilidad.*

*En términos generales, puedo afirmar que la historia de lord Soth es un relato absolutamente espantoso; sin embargo, y por sorprendente que pueda parecer, sospecho que todavía quedan aspectos ocultos en su vida que no pude desentrañar pese a haber puesto mi mejor empeño en la tarea. Por ello, mucho me temo que esos particulares de su vida se hayan perdido para siempre.*

*No obstante, he recopilado todos los hechos comprobados sobre su sórdida existencia y los he reunido en un único volumen por primera vez en la historia. El resultado es un relato de la vida del caballero tan auténtico y verdadero como mis capacidades y conocimientos han sido capaces de plasmar.*

*Humildemente lo someto a vuestra aprobación.*

Verril Esteros, Segundo Esteta  
Gran Biblioteca de Astinus de Palanthas, 401 a. C.

## PRÓLOGO

Tres lunas surcaban el cielo nocturno, pero solamente dos eran visibles: Lunitari brillaba con su rojo resplandor, mientras que Solinari mostraba su blancura. Ambas dejaban a la negra Nuitari sumida en las tinieblas de la noche.

Lunitari y Solinari pendían sobre las oscuras y agitadas aguas del mar del norte como un par de ojos escrutadores y, con su claridad, bañaban el tranquilo puerto de Kalamán, a la vez que dibujaban extrañas sombras en las apagadas y tranquilas calles.

Una oscura figura se movió rápidamente. Su porte era erguido y sus andares seguros; se movía como alguien de noble cuna, aunque sus ropas, raídas y sucias, denotaban que sólo se trataba de un ratero o de un vulgar mendigo.

Cualquiera que fuera la categoría del hombre, éste se movió de sombra en sombra y evitó las zonas de luz al mismo tiempo que esquivaba los espacios abiertos entre las casas. Cuando desembocó en una oscura avenida, se refugió en la penumbra e hizo un alto para recobrar el aliento y comprobar que las armas que llevaba bajo la capa se encontraban donde debían. Sabía que sólo dispondría de una oportunidad para ejecutar sus planes y que no podía fallar. Una vez dispuesto, se internó en la negrura de la calle.

Poco después, encontró abierta la puerta trasera de una conocida taberna, llamada La Rosa y el Cardo. Unos apagados sonidos de risas y canciones llegaban del interior hasta el callejón, mientras que el brillo de las antorchas salía por la entrada como los rayos del sol al mediodía.

La oscura silueta se detuvo y luego se acercó para distinguir los alegres cánticos del interior, pero teniendo buen cuidado de mantenerse apartado de la zona iluminada. Al lado de la puerta, cerca de él, se hallaba uno de los clientes del establecimiento, totalmente ebrio; era un enano que, apoyado contra la pared, dormía la borrachera tras haber abusado de la cerveza. Respiraba tan profundamente que parecía una descortesía despertarlo; pero, esa noche, el hombre no tenía tiempo para delicadezas. Sin dudarle, le propinó una fuerte patada en el muslo.

—¡Ay! —exclamó el ser. Y, medio somnoliento, añadió—: Lo lamento, señor... No sabía que se trataba de la hija de...

¡Aquel enano era un canalla además de un borracho! Le volvió a propinar un puntapié y consiguió que abriera los ojos y parpadeara. Cuando el diminuto tipejo consiguió despejar su mente de las neblinas del alcohol, contempló a la embozada figura que lo había golpeado y que se alzaba amenazadoramente ante él, y soltó una ahogada exclamación.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Estoy buscando a un joven, a un bardo. —El hombre lo dijo como si fuera algo



despreciable—. Su nombre es Argol Cantarín. ¿Es cierto que suele venir a esta taberna de vez en cuando a cantar y recitar sus versos?

—¡Vaya! ¿Y quién lo quiere saber? —preguntó imprudentemente.

El encapuchado se adelantó y le aplastó un pie con la puntera de la bota.

—No estoy interesado en tus estúpidos juegos de enano y tampoco tengo tiempo que perder —dijo airadamente mientras aumentaba la presión para recalcar la amenaza—. ¿Está ahora en la taberna?

—¡Ay! —se quejó la criatura—. Sí, sí. Está ahí, ahí. De hecho, estaba cantando hacía un momento.

El desconocido alzó la cabeza en ademán de escuchar y pudo distinguir la melodía de una balada que sonaba en el interior. Satisfecho, liberó el pie del enano y rebuscó en sus bolsillos.

—Bien. Ve adentro y dile a Argol Cantarín que hay un amigo suyo que lo espera en el callejón. —Le arrojó unas pocas monedas y añadió—: Luego, quédate en el interior de la taberna hasta que te hayas bebido eso y algo más.

El enano se incorporó rápidamente, frotándose el dolorido pie, y recogió las monedas del suelo.

—Sí señor, sí señor —repuso mientras volvía a entrar en la taberna, cojeando.

Una vez que el pequeño ser hubo desaparecido por la puerta, el encapuchado se asomó a la callejuela y volvió a ocultarse en la penumbra; allí aguardó a que cesasen las canciones. Cuando de la taberna sólo salieron los murmullos de las voces de los parroquianos y escuchó el sonido de pasos que se acercaban, se puso tenso y en guardia; se quitó la capa y empuñó el mazo de guerra que llevaba sujeto al cinto.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —preguntó Argol Cantarín con melodiosa voz. Hizo una pausa y añadió—: Aristal, cariño, ¿acaso eres tú la que me estás esperando?

El hombre escondido estudió detenidamente las facciones del bardo. En efecto, el parecido que buscaba estaba en aquel rostro. Dio un paso adelante, acercándose a la luz, pero mantuvo el rostro oculto bajo la capucha.

—¿Quién sois vos, señor? —preguntó el bardo en un tono que, a causa del miedo, no hacía honor a su apellido.

El extraño hizo caso omiso de la pregunta y planteó otra:

—¿Eres tú Argol Cantarín?

—Sí, claro; pero qué...

Las palabras se le murieron en los labios en el instante en que vio cómo el mazo surcaba el aire y, brillando, describía un arco, que acabó en su cabeza. La aplastó una vez, y otra, y una más.

El cuerpo del bardo se derrumbó sobre el suelo con un sonido apagado. Luego, todo lo que se oyó fue el susurro de una capa y el resonar de unos pasos que se alejaban, adentrándose en la noche.



El asesino corrió por las calles de Kalamán, manteniéndose fuera de las vías principales y cerca de las sombras nocturnas. Después de recorrer una distancia prudencial, aminoró el paso y simuló los andares propios de quien ha estado bebiendo de más. Luego, se dirigió hacia el establo donde había dejado su caballo y, tras dejarle al mozo una generosa propina a cambio de su silencio, montó y se alejó con la calma suficiente como para no levantar sospechas.

Una vez que alcanzó las afueras de la ciudad, espoleó la montura, se lanzó a todo galope y continuó de esa manera hasta que llegó a un recodo del río Vingaard. Allí el agua era oscura como la mismísima noche y tenía una profundidad de unos treinta metros: era un lugar perfecto para hacer que desapareciera lo que deseara.

El jinete fue hasta la orilla sur del río y se quitó la capa. Desprendió el mazo del cinto y, manteniéndolo sujeto por la tira de cuero del mango, lo hizo girar por encima de la cabeza y lo mandó, dando vueltas y silbando en el aire, hasta el mismo centro de la corriente de agua. El arma se hundió con un breve chapoteo.

Sin mirar hacia atrás, el hombre dio media vuelta con su caballo y reanudó el galope, esa vez en dirección oeste. Sólo tenía que cumplir una tarea más; luego, habría terminado.

Mientras las lunas describían su trayectoria en el cielo, viajó hasta las proximidades de una pequeña aldea de las afueras de Kalamán. Cuando comenzó a distinguir el perfil de las casas, desmontó y le propinó al animal una palmada en los cuartos traseros que lo hizo alejarse en dirección a su verdadero hogar. No tardó en llegar al centro del dormido pueblecito; se movía sigilosamente, al abrigo de las techumbres de paja y de los escasos árboles. Una vez que estuvo allí, extrajo un mapa de un bolsillo y lo desplegó bajo la claridad de la blanca Solinari.

En el documento aparecían descritas las principales casas y cabañas del lugar y, cuando las hubo reconocido, se sintió capaz de orientarse y determinar su inmediato objetivo. Si no estaba equivocado, ése se hallaba cuatro casas por delante de él y hacia la izquierda.

Aferró el mapa con la mano derecha y fue contando las construcciones a medida que pasaba silenciosamente ante ellas. Cuando dio con la que buscaba, comprobó que tuviera grabado en la puerta el distintivo. Efectivamente, allí estaba: dos lazos unidos en forma de ocho. Comprobó que fuera idéntico al que se indicaba en el mapa, el signo de Mishakal —la diosa de la sabiduría y la curación—, el signo que lo había guiado hasta allí para cumplir una misión que no iba a ser precisamente curativa.

Con la habilidad y el cuidado de un ladrón, el asesino deshizo el cierre y abrió la puerta deseando que el propietario fuera un hombre cuidadoso que se hubiera ocupado de aceitar debidamente las bisagras de la casa. Afortunadamente lo era, y la puerta se abrió sin el más mínimo ruido. Entró y la cerró tras de sí.

La primera estancia que registró fue la contigua a la cocina. Tal y como indicaban las notas escritas en el mapa, estaba vacía. Cruzó la sala y llegó hasta un segundo dormitorio, más pequeño esa vez. Aquél era el que estaba buscando. Quedaba separado del otro por una simple tela que colgaba de la puerta. Suavemente el hombre la recorrió y penetró en la habitación. La ventana de la pared carecía de cortinas, y la luz de las dos lunas penetraba por los cristales, bañando el interior y a su único ocupante con una rojiza claridad. Se acercó a la cama para verlo mejor.

Una semielfa yacía en el lecho y era realmente atractiva.

Al igual que había sucedido con el bardo, no había dudas respecto a su identidad: era a ella a quien buscaba. Se llamaba Alsin Felgaard y se trataba de una lechera que trabajaba en una de las granjas que rodeaban Villand. Se acercó un poco más, pero retrocedió; las facciones de la semielfa guardaban un extraordinario parecido con las de Argol Cantarín. De hecho, si se hubiera tratado de una criatura humana, habría podido jurar que ella y el bardo eran hermanos.

Durante unos instantes, el asesino reflexionó sobre ello; pero, luego, descartó tales pensamientos: su deber no era pensar, solamente cumplir órdenes. Si lo meditaba más tiempo, quizá su determinación flaqueara, y aquello era algo que no podía permitirse porque, en ese caso, sería hombre muerto. Respiró profundamente para serenarse y, de nuevo, se echó atrás la capa. Esa vez desprendió su hacha de batalla, la asió fuertemente por la empuñadura con las enguantadas manos, la levantó por encima de la cabeza y... dudó un instante.

La semielfa era una criatura demasiado joven y hermosa para morir a tan temprana edad; una flor que no merecía ser aplastada cuando tenía toda la vida por delante.

Jadeó, y le temblaron las manos que sostenían la terrible arma; sintió un escalofrío y cerró los ojos mientras dejaba escapar un suspiro. Otra vez había permitido que sus pensamientos divagaran. Volvió a inspirar, como si quisiera reponer fuerzas, y tensó sus músculos y se concentró. Estaba decidido a cumplir con su tarea; no era su primer asesinato a sangre fría, y no sería el último.

Volvió a levantar la descomunal hacha y descargó un golpe tan tremendo sobre el cuerpo de la dormida criatura que la cama saltó hecha astillas. La semielfa abrió los ojos, horrorizada, pero murió en el acto y sin emitir un quejido. El desconocido pensó que era seguro que no había sufrido; dio media vuelta, salió del ensangrentado dormitorio y abandonó la casa tan silenciosamente como había entrado.

En ese momento, el sudor que lo empapaba se le heló sobre la piel, y un escalofrío le llegó hasta la médula de los huesos.

Rápida y disimuladamente, bajo el manto de la noche, llegó hasta un claro en las afueras de la aldea, donde un caballo lo aguardaba debidamente atado a un árbol. Montó, lo azuzó y, al momento, se hallaba lejos, galopando velozmente a través de

las llanuras, hacia el alcázar de Dargaard.

Sólo hizo un alto en el camino, y eso fue cuando encontró uno de los innumerables afluentes del Vingaard: un pequeño arroyo de aguas someras, pero cuyos fondos de barro eran lo bastante profundos como para que se pudiese enterrar en ellos aquello que se quisiera. Como había hecho momentos antes con el mazo, arrojó el hacha a la corriente; en cuestión de segundos, la poderosa arma fue engullida por el lodo.

Cuando la vio desaparecer, lanzó un profundo suspiro y, por primera vez en aquella noche, experimentó lo más parecido a una sensación de alivio: la palabra dada se había cumplido.

Reemprendió el camino. Esa vez cabalgó despacio mientras su montura y él mismo recobraban el aliento y serenaban el espíritu. Luego, tras una breve espolada, se puso a galopar nuevamente. Varias horas más tarde, justo cuando asomaban los primeros rayos de la aurora en el horizonte, llegó a una pequeña y humilde casita situada al pie de la cara norte de las montañas Dargaard. Dentro brillaba una luz y, a juzgar por el humo que salía por la chimenea, también ardía un buen fuego en el hogar. Tiró de las riendas del caballo para aminorar su paso y lo guió hasta el establo, donde lo cubrió con una manta, lo alimentó y le dio de beber. Luego se dirigió hacia la vivienda. Golpeó la puerta tres veces y aguardó a que alguien la abriera.

Dos hombres estaban sentados al lado del fuego dentro de la pequeña habitación. Uno de ellos se recostaba en una mecedora, y el otro estaba callado, como absorto en sus pensamientos. El lugar no era amplio, y la sola presencia de aquellos dos hombres parecía llenarlo por completo, pero resultaba adecuado para celebrar una reunión clandestina.

A pesar de que el fuego proyectaba una luz mortecina, era fácil apreciar en aquella claridad el gran parecido físico que había entre los dos: ambos eran hombretones, altos y de huesos grandes, con apariencia de experimentados luchadores. Sus facciones eran, asimismo, casi idénticas, y, a juzgar por las cuadradas mandíbulas y los pómulos y las cejas prominentes que los distinguían, la única diferencia importante entre ellos parecía ser la edad.

El mayor tenía el pelo cano y escaso en la coronilla, y llevaba una gran barba que el paso del tiempo y las preocupaciones se habían encargado de blanquear. Por el contrario, el más joven lucía una larga y morena melena, que le caía en oscuros rizos hasta los hombros, y un gran bigote cuidadosamente recortado en las puntas; su aspecto era el de una persona que todavía no ha conocido los sinsabores de la existencia.

Aparte de la edad, otra diferencia se podía leer en los ojos de ambos. Los del veterano reflejaban cansancio y relucían con el brillo apagado de unas ascuas

moribundas. En cambio, los de su compañero, aunque estaban hundidos en profundas cuencas, eran de un acerado gris y parecían animados por una intensa energía que brotara de algún fuego interior.

De repente, el joven se puso en pie y escuchó con atención los sonidos de la noche, hasta que distinguió el rumor de un caballo que se acercaba. Lentamente, el más viejo avivó el fuego de la chimenea. Al poco rato, sonaron tres golpes en la puerta, y el joven moreno se precipitó para abrirla: un hombre con aspecto de miserable ladrón se apoyaba contra la jamba.

—¿Y bien? —preguntó el de la casa.

—Está hecho —repuso el recién llegado.

Al escuchar aquellas palabras, el joven, un Caballero de la Espada llamado Loren Soth, suspiró con evidente alivio.

—Estupendo, Caradoc. Me has servido bien. Por favor, pasa y descansa.

Entretanto, el hombre mayor y padre del joven, Aynkell Soth, se concentró en atizar las llamas y simuló no prestar atención a la presencia del recién llegado.

Caradoc entró en la casa y se quitó las ropas que llevaba. Lanzó la capa al fuego, y la prenda siseó y ardió de repente; la siguieron los bombachos y la camisa, teñidos con la sangre de sus víctimas, que llamearon con reflejos naranja y azules. Sin decir una palabra, se volvió a vestir con sus acostumbradas y confortables prendas de caballero, pues, además de ser un Caballero de la Corona, también era el mayordomo y el ayudante del joven Soth, a quien servía con inquebrantable lealtad.

El caballero Loren volvió a tomar asiento y contempló a su fiel servidor, que acababa de vestirse.

—¿Algún problema? —preguntó—. ¿Te vio alguien?

—Había un enano borracho en la parte trasera de La Rosa y el Cardo, pero no pudo verme la cara.

Soth asintió.

—¿Y las armas?

—Usé un mazo y un hacha de batalla. Ambas son armas típicas de los enanos renegados. —Hizo una pausa—. En estos momentos, reposan bajo oscuras aguas y fango.

—Excelente —concluyó Loren—. Lo has hecho bien.

Aynkell Soth se recostó en la mecedora y miró a su hijo por primera vez en mucho rato.

—Sí —afirmó con una voz sorprendentemente vacía—. Ahora, cuando asumas el gobierno de Foscaterra, nadie vendrá a reclamar nada.

El caballero Soth contempló largamente a su padre antes de dirigirse a él con una voz cargada de desprecio.

—Dudo que, tratándose de un simple bardo y una lechera, ninguna de esas dos

infelices criaturas, consecuencia de tus aventuras amorosas, tuviera intención de reivindicar nada.

—Quizá no —contestó Aynkell Soth—, pero si hubieran conocido su linaje o los derechos que les correspondían por nacimiento, entonces...

—Eso tiene poca importancia ahora —interrumpió Caradoc en tono cortante—; ambos están muertos.

—Sí —asintió Aynkell con un gesto de cabeza—. Muchas gracias.

—Gracias, ¿por qué? —repuso el mayordomo visiblemente enfadado, ya que su lealtad era para el joven caballero y no para el padre de éste, un clérigo de segunda fila y un consumado mujeriego—. ¿Por asesinar a los de tu propia carne, a los medio parientes de mi señor?

El anciano no dio muestras de haber reparado en el sarcasmo.

—No; por haber descargado mi alma de sus infamias —afirmó con convicción.

—Puede ser que esas infamias ya no pesen en tu conciencia —intervino el caballero Loren—, pero no han desaparecido. Ahora recaen sobre la mía, y sólo a mí me corresponde cargar con el peso de tus pecados, padre. ¡Qué regalo tan estupendo a escasos meses de mi boda!

Soth sabía que aquellos actos perversos habían sido necesarios para asegurar su ascenso al señorío del alcázar de Dargaard, y no estaba dispuesto a permitir que nada interfiriera en ese objetivo; sin embargo, le reprochaba a su padre el haberlos hecho inevitables.

La dureza y la amargura en el tono de voz de Loren hicieron que Aynkell no lo pudiera soportar y apartara la mirada.

—Es posible que nunca hayas sido un Caballero de Solamnia —continuó el hijo—, pero conocías lo bastante del Código y la Medida para haberte guiado por sus preceptos.

—Nunca estuve dotado para convertirme en caballero, ni tampoco para vivir como tal —adujo el anciano con tristeza. Su rostro pareció envejecer de repente cuando se dio cuenta de que su hijo no le perdonaría nunca sus pasadas aventuras.

—Es una pobre excusa.

—Quizá, pero es la única que tengo.

El caballero Soth suspiró y se encogió de hombros.

—Puedes asistir a la boda y ocupar el lugar que te corresponde en la mesa de honor, pero eso será solamente porque Korinne así lo desea. No quiero tener que tratar contigo más de lo necesario.

Aynkell asintió en silencio y permaneció inmóvil.

—Vámonos, Caradoc —ordenó Loren Soth—. Está amaneciendo y debemos regresar al castillo antes de que se note nuestra ausencia.

—Prepararé los caballos —anunció Caradoc, ya completamente vestido con su

uniforme de Caballero de la Corona. Luego salió de la casa para darle a su señor la oportunidad de pasar los últimos minutos a solas con su padre.

El joven sé dio la vuelta.

—Adiós, padre —dijo, sabiendo que aquellas palabras eran algo más que una simple despedida.

El anciano contempló a su hijo durante un largo momento, hasta que la tristeza que lo embargaba desapareció. Una sonrisa cínica, socarrona, se le dibujó en el rostro.

—No te apresures a condenarme, hijo mío. Tú eres carne de mi carne, y siempre lo serás. Llevas demasiado de mí para que puedas juzgarme tan severamente.

Durante un instante, el joven se quedó sin palabras con las que responder, y en el silencio de la estancia resonó la risa de Aynkell. Loren no pudo reprimir una mueca de furia y salió precipitadamente de la vivienda.

Cuando se reunió con Caradoc, en el trayecto de regreso, todavía escuchaba en sus oídos la risa burlona de su padre. Lo acompañó durante todo el camino.

# PRIMERA PARTE

---

Ascenso y caída de un hijo

---





El aspecto del alcázar de Dargaard era imponente, incluso para aquéllos que habían asistido a su construcción y estaban ya acostumbrados a su majestuosa presencia. Se trataba de un castillo como ningún otro, y daba la impresión de que había surgido directamente de las entrañas de la tierra en lugar de haber sido levantado laboriosamente, piedra a piedra.

Esa característica tampoco era casual. Un centenar de los mejores canteros, artesanos, herreros y carpinteros, llegados de todos los rincones de Krynn, habían tardado cinco años en completar el conjunto de torres, pasadizos, pasillos laberínticos y mazmorras que componían la fortaleza. No obstante, todos los que tenían ocasión de contemplarla se mostraban convencidos de que se había hecho un magnífico trabajo. En ese momento, se alzaba, triunfante, en el extremo norte de las montañas de las que recibía el nombre, como la más notable de las maravillas arquitectónicas de Solamnia y, quizá, de todo Krynn.

El diseño y la idea habían sido obra del propio Loren Soth, que había deseado levantar un homenaje adecuado no solamente a todos aquellos Caballeros de Solamnia que habían caído con bravura en el campo de batalla, sino a los parientes de éstos que murieron cuando las grandes plagas asolaron Solamnia en los años que siguieron a la Era del Poder. En consecuencia, las dependencias y las murallas del castillo estaban dispuestas en forma de rosa y se desplegaban desde el centro, como pétalos abiertos bajo el sol del mediodía.

Casi desde el suelo, surgía un alto torreón salpicado de troneras y portillos, cuya intrincada construcción parecía dotarlo de pinchos y astas. Un gran muro de piedra lo rodeaba todo y constituía una línea de defensa impenetrable, incluso para los más enconados asaltantes, a la vez que proporcionaba suficiente espacio dentro del recinto como para que los caballeros pudieran entrenarse en sus prácticas de combate y celebrar las ceremonias y los ritos necesarios. Por último, un oscuro y profundo foso, repleto de agua, completaba la obra.

La única forma de entrar era cruzando un resistente puente levadizo, que se extendía por encima de la trinchera y conducía hasta una casa de guarda fuertemente armada. Allí, el acceso quedaba interrumpido por una formidable puerta de rastrillo,

construida a modo de espadas entrecruzadas y adornada con dos pequeñas coronas y grandes rosas.

El conjunto era a la vez una maravilla para los ojos y una fortaleza inexpugnable. Por ello, se habían hecho planes para designarlo como cuartel general de los Caballeros de la Rosa, la orden de mayor rango entre los Caballeros de Solamnia.

Pese a todo ello, lo más impresionante era el color de la ciudadela: gracias a la insistencia personal de lord Soth se había elegido un tipo especial de piedra rosa, llamada «sanguinaria», que se había extraído de lo más profundo del corazón de las montañas Dargaard. Cuando los canteros fueron informados de que tendrían que trabajar con aquel mineral, se rebelaron, pues sabían perfectamente que era el más duro al que se podían enfrentar. Sin embargo, una vez concluidos los trabajos, todos coincidieron en que la difícil labor había valido la pena.

El alcázar resultaba una fuente de belleza y de orgullo para los habitantes de Foscaterra, y, además, era digno de su principal inquilino, lord Soth, en ese momento Caballero de la Espada y paladín del Bien.

El ambiente de aquella mañana era festivo, como si una atmósfera carnavalesca hubiera impregnado todos los quehaceres, dentro y fuera del recinto del castillo, durante las semanas anteriores. Pero ¿qué otra cosa cabía esperar de los preparativos de boda de uno de los más importantes Caballeros de Solamnia? Los comerciantes de la zona, que habían llegado a los alrededores de la fortaleza hacía días y que habían levantado los tenderetes con la intención de vender sus mercancías a todo posible invitado, asistían a la mayor concentración de caballeros y nobles que podían imaginar.

En la zona del oeste, hábiles herreros y artesanos ofrecían armaduras y espadas recientemente forjadas, con adornos de oro, plata y bronce, que relucían bajo el sol. En la parte de atrás de las murallas, sastres y costureras desplegaban suntuosas vestiduras, apropiadas para la gran ocasión, mientras que otros se afanaban en concluir a tiempo los encargos que habían recibido.

El resto de la multitud lo componían juglares, pitonisas, bardos y un sinnúmero de adivinos, así como de malabaristas y prestidigitadores. Los que estaban más ocupados eran los herboristas, que brindaban mágicas pociones de amor, cuya eficacia podían comprobar los invitados más lujuriosos.

No obstante, a pesar de la algarabía que reinaba en el exterior, entre los muros de Dargaard se desarrollaba un acontecimiento cuyo tono resultaba más solemne.

—Caballero Soth, por favor, acercaos —dijo lord Olthar Uth Wistan, Guerrero Mayor y uno de los presidentes del Consejo de los Caballeros de la Rosa, allí reunido.

Olthar presidía un grupo de cinco caballeros, que estaban sentados en torno a una mesa situada sobre un estrado que se apoyaba en uno de los muros del patio. A la izquierda tenía a dos veteranos Caballeros de la Rosa, ya retirados: Oren Brightblade

y Dag Kurrold habían sido llamados por sus méritos en el servicio, y ambos habían aceptado el honor con agradecimiento. Lamentablemente, el Gran Maestre Leopold Gwyn Davis había enfermado, por lo que estaba obligado a guardar cama y se iba a perder la ceremonia. Su asiento estaba vacío.

Soth dio un paso al frente. Iba vestido con una brillante armadura y una cota de malla, y una capa escarlata le pendía de los hombros. En el peto lucía el símbolo de la Orden de la Espada, que, en contraste con el resto de su atuendo, aparecía gastado y herrumbroso como prueba de las muchas batallas que había librado y ganado contra las fuerzas del Mal. Se arrodilló ante la mesa, mantuvo la cabeza agachada en señal de respeto y aguardó a que le hablaran.

Lord Olthar hizo un gesto al cuarto miembro del Consejo para indicarle que procediera. El caballero asintió y dio comienzo a la ceremonia.

—¿Sois vos el suplicante que desea incorporarse a la Orden de la Rosa? —preguntó lord Adam Caladen, Primer Jurista, quien, junto con lord Cyril Mordren, Sumo Sacerdote, ocupaba uno de los dos asientos restantes del Consejo de los Caballeros de la Rosa.

Soth levantó la cabeza, miró al Primer Jurista y asintió.

—Podéis empezar relatando vuestro linaje —indicó Caladen.

—Soy Loren Soth, Caballero de la Espada —explicó orgullosamente—. Mi familia pertenece a una de las casas que ha gobernado Solamnia durante tiempo inmemorial. Generación tras generación, el apellido Soth se ha asociado a las tradiciones de los Caballeros de Solamnia y ha ido unido a los conceptos de lealtad, obediencia, heroísmo, valor, justicia y sabiduría. Tanto y tan bien sirvieron mis antepasados a los caballeros, y tan estricta fue su adhesión a los principios del Código y la Medida, que les fue otorgada la provincia de Foscaterra como recompensa y reconocimiento a los años de servicios prestados y a su inagotable devoción a la causa del Bien.

Un murmullo de aprobación surgió de la multitud que se había reunido en el patio para asistir al ritual.

—Aunque mi padre, Aynkell Soth, no ha sido jamás un caballero, ha obrado siempre con rectitud para servir fielmente a los Caballeros de Solamnia. Además, muchos de sus hermanos, mis tíos, se cuentan entre los más valientes y bravos que Solamnia haya visto jamás.

—¡Es cierto! —gritó una voz entre el público.

—Sí, mi padre no es más que un humilde clérigo, pero eso no le ha impedido rendir honores a las órdenes de los caballeros, ni vivir su vida como si él también hubiera estado ligado a los preceptos del Código y la Medida. —Alzó más la voz antes de continuar—. Durante muchos años se ha comportado como el más fiel servidor de los intereses de Foscaterra, y se ha asegurado de que estos dominios

prosperasen aguardando el día en que yo, su único y verdadero hijo, tuviera edad y méritos suficientes como para reclamarlos de su digna mano.

De los congregados brotó un rumor de aprobación, que el Primer Jurista tuvo que acallar con un perentorio gesto.

—¿Y cuáles son vuestros actos de honor? —preguntó, y una oleada de risas recorrió a los presentes, pues plantear aquella cuestión era como preguntar por las heroicidades del legendario Huma Dragonbane.

—Capitaneé una expedición al sur de Ergoth para rescatar a dos caballeros que habían sido injustamente capturados y retenidos como rehenes por una banda de ogros mientras se dirigían pacíficamente a Qualinesti.

Los miembros del Consejo de los Caballeros de la Rosa asintieron, especialmente Dag Kurrold, ya que su hijo había sido uno de los rescatados por Soth.

—Y, mientras escoltaba a un grupo de peregrinas que iban a visitar el Templo del Príncipe de los Sacerdotes, fuimos asaltados por una horda de ladrones en uno de los pasos de las montañas de Thoradin. Durante la lucha yo mismo acabé con cuatro ogros y un minotauro. —Se escucharon exclamaciones ahogadas—. Pero lo más importante es que ninguna de las mujeres ni ninguno de los caballeros bajo mi mando murió o fue herido durante el enfrentamiento, y que pudieron seguir con su peregrinaje sin más dificultades.

—¡Paladine sea loado! —se oyó decir en el patio a una voz femenina.

—La última primavera —prosiguió Soth—, mientras cruzaba el paso Kelwick de camino hacia Throtyl, rescaté a un muchacho de una casa en llamas y lo traje al castillo para que pudieran curarle las heridas.

—¡Hurra! —gritó el chico a quien el caballero había salvado.

—También he defendido con éxito el honor de lady Wandra, mancillado por deshonestas acusaciones de falta de castidad por parte de un pretendiente rechazado...

—¡Basta, basta! —exclamó lord Caladen, como si las hazañas de Soth fueran una marea que amenazara con inundarlo todo—. Sabéis tan bien como yo que un suplicante solamente necesita relatar tres actos valerosos. Si escuchásemos todas vuestras gestas, llegaríais tarde a vuestra boda. —El Primer Jurista sonrió y la tensión entre los presentes se deshizo en medio de una risotada general.

Aquellas reuniones acostumbraban a ser bastante solemnes, pero ello era debido a las dudas que solían suscitar los suplicantes en cuanto a su idoneidad para ingresar en la Orden de la Rosa. Sin embargo, para Soth, aquella ceremonia no representaba más que un simple trámite: los Caballeros de la Rosa estaban deseosos de que perteneciera a la orden y, de hecho, habían descartado el requisito de que Soth se sometiera a una prueba para comprobar su lealtad o su sabiduría.

—Bien —dijo lord Caladen—, si cualquiera de los presentes tiene conocimiento

de algún motivo por el que este joven caballero no pueda ingresar en la Orden de la Rosa o gobernar sobre Foscaterra, éste es el momento de que lo haga saber.

Aunque las palabras de lord Caladen rebosaban buena intención y jovialidad, Soth sintió cómo se le hacía un nudo en el estómago ante la posibilidad de escuchar una voz rompiendo el silencio y alzándose entre la gente.

Nadie dijo nada. O, quizá, nadie se atrevió.

—Muy bien, entonces, caballero Soth —anunció el Primer Jurista a la vez que se incorporaba—, vuestro linaje es intachable, vuestros actos de valor están comprobados y nadie ha osado contradecir vuestra petición. Por lo tanto, tal como dicta nuestra costumbre, nos retiraremos a deliberar.

Caladen se apartó de la mesa, bajó del estrado y entró en la sala de deliberaciones seguido de lord Cyril y de lord Olthar, mientras los dos caballeros veteranos eran auxiliados por los presentes, deseosos de ayudar a tan valientes guerreros, para que pudieran descender de la tarima y seguir a sus correligionarios.

Cuando el Consejo de los Caballeros de la Rosa hubo desaparecido, Soth dio media vuelta para contemplar a los allí reunidos. A su derecha, sentados bajo una galería reservada para los invitados de honor, se hallaba Caradoc, que también ascendería pronto de categoría y se convertiría en Caballero de la Espada; a la izquierda de éste, estaba Korinne Gladria, que lo saludaba con la mano mientras lo observaba seductoramente y llena de orgullo. Soth le devolvió el gesto y se detuvo cuando vio a Aynkell, su padre, que levantaba el puño en gesto de triunfo. Sin pensarlo, apartó la mirada. A su izquierda se alineaban sus camaradas caballeros, que le ofrecían sus felicitaciones, y él se lo agradeció con un gesto de cabeza. Detrás de éstos, se amontonaba el público, que ocupaba todos los espacios disponibles, desde los balcones hasta las almenas. Aquél era un momento culminante en la vida de Soth y se sentía satisfecho con la desbordante afluencia de curiosos y admiradores.

El constante rumor de las conversaciones se interrumpió cuando la puerta de la sala de deliberaciones se abrió. Oren Brightblade y Dag Kurrold fueron los primeros en salir. Un momento después lo hicieron el Guerrero Mayor, lord Olthar Uth Wistan; el Sacerdote Supremo, lord Cyril Mordren, y el Primer Jurista, lord Adam Caladen. Todos ellos tomaron asiento en sus respectivas butacas con aspecto grave y solemne.

Cuando los vio, a Soth lo atravesó un mal presentimiento. ¿Y si algo había salido mal? ¿Acaso se habían enterado de las correrías de su padre o de las drásticas medidas que había tenido que adoptar unos meses atrás? De ser así, su ingreso en la Orden de la Rosa sería del todo imposible, e incluso su futuro como Caballero de Solamnia podría verse comprometido. Empezó a notar que sudaba.

Lord Caladen lo estaba observando.

—Caballero Soth —dijo, y con la mirada abarcó a sus colegas—, el Consejo de los Caballeros de la Rosa ha considerado vuestra petición y ha decidido que...

Soth contuvo la respiración.

—Que seáis admitido inmediatamente y sin demora en la Orden de la Rosa.

Y respiró profundamente.

El patio prorrumpió en una salva de aplausos, y un sinfín de gorros, yelmos y estandartes volaron por el aire a modo de celebración. Sin embargo, Soth permaneció inmóvil, pues sabía que la ceremonia no había concluido todavía.

Lord Caladen volvió a bajar del estrado y se acercó al joven Caballero de la Espada. Cuando el griterío se apaciguó, habló con potente voz.

—Levantaos, caballero Soth.

Se puso en pie.

—Desde el día de hoy, seréis conocido por todos con el nombre de lord Loren Soth, del alcázar de Dargaard, Caballero de la Rosa.

Cuatro guerreros, que llevaban un nuevo peto grabado con la marca de la rosa, se adelantaron. Tras depositarlo a los pies de Soth, lo ayudaron a desprenderse del antiguo y estropeado símbolo de la espada y, a continuación, le colocaron el otro. Con su nueva armadura, completa entonces, Soth sintió que resplandecía. Se inclinó ante Caladen y el resto de los miembros del Consejo. Luego, se encaró con la multitud, blandiendo la espada en alto.

—*¡Est Sularus oth Mithas!* —gritó, y añadió en Común—: ¡Mi honor es mi vida!

El gentío estalló en una ovación ensordecedora y lo cubrió con una lluvia de pétalos de rosas amarillas, blancas y rojas.

—¡Es tan guapo! —dijo una de las jóvenes damas de compañía que se agolpaban en el dormitorio de Korinne para ayudarla a que pasara las horas, en espera de que llegase el deseado instante de la boda.

—¡Eso sin mencionar lo fuerte y atlético! —añadió otra.

—Sí que lo es —coincidieron varias.

—Si eres afortunada —intervino, señalando el tálamo nupcial lady Gelbmartin, una fornida mujer, que era prima de la novia y cuyo marido, lord Gelbmartin, era el mayordomo del alcázar de Dargaard—, hará buen uso de todas esas cualidades aquí, en el lecho nupcial.

El resto de las mujeres se echó a reír.

—Y si se parece en algo a su padre —continuó lady Gelbmartin—, estaréis ocupados cada noche desde el crepúsculo hasta el amanecer.

De nuevo sonaron las risas en el dormitorio.

Korinne sonrió. Aunque no se lo había dicho a nadie, ni lo había expresado claramente con palabras, aguardaba su noche de bodas con gran expectación, y sabía que a Soth le pasaba lo mismo.

Cuando las carcajadas remitieron, lady Gelbmartin siguió.

—Aynkell Soth se está haciendo mayor, pero eso no le impide flirtear con toda mujer que se cruza en su camino. Hoy mismo estaba...

Se interrumpió en mitad de la frase cuando vio a tres doncellas que se acercaban llevando un abultado paquete primorosamente envuelto y un fragante ramo de rosas.

—Mi señora Korinne —dijo una de las doncellas, que trabajaba en Dargaard como lavandera desde mucho antes de que fuera completado—, permitidnos daros la bienvenida. Será un placer servirlos con la misma fidelidad con la que servimos a lord Soth.

Korinne aceptó el presente y el ramo. Después de aspirar el perfume de las flores deshizo las cintas que ataban el paquete y lo abrió. Contenía un camisón de la más fina y sugerente tela; cuando se lo pusiera, realzaría su figura.

—Muchas gracias —repuso la novia mientras se incorporaba y se apretaba la prenda contra el cuerpo—. ¿Creéis que le gustará?

—¡Si no le gusta es que está muerto! —exclamó lady Gelbmartin.

Korinne se ruborizó, y las demás mujeres sonrieron.

Entretanto, en uno de los salones del castillo, lord Soth se hallaba sentado con sus compañeros, entre los que se contaban los trece caballeros que tenía bajo su mando directo. Apuró de un sorbo la jarra de cerveza, y antes incluso de que tuviera tiempo de depositarla sobre la mesa, ya tenía a un mozo a su lado con una nueva ración del dorado líquido.

—Gracias, buen hombre. —De un soplo barrió la blanca espuma de la boca del recipiente y lo alzó para brindar—. ¡A la salud de los novios!

—¡A la salud de los novios! —corearon al unísono las voces de los presentes.

Los caballeros rieron alegremente. Aquella reunión, después de extenuantes campañas de lucha en pro de la causa del Bien, era un merecido alivio para todos ellos, hasta el punto de que, incluso sin la ayuda de la cerveza, la camaradería y el buen humor habrían reinado de igual manera en el ambiente.

—Con una mujer tan hermosa como Korinne Gladria, me atrevo a decir que la felicidad de los novios está asegurada —exclamó Western Kern, uno de los más fieles caballeros al servicio de lord Soth.

—Bien cierto es —dijo una voz.

—¡Escuchad, escuchad! —exclamó otra.

—Es el propio Paladine quien habla —vocearon los caballeros entre el ruido de las jarras que entrechocaban y la cerveza que se derramaba.

—En efecto —continuó Kern—, y si lady Gladria no despierta en nuestro buen señor el deseo de tener un montón de herederos, entonces es que nuestro buen señor no habrá estado a la altura de un caballero solámnico.

En otras circunstancias, el comentario de Kern hubiera sido considerado ofensivo;



pero, en el ambiente de alegría que se respiraba, sus camaradas comprendieron los sentimientos que lo embargaban, y se oyeron más carcajadas y brindis.

Meyer Seril, un Caballero de la Corona, natural de Caergoth, la capital de Southlund, fue el siguiente en hablar.

—Es seguro que dentro de poco el alcázar de Dargaard rebosará de pequeños caballeretes deseosos de emular las hazañas del padre.

—Hago aquí la solemne promesa de que el nombre de Soth será glorificado en toda Solammia —exclamó lord Soth— en honor de sus portadores, sean hijos, nietos o bisnietos, durante los años venideros.

Dag Kurrold, el veterano y casi retirado caballero que estaba sentado en un aparte, dormitando en un rincón del salón, se incorporó al oír que la conversación tomaba un nuevo sesgo.

—Si el joven Soth se parece a su padre, no tardaremos en verlo rodeado de hijos —comentó con voz áspera y potente, y rió.

Se abatió un silencio sepulcral entre los reunidos, y todos se volvieron para mirar al veterano Dag, especialmente Loren Soth. La sola mención de su padre lo había golpeado como una bofetada en el rostro, y permaneció allí, en medio del salón, con una mirada feroz que acalló todo comentario.

—Salid de aquí inmediatamente —ordenó en un tono glacial.

—Lo siento... Yo no..., no pretendía ofender —se disculpó Dag Kurrold con aspecto compungido.

—No, no es culpa vuestra —repuso Soth tras reconsiderar lo desabrido de su reacción—. Lo cierto es que me siento agotado por todos los acontecimientos del día. Me temo que necesito un descanso si tengo que estar presentable para la novia y para la ceremonia de mañana. Os agradecería si pudierais dejarme a solas ahora, por favor.

—El señor del castillo necesita descansar —anunció Western Kern—. Hay muchos otros lugares aquí donde podremos proseguir nuestras celebraciones.

Los caballeros se levantaron para marcharse y se llevaron consigo las jarras e incluso los barriles de cerveza. A Soth no le cupo duda de que la fiesta proseguiría en otras dependencias hasta bien entrada la noche.

—Buenas noches, milord.

—Buenas noches, señor.

Los presentes se fueron despidiendo uno tras otro, hasta que le llegó el turno a Dag Kurrold.

—Lamento haber estropeado la reunión —dijo, disculpándose de nuevo.

—No os preocupéis —repuso Soth, apoyando una mano sobre el hombro del anciano—. Podéis descansar tranquilo esta noche, pues no han sido vuestras palabras las causantes de mi disgusto.

—Os lo agradezco —contestó Kurrold con una sonrisa—. Buenas noches.

El salón quedó repentinamente vacío, salvo por Soth y Caradoc. Los dos hombres se sentaron y llenaron sus jarras de cerveza.

—A la mayor gloria del clan Soth —brindó Caradoc.

—Sí. Por un porvenir intachable para las generaciones venideras —añadió Soth, levantando a su vez el recipiente y sonriendo.

Entrechocaron las jarras, y el sonido resonó en las frías y vacías salas del castillo.



Hacía rato que había amanecido, pero las espesas y oscuras nubes que se agolpaban sobre el alcázar de Dargaard apenas dejaban ver el sol. Obviamente, aquéllas no eran las mejores condiciones para celebrar una boda; sin embargo, a medida que el tiempo empeoraba y amenazaba con descargar una fuerte tormenta, un curioso optimismo empezó a contagiarse a los congregados, hasta que todos acabaron convencidos de que aquel clima adverso no podía sino ser un magnífico augurio del brillante futuro que aguardaba a los novios.

Así pues, satisfechos, sabiendo que la boda se celebraría independientemente del tiempo que hiciera, escuderos y lacayos se apresuraron a montar en los terrenos que rodeaban el castillo las tarimas donde se sentarían los más de un centenar de invitados. La decisión de organizar la ceremonia al aire libre y en el exterior de las murallas había respondido al deseo de acomodar no sólo a todos los convidados, sino también a los que quisieran presenciar tan señalado acontecimiento.

Aquéllos que carecieran de una invitación podrían encontrar acomodo en cualquiera de las laderas de las colinas que circundaban la capilla expresamente construida sobre el terreno. De hecho, ya había gente sentada desde hacía horas; aguardaban la oportunidad de ver a los novios y contemplar así la magnífica pareja que componían el majestuoso lord Soth y la resplandeciente Korinne Gladria. Sin duda, para los habitantes de Solamnia, aquella boda tenía toda la categoría e importancia de un enlace entre reyes.

La novia era la hija de lord Reynard Gladria, uno de los más respetados nobles de Palanthas, y prima lejana del Sumo Sacerdote en persona. Y aunque Soth era hijo de un humilde clérigo, pertenecía a la Orden de los Caballeros de la Rosa, lo cual estaba reservado a los elegidos de sangre más pura y equivalía a equipararse con la más alta nobleza.

En consecuencia, a medida que se iban disponiendo los últimos preparativos, la gente se acomodaba en los lugares disponibles alrededor del altar, hasta que los ocupó totalmente. Granjeros, lacayos, sirvientas y todo tipo de curiosos se sentaron bajo el plomizo cielo de Dargaard y, por primera vez esa mañana, un rayo de sol atravesó el espeso manto de nubes.

—Por favor, madre, no te preocupes, es un hombre maravilloso —afirmó lady Korinne mientras las doncellas se apresuraban a su alrededor y cuidaban de su blanco y vaporoso vestido de novia.

—No tengo ninguna duda de que lo es —repuso lady Leyla Gladria mirando a los ojos de su hija y sonriendo. Pero de manera inevitable suspiró y después añadió—: Es solamente que hubiera preferido que te casaras con alguien más parecido a...

—Más parecido a mi padre, ¿verdad? ¡Oh, mamá!

—Tu progenitor quizá no haya sido armado caballero por su valor y sus heroicidades, pero es un destacado diplomático y político; eso sin mencionar lo buen padre y marido que es. No ha habido cosa que más haya deseado que estar rodeado de su familia. —Hizo un gesto de disgusto—. Soth es un guerrero, seguramente un gran guerrero, y ésa es su vida: vive para la batalla y la lucha. Cuando pienso en la violencia de la que ha sido partícipe...

—Siempre en nombre del Bien y de la justicia —apuntó Korinne.

—Hija mía, los hombres nunca hacen tanto daño como cuando creen obrar en nombre de la bondad —dijo la madre con una triste sonrisa dibujada en el rostro.

—¡Madre! ¿Qué extrañas palabras son ésas?

—Son el prefacio de uno de los libros de Vinas Solamnus, el séptimo, creo. Es una advertencia para todos aquéllos que creen que los guerreros que luchan por una buena causa no pueden causar el Mal, hagan lo que hagan.

—Soth es un buen hombre. Y también será un buen padre —insistió.

Leyla suspiró. Evidentemente, ya habían hablado de aquel asunto muchas otras veces y siempre acababan igual.

—Sólo quiero que seas feliz —repuso, estrechando fuertemente a su hija.

—Lo seré, madre, lo seré —contestó Korinne, y le devolvió el abrazo.

—Lord Loren Soth, ¿aceptáis a Korinne Gladria por esposa para amarla con un corazón puro y honoraria tal como haríais con el Código y la Medida? —preguntó lord Cyril Mordren.

El veterano caballero estaba acompañado por dos clérigos de Paladine, vestidos con sus túnicas blancas y plateadas, que habían oficiado la parte menos importante de la ceremonia antes de ceder el honor a lord Mordren, el Sumo Sacerdote de los Caballeros de Solamnia.

Soth se volvió hacia su prometida y contuvo el aliento al contemplar tanta belleza: Korinne estaba absolutamente deslumbrante con el largo vestido blanco, adornado de azul, que se le adaptaba a las curvas del cuerpo como una segunda piel. Bajo el velo, el cobrizo cabello le caía en rizadas cascadas hasta la cintura. Los

grandes y verdes ojos que lo contemplaron eran a la vez seductores e inocentes, y destellaban con un brillo de deseo e impaciencia que no parecía remitir. Ella le sonrió, y, por un momento, Soth sintió que desfallecía.

Se volvió hacia lord Mordren.

—Sí, con todo mi corazón —afirmó.

El noble caballero hizo un gesto de aprobación y se dirigió a la novia.

—Lady Korinne Gladria, ¿aceptáis a lord Loren Soth como esposo para amarlo con un corazón puro y leal, y para honrarlo igual que al Código y la Medida, los preceptos de caballero por los cuales ha decidido regir su vida?

Korinne contempló al que iba a ser su esposo con ojos llenos de la más pura alegría. Sonreía tanto de alivio como de felicidad. El momento había llegado.

Soth creyó sentir que su corazón dejaba de latir. Sabía que aquél era, claramente, el instante culminante de su vida. En el plazo de un solo día, había sido admitido en la orden más importante de los Caballeros de Solamnia, designado gobernador de Foscaterra, e iba a contraer matrimonio con una de las mujeres más bellas y adorables no sólo de Solamnia, sino de todo Ansalon y, posiblemente, también de todo Krynn.

En ese momento, restaban olvidadas las correrías de su padre e, igualmente, los medios empleados por Caradoc para borrar cualquier rastro de ellas. Soth comprendió que su pasado quedaba de manera definitiva atrás y se sintió impaciente y preparado para empezar una nueva vida de acuerdo con los principios del Código y la Medida; una nueva vida con responsabilidades como marido, cabeza de familia, padre simbólico de todos sus súbditos y guardián de sus herederos. Para hacer realidad todo aquello sólo necesitaba que Korinne dijera las palabras adecuadas.

—Sí, con todo mi corazón —declaró ella.

Lord Mordren asintió y miró a Soth.

—Ya podéis besar a la novia.

Soth se volvió hacia la mujer y, delicadamente, le levantó el velo por encima de la cabeza. La piel de la joven era tersa e inmaculada; toda ella irradiaba amor, vida y felicidad, y su cobrizo pelo se rizaba en llameantes bucles bajo el sol del mediodía, que había empezado a brillar a través de las espesas nubes. Dudó un instante y admiró toda la increíble belleza que se desplegaba, anhelante, ante él. Luego, inclinándose hacia adelante, la besó.

Un griterío de aprobación los rodeó cuando los invitados, y los demás asistentes que habían tenido que soportar una dilatada espera, prorrumpieron en muestras de alegría.

El beso se prolongó durante un largo momento, sin que ni Soth ni Gladria dieran muestras de suspenderlo. Finalmente, cuando las voces cesaron, lord Mordren se aclaró la garganta e interrumpió a los recién casados.

—Ahora sois marido y mujer. Vivid con amor, honor, sabiduría y, sobre todo,

lealtad mutua, a partir de este momento y para siempre.

Los congregados volvieron a proferir gritos de enhorabuena, y los bardos se pusieron a cantar. La pareja encaró la multitud y, con lentitud deliberada, pasó por el pasillo que se abría entre los bancos donde se sentaban familiares y amigos y, luego, bajo el arco levantado por las espadas de sus amigos caballeros. A medida que caminaban se iba extendiendo a sus pies una multicolor alfombra de pétalos de rosa. Aquel gesto era algo infrecuente y una especial muestra de respeto. Mientras caminaba bajo la bóveda de reluciente acero, Soth se maravilló de que toda la ceremonia hubiese funcionado a la perfección. Había sido como si el propio Paladine, e incluso Mishakal, lo hubieran supervisado todo.

El caballero alzó los ojos al cielo en una agradecida plegaria, y se dio cuenta de que el sol brillaba entre las nubes.

Según el día fue transcurriendo, las nubes se fueron disipando, hasta que sólo quedó el brillante y veraniego sol de Fierswelt alumbrando la fiesta y proporcionando incluso más calor del deseado. No obstante, considerando los malos pronósticos con los que había dado comienzo el día, todo el mundo estaba contento; especialmente las mujeres, cuyos elegantes vestidos no podrían haber soportado un súbito chaparrón. El buen tiempo típico de la región del valle del río Vingaard nunca se manifestó con mayor claridad que en ese día. Durante el invierno, los campos habían sido labrados a fin de disponerlos para la siembra, que se efectuó en primavera, ya que buena parte de la cosecha iba a destinarse al festín de la boda. En ese momento, los habitantes de Foscaterra se preparaban para gozar de los frutos de su trabajo.

Repartidas en boles y bandejas, a lo largo de las interminables mesas, había todo tipo de hortalizas y frutas, que incluían cuatro variedades de manzanas, tres tipos de calabazas, dos de tomates y una multitud de otras delicias que se cultivaban en los fértiles valles situados al norte y al oeste del alcázar de Dargaard.

También había deliciosas especialidades llegadas de lugares distantes, como Istar, Silvanesti o Ergoth, que habían sido transportadas por los viajeros para obsequiar a los novios. Los barriles de cerveza estaban distribuidos entre los asientos de los comensales, junto con las barricas de vino y el agua, enfriada con hielo que había sido bajado de las altas cumbres. En el extremo de cada una de las mesas ardían varios ruegos en los que se asaban gamos y otras piezas, y el delicioso olor que desprendían era un anticipo de que aquel banquete iba a ser, para muchos, el mejor de sus vidas.

Lord Soth y lady Korinne ocupaban sus asientos en la mesa de honor, situada en lo alto de una tarima, desde donde repartían bendiciones entre los invitados como agradecimiento por su presencia.

—Lord Soth —dijo Colm Farold, un joven Caballero de la Espada, mientras se

acercaba a la mesa de los novios—, aunque no os traigo un regalo que pueda caber en mi mano, sí os entrego algo mucho más valioso que cualquier obsequio material. —Hizo una pausa—. Vengo a haceros entrega de mi más perdurable lealtad como Caballero de la Espada —declaró solemnemente al mismo tiempo que hincaba la rodilla en tierra e inclinaba la cabeza en una profunda reverencia.

Durante unos instantes, Soth se quedó sin palabras por la nobleza del gesto. Sabía que contaba con la lealtad de muchos caballeros, como Caradoc o Western Kern, y estaba seguro de que podría disponer de la espada de muchos otros llegado el caso; pero que alguien tan distinguido como Farold hiciera una declaración pública de fidelidad, era realmente algo infrecuente.

Soth se levantó de su asiento.

—Os lo agradezco caballero Farold. Me siento profundamente conmovido por vuestra promesa, y os aseguro que es para mí del máximo valor. Mi único deseo es tener la posibilidad de mostrarme ante vos digno de ella. Levantaos y sed bienvenido al alcázar de Dargaard.

Los reunidos lanzaron una ovación cuando el guerrero se incorporó, saludó a los recién casados y volvió a su mesa.

El desfile de los regalos de boda continuó durante un rato y, enseguida, se hizo patente que un mismo pensamiento había animado la dádiva de algunos obsequios: cinco cunitas, desde las más humildes de madera hasta las más sofisticadas de forjado metal y con ruedas, se amontonaron ante los novios. A pesar de las repeticiones, Loren y Korinne aceptaron todas las ofrendas con la misma alegría y expresaron por las cunas su más sentido agradecimiento en medio del regocijo general por las bromas que éstas suscitaron.

Finalmente, la entrega de presentes terminó, así como casi todo el ágape. Pero antes de que se pudiera dar por concluido, faltaba que lord Reynard Gladria y su esposa, lady Leyla, entregaran la dote de su hija, que había sido objeto de numerosas especulaciones. Al fin iba a desvelarse el misterio.

Lady Gladria se acercó a la mesa llevando a su anciano marido del brazo mientras Eiwon van Sickle, un Caballero de la Espada de Palanthas que los había escoltado hasta el castillo, también lo ayudaba. Cuando llegaron frente a los novios, lord Reynard se sentó y lady Leyla hizo la entrega de pie.

—Querida hija, y querido nuevo hijo —y esto lo dijo en un tono que a Soth no le pareció muy sincero—, mi marido y yo hemos esperado este momento durante mucho tiempo, y sé que puedo hablar por él cuando afirmo que no podríamos haber encontrado un hombre mejor para nuestra preciosa hija que el Caballero de la Rosa lord Loren Soth.

La mujer se aproximó y tomó las manos de Soth entre las suyas.

—Con nuestra hija felizmente casada creemos que no tenemos necesidad de la



mayoría de nuestras propiedades. Por lo tanto es para nosotros un gran placer haceros entrega de los territorios que circundan Maelgoth, así como de los que se extienden más allá del límite norte de las llanuras de Solamnia. Esto ampliará los dominios de Foscaterra por encima del río Vingaard y llenará el espacio existente entre él y Palanthas, de modo que, estando bajo vuestra propiedad y cuidado, a todos nos será más fácil cubrir la distancia que, de ahora en adelante, nos separará de nuestra hija.

Por segunda vez en muy poco tiempo, Soth se quedó de nuevo sin palabras, y lo mismo le sucedió a lady Korinne, pues las lágrimas de agradecimiento le atenazaron la garganta. El caballero se acercó primero a lord Reynard y se arrodilló ante él.

—Muchas gracias, milord —dijo, usando impropriamente el apelativo para demostrar toda su gratitud.

El anciano, mostrando su desdentada sonrisa, apoyó una frágil mano sobre el hombro de Loren.

—Está bien, muchacho; está bien. No hay nadie mejor para tener esas tierras que un Caballero de la Rosa como tú.

Soth asintió y se incorporó. Aguardó a que lady Korinne le diera las gracias a su madre y fue a arrodillarse ante ella.

—Muchas gracias, mi señora.

—Hacer feliz a mi hija será la mejor manera de agradecermelo, muchacho.

Soth contempló a la mujer y se dio cuenta de que a partir de ese momento era su suegra, por lo que optó por responder con sencillez.

—Sí, señora —dijo.

Y lady Leyla Gladria hizo un gesto de aprobación.

Una ligera brisa se levantó a última hora de la tarde y refrescó la atmósfera del patio del castillo, donde se encontraban reunidos los caballeros, que proseguían sus juegos y diversiones. La mayoría de ellos se dedicaba a retarse mutuamente para poner a prueba su destreza con las armas y se enzarzaban en combates simulados que eran conocidos habitualmente como *pugnas*.

—¡Que los caballeros se preparen! —gritó Oren Brightblade, que ejercía de arbitro honorífico de las pruebas.

Dos contendientes se incorporaron y entraron en el círculo trazado en el suelo: Meyer Seril, Caballero de la Corona, lucía un rojo fajín, mientras que Caradoc, igualmente caballero de la misma orden, llevaba un distintivo azul.

Aunque ninguno de los oponentes sufría mengua de la posición que ocupaba dentro de su orden por el hecho de ganar o perder en aquellos enfrentamientos, todos deseaban salir vencedores para mayor gloria de cada uno. En consecuencia, las pugnas se libraban casi con la misma determinación que las luchas verdaderas contra auténticos adversarios, tales como ogros o minotauros.

—Que gane el más capaz —dijo Meyer, sonriendo a su contrincante.

Caradoc le devolvió el saludo con la debida cortesía.

—Que el ganador sea el mejor caballero.

Los luchadores entrecruzaron sus espadas y dieron un paso atrás para que sus lacayos hicieran un último ajuste en las armaduras. Enseguida estuvieron listos para el combate.

—¡Adelante! —exclamó Oren Brightblade.

El patio se llenó con el sonido de las espadas, que, diestramente manejadas por los caballeros, entrechocaron, buscando con afán un punto débil en sus guardias respectivas. No se supo si fue a causa del cansancio de Caradoc o de la mayor agilidad de su adversario, pero pronto se hizo evidente que Meyer Seril demostraba ser mejor espadachín: no sólo bloqueaba las estocadas que recibía, sino que con su espada conseguía llegar al cuerpo de Caradoc —a las piernas, a los brazos o al torso — siempre que se lo proponía.

Mientras los caballeros proseguían su enfrentamiento, el resto se agolpaba alrededor y los animaba ruidosamente entre grandes trasiegos de cerveza. La pugna estaba llegando a su fin y resultaba obvio para todos que el caballero Seril sería declarado vencedor por un amplio margen.

De repente, pareció que Caradoc se desplomaba, como si hubiera sido herido en el desprotegido costado por la estocada de Meyer.

—Caradoc, ¿estáis bien? —preguntó rápidamente Meyer, al mismo tiempo que bajaba la guardia y dejaba al descubierto un punto vulnerable.

Caradoc se movió ágilmente y lanzó una potente estocada que alcanzó la ligera armadura de Seril en el hombro y se la partió. La protección se desprendió, y el filo de la hoja le abrió un profundo tajo en el brazo.

—¡Detened la pugna —gritó Oren Brightblade— y deponed las armas!

Seril se aferró el brazo herido y miró a su contrario.

—Si no os conociera, Caradoc, pensaría que lo habéis hecho a propósito.

—¿Y quién ha dicho que no haya sido así? —exclamó Arnol Kraas, el nuevo escudero de Seril y también aspirante a la Orden de la Corona.

Quizás aquél no era el momento adecuado para plantear semejante pregunta, pero ninguno de los presentes hizo ademán de protestar por el comentario. En su mayoría, parecían compartir la misma opinión.

—Como caballero solámnico, juro por mi honor que nunca haría daño a propósito a un camarada —declaró Caradoc en tono ofendido.

—Sí, pero simulasteis que estabais herido —insistió el escudero.

—¡Basta, basta! —interrumpió Brightblade—. Caradoc afirma que el golpe fue accidental y, dado que está consagrado al Código y la Medida, hay que respetar su palabra.

Kraas estaba visiblemente descontento, pero no dijo nada más. Tampoco lo hicieron los demás caballeros, que parecieron mostrarse de acuerdo con el veredicto.

—Ahora llevad a este hombre ante Istvan, el médico —ordenó Oren—. He visto morir a otros hombres por culpa de heridas sin importancia como ésa.

Dos caballeros ayudaron a Seril a ponerse en pie y lo acompañaron rápidamente de vuelta a las dependencias del castillo. Mientras los servidores preparaban el terreno para otro enfrentamiento, Caradoc se acercó a Brightblade.

—¿Vais a declarar un ganador? —le preguntó.

El veterano guerrero contempló a Caradoc con una expresión de extrañeza en el rostro.

—Un caballero ha sido herido. ¿De verdad importa quién pueda haber resultado vencedor?

—Según los escritos de Vinas Solamnus toda batalla ha de tener un triunfador, y toda pugna también —insistió Caradoc.

Aquello era cierto, pero los caballeros hacía tiempo que habían aprendido que las reglas de Solamnus debían interpretarse de manera flexible y que era mejor no atenerse a su significado literal. Más bien se trataba de orientaciones que de leyes inmutables, pues el verdadero honor y la sabiduría se encontraban ya en el corazón de cada caballero antes que en cualquier escrito polvoriento. No obstante, cuando alguien reclamaba la aplicación estricta de las normas, éstas debían ser obedecidas.

—Muy bien —admitió Brightblade, que conocía las leyes tan bien como Caradoc, o más—. Os declaro ganador por abandono del contrincante.

Caradoc alzó su espada en señal de triunfo, pero se escucharon pocos vítores. De hecho, unos cuantos caballeros habían desaparecido en busca de diversiones menos violentas; los demás se hallaban entonces reunidos en torno a un vallenwood en cuya corteza se había dibujado una diana.

—¿Quién sigue? —llamó Olthar Uth Wistan, el Guerrero Mayor, que presidía el concurso.

—Creo que lo intentaré —anunció el Primer Jurista, lord Adam Caladen—. Hace años que no lanzo la espada, pero es posible que tenga suerte, ¿no?

—¿Habéis oído quién ha hablado? ¡Amigos, apartaos y dejad espacio! ¡Acordaos de mantener los ojos fijos en la hoja! —advirtió jovialmente lord Wistan.

Una carcajada unánime resonó en el ambiente mientras Caladen escogía una espada de las muchas que se le ofrecieron. Cuando hubo encontrado la que por peso y tamaño creyó que más le convendría, la sopesó cuidadosamente y ensayó varios movimientos de lanzamiento.

Igual que las pugnas, el lanzamiento de espadas era otro de los pasatiempos amistosos a los que los caballeros se dedicaban cuando tenían ocasión de reunirse, como entonces. Pero contrariamente a aquéllas, que oponían caballero contra

caballero, el lanzamiento ponía a prueba las habilidades individuales frente a las del legendario Huma Dragonbane, Héroe de la Lanza y el más grande Caballero de Solamnia que los tiempos habían conocido.

El origen del concurso se remontaba a una historia que narraba cómo el famoso caballero se había enfrentado a un poderoso Dragón Rojo. Según el relato, en la primera arremetida contra el monstruo, a Huma se le había escapado la Dragonlance de las manos. No obstante, a pesar de hallarse desarmado, había conducido a su querido Dragón Plateado de nuevo a la batalla y, antes de que estuvieran al alcance del mortal aliento del Rojo, había desenvainado y lanzado su espada por el aire contra el dragón. Y, a pesar de que no estaba pensada para servir de arma arrojada, la hoja había surcado el aire como una flecha y se había clavado profundamente en el vulnerable vientre del monstruo. La herida lo aterrorizó hasta tal punto que el Dragón Rojo se precipitó desde lo alto y se estrelló contra el suelo.

Desde entonces, los caballeros de Solamnia celebraban aquella gesta casi milagrosa lanzando sus espadas, no contra un dragón, sino contra una simbólica diana pintada en el robusto tronco de un vallenwood.

Satisfecho con el arma que había escogido, lord Caladen se alejó del árbol los veinte pasos reglamentarios, dio media vuelta y gritó: «¡Preparado!». Y, tras dar un par de trancos, lanzó la espada con todas sus fuerzas. El acero voló en línea recta, pero se desvió ligeramente y acabó golpeando el borde de la diana y lanzando astillas por el aire antes de aterrizar en la hierba. Pese a que había errado el tiro, el ejercicio había sido magnífico para un guerrero tan veterano, y a su alrededor se escucharon exclamaciones de admiración.

En ese momento, lord Soth, que se había despedido de sus invitados antes de retirarse definitivamente a disfrutar de su primera noche de bodas, llegó a la zona de tiro. Cuando lord Wistan vio que se aproximaba, no pudo reprimirse.

—¿Acaso querrá el novio poner a prueba su habilidad y su temple? —le gritó.

Los caballeros rodearon al joven y lo animaron a participar. Soth dudó unos instantes y, finalmente, se decidió.

—De acuerdo. Está bien. Pero sólo un lanzamiento. —Y sus palabras fueron seguidas de una fuerte ovación.

Un servidor lo ayudó a desprenderse de la capa y le ofreció varias espadas para que eligiera una. A nadie le sorprendió que escogiera la más grande y pesada, y la balanceara en el aire. Luego, la tomó por el punto de equilibrio y la sopesó.

—¡Apartaos! —gritó lord Wistan.

Los caballeros que rodeaban a Soth se retiraron y dejaron un gran espacio libre en dirección al árbol. Soth caminó hasta el vallenwood; desde allí, se alejó contando veinte pasos y se dio la vuelta.

—¡Listo! —gritó.

Lord Wistan asintió, y los curiosos que se habían acercado guardaron un respetuoso silencio. Soth dio tres grandes zancadas y lanzó el arma.

La hoja surcó el espacio y, un instante después, se clavó en el vallenwood con un ruido sordo. Loren contempló el resultado y vio que la espada se había introducido justo en el centro del blanco pintado en la recia madera. Durante unos momentos, reinó un profundo silencio, mientras todos veían con asombro que el acero parecía surgir de lo más hondo del tronco.

—¡Huma no podría haberlo superado! —exclamó alguien entre el público.

—¡Nunca una espada voló mejor! —profirió otro.

Las felicitaciones siguieron oyéndose y se fueron mezclando hasta que sólo se escuchó una confusa y ensordecedora ovación de voces exultantes. Soth agradeció todos los comentarios y, luego, los acalló con un gesto apaciguador.

—Os ruego que me excuséis, pero no deseo tener a mi dama aguardándome, especialmente cuando esa dama es mi esposa.

Todos los presentes se hicieron a un lado, entre murmullos de comprensión, y el caballero se marchó de regreso a su fortaleza.

Reunidos en torno al árbol, varios servidores intentaron desclavar la espada, pero ésta estaba incrustada hasta la mitad de su longitud y parecía imposible arrancarla. Al final, aunando esfuerzos, tres hombres consiguieron extraerla.

Soth llegó, caminando, hasta la entrada del alcázar. Allí, de pie en el puente levadizo, se hallaba lady Korinne, y conversaba con un joven caballero vestido con una túnica azul. A Loren le pareció que estaban tan cerca el uno del otro que fácilmente podría haber calificado la actitud de íntima. Se ocultó entre las sombras de un gran roble y observó.

La pareja habló durante unos minutos y, luego, se besó.

Momentos después se separaron. Korinne entró en el castillo y el joven montó en su caballo y se alejó.

Soth aguardó hasta que el jinete hubo desaparecido y, después, siguió a su esposa hasta el interior. Una vez dentro se detuvo a observar la ventana del dormitorio principal. Allí dentro ardía un fuego que propagaba su luz en la creciente oscuridad exterior, como una promesa de calor y felicidad.

Soth pensó en lo largo que había sido el día y en lo bueno que había resultado. Sin duda, era el mejor de su corta vida, el más feliz, y del que se sentía más orgulloso. En ese momento estaba a punto de dar comienzo lo que lo culminaría: su noche de bodas. ¿Acaso sería tan maravillosa como todo lo demás? Deseó que así fuera. Pero antes de que pudiera disfrutar de ella, tenía que resolver un pequeño asunto que lo preocupaba.

Entonces, se entreabrió la puerta del vestidor que daba al dormitorio nupcial, y

pudo ver que Korinne entraba en la habitación. Incluso bajo la débil claridad de las velas que la iluminaban, la belleza de la joven resultaba arrebatadora, y el leve vestido que llevaba contribuía a resaltar su hermosura.

Soth sintió que una llamarada de deseo le hervía la sangre, un sentimiento que había intentado silenciar a lo largo del agotador día. Sin embargo, a pesar del anhelo de cruzar la estancia y abrazar a su mujer, se mantuvo de pie, quieto como una estatua, y aguardó.

Cuando los ojos de ella lo vieron, Korinne se detuvo, complacida.

—¿Acaso lo que veis os place? —preguntó.

Soth sabía que no era el momento de hacer preguntas, pero no pudo contenerse: tenía que saber.

—¿Quién era el joven caballero con el que hablabais en el puente?

—¿Un caballero? —preguntó ella—. No lo recuerdo.

—Sí, un joven vestido con una capa azul. Vos lo besasteis.

—¡Oh, os referís a Trebor Reywas! Se trata de un amigo de la familia, un Caballero de la Corona, natural de Palanthas. Se marchaba temprano y vino a despedirse.

—Así que un amigo de la familia.

—¿Qué os ocurre Loren Soth? —exclamó la joven, apoyando las manos en las caderas y en tono irritado—. Si no os conociera diría que estáis celoso.

Soth suspiró. Quizá fuese cierto que estaba celoso, pero aquélla era una debilidad que no se sentía capaz de admitir.

—No, no estoy celoso —declaró—. Solamente siento envidia del beso que otro caballero recibió.

—¡Qué gentil de vuestra parte! —dijo ella con una sonrisa, al mismo tiempo que se acercaba al lecho y desataba el lazo que sujetaba su vestido de noche.

El vestido cayó al suelo y a lady Korinne se le encendió una chispa de malicia en la mirada.

—Lamento que hayáis tenido que aguardar, pero ¿acaso no valía la pena la espera?

Él se limitó a asentir con un gesto.

—Entonces, por favor... ¡Amadme!

Soth la tomó en los brazos y colmó los deseos de ambos.



—¿Qué es lo que constituye un acto maligno? —preguntó el Príncipe de los Sacerdotes, de pie, frente a un numeroso grupo de seguidores, en la mayor sala de asambleas del Templo del Príncipe de los Sacerdotes de Istar. Los que lo escuchaban eran en su mayoría magos, clérigos, acólitos y otros fieles a la causa que estaba intentando desterrar el Mal de la faz de Krynn. Varias manos se alzaron en señal de respuesta.

El Príncipe de los Sacerdotes señaló a un joven vestido con unas gastadas ropas de color verde y marrón. A juzgar por su atuendo, debía de ser uno de los clérigos de menor rango, pero no por ello un seguidor menos devoto de la cruzada a favor de la victoria definitiva del Bien sobre el Mal.

—Un acto que sea moralmente censurable o intrínsecamente malo —contestó.

La máxima autoridad caminó delante de sus seguidores con los dedos enlazados ante sí, a modo de plegaria, y simulando una intensa concentración.

—Sí, sí, eso es cierto; pero hay algo más. ¿Qué más constituye un acto maligno?

Nuevamente, varias manos se alzaron, y nuevamente señaló a alguien entre el público. Esa vez se trataba de una mujer vestida con una túnica amarilla y blanca, que tenía la insignia del Príncipe de los Sacerdotes bordada en el pecho. Era una hechicera, una hechicera renegada que había puesto su considerable poder al servicio de la causa que pretendía fortalecer al Príncipe de los Sacerdotes en su intento de dominar Istar y extender sus creencias y sus edictos por todo el continente de Ansalon.

—Cualquier comportamiento que cause daño o sea perjudicial —declaró con suprema convicción.

—Sí. Eso también. Pero ¿cuál es el fundamento de esos actos, aquello que los anima y los convierte en perversos? —En esa ocasión señaló a otro mago vestido también con unos ropajes blancos y amarillos, y de avanzada edad.

—La depravación, el vicio, la corrupción, la perversidad —señaló éste.

—En efecto. —Obviamente estaba empezando a oír aquello que deseaba—. Todo acto maligno tiene algo de eso en su esencia. —Hizo una pausa para reflexionar—. No obstante, ¿qué debe ocurrir antes de que un acto así sea cometido?



Los allí presentes no supieron cómo contestar con exactitud y se miraron unos a otros con cierto nerviosismo.

—Antes de que un acto perverso sea cometido —continuó el Príncipe de los Sacerdotes— tiene que haber...

Se interrumpió para dejar que fueran los fieles los que llegaran a la conclusión correcta y la expresaran con palabras.

—Un objetivo maligno... —aventuró alguien.

—No exactamente.

—Un concepto diabólico... —repuso otro.

—Sí, pero precisad más.

—¿Malos pensamientos?

—Exactamente eso —exclamó el Príncipe de los Sacerdotes con aparente alivio—. Malos pensamientos. Cualquier acto perverso, antes de ser cometido, debe venir precedido de malos pensamientos.

Sus seguidores siguieron escuchando con atención, pues sabían que el que así les hablaba estaba a punto de llegar al asunto que era la causa de aquella reunión.

—La proclamación del Manifiesto de la Virtud fue un gran paso adelante en la derrota de las fuerzas del Mal ya que declaró que el Mal en sí mismo es una afrenta a los dioses y a los mortales por igual. Pero la redacción de la Lista de Actos Perversos, actos por cuya comisión los infractores tienen que pagar con la vida en una ejecución o en la arena de los gladiadores, ha sido sólo el comienzo. Desde entonces los clérigos de Istar se han ido haciendo progresivamente más fuertes. Istar no sólo se ha convertido en el centro de la religión, sino también de la cultura, el arte y el comercio. Hoy nuestros clérigos supervisan todos los aspectos de la vida de Istar.

»Luego llegó el Cerco a la Hechicería, durante el cual los habitantes de Krynn asediaron las Torres de la Alta Hechicería, lo que puso fin a los malvados poderes de quienes ostentaban la magia y permitió que las benévolas fuerzas del Bien florecieran aquí, una región libre de influencias malignas.

El Príncipe de los Sacerdotes hizo una pausa, puesto que sabía que las palabras que vendrían a continuación serían cruciales.

—Pero a pesar del imparable aumento del poder de Istar, tanto en nuestra tierra como por todo Krynn, y de la erradicación del Mal, y de la permanente lucha a favor del Bien que encabezan las buenas gentes de Istar y los Caballeros de Solamnia, el Mal todavía existe y se lo puede ver, asomando su horrible faz, por doquier.

Los fieles asintieron vigorosamente.

—Ha llegado el tiempo de tomar grandes y drásticas medidas que nos ayuden en nuestra noble lucha en pro del Bien. Es por ello por lo que someto a vuestra aprobación el Edicto del Control del Pensamiento.

Una corriente de murmullos recorrió la gran sala.

—Los malos pensamientos equivalen a los actos perversos. La ira es un pecado tan grave como el asesinato. La lujuria es tan mala como el adulterio. —Hizo una pausa para que aquellos conceptos arraigasen entre la multitud y prosiguió—: Bajo este nuevo edicto, vosotros, mis buenos y leales seguidores, estaréis autorizados para perseguir e identificar los malos pensamientos antes de que se conviertan en actos perversos. Así, el Bien reinará como concepto supremo sobre una tierra habitada por gentes virtuosas, que denigran el Mal y a sus representantes.

Se produjo un largo silencio entre los asistentes. Finalmente, una mano se alzó para preguntar.

—Pero ¿cómo podremos no *sólo* perseguir, sino simplemente identificar los malos pensamientos?

—¡Ah, buena pregunta! —exclamó, sonriente, el Príncipe de los Sacerdotes—. Tiene fácil respuesta. Sabéis que luchamos por la causa del Bien y que, con el Bien de nuestro lado, todo es posible.

—¿Estáis diciendo que debemos usar la magia y los encantamientos para ser capaces de leer en la mente de los habitantes de Istar?

—Habéis usado los términos de los magos y los hechiceros. En cambio, vosotros, leales clérigos, podréis ver en el alma de la gente gracias a los poderes que os conferirán divinas invocaciones. De este modo, llevaréis a cabo vuestro deber sabiendo que habéis sido agraciados con el poder necesario por la más divina de las autoridades.

Los allí reunidos se agitaron, incómodos, pues no estaban seguros de a quién se refería el Príncipe de los Sacerdotes cuando mencionaba a «la más divina de las autoridades», sobre todo si tenían en cuenta que él representaba la más alta instancia entre los clérigos.

—Ese magnífico poder —concluyó— no puede ser manejado simplemente por los que ejecutan actos de magia. Semejante fuerza de convicción no tiene su origen en los que profieren simples encantamientos. Es una fuerza que proviene, sencillamente, de la voluntad de los dioses.



—Ése era mi árbol, y él no tenía derecho alguno a talarlo —exclamó Vin Clavija, un alto y nervudo granjero de Tyrell, un pequeño pueblecito situado al oeste del alcázar de Dargaard y en la orilla este del río Vingaard.

—Yo no lo talé; solamente podé las ramas que invadían mi propiedad —repuso Thom Tregaard, un chaparro y barrigudo individuo de barba y pelo blancos.

Mientras proseguía la discusión entre los dos hombres, Soth suspiró y, entornando los ojos, intentó hallar una posición cómoda en el asiento del trono que ocupaba. Era la mañana del día de Palast, el único momento de la semana que dedicaba a resolver los pleitos sobre propiedades y otras disputas similares entre los habitantes de Foscaterra.

En ocasiones, las cuestiones que se le planteaban despertaban su interés, especialmente cuando se trataba de delitos, de asuntos de honor que afectaban a alguna dama o de retos caballerescos. No obstante, lo de aquella mañana no era más que el interminable y aburrido cacareo de dos gallos viejos.

—Pues tampoco tenías derecho a hacerlo —prosiguió Clavija—. El árbol de un hombre es algo sagrado. Lo próximo que se te puede ocurrir es derribar mi cerca porque no te gusta la sombra que proyecta sobre tus terrenos.

—Yo jamás estropearía una cerca, especialmente si es la que me separa de un individuo como tú.

Soth se reclinó en su asiento.

—No debes preocuparte; yo jamás pondré el pie en esa tierra infestada de malas hierbas que tu llamas granja —repuso Clavija, adoptando una actitud desafiante.

—Así que mis tierras son buenas para tu árbol, pero no para ti, ¿no? —replicó Tregaard, enrojeciendo intensamente a causa de la cólera.

Los dos hombres se aproximaron el uno al otro con actitud abiertamente hostil, y Soth creyó que iban a llegar a las manos en cualquier instante. Como no tenía el más mínimo interés en permitir que eso sucediera, se incorporó e interrumpió la disputa con una orden contundente.

—¡Basta ya! —Sus palabras acallaron de inmediato a los dos granjeros—. Veamos, Vin Clavija, ¿realmente invadían las ramas de tu árbol la propiedad de

Tregaard?

El labriego miró a su señor y después apartó la vista.

—Sí, lord Soth —dijo en voz baja.

—Y tú, Tregaard, ¿cortaste unas ramas o todo el árbol?

—Sólo las ramas —respondió sin dilación.

—¿Y dónde están ahora los frutos que había en esas ramas?

—Es seguro que en su despensa —interrumpió Clavija.

Soth hizo un gesto para silenciarlo.

—¿Y bien? —preguntó.

—Es cierto —admitió el hombre chaparro—: están en mi despensa.

—Ya veo —dijo Soth, pensativo. Sabía que el truco para emitir un veredicto que fuera aceptado por todos consistía en hacer que creyeran que ambos habían resultado vencedores de la disputa; pero ¿cómo conseguirlo?—. Así pues, si las ramas invadían la propiedad de Tregaard, él estaba en su derecho cuando las cortó.

El rostro del granjero se iluminó de satisfacción.

—Sin embargo —prosiguió Soth—, tanto el árbol como las ramas y todos sus frutos pertenecen a Clavija, por lo que ordeno que todo le sea devuelto antes de que acabe la semana; exactamente el Bakukal.

Clavija se mostró plenamente de acuerdo.

—Ahora, señores, dense la mano como caballeros y regresen a Tyrell en buena vecindad —ordenó Soth.

—Sí, milord —repuso Clavija.

—Gracias, mi señor —añadió Tregaard.

—Bien; entonces, asunto concluido.

Los asistentes a la sesión se dispersaron por la sala, y Soth suspiró con alivio. Había cumplido, una vez más, con su papel de administrador de justicia, y no tendría que volver a celebrar otra sesión como ésa hasta dentro de una semana.

Soth había creído que disfrutaría hasta con los aspectos más triviales del gobierno de Foscaterra; pero, transcurridos sólo dos meses desde el día de la boda y desde su designación como gobernador, ya se había dado cuenta de que no era en absoluto así. Echaba de menos las emociones de la batalla, y el desenfundar la espada y notar cómo derribaba a sus enemigos, rasgándoles la carne y partiéndoles los huesos. Para eso había sido entrenado durante su vida. Sin embargo, en ese momento se sentía como un Caballero de Solamnia desempeñando las tareas de un simple clérigo y, por unos instantes, admiró la habilidad que su padre había demostrado a lo largo de los años en el gobierno de Foscaterra.

Se alzó del trono, preguntándose qué otra aburrida tarea lo aguardaba esa tarde, cuando, de repente, lo llamaron a gritos.

—¡Señor! —Era el vigía de la torre—. ¡Se acerca un jinete!

Soth aguardó, impaciente, a que alguien fuera a informarlo. Al instante, el vigía entró en el salón, corriendo y sin resuello.

—Viene un jinete, señor. Llega por el sur, a solas y a galope tendido —informó.

Soth notó cómo se le ponía la carne de gallina a causa de la emoción. ¡Un jinete así era seguro que tenía alguna urgente misión que cumplir!

—¿Qué color ostenta?

—El rojo, señor; el rojo.

—¡Que se preparen para bajar el puente levadizo! —ordenó, y su voz resonó por las dependencias del castillo.

Soth salió de la sala y llegó al patio interior justo cuando el jinete entraba por la puerta de rastrillo y detenía su montura en el centro de la zona. Unos cuantos caballeros, escuderos y lacayos se reunieron en torno al recién llegado para satisfacer su curiosidad. El jinete y su caballo se hallaban exhaustos y a punto de desplomarse, y daban la impresión de que habían estado cabalgando durante mucho tiempo. Cuando lo ayudaron a apearse de la montura, no pudo evitar una mueca, y en ese estado fue conducido ante lord Soth.

En presencia del señor del alcázar, puso la rodilla en tierra y, todavía jadeante y conteniendo espasmos de dolor, balbuceó unas pocas palabras.

—¡Ogros, señor; ogros!

Soth se aproximó y pudo apreciar los moretones y las contusiones que marcaban la cara del hombre, sin duda producto de los golpes de las porras y de las bolas de púas que eran características de los ogros.

—¿Dónde? —preguntó con impaciencia.

El jinete consiguió recuperar el aliento y se puso a explicar lo sucedido.

—Vengo del pueblo de Halton. Los ogros han caído sobre nosotros desde el norte, desde Throtyl; han saqueado nuestras provisiones y, luego, han arrasado el pueblo y lo han hecho suyo. Muchos han fallecido, y otros están malheridos. Yo conseguí escapar después de fingirme muerto y de robar un caballo al anochecer.

Soth asintió. Conocía Halton y sabía que era una pequeña, pero vital, comunidad agrícola. Se hallaba en el lado oeste de las montañas Dargaard y había servido de centro de intercambio de grano y otros productos, lo que hacía que fuera conocida en toda Solamnia.

Throtyl, por otra parte, no era más que un pequeño refugio de delincuentes, que estaba situado en un bosque que se abría a una llanura, en el extremo sur de la Cordillera. La llanura terminaba en un estrecho paso entre las montañas Dargaard, que era conocido como la cañada de Throtyl. La zona estaba infestada de ladrones, bandidos, bárbaros y ogros que hacían del pillaje, la extorsión y el robo su modo de vida. Durante tiempo, Soth había tolerado esta circunstancia, puesto que los ogros eran escasos y no representaban una amenaza especialmente grave, y también porque

la mayoría de los viajeros de Ansalon evitaban en lo posible pasar por allí. Además, el bosque proporcionaba un refugio tan eficaz que una expedición para desalojarlo hubiera tenido que pagar un alto precio en vidas de caballeros.

Sin embargo, la situación acababa de cambiar: los muertos y heridos eran habitantes de Foscaterra, su gente. Y muchas otras personas podían sufrir las consecuencias de que se interrumpieran las líneas de abastecimiento de grano y otros productos de primera necesidad en el caso de que no pudiese desalojar y derrotar a los ogros.

—Habéis hecho bien al venir —le dijo en tono tranquilizador—. Descansad y comed. Luego nos reuniremos en la sala de caballeros para discutir los planes de batalla.

Se volvió para dirigirse a los que estaban en derredor.

—Empezad los preparativos. Nos marcharemos lo antes posible —gritó.

Soth apoyó la mano en la espada y notó su reconfortante presencia. Era seguro que aún la notaría mejor cuando la blandiera en el combate. Estaba impaciente por partir.

Loren encontró a lady Korinne a solas en el dormitorio. Estaba sentada al lado de la ventana, leyendo los textos de Vinas Solamnus que definían y explicaban el Código y la Medida. Se había interesado por ellos cuando los encontró en la biblioteca del alcázar, poco después de su boda, y los había estudiado con ánimo de conocer mejor los preceptos a los que se hallaba consagrado su marido.

Soth se acercó e, interesado en los progresos de su esposa, comprobó de qué tomo se trataba. ¡Era el veintiséis! Pronto su esposa sabría tanto como él mismo. Aquello era, en cualquier caso, una atención por parte de ella que él le agradeció con todo el corazón. En ese momento, no se creía capaz de sentir mayor amor hacia su esposa. Se arrodilló y le tomó las manos con las suyas mientras la miraba a los ojos.

—Hay problemas en el sur.

—Sí, eso me ha parecido oír.

—Me atormenta tener que dejaros aquí, pero la gente de Halton me necesita. Ya han muerto muchos y puede ser que mueran más si no nos damos prisa.

Korinne sonrió amorosamente y negó con la cabeza.

—Querido Loren, vuestras mentiras son una galantería que no sabéis cuánto os agradezco.

—Señora, ciertamente no estoy diciendo ninguna mentira —repuso, sorprendido, Soth.

—¡Oh!, sí que lo hacéis —insistió ella con dulzura—. Decís que aborrecéis tener que abandonar el castillo y a mí, pero sé que estáis impaciente por partir hacia la lucha, junto con vuestros caballeros, en contra de las fuerzas del Mal.

—Entonces es que me conocéis bien —admitió Soth con una sonrisa.

—No creo que sea eso. Simplemente estoy al corriente de que para vos, como para cualquier caballero solámnico, no hay elección cuando se trata de combatir el Mal.

—En eso estáis en lo cierto, señora. —Y se dio cuenta de que estaba recibiendo aquello que, como caballero, más necesitaba: comprensión.

Korinne le puso la mano en el hombro.

—Debéis prometerme una cosa —pidió.

—Lo que deseéis.

—Cuando abandonéis el alcázar, no penséis en mí; pensad solamente en la tarea que os aguarda y en vuestro deber. No quisiera que vuestro instinto guerrero quedara empañado por mi recuerdo.

—Sois tan generosa como bella, mi señora —repuso él, emocionado.

—Tal vez, pero es la única manera que tengo de asegurarme de que volveréis a mí sano y salvo.

Soth asintió, la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente.

—Era difícil saber con exactitud cuántos ogros había en total, ya que estaban repartidos por todo el pueblo —aclaró el jinete de Halton mientras trazaba un rudimentario mapa del lugar sobre un pergamino extendido encima de la mesa de la sala de reuniones.

—¿No podéis hacer una estimación general? —preguntó Caradoc, que se hallaba a la izquierda del hombre.

—Realmente no podría... —repuso tras pensarlo un momento—. Sólo éramos un puñado de pacíficos granjeros desarmados que confiaba en los Caballeros de Solamnia. Por eso no llevábamos armas y nos tomaron por sorpresa.

—Intentadlo —insistió Caradoc.

—Quizá no más de una docena —contestó, al fin.

Un murmullo de aprobación corrió entre los presentes: para los caballeros no sería un problema hacer frente a semejante cantidad de ogros; especialmente para luchadores tan experimentados como lord Soth y sus trece fieles camaradas. La dificultad estribaría en mantener a salvo a los habitantes del lugar durante la refriega con aquellas criaturas.

—¿Sabéis en qué lugares del pueblo pueden encontrarse esas monstruosas criaturas? —inquirió Soth mientras observaba el tosco dibujo.

—No estoy seguro, pero podría deslizarme disimuladamente hasta el poblado, cuando llegemos, y averiguarlo.

—Sí. Eso sería de gran ayuda. Cuanto más sepamos, mejor nos irá. Por ahora no podemos hacer nada más. Partiremos dentro de una hora.

Soth se ajustó el peto de la armadura, de modo que se le adaptara al cuerpo. El emblema de la rosa aún no había conocido la batalla y brillaba bajo la claridad haciendo que Soth se sintiera orgulloso de portar semejante distintivo. Por último, terminó de acoplar el resto de las piezas de la coraza.

Al igual que los demás caballeros que componían la expedición, Soth se había vestido con una protección ligera, que le resguardaba las partes vitales con planchas de hierro y dejaba las extremidades al abrigo de la cota de malla. Eso le procuraría la necesaria agilidad frente a los temibles ogros, mucho más fuertes pero también más lentos y torpes.

Satisfecho con la elección, Soth alargó la mano solicitando la espada. Rápidamente, acudieron los escuderos, que habían estado afilando el arma. Se la presentaron debidamente envuelta y como convenía: con la empuñadura por delante. Aunque en realidad se trataba de un mandoble, Soth era lo bastante fuerte como para manejarla con comodidad con su sola mano derecha. Hizo tres o cuatro fintas en el aire para comprobar su equilibrio y, luego, verificó el estado del filo, que había sido objeto de los interminables cuidados de sus lacayos. Asintió de manera apreciativa, y los escuderos sonrieron.

—¡Ensartad a una de esas fieras a nuestra salud, señor! —exclamó uno de ellos.

—Eso está hecho —prometió mientras envainaba la hoja.

A continuación, tomó el yelmo, que estaba forjado con acero y carecía de adornos, excepto por unas pocas rosas, grabadas aquí y allá, y una negra y espesa cola de caballo que surgía de la parte superior. Al igual que su traje de combate, era ligero, ya que Soth estaba convencido de que ninguna protección, por resistente que fuera, soportaría el impacto directo del arma de un ogro. En su caso prefería morir con honor en el campo de batalla que quedar malherido e incapacitado para combatir.

Estaba a punto de colocarse el casco cuando oyó que una voz se le dirigía.

—Milord, milord. —Era la de lady Korinne.

La vio correr hacia él y sonrió: aunque ella lo llamaba en la intimidad por su nombre, Loren, habían decidido tratarse en público con más ceremonia.

—Mi señora —repuso Soth, inclinando la cabeza.

—Sólo he venido a daros un beso de despedida antes de que partáis...

Soth la abrazó.

—Y para añadir que, cuando regreséis, podré confirmaros que vais a ser padre —le susurró ella al oído.

El caballero se quedó boquiabierto durante un momento. Aunque estaba contento por la noticia, no podía evitar una cierta confusión. Hacía un instante, Korinne había desempeñado su papel de esposa a la perfección y le había rogado que se olvidara de ella durante la lucha que se avecinaba. No obstante, en ese momento, hablaba como



una mujer cualquiera, ya que, al mencionar al futuro hijo, obligaba a que los pensamientos de Soth estuvieran pendientes de ella, sin que importara dónde se hallase.

«Un hijo, y quizás un varón. Eso sí que sería un regreso triunfal tras la expedición», pensó Soth. Se inclinó para besarla de nuevo, pero ella se apartó, adoptando otra vez su papel de esposa de un caballero.

—Marchad, vuestro pueblo os necesita.

Soth la miró, con el corazón rebosante de amor y orgullo. Luego, se enfundó el yelmo. Montó en su caballo, un negro y enorme corcel, y lo llevó hasta la entrada del castillo. Desde allí contempló a sus fieles caballeros.

—*¡Est Sularus oth Mithas!* —gritó.

Se puso en marcha y, con una ovación, el resto de jinetes marchó tras él.



Tras su impetuosa partida, los trece caballeros capitaneados por Soth adoptaron un ritmo de marcha más pausado que les iba a permitir recorrer durante esa jornada la mayor distancia posible sin que se agotaran los caballos.

Cabalaron todo el día, hasta después del anochecer y, si su jefe les hubiera ordenado que continuaran sin descanso, le habrían obedecido sin vacilar. Sin embargo, a pesar de la urgencia de su misión, Soth quería que todos conservaran sus energías intactas para cuando llegara el momento de la batalla. Así pues, cuando se hallaban a medio camino de Halton y tenían todavía que franquear los peligrosos pasos montañosos, ordenó que se detuvieran para acampar y pasar la noche. Luego, organizó los turnos de guardia con Caradoc y dispuso que todos comieran algo de las frugales provisiones que llevaban consigo.

Un viento helado descendía de las cumbres, pero no había la posibilidad de encender una hoguera porque podían ser descubiertos. No tuvieron más remedio que arrebujarse lo mejor que pudieron para intentar conciliar el sueño y soñar con el combate que los aguardaba.

Soth alzó la vista y vio que unas rocas se precipitaban por la ladera en su dirección. Se refugió tras un saliente y dejó que la avalancha de piedras y tierra siguiera su camino, montaña abajo. Aguardó unos instantes mientras escuchaba el aleteo de las alas de un dragón y se preparaba para que éste volviera a sobrevolarlo.

—¡Padre!

Era una voz aguda y débil, pero, no obstante, familiar. Pasaron unos segundos antes de que se diera cuenta de que era la de su hijo, que estaba con vida. Soth salió de su refugio, mirando a derecha e izquierda.

—¡Padre! —volvió a llamar la voz.

Corrió hacia la derecha, pasó entre las piedras de la avalancha provocada por el dragón y subió hasta una pequeña loma, desde donde pudo ver a su hijo en medio de un claro. El muchacho miraba a su alrededor y sus pasos eran lentos y dubitativos.

Era un atractivo joven, corpulento como su padre; se vestía con una brillante

armadura que mostraba signos visibles de haber participado en multitud de combates y mantenía la espada ante sí, como un explorador que buscara el camino con una linterna.

Soth corrió hacia él, pero se detuvo cuando vio la expresión de los ojos. Eran dos grandes esferas, blancas e inexpresivas: su hijo estaba ciego y tanteaba a su alrededor procurando orientarse.

—Padre, ¿estáis ahí?

—¡Sí! —gritó Soth, acercándose.

Pero entonces el dragón regresó, precipitándose hacia ellos a toda velocidad. Soth desenvainó la espada para hacerle frente. Era un Dragón Rojo, cuyo hocico y cabeza estaban erizados de púas; tenía el cuerpo recubierto de brillantes y rojas escamas. Ante semejante enemigo, incluso un valiente caballero como él sentía la sacudida de un escalofrío de terror.

—¡Padre, ayúdame!

El dragón hizo una pasada por encima de sus cabezas y remontó el vuelo para repetir el movimiento. Soth se lanzó hacia su hijo, pero cayó bajo un nuevo desprendimiento que le aprisionó las piernas y los pies, impidiéndole moverse.

—¡Padre, padre! ¿Estáis ahí?

Intentó responder, pero las palabras no le acudieron a los labios. El dragón describió otro círculo en el cielo, aterrizó a menos de cincuenta pasos del muchacho y se acercó, lentamente, con una perversa mueca en el hocico. El monstruo inhaló profundamente, conteniendo el aliento, y abrió por completo las horrendas mandíbulas.

Soth sintió que desfallecía. Quiso gritar, pero no fue capaz. Entonces, el dragón exhaló un chorro de fuego abrasador.

—¡Padre, por favor! —gritó su hijo, envuelto en una llamarada de insoportable calor, antes de que todo el cuerpo le ardiera como una tea.

—¡No! —gritó Soth. Y fue la única palabra que pudo articular.

El dragón se volvió hacia él. Largos penachos de humo salían de sus entreabiertas fauces y, cuando las volvió a abrir para exhalar de nuevo, pareció como si sonriera cruelmente...

—¡Milord, milord! —llamó Caradoc.

Soth abrió los ojos, de repente, y jadeó.

—¿Qué...? ¿Qué ocurre?

—¿Estáis bien? —preguntó el escudero—. Parecíaís gritar de dolor.

Soth intentó recuperar el aliento y miró a su alrededor. Lentamente fue haciéndose consciente de dónde se hallaba, y se dio cuenta de que todo había sido una pesadilla; una horrible pesadilla.

—Estoy... bien. Estoy bien.

Se miró las piernas y comprobó que la manta se le había anudado en los tobillos. Se la quitó a puntapiés.

—¿Es mi turno de guardia? —preguntó a Caradoc.

—No, señor. Vuestro turno ha pasado. Dormíais tan profundamente que decidimos no despertaros.

Soth no protestó. Podría haber reprochado a sus caballeros que no lo hubieran levantado, pero, en el fondo, sabía que había sido culpa suya. Una de las primeras reglas decía claramente que los caballeros que dormían mucho vivían poco. No era propio de él haber olvidado algo así, pero había sucedido. Era mejor no pensar más en ello.

—Está bien —consintió—, pero que no vuelva a suceder.

—Sí, milord.

Al levantarse, comprobó que tenía las ropas empapadas en sudor.

Los caballeros ya llevaban un rato cabalgando cuando el sol asomó por encima de las montañas Dargaard, y el calor que derramó fue bienvenido tras aquella noche glacial.

Soth volvió a ocupar la cabeza de la expedición, pero cuando empezaron a aproximarse al poblado de Halton, dejó que fuera el jinete que los había avisado el que marchara primero, ya que conocía el terreno. Además, destacó a dos caballeros por los flancos, pues pensó que los ogros habrían dispuesto algún tipo de vigilancia, especialmente en los caminos que llegaban desde el alcázar de Dargaard.

Al poco rato, mientras franqueaban una torrentera, uno de los destacados emitió un gorjeo como el de un pájaro. Inmediatamente, Soth detuvo la escuadra con un gesto del brazo y aguardó a que el caballero que había dado la alarma se presentase para informar. Había sido Colm Farold.

—Voces, milord. Según parece, provienen de allí —indicó, señalando en dirección a la maleza que crecía a cierta distancia.

En efecto, se oían débiles sonidos hacia la izquierda. Soth asintió y ordenó a Farold, y dos caballeros más, que desmontaran.

—No hay nadie delante —dijo, cruzando la torrentera y dejando a los tres guerreros detrás—. Será mejor que prosigamos. Os esperaremos más lejos.

Momentos después, una vez a cubierto, Soth y el resto de los caballeros aguardaron a que Farold y los suyos volvieran con los prisioneros que acababan de capturar.

—¡Hender y Pike! —exclamó el jinete de Halton.

—¿Los conocéis? —inquirió Soth.

—Desde luego. Uno es primo mío, y el otro es vecino del pueblo.

Soth estudió a los hombres y, por sus vestiduras, dedujo que eran simples granjeros.

—Los descubrimos entre los matorrales, con la cabeza entre las piernas —explicó Farold.

—Pensábamos que erais un grupo de ogros —dijo el mayor de los dos, que habían identificado como Hender.

Era un hombre de pelo gris y ralo, con una larga barba entrecana, y con las típicas manos y el cuello enrojecidos de tanto arar la tierra. Si el campesino no hubiera estado tan aterrorizado, Soth habría interpretado sus palabras como un insulto; sin embargo, lo pasó por alto.

—¿Cuánto hace que habéis escapado de Halton? —preguntó.

—Huimos esta madrugada, antes del amanecer —confesó el otro labriego, algo más joven, llamado Pike.

A Soth no le sorprendió: era característico de las bandas de ogros saquear y tomar una aldea y, luego, descuidar la vigilancia mientras se dedicaban a disfrutar del pillaje y a contar el botín.

—¿Sabéis dónde se encuentran esos monstruos? —preguntó.

—Sí, casi todos —aseguró Pike.

—Yo también he visto algunos —añadió el anciano.

—Excelente. Vamos a efectuar un alto —anunció—. Cuando cabalguemos de nuevo será para encontrarnos con el enemigo.

Desmontaron y se pusieron a estudiar el mapa que habían trazado en el castillo. Al cabo de un rato, llegaron a la conclusión de que la banda de ogros se mantenía agrupada en el centro del poblado, en la plaza. Desde allí partían cuatro sendas en la dirección de los cuatro puntos cardinales. La que iba en dirección norte era la más amplia y casi se la podía considerar una carretera, pues resultaba la más transitada y la que conducía al alcázar de Dargaard. Las otras eran estrechos caminos, especialmente el del este, que conducía hasta una pequeña granja y, desde allí, a una de las cumbres más altas de las Dargaard.

Decidieron tomar esa senda, pues tuvieron en cuenta la probabilidad de que la principal estuviera vigilada, y también la seguridad de los supervivientes, que, según Pike, estaban encerrados en una cabaña al oeste del pueblo.

Con aquel plan de batalla, emprendieron el camino, procurando mantenerse fuera de la vista de los posibles centinelas que estuvieran apostados. Sin embargo, a medida que se aproximaban comprendieron que los ogros no estaban preocupados por posibles ataques: no había nadie montando guardia ni nadie encaramado en los tejados. A pesar de todo, Soth mantuvo a sus caballeros ocultos entre la maleza.

—¿Es éste el camino? —preguntó.

—Sí, milord —contestó Pike—. Describe una curva más adelante, antes de desembocar en la plaza. A la izquierda, hay un pequeño arroyo que alimenta una balsa de donde se abastece el pueblo durante la sequía de verano.

—Muy bien —asintió. Luego llamó—: ¡Farold!

—Sí, milord —fue la rápida respuesta.

—Llevarás a tus hombres por aquel campo —ordenó, al mismo tiempo que señalaba la dirección—. Las mieses os cubrirán. Oculta tus monturas y asegura el centro de subastas y los almacenes de grano. Luego, te reúnes conmigo en la plaza.

Farold asintió y desmontó junto con tres camaradas. En cuestión de minutos, se hallaban de camino.

—¡Caradoc!

—Milord.

—Tú entrarás por el sendero sur. No creo que encuentres mucha resistencia, pero seguramente te topará con algún ogro.

—Sí, milord, seguramente —dijo con una sonrisa de satisfacción.

—Que te acompañe Kern. Sed cuidadosos, pero no os atraséis.

Ambos partieron, y eso dejó a Soth con seis caballeros, dos de los cuales eran Darin Valcic y Zander Vingus, de la Orden de la Espada, para el ataque frontal.

Soth respiró profundamente. Después de todo ese tiempo como caballero y de tantas batallas, todavía experimentaba la misma ansiedad antes del enfrentamiento. Era una tensión nerviosa, como una sensación de euforia que se acumulaba y desaparecía tan pronto como comenzaba la lucha. Entonces, su instinto guerrero, largamente entrenado, tomaba el control de sus actos y lo llevaba a luchar como un poseso hasta que derrotaba completamente al enemigo. Pero eso vendría después. En ese momento se contuvo, pues todavía tenía que conducir a sus hombres al combate.

Desenvainó la espada y espoleó su caballo. Los demás lo siguieron por el sendero, hasta que llegaron junto a una casa que se hallaba desierta y desde la cual se divisaba la plaza del pueblo.

Allí estaban los ogros, ocupados en reunir su botín y preparándose para partir hacia Throtyl. Paladine parecía favorecer a los caballeros, pues ninguna de las criaturas reparó en ellos. Soth calculó la distancia que los separaba, y se dio cuenta de que aquellas bestias no tendrían tiempo para escapar. Por lo tanto, no quedaba más alternativa que luchar o morir.

Blandió la espada en alto y azuzó su montura. El animal se lanzó al galope y, en segundos, el silencio quedó roto por los gritos de batalla.

El primer ogro que vio a Soth se quedó petrificado, como si hubiera visto a la muerte en persona. Luego se espabiló, tomó su garrote y se aprestó a combatir.

Soth arremetió contra él a toda velocidad y, describiendo un violento molinete con la espada, lo partió en dos. El cuerpo sin vida de la horrible criatura se desplomó, salpicándolo de sangre.

Rápidamente, el resto de ogros se dio cuenta del peligro que se cernía sobre ellos. Algunos intentaron huir, pero fueron interceptados por los caballeros apostados en los

otros caminos, que los dejaron fuera de combate y se reunieron, luego, con sus compañeros, en el pueblo.

El impulso de la carga a caballo condujo a Soth directamente al centro de la plaza. Desmontó y se dispuso a luchar a pie. El resto de caballeros había seguido su ejemplo y, en ese momento, estaban enzarzados en feroces combates cuerpo a cuerpo. Soth temblaba de gozo.

—Esto no es justo —exclamó Farold, que había conducido disimuladamente a su grupo a través de los campos y que, en ese momento, miraba las construcciones situadas al otro lado del camino, donde habían sido encerrados los habitantes de Halton.

—¿Qué no es justo? —preguntó Kris Krejlgard, un Caballero de la Corona, que acababa de regresar de inspeccionar los almacenes, los cuales había encontrado vacíos.

—Esos estúpidos sólo han apostado un centinela fuera de la cárcel y, el muy idiota, además, se ha dormido en su puesto.

—Quizá celebraron su victoria hasta muy tarde, anoche.

—Sí, seguramente.

—Pero no puedes matarlo mientras duerme.

—No, claro que no —repuso Farold, a quien el Código y la Medida impedían acabar con los enemigos que estuvieran desprevenidos—. Sin embargo, dudo que oponga resistencia cuando lo despierte.

—No, en su estado no lo creo.

Farold se incorporó, cruzó el camino y le propinó un puntapié al ogro.

—¡Uh! ¿Qué...? —balbuceó la dormida criatura.

—¡Ríndete o muere ante mi espada! —exclamó el caballero.

Como toda respuesta, el ogro le lanzó un puñado de tierra a los ojos y se puso en pie de un salto, al mismo tiempo que empuñaba su garrote.

Farold quedó momentáneamente cegado y maldijo mientras se limpiaba la suciedad de la cara y se aprestaba a hacer frente a la traicionera criatura.

En tanto ambos entablaban combate, Krejlgard se acercó hasta la improvisada prisión y liberó a los lugareños que habían sido encerrados. Luego los escoltó hasta los vacíos graneros, donde aguardaba el resto de la patrulla con las provisiones preparadas. Cuando regresó junto a Colm, lo encontró ante el cadáver del ogro.

—Poco has tardado en acabar con él —comentó.

—Me temo que tenía sus habilidades menguadas por el efecto de la borrachera o del largo sueño —contestó Farold, con un leve tono de insatisfacción.

—Seguramente no conocía nuestra primera regla —concluyó Krejlgard con deliberada ironía.

—Eso parece —repuso Farold, cuya mirada escrutaba el pueblo que quedaba frente a él en busca de señales visibles del combate que desde allí alcanzaban a oír.

Sin añadir palabra, los dos caballeros echaron a correr en aquella dirección.

Soth buscó con la mirada un contrincante y vio un ogro que inspeccionaba un carro por si escondía algún caballero enemigo.

—¡Estoy aquí, bruto maloliente! —gritó, a la vez que propinaba al ogro una patada que lo envió de bruces al suelo.

El grandullón se dio la vuelta.

—¡No sabía que los Caballeros de Solamnia pelearan como simples mozas de taberna! —exclamó.

A Soth le hizo gracia el comentario y agradeció que su contrincante tuviera sentido del humor.

—Solamente cuando nos enfrentamos a viejas matronas como tú.

El ogro se puso en pie, y el caballero comprobó que le sobrepasaba más de una cabeza. Empezaron a intercambiar golpes; pero, a pesar de que Soth alcanzaba el cuerpo de su adversario de tanto en cuando con alguna estocada, no pudo lanzarle ninguna que fuera mortal. Entretanto, el ogro lo golpeaba con fuerza y, aunque la armadura de Loren amortiguaba el impacto en lo posible, no dejaba de resultarle doloroso.

—No peleas mal para ser un humano —ironizó la criatura—; debe de correr sangre de ogro por tus venas.

El comentario enfureció a Soth y lo cegó de ira. Ciertamente era noble su estirpe, y ninguna gota de envilecida herencia de ogro mancillaba su linaje. Con un rugido de furia, se lanzó contra el bruto y, manejando la espada como si fueran varias, abrió brecha y lo alcanzó en brazos, piernas y estómago. La fiera comenzó a debilitarse, hasta que, finalmente, Soth acabó con él sin apresurarse, asestando tajos aquí y allá, y convirtiendo el cuerpo de su enemigo en un amasijo irreconocible y sanguinolento.

—¡Señor! —dijo un caballero.

Pero Soth no le prestó atención y siguió acuchillando al ogro.

—¡Señor, está muerto! —insistió el caballero.

Finalmente, Darin Valcic asió el brazo de Soth y lo detuvo.

—Es cierto, señor, está muerto; pero quedan más... vivos.

—¡Pues vamos en su busca! —contestó Soth, entre jadeos y con el brillo de la cólera en la mirada.

Caradoc se adelantó entre la maleza. Había oído ruidos de movimientos y se estaba acercando a ellos. Dio unos pasos más y se detuvo a escuchar. Sonaba como si



alguien respirara pesadamente, como un ogro que hubiera escapado de la batalla que continuaba en el centro del pueblo.

Siguió acercándose, con cuidado para no revelar su presencia. Tras él notaba los pasos sigilosos de Western Kern, que se acercaba. Caradoc se dio la vuelta y, con gestos, le indicó a su compañero que pasase por detrás y rodeara al enemigo. Kern asintió y se internó en los matorrales.

Cuando Caradoc hubo perdido de vista al caballero, continuó tras el rastro del ogro. Tras haber avanzado unos cuantos metros, se detuvo: el sonido de la respiración de la criatura le hizo pensar que se hallaba muy cerca, tanto que creyó apreciar el hedor de su aliento. Apartó con cuidado una rama y... Allí estaba el ogro, sentado, dándole la espalda. Era enorme; mucho más alto que Caradoc. Tenía una larga melena que se prolongaba espalda abajo, como una crin de caballo, y unos brazos gruesos como los muslos del caballero. Las piernas de la bestia le parecieron tan anchas como el tronco de un árbol.

Caradoc tomó aliento, desenvainó su espada y se preparó para la lucha justo en el momento en que la mole se daba la vuelta. Una expresión de sorpresa apareció en el rostro de la criatura, pero no hizo ademán de huir. En lugar de ello, blandió su enorme espada y se lanzó contra él.

El caballero pudo desviar el primer golpe con un movimiento del escudo, pero la violencia de la arremetida le provocó oleadas de dolor por todo el brazo. No obstante, contraatacó con una estocada que alcanzó a su enemigo en la pierna, con lo cual lo detuvo momentáneamente.

Tras intercambiar una serie de espadadas, los dos contendientes recobraron sus posturas en guardia, nuevamente listos para entablar combate.

—¡Caradoc! —Era la voz de Western que surgía de la vegetación.

El ogro volvió la cabeza para identificar aquella nueva amenaza, y el caballero aprovechó el gesto de su oponente para clavarle la espada en el cogote y acabar así con su vida.

Segundos más tarde, apareció Kern, y cuando vio a la bestia tumbada boca abajo, no pudo reprimir una exclamación.

—¡Vaya, menudo tamaño!

—Se defendió valientemente —manifestó Caradoc, apoyando un pie sobre la espalda del cadáver—, pero al final no estuvo a la altura de mi espada.

El caballero Kern miró con admiración a su camarada. Obviamente, no había visto el modo poco limpio que había empleado el otro para acabar con la bestia.

—Bien hecho, caballero Caradoc —declaró.

—Gracias, caballero Kern —repuso, haciendo una reverencia.

—De acuerdo, ya basta —interrumpió Western, tras un momento de pausa—. La lucha continúa en otro lugar. Vámonos.

—Tú primero —respondió Caradoc, haciendo un gesto afirmativo.

La lucha en la plaza duró poco. Varios ogros habían caído durante la embestida inicial de los caballeros, y varios más perecieron en la pelea que siguió. El ímpetu guerrero de los que quedaron menguó de prisa, y todo acabó rápidamente cuando los escasos supervivientes se desbandaron. El suelo había quedado sembrado de ensangrentados cadáveres, y los ogros que habían huido cayeron bajo las cuchilladas de Farold y sus hombres.

Era posible que alguno hubiera escapado y consiguiese llegar a Throtyl, pero a Soth eso no le preocupó. Si era así sólo serviría para que el resto de ogros y sus compinches supieran lo que les aguardaba en el caso de que quisieran intentar otras rapiñas parecidas.

También cabía la posibilidad de un contraataque, pero a Soth le pareció poco probable. Aquello había sido una simple y aislada escaramuza, y ya había finalizado. Limpió su arma en el cuerpo de un ogro caído, la envainó y miró a su alrededor para comprobar los daños. Excepto por lo que los ogros habían consumido durante la celebración del pillaje, la mayor parte de los bienes de los lugareños estaban a salvo. Quizás algunos tuvieran que transportar sus enseres hasta las casas mediante carros, y quizás otros tardarían un tiempo en recuperarse de la impresión del ataque de los ogros; pero, dentro de todo, las cosas no sólo habían ido bien, sino que habían salido mejor de lo que el propio Soth había esperado.

Ninguno de sus caballeros había resultado herido de gravedad. Aparte de las magulladuras y los cortes de rigor, no había nada que una buena jarra de cerveza no pudiera remediar.

Soth vio que Farold y los suyos regresaban por el camino del norte.

—Todo limpio de ogros, señor —informó.

—¿Y los habitantes del pueblo?

—A salvo.

Soth asintió con satisfacción y miró en la dirección opuesta, por donde venían Caradoc y Kern. Hizo un gesto interrogativo con la cabeza.

—No queda ninguno en el bosque, pero de haberlo, en este momento estaría huyendo a toda velocidad hacia Throtyl —respondió su lugarteniente.

El señor del alcázar de Dargaard experimentó una oleada de orgullo por la forma en que se habían comportado los hombres bajo su mando, pero también por cómo había ideado el ataque, de manera que ninguno tuviera que enfrentarse a un número demasiado elevado de enemigos.

—¡Bien hecho Caballeros de Solamnia! —exclamó.

—¡Bien hecho milord! —le respondieron al unísono.

Cuando los lugareños se atrevieron a salir a las calles y las encontraron plagadas

de los cadáveres de los ogros que los habían asaltado y robado, mostraron su agradecimiento a los caballeros insistiendo en que se quedasen para celebrarlo con una gran fiesta. Tras el largo viaje y la agotadora lucha, todos ellos aceptaron con gusto el ofrecimiento.

El festín, cuyos manjares acababan de ser rescatados de las garras de los ogros, fue servido en la plaza del pueblo. La cerveza y el vino corrieron en abundancia, y la música y las canciones interpretadas por los mejores bardos de Halton le dieron a esa noche el ambiente de una gran celebración.

Tras el ágape, las gentes incluso quisieron obsequiar a sus salvadores con objetos valiosos salidos de sus propios y rescatados ajuares; pero los caballeros, haciendo honor a su condición y a los preceptos del Código y la Medida, rechazaron aquellas tentadoras ofertas.

Especialmente virtuoso se mostró lord Soth, que, a pesar de los embriagadores efectos del vino y la cerveza, y de las seductoras maneras y abiertas sugerencias de una atractiva granjera, no dejó de pensar en su castillo y en la mujer que allí lo aguardaba, lady Korinne, su amante esposa.



—Adelantaos —ordenó el Príncipe de los Sacerdotes.

La joven mujer se acercó, llevando en brazos a su hijo, envuelto en pañales. A su izquierda había otra mujer, algo mayor, vestida con las ropas blancas y amarillas características de las hechiceras seguidoras del Príncipe de los Sacerdotes.

—La hechicera Hailerin —dijo éste, mientras señalaba a la mujer de más edad— me ha explicado que albergáis pensamientos malignos hacia ese niño.

—No soy consciente de haber tenido tales pensamientos, su santidad —repuso humildemente la mujer.

—Hechicera Hailerin —llamó el Príncipe de los Sacerdotes—, ¿qué decís a eso? La interpelada se adelantó.

—Me hallaba paseando por la calle donde vive esta mujer, anoche, cuando oí el llanto de un niño, un llanto que denotaba un gran dolor.

—Proseguid.

—Así que busqué la fuente del llanto, y la búsqueda me condujo a casa de esta mujer.

—¿Y qué visteis?

—El niño ha sufrido de cólicos que... —comenzó la mujer.

—¡Silencio! —interrumpió el Príncipe de los Sacerdotes—. Podréis hablar cuando termine la hechicera.

La mujer calló, al borde del llanto.

—Al principio intentó consolarlo, pero como no se callaba, lo sacudió; primero, débilmente y, más tarde, con fuerza.

El Príncipe de los Sacerdotes asintió.

—¿Y sus pensamientos? —preguntó.

—Sus pensamientos iban desde abandonar al niño en un portal hasta aplastarle la cabeza con una piedra.

El Príncipe de los Sacerdotes pareció sorprenderse.

—El niño ha pasado una mala época con sus cólicos —quiso aclarar la mujer, mientras negaba con la cabeza—. No he dormido una noche entera desde hace más de seis meses, es como si no hubiera dejado de llorar en todo ese tiempo. Nada de lo que

he hecho para ayudarlo ha servido.

—¿Acaso niegas haber tenido esos pensamientos?

—¡Quiero a mi hijo!

—Responde a mi pregunta —urgió el Príncipe de los Sacerdotes.

—¿Qué madre no ha tenido pensamientos parecidos en un momento u otro?

—Por lo tanto, ¡admitís haber pensado en abandonar, e incluso matar, a vuestro hijo recién nacido!

—Estaba angustiada y cansada. Es posible que se me ocurriera, sí, por un instante —admitió la mujer con voz llorosa—, pero nunca haría algo semejante. Quiero a mi hijo y nunca le haría ningún mal.

—Sin embargo, un testigo afirma que lo maltratabais...

—Estaba agotada y no sabía qué otra cosa hacer.

—Maltratar a un niño es un acto malvado. Si sois capaz de algo así, ¿qué os va a impedir que llevéis a cabo vuestros pensamientos asesinos?

—Yo quiero a mi hijo —insistió la mujer.

El Príncipe de los Sacerdotes apartó la mirada, indiferente a las súplicas de la infeliz madre.

—Yo os sentencio a morir para que vuestros perversos pensamientos no puedan convertirse en hechos malignos. Pero no tenéis que preocuparos por vuestro hijo. Será conducido al templo y educado como miembro de la comunidad. Cuando tenga la edad suficiente, se le formará como aprendiz de clérigo.

La criatura le fue brutalmente arrancada de los brazos.

—¡No! ¡Devolvedme a mi hijo! —gritó la madre.

El niño rompió a llorar mientras dos guardias armados arrastraban a la madre fuera de la sala. El eco de sus desgarrados gritos resonó en los pasillos y en las paredes de piedra.

El Príncipe de los Sacerdotes miró a la hechicera.

—Bien hecho, hechicera Hailerin —dijo con una sonrisa en los labios—; bien hecho.



El alcázar de Dargaard estaba oscuro y silencioso. Los pasos de Soth sonaban mientras se encaminaba hacia el dormitorio principal por el frío pasillo de roja piedra como gotas de agua cayendo al fondo de un profundo pozo.

Había estado ausente durante semanas, luchando contra las fuerzas del Mal al frente de sus caballeros, y había decidido regresar como un héroe, pero sin avisar. Así pues, había llegado sin fanfarrias y su recibimiento había sido muy impropio de un héroe.

Pero todo aquello carecía de importancia. Lo que realmente deseaba era ver a su esposa. Quería abrazarla y amarla una vez y otra, y, en cierta forma, compensarla por las largas noches de ausencia a las que la había sometido con su partida.

Entonces, cuando se acercaba a los aposentos, oyó las voces. Eran bajas y susurrantes: el tipo de voz que los amantes emplean cuando se confiesan sus mutuos anhelos. Una de ellas era la de lady Korinne; la otra... La otra era de un tono más grave y hablaba más alto. ¡Era la voz de un hombre! Soth contuvo la respiración.

Una voz masculina en el dormitorio, en plena noche, sólo podía significar una cosa. Sus músculos se tensaron, mientras una oleada de furia lo recorría. Desenvainó la espada y aporreó la puerta.

Del interior se oyó el rumor de las sábanas y cuchicheos apresurados. Soth volvió a aporrear la puerta, pero esa vez con el mango de su arma.

—Está abierta —dijo la voz de Korinne, que sonaba plácida y tranquila, como si se acabara de despertar de un sueño.

Soth agarró el picaporte y abrió. Varias velas alumbraban la habitación, y la claridad de la luna penetraba por la abierta ventana. Korinne sonreía.

—Loren —dijo, abriendo los brazos para recibirlo.

Su sonrisa lo provocó todavía más. ¿Cómo podía una mujer que le había declarado su amor de una manera tan apasionada, de repente, mostrarse tan infiel y traicionera? No deseaba más que gritarle esas mismas palabras a su esposa, descargar su ira y su disgusto, pero no pudo emitir un solo sonido.

Fue hacia la cama sin prestar atención a su esposa; tomó la espada con ambas manos y, apuntándola hacia abajo, descargó un golpe con todas sus fuerzas sobre el

bulto que se hallaba, cubierto por las sábanas, al lado de lady Korinne.

Se oyó un quejido gutural, y una mancha de sangre floreció sobre los blancos cobertores. Cuando los retiró, vio un rostro que le resultó familiar: era el suyo.

Korinne se echó a reír.

Soth se despertó bruscamente, temblando y cubierto de sudor. Respiraba con dificultad y jadeaba como si viniera de una larga carrera. Se sentó en el lecho que pertenecía al corregidor de Halton y miró a su alrededor: la habitación estaba oscura y vacía. La noche era silenciosa y, a juzgar por la posición de las lunas en el cielo, aún faltaba un buen rato para que amaneciera. Soth se volvió a acostar, dando gracias de que nadie lo hubiera visto en aquel estado. ¡Qué horrible sueño!, ¡qué pesadilla!

No solamente no tenía motivos para desconfiar de lady Korinne, sino que, además, nadie se atrevería a cortejar a la esposa del señor del alcázar de Dargaard, el Caballero de la Rosa.

Respiró profundamente e hizo un esfuerzo por alejar de su mente todo recuerdo de la desasosegante pesadilla. Cerró los ojos e intentó conciliar el sueño de nuevo, pero permaneció irremediabilmente despierto hasta el amanecer.

—¿Qué tal habéis dormido? —preguntó Caradoc a la mañana siguiente.

—Como un leño —mintió Soth.

—Igual que yo, y que todos nosotros, supongo.

—Seguramente —repuso, intentando ocultar un bostezo.

La gente del pueblo había preparado un succulento desayuno para los caballeros y, mientras éstos daban buena cuenta de él, se afanaron en cargar de provisiones la caravana de regreso. Soth les indicó que nada de aquello era necesario, puesto que iban a encontrarse con sus servidores, cargados de vituallas, dentro de muy poco. Sin embargo, le fue imposible disuadirlos.

Luego, los habitantes de Halton se colocaron en fila a ambos lados del camino para despedir a sus salvadores. A diferencia de la partida del alcázar, en esa ocasión, Soth y sus hombres cabalgaron despacio entre los vítores y los saludos de despedida, casi como si no quisieran marcharse.

Aquellas demostraciones le parecieron una buena señal de que, en el futuro, no faltarían voluntarios para relevar a la guardia de tres caballeros que dejaba tras de sí.

No tardaron en rebasar el extremo norte del poblado y en alcanzar las praderas que se extendían a partir de allí. Los abiertos espacios les resultaron gratificantes ante la perspectiva de tener que regresar a las murallas de Dargaard, y cabalgaron despacio, disfrutando del paisaje.

Incluso lord Soth, cuyos pensamientos estaban puestos en Korinne, se encontraba dispuesto a retrasar su regreso para despejar su mente de los inquietantes recuerdos del sueño. Además, quizá pasar un poco más de tiempo separados hiciera más

apasionado y amoroso el reencuentro.

Se encontraron con la caravana de servidores y lacayos justo después del mediodía y decidieron acampar todos juntos en la llanura. Los caballeros heridos durante la batalla habían sido curados en Halton, pero las lesiones serían mejor atendidas por los sanadores del castillo que acompañaban a la caravana. El resto aprovechó para cambiarse las ropas que llevaban bajo la armadura.

A medida que transcurría el día y que la comida y la bebida iban haciendo efecto, los caballeros se fueron relajando, cosa que no les había sido posible hacer en Halton, pues se habían visto obligados a mantener a toda costa su dignidad de caballeros solámnicos. Sin embargo, allí, rodeados de sus propios camaradas, celebraron ruidosamente la victoria.

—¿Cómo diantre pudieron llegar a creer esos ogros que podrían salirse con la suya en ese asalto a Halton? —preguntó Petr Hallis, un escudero de los Caballeros de la Espada.

Soth meditó la pregunta mientras él y otros descansaban bajo un árbol.

—Los ogros no destacan por su habilidad a la hora de planear acciones —repuso—. Seguramente se encontraron faltos de provisiones de cara al invierno y pensaron que la mejor manera de obtenerlas era robándoselas a quienes las tenían almacenadas. No creo que jamás se les ocurriera comprarlas o intercambiarlas por algo de valor. Además, esas criaturas, como todos los criminales, piensan más en el botín que en las consecuencias que pueda tener para ellos hacerse con él.

Las miradas de Caradoc y de Soth se encontraron. Durante un instante éste recordó sus actos pasados e imaginó qué habría sucedido si lo hubieran descubierto o relacionado con la muerte de aquellos parientes. Sintió un escalofrío.

—Pero ¡ya basta de esto! —exclamó—. Los ogros no son más que unos torpes matones que se asustan cuando se topan con alguien a quien no pueden amedrentar con su tamaño..., o con su hedor.

Las carcajadas fueron generales.

—¡Un brindis por la victoria de los Caballeros de Solamnia! —exclamó, levantando su jarra de cerveza—. Fue pequeña para nosotros, pero la más grande que han conocido los habitantes de Halton.

El vino y la cerveza corrieron en abundancia durante la noche, y las pequeñas heridas y magulladuras quedaron rápidamente olvidadas. No eran más que una docena de caballeros, escuderos y servidores, reunidos en torno a una hoguera, que contaban historias para entretenerse. Se trataba de relatos —a veces reales, a veces inventados—, en los que los protagonistas eran casi siempre los caballeros; servían para ilustrar la idiotez de los ogros, la sabiduría de Paladine o la benevolencia de Mishakal.

En ese momento, el joven Arnol Kraas estaba explicando una historia que,



seguramente, había aprendido como parte de su entrenamiento para ascender a la categoría de caballero.

—Érase una vez un joven Caballero de la Espada que emprendió un viaje para visitar a sus amigos del alcázar de Vingaard y se encontró con una mujer que lloraba al borde del camino. Rápidamente, desmontó y se acercó a ella. Al incorporarla se dio cuenta de que había sido brutalmente golpeada y desfigurada...

La mayoría de los presentes conocía la historia, pero no interrumpió al escudero. Detrás de cada relato había siempre una lección que les convenía recordar.

—Le preguntó su nombre, y ella le contestó que se llamaba Stalen Luzclara — prosiguió el escudero—. El caballero se quedó anonadado, pues él conocía a Stalen Luzclara y, para ser francos, hacía tiempo que estaba enamorado de ella y había pensado proponerle matrimonio. Su hermosura era conocida en los alrededores, pero entonces había desaparecido a causa de los brutales golpes que le habían propinado los ogros, que odiaban toda manifestación de belleza.

»El caballero tomó a la mujer en brazos y elevó una oración a Mishakal para que devolviese a la joven su perdido esplendor; prometió casarse con ella y protegerla a cambio de que se cumplieran sus deseos. El dios contestó a sus plegarias y se manifestó bajo la forma de una blanca esfera luminosa.

»—Repondré su anterior lozanía —dijo la voz de la deidad— pero te dejo que decidas cuándo quieres que se haga visible: si durante el día, cuando todos podrán apreciarla, o durante la noche, cuando compartáis vuestra intimidad.

»El caballero dudó. Obviamente la deseaba hermosa a su lado, pero tampoco podía obligarla a que mostrara su desfigurado rostro en público. Al final, se sintió incapaz de tomar una decisión y llegó a la conclusión de que no le correspondía a él zanjar el asunto.

»—Mishakal —respondió el caballero—, no puedo decidir el destino de esta mujer. Debe ser ella quien elija; por mi parte mantendré mi promesa de matrimonio sea cual sea su elección.

»—Has obrado sabiamente —respondió la voz de la esfera, que se había puesto a brillar con más intensidad—, pues no es cosa tuya decidir el futuro de los demás, sino ayudarlos a decidir lo que crean más conveniente para ellos. Como recompensa, le devolveré su hermosura para siempre, noche y día.

Kraas concluyó el relato y miró a su alrededor. Los caballeros que lo escuchaban habían esperado un final algo más florido, así que no pudieron ocultar una leve decepción; pero, aun así, aplaudieron cortésmente al joven escudero, y éste pareció complacido.

Soth aprovechó la pausa para avivar el fuego y, pensando en algún cuento más animado, hizo una proposición.

—¿Qué tal si contáis alguna de vuestras historias, caballero Serioescriba?

Derick Serioescriba era un Caballero de la Espada, natural de un pueblo cercano a Dargaard, que compensaba su limitada destreza en el combate con una espléndida oratoria, lo que hacía que contara historias con la misma habilidad que demostraba para las negociaciones diplomáticas.

—Muy bien —respondió el aludido, mirando a sus colegas con una fingida mueca—; una terrorífica, pues.

Los congregados se agruparon en torno al narrador.

—Érase una vez un caballero solámnico que se había extraviado tras librar una dura batalla contra un Dragón Azul particularmente maligno...

—Una batalla de la que, sin duda, había salido vencedor —interrumpió uno de los servidores.

—Sí, había vencido, pero el dragón, antes de morir, le había lanzado una poderosa maldición.

Los caballeros guardaron un respetuoso silencio: aunque ya no existían los dragones, todos conocían el poder de que, según explicaban los relatos, gozaban aquellas bestias.

—Así pues, tras penetrar en el Bosque Oscuro en busca de sus camaradas, abanderados de Paladine, y a causa de lo denso y sombrío del lugar, se perdió por completo.

»A pesar de todo, siguió avanzando por la espesura, pues esperaba que daría en algún momento con sus compañeros. Finalmente comprendió que estaba por completo desorientado.

Hizo una pausa para acentuar el dramatismo de la situación y, luego, reemprendió bruscamente la explicación, lo que sobresaltó a su auditorio.

—De repente, tropezó con lo que le pareció un jinete. Al principio creyó que se trataba de un compañero solámnico, pero a medida que se fue acercando se dio cuenta de que sus vestiduras le eran del todo desconocidas. Iba ataviado todo de negro, de la cabeza a los pies, y cubierto por una larguísima capa. Igualmente, su caballo era también del mismo color, y más oscuro que la más cerrada noche. Nuestro amigo se mostró cauteloso y dudó en acercarse más. No obstante, decidió que cualquier ayuda le sería de utilidad para salir de aquel atolladero.

»—Disculpad —llamó.

»Pero no obtuvo respuesta, y el jinete continuó su camino como si no lo hubiera oído. El caballero lanzó a su montura tras el desconocido y, cuando llegó a su altura, le palmeó en el hombro; pero no obtuvo respuesta.

»—¡Hablo con vos! —exclamó, totalmente desconcertado, a la vez que le tiraba de la capa y la capucha, que le cayó de la cabeza.

Todos los que escuchaban contuvieron el aliento.

—El jinete se volvió, y el caballero contempló, horrorizado, que el rostro no era

humano. ¡Era el rostro del Dragón Azul!

»A pesar de su larga experiencia en el combate y de su probado coraje, el Caballero de la Rosa y su montura huyeron despavoridos y se adentraron en la parte más densa del Bosque Oscuro, donde se extraviaron para siempre.

Soth sonrió y observó las expresiones apreciativas de sus compañeros.

—Bien hecho, Derick, una historia adecuada para una noche tan fría.

—¿Qué tal si vos contáis alguna? —propuso a su vez Serioescriba, mientras los demás apoyaban la sugerencia.

—Está bien, está bien —concedió Soth—; pero dudo que sea capaz de relatarla tan bien como Derick.

»Antes de que Vinas Solamnus decidiera crear la orden de los caballeros solámnicos servía a las órdenes del emperador de Ergoth como comandante de la guardia de palacio en la capital, Daltigoth.

Un murmullo de aprobación se oyó entre los reunidos: aquélla era una historia que merecía ser escuchada muchas veces, especialmente en buena compañía, como en aquel momento.

—Vinas Solamnus era un hombre piadoso, un guerrero valeroso y un líder reverenciado por sus hombres. También era leal al emperador y capitaneaba un ejército que no tenía rival. Pero, entretanto, los habitantes de las llanuras septentrionales de Ergoth se preparaban para rebelarse contra el gobierno tiránico del emperador.

»Por ese motivo, Solamnus fue enviado allí, al frente de su ejército, con la misión de aplastar a los insurgentes. Tras una larga campaña de luchas, no sólo tuvo que reconocer la bravura de los rebeldes y su tenacidad en el combate, sino también la justicia de las reclamaciones que habían planteado y que estaban dispuestos a defender con la vida.

»Así pues, Solamnus accedió a encontrarse con el jefe de los sublevados y escuchó de sus labios la lista de los agravios cometidos por el emperador. Cuando descubrió la verdad que se hallaba tras aquellas reclamaciones, se sintió desconsolado, puesto que su honor y su lealtad hacia el emperador lo habían cegado ante las injusticias y abusos cometidos. Inmediatamente, Solamnus reunió a sus seguidores, igual como lo estamos nosotros aquí, y les expuso la situación.

»Cuando hubo terminado, les dio a todos la oportunidad de escoger. —Miró al joven Kraas para relacionar ambas situaciones—. Los que fueran partidarios de la causa de los rebeldes podían quedarse y tomar partido junto a él. Los demás eran libres para regresar a Daltigoth.

»La mayoría permaneció fiel a Vinas Solamnus, aunque eso supusiera exilarse de Ergoth y, probablemente, tener que afrontar una condena a muerte. Los que regresaron llevaron consigo un mensaje para el emperador: “Reparad los agravios o

preparaos para la guerra”».

Soth hizo una pausa para aclararse la garganta. Su auditorio permanecía en silencio, escuchando atentamente. Aunque conocían bien la leyenda, ésta, puesta en los labios de su comandante, les parecía diferente.

—Naturalmente, el emperador acusó a Vinas de alta traición y lo desposeyó de sus títulos y propiedades. Los habitantes de Daltigoth se prepararon para el combate, que, finalmente, se conocería con el nombre de la Guerra de las Lágrimas de Hielo, dado que el invierno durante el que tuvo lugar fue el más frío de toda la historia de Ergoth.

»No obstante, a pesar de las inclemencias del tiempo, y con el apoyo de sus leales caballeros —Soth remarcó aquellas palabras—, Vinas pudo asediar la capital y cortarle las líneas de suministros, a la vez que hacía públicos los detalles de la corrupción del emperador. Durante todo ese tiempo, el tirano se ocultó cobardemente en los confines de su palacio.

»Dos meses más tarde, el emperador capituló y, como primera consecuencia, la parte norte de Ergoth conquistó su independencia y pasó a llamarse Solamnia, en honor del caballero que lo había hecho posible. Aunque ese territorio no alcanzó su actual importancia y poder hasta mucho después de la muerte de su fundador, se convirtió rápidamente en un lugar conocido por la nobleza y el valor de las gentes que lo habitaban.

Los caballeros permanecieron en silencio una vez concluido el relato y, durante un largo momento, todo lo que se pudo oír fue el crepitar de los leños en la hoguera. Luego, sonó una voz.

—Ojalá nuestra lealtad hacia vos —dijo Colm Farold— pueda compararse algún día con la de los caballeros que sirvieron a Vinas Solamnus tan bien.

—¡Bien dicho, bien dicho! —corearon los demás.

—No tengo ninguna duda de que así será —declaró Soth con orgullo.

La hora de las historias había llegado a su fin, y el fuego fue consumiéndose lentamente, mientras proporcionaba calor en medio de la fría noche. No había riesgo de contraataques de los ogros, que sin duda lo pensarían dos veces antes de internarse en territorios controlados por los caballeros solámnicos. Aparte de los animales salvajes, había pocos motivos para preocuparse en aquellas praderas, por lo que, tras apurar sus bebidas, todos se aprestaron a pasar la noche bajo el estrellado y sereno firmamento; todos, salvo Soth.

No le apetecía dormir y, dada la naturaleza de sus últimos sueños, el descanso era algo que había decidido posponer mientras no fuera estrictamente imprescindible. Por ello, se mantuvo despierto y aparentó montar guardia.

—Milord, es mi turno de relevaros —dijo Meyer Seril—. Además, con todos estos escuderos no tenéis necesidad de permanecer levantado.

Soth se dio la vuelta y miró con expresión agradecida a su camarada.

—No estoy cansado. En cambio, vos luchasteis bien y os merecéis una holganza reparadora.

—Gracias, señor —repuso el joven, orgulloso de que su comandante hubiera reparado en él.

—Idos ya.

Soth ignoraba cómo había luchado el joven, pero pensó que la alabanza no le haría ningún daño. Esos pequeños detalles obraban maravillas a la hora de fomentar la lealtad de sus subordinados, por no mencionar la buena opinión que tenían de él.

Continuó paseando y se puso a observar en dirección a Dargaard. Las oscuras puntas de las torres del castillo eran apenas visibles en el horizonte. Mientras lo contemplaba sintió un escalofrío, y se envolvió en su capa, repentinamente deseoso de ver amanecer.



Los caballeros levantaron el campamento por la mañana temprano y cabalgaron por las llanuras con el perfil del alcázar de Dargaard siempre a la vista, que se recortaba contra el horizonte como una rosa de piedra. A mediodía ya podían distinguir detalles de la fortaleza tales como ventanas y troneras, y, al llegar la tarde, pudieron contar los bloques de piedra que constituían su fundamento.

Dado que se habían aproximado al castillo bajo la atenta mirada de los vigías apostados en las torres, los expedicionarios estaban convencidos de que les aguardaba un recibimiento triunfal. Y no se sintieron desengañados: tanto los habitantes de la fortaleza como los de los alrededores salieron a saludar a los victoriosos caballeros. Hombres, mujeres y niños se apiñaron a ambos lados del camino, felices por verlos regresar como vencedores y sin que hubieran sufrido baja alguna.

Cuando la columna llegó a los aledaños del castillo, descendió el puente levadizo sobre el foso, y se alzó la enorme puerta de rastrillo, como una acerada mano que les diera la bienvenida.

Gared Kentner, el intendente, hizo un rápido recuento de los jinetes.

—¿Alguna baja? —preguntó.

—Ninguna —afirmó Soth, negando con la cabeza—, pero he dejado un destacamento de tres caballeros en Halton como medida de precaución.

—Estupendo —repuso Kentner, seguramente feliz por no tener que hacer reajustes en las dependencias del alcázar.

Soth siguió adelante y vio que lady Korinne encabezaba la comitiva que salía a su encuentro. También apreció que ella se había puesto sus mejores galas en su honor y que ofrecía un aspecto resplandeciente: estaba más hermosa incluso de lo que la recordaba.

Sintiendo cómo se le hacía un nudo en la garganta, Soth desmontó, se acercó a su esposa y le tomó las manos.

—Mi señor... —dijo ella.

Él se quitó el casco e, inclinándose, la estrechó entre sus brazos y la besó. También apreció pasión en el beso de su esposa, pero había algo más. Notó como si alguna extraña renuencia impidiera a la joven entregarse completamente.

Entonces, lo asaltó el recuerdo de su última pesadilla. ¿Acaso le había sido infiel? Y deshizo el abrazo inmediatamente.

—¿Hay algo que tengáis que decirme? —le preguntó en tono glacial.

Ella lo miró con ojos llorosos y suplicantes, y él temió lo peor.

—No... No estoy embarazada... —Las palabras salieron de su boca a trompicones, como con vergüenza.

Soth se sintió invadido por el alivio y, a la vez, por la decepción. Su esposa no había concebido, pero las sospechas acerca de su infidelidad no eran más que imaginaciones suyas.

La contempló, intentando no dejar traslucir sus emociones, y admiró la belleza de sus verdes ojos.

—Entonces, tendremos que intentarlo de nuevo —dijo, y añadió con una sonrisa —: a menudo.

Al escuchar aquello, la joven experimentó una oleada de alegría, ya que había temido la reacción de su esposo. Pero ¿qué hubiera podido hacer él?: ¿quizás amenazarla con la espada? Lo cierto era que a ella le resultaba tan frustrante como a lord Soth puesto que deseaba aquella criatura tanto como él.

Soth se percató de los sentimientos de lady Korinne y decidió que sería mejor que se ayudasen el uno al otro.

—Parece conveniente que nos pongamos manos a la obra... ahora mismo.

Una sonrisa traviesa apareció en el rostro de Korinne, mientras Soth la tomaba de la mano y, juntos, emprendían el camino de los aposentos reales.

Las apasionadas veladas que Soth pasó junto a su esposa se prolongaron durante el invierno y les ayudaron a resguardarse del frío durante los meses de Frostkolt, Newkolt y Deepkolt. Sin embargo, el helor no desapareció con la llegada de la primavera, pues las noticias de la muerte de lord Reynard Gladria, en su casa de Palanthas, sembraron el desconsuelo en el alcázar.

A pesar de que en los últimos tiempos había estado enfermo, su fallecimiento fue una desagradable sorpresa, tanto para Soth como para Korinne. De hecho, toda Solamnia lo lamentaba; pero lo que lo hacía más doloroso para la joven esposa era que ella no había sido capaz de engendrar un nieto para su padre. Por ese motivo, ninguna de las palabras de Soth consiguieron sacarla de su estado de desconsuelo.

Ambos viajaron hasta Palanthas para asistir a los funerales, y Soth permaneció en la ciudad hasta que el paso del tiempo pareció aliviar el dolor de su esposa. Finalmente, hacia finales del mes de Brookgreen, el caballero consideró que era su deber regresar al castillo, donde le esperaban sus obligaciones. Le ofreció a su esposa la posibilidad de que se quedara en la capital, junto a su madre, hasta que se considerase completamente repuesta. No obstante, Korinne rehusó y, con una

dignidad propia de un caballero solámnico, anunció que su lugar se encontraba al lado de su esposo. Así, regresaron al alcázar de Dargaard con la esperanza de engendrar un heredero antes de que lady Leyla, muy desmejorada, también falleciera.

Sin embargo, a pesar de la explosión primaveral que los rodeaba entonces, las noticias de la joven esposa resultaron desalentadoras, y Soth no se atrevió a seguir preguntando durante las semanas que siguieron. Se limitó a esperar, confiando en que la voluntad de Paladine —acaso no eran conocidos los Caballeros de Solamnia como abanderados del dios— los bendijera con un heredero. Pero la larga espera no hizo más que incrementar su dolor, mientras el llanto de lady Korinne resonaba, cada vez más a menudo, entre las paredes del castillo.

El bosque estaba en llamas.

Soth miró a su alrededor, pero no vio más que el fuego que devoraba los árboles y que lo empujaba en dirección norte, sin dejarle otra escapatoria. Corrió durante horas, hasta que sintió las piernas como de plomo, y cada paso se convirtió en una tortura insoportable. Y de pronto no pudo más.

—¡Padre!

Era la misma voz que había escuchado la última vez: la voz de su hijo.

—¡Padre!, ¿estáis ahí? ¡Ayudadme!

Soth intentó correr, pero las piernas no le respondieron. Su cuerpo se hallaba exhausto tras la interminable carrera entre el incendio. Dio dos pasos vacilantes y se derrumbó.

—¡Padre!, ¿por qué no me ayudáis?

Escrutó a través del humo y pudo distinguir, a lo lejos, que algo se movía. Era su hijo, pero más joven en esa ocasión. Iba vestido de escudero y tenía los párpados abrasados por el calor. Caminaba a tientas entre las cenizas e incluso las brasas.

Soth hizo un esfuerzo para llamar al muchacho, pero se dio cuenta de que no sabía cómo, puesto que no conocía su nombre.

—¡Padre, salvadme!

Abrió la boca y el espeso humo que lo rodeaba le provocó una violenta arcada.

—¡Padre!, ¿estáis ahí?

Balbuceó y tosió entre el humo abrasador y, antes de que pudiera articular palabra, un árbol ardiendo se desplomó sobre su hijo, lo inmovilizó en el suelo y le incendió las ropas. Mientras lo veía arder pudo escuchar sus últimas palabras.

—¡Padre, duele!

Los ojos de Soth se abrieron de golpe, y tosió para aclararse la garganta. Miró en derredor y vio a su esposa que dormía a su lado, tranquilamente. La leve sonrisa que se le dibujaba en el rostro le indicó que no se había percatado de su nueva pesadilla. Hacía tiempo que no había soñado nada semejante, desde su viaje a Halton. Entonces lo había considerado un simple producto de su ansiedad en víspera de la batalla; pero,



en ese momento, tras meses de vida tranquila en el castillo, ¿qué podía haberlo provocado?

Se levantó de la cama, con cuidado de no despertar a Korinne, se vistió rápidamente con unos calzones y una túnica, y se calzó con unas blandas botas para no hacer ruido al caminar. Era temprano en la madrugada, y los gallos todavía no habían dado el primer canto.

Salió de la habitación y se dirigió hasta la casa de guardia de la entrada. Allí, el puente levadizo estaba bajado, preparado para recibir las provisiones del día. Soth fue hasta el vigilante y le ordenó que alzara el rastrillo, ya que deseaba pasear por los alrededores.

—¿Solo? —preguntó el atónito centinela.

Él no respondió y se limitó a mirarlo. Aunque la costumbre establecía que un escudero o un lacayo debían acompañarlo, lo que deseaba en ese instante era estar a solas.

El guardián se dio cuenta y asintió.

—Como deseéis, señor.

Accionó el mecanismo que izaba la pesada puerta, y vio cómo el caballero pasaba bajo ella y cruzaba el puente sin hacer ni un solo ruido.

Soth se detuvo en la otra orilla y miró las oscuras aguas del foso. Luego siguió adelante, hasta que llegó a un pequeño jardín que había en el exterior. Allí se habían plantado diferentes variedades de flores con ocasión de su boda y, entonces, un año después, estaban floreciendo. El plantel rebosaba de pétalos amarillos y azules, pero era todavía temprano para las rosas, aunque los jardineros le habían prometido un brillante espectáculo rojo y blanco cuando brotaran.

Sin embargo, el espectáculo de la renaciente naturaleza hizo poco por mejorar su estado de ánimo; sólo le recordó la incapacidad de su esposa para hacer lo mismo. En cualquier caso, el asunto no tenía explicación posible. Al parecer, su padre no había tenido dificultades a la hora de ver cómo crecía su semilla. Entonces, ¿por qué él sí? ¿Acaso no compartían la misma sangre? Y Korinne: ¿no habían procreado sus padres y organizado una vasta familia? ¿Por qué semejante fertilidad no la había alcanzado a ella también? Por primera vez desde que contrajo matrimonio, su mente albergaba dudas.

Quizá se había equivocado al casarse con lady Korinne. La idea lo sacudió con la fuerza de una bofetada y, aunque intentó desterrarla de su mente, no lo consiguió.

Continuó caminando y llegó hasta el cenador que se erguía en el centro. La puerta estaba cerrada, pero sin pestillo. Entonces recordó un dicho kender que decía: «¿Por qué insultar a la naturaleza de una puerta poniéndole una cerradura?». Y se preguntó por qué motivo habría permitido Paladine que se construyera semejante nido de amor si era para dejarlo yermo. Todavía confiaba en la clarividencia del Gran Dragón, pero

no dejaba de preguntarse por la tardanza.

Cuando se sentó en el cenador y contempló los primeros rayos del amanecer que iluminaban las cumbres de las montañas, se le ocurrió una posible respuesta a todas sus preguntas. Quizás era que Paladine le estaba haciendo pagar el precio de los pecados de su padre, de las faltas que él, su hijo, había tenido que ocultar, haciéndolas suyas para siempre.

No pudo reprimir un escalofrío cuando notó el viento de las cumbres.

—Milord, ¿va todo bien? —preguntó la voz de Caradoc, que se acercaba entre las sombras del jardín.

—Sí, no pasa nada, excepto que el aire es helado esta mañana —contestó Soth, mientras se envolvía con la capa—. ¿Tú no lo notas? —preguntó a su lugarteniente.

Caradoc lo miró con extrañeza.

—No, señor. No lo noto en absoluto —repuso.



El hechicero caminaba despreocupado por las calles de Istar. Era un hombre mayor, y vestía las obligadas prendas amarillas y blancas de su orden religiosa. De cuando en cuando se detenía frente a los aparadores de los puestos de venta, estudiándolo todo, pero sin buscar nada en particular.

Tenía una extraña sensación, ya que acababa de recibir el poder de leer las mentes de los ciudadanos de Istar de manos del Príncipe de los Sacerdotes. Sin embargo, albergaba dudas acerca de qué debía hacer ante los malos pensamientos que descubriera y cómo evitar que se transformaran en actos malvados. Las instrucciones que había recibido al respecto no habían sido claras y le permitían un gran margen de actuación.

Esa mañana, había sido testigo de una transacción en el mercado del oeste de la ciudad. Allí, un pescador había intercambiado sus productos por grano, azúcar y especias, pero el trato lo había dejado descontento, pues la calidad de lo que había adquirido no era comparable a la frescura de los peces que había entregado a cambio. El hechicero había leído las mentes de los dos comerciantes y, si bien la del vendedor de grano rebosaba de satisfacción, la del pescador parecía que albergaba otros pensamientos: deseaba claramente que al otro lo timaran como lo habían timado a él.

Mientras contemplaba cómo cada uno seguía su camino, se había preguntado si los pensamientos del pescador habían sido realmente malvados; pero había decidido que no, puesto que, en definitiva, el hombre sólo había deseado lo que el vendedor de grano realmente se merecía.

En ese momento, mientras caminaba por el barrio de los artesanos, se detuvo ante una herrería y contempló cómo trabajaba su propietario ante la forja. El lugar estaba iluminado por el resplandor de los carbones y en las paredes colgaban multitud de espadas; por su grado de ornamentación estaban destinadas, seguramente, a decorar alguna de las paredes del templo del Príncipe de los Sacerdotes. El herrero seguía batiendo y martilleando el ardiente acero, y el hechicero decidió leer su mente.

*Más fuerte... Un poco más... Ahí, ahí... Ahora la curva...*

Sus pensamientos correspondían a su trabajo.

*Otra vez, no tan fuerte... Eso... Vamos bien... ¡Demasiado!...*

Sin embargo, el hechicero detectó algo más. Bajo ellos fluía una corriente de furia, un enfado que podía aparecer en cualquier momento.

*Tanto trabajo y tan poca paga... Más fuerte, más delgado...*

De repente, la hoja que estaba martilleando se partió, lanzando chispas y trozos de metal incandescente en todas direcciones.

*Más tiempo y dinero malgastados... Demasiado trabajo, incluso para el Príncipe de los Sacerdotes...*

El herrero examinó el extremo de la rota espada que aún sostenía en la mano.

*Quizá sea lo bastante afilada para el Príncipe de los Sacerdotes... Directa al corazón y con una vuelta para asegurarse...*

El hechicero se estremeció ante la perversidad de la idea. ¡Era inconcebible atentar contra la vida del Príncipe de los Sacerdotes! Y sólo encontró una manera de enfrentarse a aquella monstruosidad, que debía ser atajada a toda costa.

Cerró los ojos, se concentró y empezó a recitar una letanía de extrañas palabras. Entonces, el artesano trastabilló, como si se sintiera mareado. Sacudió la cabeza para despejarse, pero continuó dando bandazos. El hechicero calló y dejó que el encantamiento hiciera su efecto.

El herrero tropezó nuevamente, pero en esa ocasión cayó al suelo mientras sostenía el fragmento del arma que se había partido. La hoja le atravesó limpiamente el cuello y acabó con su vida y con todo mal pensamiento.



La primavera de ese año aportó largos días soleados y noches lluviosas, por lo que los granjeros de Solamnia dieron gracias a Paladine por la que iba a ser, sin duda, una magnífica cosecha.

Pero para lord Soth el mes de Holmswelt tenía otro significado. Todos los veranos, los caballeros de Solamnia viajaban a través de Ansalon para reunirse y hablar largamente de sus asuntos, ya fueran cuestiones relacionadas con el entrenamiento de los escuderos, el retiro de los caballeros más veteranos, los últimos adelantos en armamento o las enseñanzas del Código y la Medida.

Soth no había podido asistir al último encuentro a causa de los preparativos de su boda y su designación como gobernador de Foscaterra. Por lo tanto, ese año no podía dejar de acudir, especialmente si tenía en cuenta su condición de nuevo miembro de la Orden de la Rosa.

Así pues, el primer día de Holmswelt, él y otros seis caballeros emprendieron un viaje de tres jornadas a través de las llanuras hasta Palanthas, la gran ciudad portuaria y joya de Solamnia. Soth había decidido que lo acompañaran solamente seis caballeros como recompensa por su comportamiento durante los pasados doce meses. El grupo lo componían Caradoc, Kern y Krejlgaard, todos ellos Caballeros de la Corona, y Valcic, Vingus y Farold, que eran Caballeros de la Espada.

Para escogerlos, Soth había tenido en cuenta tanto la valentía en el combate como la capacidad para levantar la moral durante los largos y tediosos meses invernales. Podría haber hecho que muchos otros se sumaran al grupo; pero, dado que las plazas para el encuentro eran limitadas, eso hubiera supuesto la exclusión de caballeros llegados de otros lugares del continente.

Además, el sistema se había demostrado eficaz para instruir a la caballería. Cuando los respectivos jefes regresaran a sus dominios enseñarían todo lo que habían aprendido a los otros y, de ese modo, en Palanthas no tenían que organizar una gran recepción.

Indiferente al caluroso clima, Soth se vistió para el viaje con una túnica y unos calzones ligeros. Encima se puso una armadura de cuero. No esperaba encontrar dificultades durante el viaje. De hecho, sólo se habían producido algunas

escaramuzas aisladas —como el asalto de los ogros a Halton— desde la proclamación del Manifiesto de la Virtud por parte del Príncipe de los Sacerdotes de Istar. El evento, sin duda, había supuesto un golpe fatal para los secuaces de las fuerzas del Mal, y aunque a veces Soth pensaba que el Príncipe de los Sacerdotes había acumulado demasiado poder, no le preocupaba, pues creía que era una cuestión que debían resolver los políticos. Él se consideraba únicamente un soldado al servicio del Bien, y estaba dispuesto a luchar por esa causa sin tener en cuenta cómo se manifestase.

Los seis caballeros aguardaban, encima de sus monturas, a que Soth se despidiera de Korinne.

—La reunión durará toda una semana, pero, seguramente, estaré fuera unos quince días —anunció.

—Tomaos el tiempo que necesitéis —repuso ella—, ni más ni menos.

Soth asintió. Korinne era una mujer valerosa, y había demostrado ser una excelente esposa en todos los aspectos salvo en uno, uno crucial.

Ella lo contempló con una chispa de esperanza en la mirada.

—Quizá, cuando regreséis...

Él la interrumpió apoyándole el dedo sobre los labios y moviendo negativamente la cabeza.

—No sigáis: me resulta doloroso continuar manteniendo la esperanza. —Sabía que sus palabras la apenarían, pero no se le ocurría otra forma de expresarlo—. Quizá será mejor para los dos que no lo mencionéis hasta que no llevéis una criatura en las entrañas.

Korinne miró a su marido con ojos suplicantes e hizo un esfuerzo por contener las lágrimas.

—Sí, mi señor —repuso.

Soth se inclinó para besarla y notó el seco contacto de los labios de la mujer en la mejilla. La contempló un instante sin saber qué más decir, pero deseando encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, se apartó y montó sobre su caballo.

—¡A Palanthas! —ordenó.

Condujo la expedición por el puente levadizo hasta el exterior y no se volvió para mirar atrás.

—Una espada afilada, un buen escudo y una armadura son todo lo que un Caballero de Solamnia necesita en la batalla —dijo Caradoc mientras cabalgaba al lado de su comandante, al final de la primera jornada.

Ya habían hablado de la vida en el castillo, de la inminente cosecha y de las mujeres que el lugarteniente consideraba interesantes; en ese momento, la conversación versaba sobre armamento, un asunto que sería tratado extensamente

durante la reunión que los aguardaba.

Soth, en cambio, era de la opinión de que había otras armas aparte de espadas y escudos. Aunque éstas siempre serían las favoritas para la lucha hombre a hombre, sabía que a lo largo del continente se estaba desarrollando otro tipo de artefactos para el combate a gran escala.

—La espada es magnífica, sin duda —contestó—; pero el gran Huma Dragonbane demostró que para circunstancias especiales se necesitan armas especiales.

—Quizás —admitió Caradoc, con renuencia.

—Toma como ejemplo algunas armas elfas. He oído decir que han desarrollado distintos tipos de punta de flecha para usarlos en sus arcos: unos son pequeños y acerados, para penetrar en las armaduras; otros son grandes y redondos, especiales para golpear, y también los tienen con afiladas hojas en forma de estrella, para cortar cuerdas y la carne de los enemigos. Incluso poseen una punta hueca que cuando es arrojada silba como un alarido.

—¿En serio? —preguntó Caradoc, con expresión de asombro.

—De verdad. Es un artefacto temible.

—Pues me gustaría ver uno.

—Eiwon van Sickle me contó que nos los enseñarán en Palanthas, y que habrá demostraciones...

Un grito interrumpió las palabras de Soth; era un grito de mujer.

Los caballeros detuvieron sus monturas y escucharon atentamente.

Enseguida volvieron a oírlo, pero entonces sonó más débil. Provenía de algún lugar delante de ellos. Soth estaba escrutando el terreno cuando sonó otro alarido diferente, el de otra mujer. Sin dudarle, Soth espoleó el caballo y se internó a galope tendido en el bosque. Al instante, la tropa de caballeros lo siguió y, rápidamente, desembocaron en un claro que los viajeros utilizaban como zona de acampada en ruta hacia la ciudad. Soth buscó el origen de las voces y desplegó a sus hombres para que rodearan la zona. No tardaron en ver a los ogros.

Uno de ellos sujetaba a su víctima contra el suelo y le tapaba la boca para silenciar los chillidos. Soth desmontó, se acercó a la bestia y lo golpeó con el filo de la espada para llamar su atención. La criatura giró en redondo al mismo tiempo que soltaba a la elfa que había estado sujetando, que quedó tendida en el suelo, temblando de miedo.

Soth se enfrentó con el garrote del ogro y tuvo que desviar los golpes que el gigante le propinó. Prestamente, respondió con la espada. Consiguió desarmarlo y, sin pensarlo, de una sola estocada, lo dejó tendido y muerto sobre la dura tierra.

Volvió su atención hacia la elfa, a quien Valcic ayudaba en esos instantes, mientras el resto de caballeros buscaban a los demás ogros.

—¿Estáis bien? —preguntó al observar el hilillo de sangre que le manaba de la puntiaguda oreja.

—Eso creo —repuso con la mirada extraviada—. Somos peregrinas; vamos a Palanthas para convertirnos en Reverendas Hijas de Paladine. —Suspiró—. Nos detuvimos aquí a pasar la noche. Esta mañana estábamos a punto de iniciar nuestros rezos cuando..., cuando llegaron esas criaturas.

—¿Cuántos eran? —preguntó en un tono tranquilizador.

—Cinco o seis, quizá más. Es difícil decirlo; se parecen tanto y ¡son tan horribles! No pudo contenerse y se echó a llorar. Pero Soth debía saber algo más.

—¿Cuántos formaban vuestra expedición?

—Eramos cinco: yo y cuatro doncellas jóvenes. —Dio un respingo—. ¡Oh, por Mishakal el bondadoso, ¿dónde están?!

Soth sabía que la mujer necesitaba que la tranquilizaran; pero si había más ogros en el bosque, sus caballeros necesitarían su ayuda para enfrentarse y acabar con ellos.

—¿Podéis quedaros aquí un momento?

—Sí. Marchad, marchad a buscar a las demás —repuso la anciana en un intento de recobrar la compostura.

—¡Bien! —exclamó Soth, internándose en la espesura.

—Allí hay dos más —advirtió Colm Farold, señalando un lugar entre los árboles.

—Sí, ahí están —confirmó Western Kern.

—Conque son ellos, ¿eh? —dijo Kris Krejlgard mientras se acercaba por detrás a sus camaradas—. Al parecer, han capturado a un grupo de doncellas elfas. Dos de ellas están atadas a los árboles. Desde aquí no se aprecia, pero creo que están bien.

—¿No hay más ogros? —preguntó Farold.

—No por aquí cerca —contestó Krejlgard—. Oí voces en esa otra dirección, pero Caradoc está allí, con Valcic y Vingus.

—Bien. Entonces, registraremos esa zona cuando hayamos terminado aquí. ¿Habéis visto alguna arma?

—Sólo garrotes y espadas; lo normal tratándose de ogros.

—¿Algo más?

—Sí: un hedor insoportable que casi me ha dejado fuera de combate.

—Conforme —repuso Colm con una sonrisa—. Hay damas en peligro. Vamos, pues, a rescatarlas.

Los tres caballeros se incorporaron orgullosamente, desenvainaron sus espadas y se lanzaron al combate con feroces gritos de batalla.

Caradoc oyó un rumor de agua que fluía. Eso lo sorprendió, puesto que no había visto ningún arroyo cerca. Se adelantó cautelosamente, usando su espada para apartar las ramas circundantes y, de repente, lo vio.



Allí estaba el ogro, orinando contra un tronco, y había dejado sus armas en el suelo. Caradoc rió para sus adentros. ¡Qué ridícula situación era aquélla para un ogro! En absoluto silencio, dio dos pasos y lo golpeó en el peludo codo con el canto de la espada.

—¡Ay! —exclamó la bestia, mientras intentaba detener sus orines y recoger las armas, todo al mismo tiempo.

Sin embargo, sus funciones corporales no parecieron obedecerle, y Caradoc se echó a reír ante el desafortunado espectáculo.

—Si conocieras el Código y la Medida sabrías que va contra los principios de cualquier caballero luchar con alguien desarmado.

La bestia pareció perpleja, pero luego se mostró encantada y volvió a aliviarse contra el tronco. La actitud de la criatura enfureció al lugarteniente. ¿Qué derecho tenía ese monstruo, que acababa de convertir en una pesadilla el pacífico peregrinaje de unas damas, de beneficiarse de un código caballeresco que no respetaba en absoluto?

—Pero como tú no habrás oído hablar nunca de nuestras reglas —añadió con desprecio—, no veo ninguna razón para someterme a ellas ante ti.

Hizo una diestra finta con la afilada espada y, en un abrir y cerrar de ojos, la cabeza del ogro rodó por el suelo. Acto seguido, el resto del cuerpo se desplomó como una losa.

—Salvaje estúpido —murmuró Caradoc, limpiando su ensangrentada arma en las ropas del cadáver.

Entonces, oyó voces procedentes de algún lugar a su izquierda. Abriéndose paso a punta de espada, se encaminó en aquella dirección.

Tras dejar a la anciana en el devastado campamento, Soth no tardó en tropezarse con dos ogros más: un gigantón moreno y peludo que lo sobrepasaba casi medio metro, y su compañero, una bestia pelirroja de su misma estatura. El más alto tenía a una elfa en brazos y le sobaba el cuerpo, inanimado, con los peludos y sucios dedos. Soth se prometió que, si la doncella estaba muerta, el final del ogro sería tan lento como doloroso. Soth arremetió contra él sin preocuparse del otro, que roncaba, apoyado contra un tronco.

Cuando vio a su atacante, el ogro apartó el cuerpo de la elfa, empuñó el arma y se dispuso a pelear. Blandía una especie de cimitarra de serrado filo, similar a la que empuñaban los minotauros. Soth, enseguida, reparó en ella; se dio cuenta de que la poderosa hoja podría rasgar fácilmente su armadura, y se aproximó con cautela. Obviamente aquellos ogros eran contendientes mucho más peligrosos que los que habían asaltado Halton. La brutal embestida de la criatura confirmó sus suposiciones.

Intentó detener la acometida con su espada, pero comprendió que sería inútil, e

intentó esquivarla; sin embargo, el ogro lo golpeó y lo mandó, volando de espaldas, hacia atrás. Mientras se esforzaba por reincorporarse, su mano aferró una piedra. Aguardó y, cuando su oponente se lanzó de nuevo contra él, le arrojó el pedrusco a la cabeza. El proyectil, con un crujido siniestro, lo alcanzó de lleno en la cara. El ser se detuvo, trastabillando y tanteando en derredor, momentáneamente cegado, y se desplomó. Soth sonrió al recordar otra de sus reglas: «No importa lo bien armado que esté el enemigo. Un buen golpe en la cabeza basta para acabar con él». Se disponía a levantar su espada para atravesarlo cuando recibió un brutal golpe en la espalda que lo hizo caer. ¡Se había olvidado del pelirrojo!

Retorciéndose de dolor, consiguió ponerse en pie y encarar a su atacante. Si en condiciones normales el ogro ya hubiera sido un formidable adversario para Soth, en ese instante, magullado y quizá con alguna costilla rota, lo iba a ser por partida doble.

—El bosque está lleno de Caballeros de Solamnia —dijo, en un intento de desanimarlo—; si escapas ahora, puede que salves tu miserable vida.

El ser lanzó una carcajada, y Soth deseó que sus compañeros la hubieran escuchado; pero nadie acudió en su ayuda, y se dio cuenta de que estaba totalmente solo frente a su enemigo.

La espada que empuñaba la bestia era mayor que la de Soth; no obstante, parecía incapaz de manejarla con las dos manos, lo cual equilibraba la situación. «Vamos a comprobarlo», se dijo el caballero. Blandió su espada y se puso en guardia.

Las hojas entrechocaron con su sonido característico, y Soth se percató enseguida de que no podría igualarse al ogro, golpe por golpe. Por lo tanto, se movió a derecha e izquierda, esquivando las lentas fintas y las estocadas que recibía, con la esperanza de cansar a su enemigo.

Enfurecido por la táctica evasiva del caballero, el ogro se abalanzó con la intención de provocar una pelea cuerpo a cuerpo que Soth no pudiera eludir; pero éste adivinó sus intenciones y se lanzó al suelo a tiempo. El bruto no pudo frenar su impulso, y sus pies tropezaron con el dolorido cuerpo del hombre. Cayó de bruces, hiriéndose con su espada.

Soth aprovechó la oportunidad y, asiendo el arma con ambas manos, ensartó a la criatura y la dejó clavada en el húmedo suelo. El ogro expiró con un ruidoso jadeo, y el bosque quedó en silencio.

Pero en medio de la súbita quietud, se oyó un débil quejido. Soth miró en derredor y vio que la doncella elfa había desaparecido, asustada seguramente por el combate. ¿De dónde podía provenir aquel quejido? Algo llamó su atención y, al final, descubrió a otra doncella, caída tras un tronco desplomado. Arrancó la espada del cuerpo del cadáver y del suelo, y fue hacia la inmóvil figura.

La elfa yacía boca abajo, por lo que lo único que pudo apreciar fue el largo y rubio cabello que le cubría la espalda y los hombros. No se movía, y Soth temió que

estuviera muerta. En voz baja maldijo a los ogros por sus actos y su brutalidad; pero, entonces, volvió a oír el mismo quejido de antes. Se inclinó con rapidez sobre la criatura y le dio la vuelta. La joven respiraba débilmente. Se quitó el guantelete y, con mucha suavidad, le limpió el rostro todo lo que pudo de tierra y suciedad. En ese instante, se percató de su hermosura. Incluso en aquellas condiciones —sucia, despeinada y cubierta de arañazos—, la belleza de la elfa lo dejó sin aliento.

Con cuidado la apoyó, de espaldas, contra el árbol. El delgado cuerpo le resultó leve como el plumón, pero, bajo aquellas ropas verdes y marrones, notó una fortaleza que lo sorprendió. Cuando la hubo acomodado lo mejor posible, Soth la contempló largamente, admirando la delicada prominencia de los pómulos, la puntiaguda curvatura de las orejas y la tersura de la blanca piel.

La respiración de la elfa empezaba a recobrar un ritmo normal, y Soth echó mano de las hierbas que llevaba consigo normalmente para reanimar a los caballeros que quedaban inconscientes durante el combate. Frotó una pizca bajo la pequeña nariz y notó cómo el aroma de la medicina perfumaba el aire de alrededor.

La joven echó la cabeza hacia atrás, dio un respingo y, muy lentamente, despegó los párpados. Los ojos de color avellana, el rubio cabello y su compleción hicieron pensar a Soth que era probable que la caravana y sus peregrinas provinieran de Silvanesti. Ella volvió la cabeza y lo miró, y él notó que el corazón se le aceleraba como el de un adolescente. El atractivo de la elfa podía rivalizar con el de lady Korinne, pero era de naturaleza diferente: irradiaba un aura de nobleza y gracia que ni la agresión de los ogros había sido capaz de afectar.

—¿Estáis bien? —preguntó Soth, con la boca repentinamente seca.

—Sí —repuso de manera melodiosa—, creo que sí. ¿Quién sois vos?

Soth puso rodilla en tierra y retiró el yelmo.

—Me llamo lord Loren Soth, señor del alcázar de Dargaard y Caballero de la Rosa. A vuestro servicio.

—Me habéis salvado la vida —dijo—. Os lo agradezco.

Soth quiso responder, pero las palabras no le salieron de la garganta. La ayudó a ponerse en pie y la condujo por el bosque hacia el claro donde habían acampado, en busca de los demás caballeros. Entonces, se dio cuenta de que ella cojeaba.

—¿Me permitís...? —se ofreció, y la levantó en brazos—. Será lo mejor.

—¡Oh! —exclamó la elfa cuando notó que la alzaban del suelo.

—No os preocupéis —la tranquilizó, mientras trataba de mantener el contacto físico en el mínimo imprescindible.

Soth tuvo que reconocer que si se hubiera tratado de una dama fea y vieja también la habría llevado en brazos, pero con mucho menos entusiasmo.

—Quizá debería presentarme —comentó la doncella.

—Estoy impaciente por conocer vuestro nombre.

—Me llamo Isolda —dijo, al tiempo que le echaba los brazos al cuello para auparse—. Isolda Denissa.

—Un precioso nombre para una preciosa elfa.

Ella sonrió.

—Sois galante a la vez que fuerte y atractivo —declaró con una sonrisa, y recostó la cabeza sobre el hombro de él.

Soth sintió su calor como una agradable sensación, y la apretó contra sí. Sin embargo, la impresión se desvaneció cuando llegó al campamento y apreció cómo lo miraban sus camaradas y la elfa anciana. ¿Acaso se le reflejaba en el rostro un repentino interés? ¿Acaso parecía demasiado complacido?

—¿Se encuentra bien? —preguntó la anciana, que sin duda estaba al cuidado de las doncellas.

La pregunta sorprendió a Soth y lo devolvió de nuevo a la realidad: él llevaba a la joven en brazos, y el aspecto desmayado de ella podía inducir a creer que estaba muerta.

—Está herida —contestó rápidamente, y se le ocurrió una idea descabellada que desterró cualquier otro pensamiento—, pero no es nada que el sanador no pueda curar.

La depositó cuidadosamente en el suelo y se reunió con sus camaradas.

—¿El sanador? —preguntó Farold, mirando a la joven—. No me parece que pueda necesitar los servicios de Istvan.

—No aparentemente, pero puede haber sufrido lesiones internas...

Farold lo miró con extrañeza, pero, al final, asintió.

—Muy bien señor. Asistiremos a la reunión de los caballeros el año próximo.

Soth negó enfáticamente con la cabeza.

—Ni hablar de eso. Estas doncellas estaban peregrinando hacia Palanthas. Es vuestro deber como caballeros escoltarlas para que lleguen sanas y salvas a su destino.

—¿Nuestro deber? —preguntó Farold, asombrado—. ¿Quiere decir eso que no nos acompañaréis?

—No. Yo llevaré a la doncella hasta el alcázar de Dargaard, mientras vos y los demás conducís a estas criaturas hasta la capital a fin de que puedan consagrarse a Paladine. Luego, asistiréis a las reuniones como héroes dignos del título de Caballeros de Solammia.

Farold lo aceptó con gratitud. Entrar en Palanthas de esa manera, escoltando a una caravana de doncellas rescatadas del asalto de los ogros, sería una hazaña de la que se hablaría largamente.

—Gracias, mi señor —repuso con satisfacción.

—Una vez esta elfa se encuentre en manos de Istvan, yo partiré de nuevo hacia

Palanthas para reunirme con vos y los demás caballeros. Entretanto, debéis presentar excusas en mi nombre por mi ausencia momentánea y comportaros con la máxima corrección y deferencia.

—Así lo haremos señor —aseguró Farold—. Así lo haremos en vuestro nombre.

Soth asintió y se volvió hacia las peregrinas para informarlas de los nuevos planes.

—Mis caballeros os escoltarán durante el resto del camino, hasta Palanthas —explicó a la mujer mayor—. Mientras, llevaré a Isolda Denissa hasta el castillo de Dargaard para que reciba la adecuada atención médica de manos de nuestro sanador.

La mujer miró al caballero con aire disconforme.

—He visto las heridas de la doncella y no parecen graves. Ella es joven y lo bastante fuerte como para seguir su camino hacia Palanthas. Sin embargo, os agradecemos vuestro generoso ofrecimiento.

Soth contemplo a la mujer con respeto, pero no estaba dispuesto a alterar sus planes.

—No se trata de ninguna oferta —contestó secamente.

Ella lo miró con suspicacia.

—Habéis mencionado el alcázar de Dargaard. ¿Podéis decirme quién sois, caballero?

Soth se dio cuenta de que no se había presentado de manera apropiada y enmendó su error.

—Soy lord Loren Soth, del alcázar de Dargaard, Caballero de la Rosa.

Una combinación de temor y de respeto apareció en las facciones de la elfa.

—Disculpadme, mi señor —dijo, haciendo énfasis en el respetuoso tratamiento e inclinándose a modo de reverencia—. Dudaba de vuestras intenciones, puesto que no os conocía; pero ahora que sé quién sois, no dudo que Isolda estará en las mejores manos.

—Tenéis mi palabra de Caballero de Solamnia de que nada malo le ocurrirá —afirmó Soth.

Emprendieron el camino de regreso al castillo con paso moderado. Soth llevaba el caballo de la elfa de las riendas y lo guiaba desde el suyo. Mientras ambos cabalgaban por la pradera, Soth admiró la esbelta figura y las piernas de la joven, que ocasionales ráfagas de viento dejaban al descubierto al mismo tiempo que le hacían llamear el cabello bajo el sol del mediodía.

Aunque nunca había creído que algún día podría sentirse atraído por una elfa, era incapaz de negar el efecto que ejercía sobre él. Quizá fuera por la combinación de su alegre inocencia y su femenina belleza, o quizá por la mirada de sobrecogimiento que le dirigió cuando le habló por primera vez. No lo habría podido decir, pero lo cierto

era que no podía sustraerse a sus encantos.

—Me siento cansada —dijo Isolda—. ¿No podríamos reposar un rato?

Soth escrutó la planicie en busca de alguna zona resguardada del sol, que caía sin piedad sobre ellos, pero no encontró refugio alguno. Sin embargo, asintió.

—Bien. Podemos hacer un alto aquí, pero sólo un rato.

—Gracias, mi señor.

—Podéis llamarme Loren.

—Gracias, Loren.

Se detuvieron al lado del camino, y la joven esperó a que Soth desmontase y fuera a ayudarla a hacer lo propio. Él levantó los brazos, la tomó por el talle y la ayudó a bajar. Antes de que sus pies tocaran el suelo, Isolda le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él.

—Quisiera agradeceros todo lo que habéis hecho por mí.

—No hice nada que cualquier caballero no hubiese hecho en mi lugar —repuso Soth mientras mantenía a la elfa suspendida en el aire, sorprendido por aquella súbita intimidad.

—Tal vez. Pero no se trataba de cualquier caballero; se trataba de vos.

—Sí, pero...

Ella lo interrumpió con un beso, un beso profundo y conmovedor, que expresaba mucho más que simple agradecimiento.

Soth sólo dudó un instante. Luego, se entregó apasionadamente y devolvió el beso con el mismo ardor con que lo recibía. Mantuvo a la joven en alto durante largo rato.

Cuando tuvieron el castillo a la vista, y Soth comprendió que los podían ver los vigías de la torre, se sintió repentinamente incómodo. ¡Había sido tan fácil estrechar a Isolda entre sus brazos! ¡Parecía tan natural que ella montara en ese instante a su grupa!

Pero, entonces, cuando el alcázar se alzaba como una mancha roja en el horizonte, sus pensamientos volvieron a lady Korinne y sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Acaso lo sucedido con Isolda significaba que el amor por su esposa se había desvanecido? Después de todo, si la belleza de Korinne era legendaria en todo Ansalon, ¿cómo era posible que su interés por ella se hubiera esfumado ante la presencia de Isolda? ¿Qué encantos atesoraba la joven elfa, que le habían hecho olvidar a su leal y encantadora esposa? ¿Qué tenía Isolda que le faltaba a Korinne?

Lo cierto era que no lo sabía. Simplemente, se sentía atraído por su físico, y, aunque el atractivo era innegable, no lo era tanto como para justificar que hubiese perdido la cabeza y hubiera actuado como un adolescente enfermo de amor. No había nada de malo en encontrar atractivas a otras mujeres, pero dejarse llevar por la pasión del momento era un asunto totalmente distinto.

En ese instante se dio cuenta de que besarla había sido un error, y deseó que las heridas de la elfa fueran superficiales y que pudiera reemprender su peregrinaje a Palanthis lo antes posible.

—Casi hemos llegado —advirtió.

Isolda se asomó por encima del hombro de Soth para observar la fortaleza.

—¿Dónde están vuestras habitaciones? —preguntó.

—Les corresponde la segunda ventana contando desde lo alto de la torre, a la izquierda.

—¿Es ahí donde dormís?

Soth pensó que debía responder que se trataba de su dormitorio, pero también del de su esposa. Sin embargo, no lo hizo.

—Sí —repuso simplemente.

Korinne experimentó una punzada de preocupación al escuchar el aviso del vigía. Algo debía haber ido mal, puesto que la reunión tenía que durar una semana completa y nadie esperaba que Soth regresara pasados sólo dos días. ¡En ese tiempo no había tenido tiempo ni de llegar a Palanthis!

Se precipitó hacia la ventana de sus aposentos, desde donde dominaba el paisaje hasta el río Vingaard. El día era claro y podría ver si su marido se encontraba bien. Escrutó el horizonte y distinguió dos caballos que se aproximaban. Creyó ver a dos jinetes, pero no estaba segura. Uno de ellos era, desde luego, su marido: la armadura de Soth le resultaba inconfundible, incluso a esa distancia. Al otro no lo pudo identificar, pero parecía demasiado pequeño para tratarse de un caballero.

Entonces, los caballos se separaron, y Korinne vio que uno de ellos no llevaba jinete y que alguien montaba a la grupa del caballo de su esposo. Fijó su atención en Soth y se dio cuenta de que no parecía herido. Sin embargo, la angustia que en ese momento le anudaba la garganta se acrecentó. Si no estaba herido, ¿por qué regresaba antes de hora llevando a una mujer? ¿Y por qué esa mujer se abrazaba a su cintura de esa manera?

## SEGUNDA PARTE

---

El ocaso de un caballero

---





Los habitantes del alcázar se congregaron en la entrada para recibir a su señor y dieron rienda suelta a la especulación. Unos aventuraban que podía haber sufrido una emboscada; otros que se trataba de algún viajero solitario, que había sido rescatado y que era conducido hasta el castillo para su seguridad.

Soth e Isolda entraron en la fortaleza, y la gente enmudeció tan pronto como contempló la extraordinaria hermosura de la doncella.

—¿Dónde está Istvan? —preguntó el caballero, con un toque de urgencia en la voz y al mismo tiempo que desmontaba.

—Aquí estoy, señor —repuso el veterano sanador.

En su juventud, Istvan había sido un hombre bajo y robusto, con una abundante y morena cabellera. Pero, entonces, tras haber prestado durante más de veinte años sus servicios como sanador por todo Foscaterra, su aspecto era el de un hombre canoso y flaco. Sin embargo, conservaba una sorprendente agilidad. Igualmente ágil se mostraba su mente, ya que no sólo dominaba todos los recursos de su profesión, sino que era un experto en el funcionamiento y en los entresijos de la vida en el castillo. Nadie mejor que él conocía las maquinaciones que tenían lugar allí, ni las solapadas intrigas del mundo de la caballería. Aquella habilidad lo había ayudado a conservar su rango a lo largo de los años.

Soth ayudó a Isolda a que desmontara y, cuando la joven elfa puso pie en tierra, se hizo patente su cojera. El caballero se apresuró a sostenerla y se volvió hacia Istvan con aspecto preocupado.

—La hirieron los ogros que atacaron su caravana. Creo que necesita vuestros servicios con urgencia.

Isolda tenía una mueca de dolor dibujada en el rostro. El sanador la examinó rápidamente, intentando imaginar las posibles lesiones internas. Por la expresión del rostro de Istvan, Soth se dio cuenta de que éste sabía que las heridas de la elfa no revestían gravedad alguna. En los ojos del viejo pudo leer una pregunta: «¿Por qué me hacéis malgastar el tiempo con unos simples cortes y arañazos?». Soth se limitó a fulminarlo con la mirada.

Sin necesidad de que se lo dijeran con palabras, Istvan lo comprendió.

—Daos prisa —ordenó a sus ayudantes—. Llevadla a mis dependencias y preparad consuelda y milenrama.

Dio unas palmadas, y los servidores se pusieron en marcha a toda velocidad, llevándose a la elfa en camilla hacia el interior del castillo. Luego, se volvió hacia Soth.

—Se recuperará —anunció solemnemente—. Os doy mi palabra.

—Bien hecho —repuso, con aire aprobatorio.

—Gracias, mi señor —concluyó el sanador, haciendo una reverencia y tomando el camino de sus aposentos.

Soth contempló la situación a su alrededor y se dio cuenta de que todas las miradas estaban puestas en Isolda; especialmente, la de Korinne.

Korinne observó cómo acompañaban a la hermosa elfa. Luego, miró a su esposo y, aunque al principio le sorprendió que él mantuviera tanto tiempo los ojos puestos en el umbral que la joven acababa de traspasar, al final lo atribuyó a la simple preocupación. Se acercó a él y lo llamó desde lejos.

—Milord. —Y, cuando estuvo más cerca, añadió en voz baja—: Loren...

Él volvió la cabeza, sonrió y la abrazó. A la dama el beso le pareció levemente protocolario; sin embargo, pensó que era debido a las vicisitudes del viaje y al cansancio.

—¿Estáis bien? —preguntó.

—Sí —repuso él, sin añadir más.

—¿Qué ha ocurrido?

Soth suspiró y empezó a relatar el modo como él y su grupo de caballeros habían topado con el campamento de las elfas, habían acabado con los ogros que las habían asaltado y cómo, finalmente, las habían rescatado.

Mientras los dos caminaban por el patio del castillo, los siguieron de cerca otros caballeros y algunos servidores, ansiosos por escuchar los detalles de aquel interrumpido viaje.

—¿Y ella? —preguntó Korinne, haciendo un gesto en dirección a las dependencias de Istvan.

—¿Quién, Isolda?

Korinne dio un respingo cuando oyó el nombre de la doncella en labios de su marido; le pareció que había demasiada familiaridad en el tono.

—Sí, Isolda —insistió.

—La encontré caída en el suelo del bosque. Un ogro la había atacado ferozmente, y ella se defendió todo lo que pudo. Sus heridas lo atestiguan.

De repente, se sintió estúpida por haber dudado del comportamiento de su esposo. Aunque sentía una punzada de celos ante la inesperada belleza de la doncella, llegó a

la conclusión de que Soth había actuado como lo habría hecho cualquier otro caballero en su lugar, de acuerdo con los principios del Código y la Medida. No había nada más en que pensar.

—¡Pobre criatura! —dijo en tono compasivo.

—Desde luego —repuso él.

Por algún motivo, las palabras de Soth le produjeron un escalofrío.

—Lord Soth —anunció el sanador—, podéis verla ahora si lo deseáis.

Soth se levantó del banco donde llevaba aguardando desde hacía rato y notó las piernas entumecidas por la larga espera. Su hijo acababa de nacer.

Entró en la habitación y notó que olía como un campo de batalla tras la lucha: a sangre y a otros fluidos corporales. Los ayudantes del sanador estaban ocupados cambiando las sábanas de la cama, mientras otros se encargaban de lavar y limpiar al recién nacido tras una cortina en un rincón de la habitación. Su esposa yacía en el lecho y dormía, después de lo que había sido, sin duda, una penosa experiencia.

Aguardó, temblando de impaciencia. Finalmente, Istvan se aproximó; llevaba en brazos a la criatura envuelta en una amplia sábana. Se la pasó a Soth, y los dedos de éste se movieron torpemente. Cuando consiguió sentirse cómodo con el niño, levantó con cuidado la tela que le tapaba la cara y...

Se despertó de golpe, tiritando, a pesar de la gruesa manta que lo cubría. Miró a un lado y se sintió aliviado cuando comprobó que Korinne seguía profundamente dormida, y que su brusco despertar no le había interrumpido el descanso.

Cerró los ojos y reflexionó acerca del sueño. Luego, decidió apartarlo de su mente. Hacía meses que no sufría pesadillas, y ésa, aunque no tan espantosa, también lo había sido. Tal como había hecho en el pasado, le haría caso omiso.

Bajó de la cama y dejó que su mujer durmiera, pues todavía faltaban unas cuantas horas para el amanecer. Se vistió y se fue a las cocinas del castillo en busca de algo para comer.

Allí se encontró con Meyer Seril, que lo iba a acompañar en su nuevo viaje a Palanthas. Soth no esperaba encontrar dificultades durante el trayecto, pero prefería contar con la presencia del caballero como medida de precaución y también para disfrutar de alguna compañía en el largo y tedioso camino. Y si el Consejo no aprobaba que llevara consigo otro invitado, entonces, tendrían que enviarlos de regreso a Dargaard a ambos.

Tras dar buena cuenta los dos de sus raciones de fruta, queso y huevos, Soth mandó a Seril a que preparase los caballos para el viaje; mientras, él fue a comprobar que la doncella elfa estuviera bien.

Llegó hasta las dependencias del sanador caminando silenciosamente y, estaba a punto de llamar a la puerta cuando, de repente, ésta se abrió delante de él e Istvan

apareció haciéndole señas de que guardara silencio.

—Está dormida —dijo en voz baja.

Soth asintió.

—¿Cómo se encuentra?

—Sufrió golpes y arañazos por todo el cuerpo, especialmente en brazos y piernas, y creo que puede tener alguna lesión interna de gravedad que necesite un largo período de reposo para curarse.

Soth sonrió. Él y sus caballeros sufrían a menudo ese tipo de heridas y tenían que conformarse con que se curaran solas, mientras ellos seguían adelante con sus quehaceres. Saltaba a la vista que el viejo sanador estaba exagerando el mal estado de la elfa, y hacía que pareciera necesitar más cuidados de los precisos.

—Has hecho bien tu trabajo. Espero verla completamente recuperada cuando regrese.

Istvan observó a Soth, mientras se mesaba la blanca barba con los nudosos dedos. Luego, su rostro se iluminó, como si hubiera captado la esencia de los pensamientos de su señor.

—Lo entiendo perfectamente, milord.

—Bien. ¿Hay algo que te falte que te pueda traer de Palanthas?, ¿algo que necesites?

—Veamos... —Lo pensó unos instantes—. Tengo entendido que en alguna de las mejores tiendas de allá tienen hisopo azul molido.

—¿Es una hierba difícil de encontrar?

—Es una de las pocas que me faltan.

—Entonces, la tendrás.

Se separaron, y Soth se marchó al encuentro de Seril, que ya lo aguardaba en el patio con los caballos preparados.

—¿Todo listo? —preguntó.

—Sí, señor, pero... —Hizo un gesto, señalando a las espaldas de su comandante.

Soth se dio la vuelta y vio que Korinne se acercaba, envuelta en una bata roja, para despedirse. Fue a su encuentro.

—Habéis venido a ver cómo parto.

—Sí, naturalmente.

—No era necesario, pero os lo agradezco.

Ella sonrió, y él la besó.

Korinne los vio marcharse a través del puente levadizo. Luego, se arrebujo con la bata lo mejor que pudo: aunque ya se hallaban a mediados de Holmswelt, las mañanas en el castillo eran aún frías. Eso le recordó el beso de despedida de Soth, que había sido igualmente gélido y desapasionado, el tipo de beso que se da a los

hermanos o los primos. Se preguntó si no estaría perdiendo el amor de su marido, y aquel pensamiento le produjo escalofríos.

Entonces se percató de que, por primera vez desde su boda, Soth se había despedido sin preguntarle sobre su posible embarazo, lo cual demostraba que había hablado muy en serio cuando le dijo que no quería oír nada más hasta que no estuviera realmente encinta, y la mañana aún le pareció más helada.

Cuando hubo perdido de vista a los dos jinetes, dio media vuelta y, en lugar de regresar a sus aposentos, se encaminó a las habitaciones del sanador. Como no quería turbar el sueño de nadie, caminó silenciosamente y llamó con suavidad a la puerta. Esperó un instante y volvió a intentarlo. Como no hubo respuesta, la empujó, y el batiente se abrió sin hacer ningún ruido.

Korinne miró en derredor antes de entrar. En el interior, las cortinas estaban echadas, y el brillante sol de la mañana que las atravesaba iluminaba la estancia con una tenue y acogedora claridad. Entró y aguardó, esperando a que Istvan apareciera de un momento a otro; pero pronto se dio cuenta de que el sanador no estaba y que había dejado a solas a la doncella elfa.

No quiso desperdiciar aquella oportunidad. Se adentró en la habitación y la vio, durmiendo bajo unos cobertores, en el otro extremo del cuarto. Se acercó un poco más, y el corazón se le encogió cuando comprobó su arrebatadora hermosura. Aquella criatura era el mejor ejemplo del tipo de belleza que había hecho de los elfos una raza famosa en todo Krynn por su gracia y elegancia.

¿Cómo podía compararse una hembra humana con un ser que poseía semejante piel y cabello, y un cuerpo tan grácil? Estaba segura de que ninguna mujer saldría victoriosa de la comparación.

Reflexionó sobre ello un instante y rió para sus adentros. ¿Cómo podía haber pensado semejante tontería? ¿Cómo osaba compararse ella, lady Korinne, con una elfa? Eso era imposible, y estaba segura de que Soth lo sabía igualmente. Era joven y tenía muchos años por delante antes de que sus encantos se marchitaran; incluso si su marido se sentía atraído por la doncella, ella seguía siendo su esposa. Y, de acuerdo con las reglas del Código y la Medida, aquél era un vínculo tan honorable e inviolable como el que lo unía a él con el mundo de la caballería.

Además, se encontraba en la flor de la vida, lista y deseosa de engendrar un heredero para la noble familia de Soth. Eso convertiría su unión en algo inquebrantable y la completaría.

«Sí, preparada y deseosa —pensó—, pero incapaz». La angustia que había notado al contemplar a la elfa volvió a asaltarla aún con más intensidad.

Sintió que desfallecía, y tuvo que salir de la habitación apoyándose en las paredes para caminar erguida.



La ciudad de Istar parecía desierta, sin vida.

El anciano mago caminaba por las calles sin rumbo fijo, y sus pensamientos divagaban tanto como sus pasos.

Cuando el Príncipe de los Sacerdotes promulgó el Edicto del Control del Pensamiento, le pareció una buena idea. En efecto, ¿qué mejor, para prevenir actos perversos, que suprimir los malos pensamientos que los ocasionaban? Para evitar que una rosa floreciera, ¿qué mejor que podarla a tiempo?

Pero lo que le había parecido acertado entonces, se transformó en una pesadilla cuando se puso en práctica. Desde la proclamación del edicto, los niños habían perdido a sus padres, las mujeres a sus maridos y los maridos a sus esposas.

¿Y para qué?

Los malos pensamientos podían, o no, convertirse en actos malvados. El edicto no había tenido en cuenta las facultades de la razón ni del autocontrol. Sencillamente se había basado en la creencia de que los seres humanos eran simples animales que actuaban bajo la fuerza de sus instintos, y que no se detenían a considerar las consecuencias de sus actos.

Pero eso no resultaba cierto. La gente era esencialmente buena y actuaba de corazón. Sólo ocurría que, a veces, el lado malvado de las personas asumía el control, pero aquello formaba parte de la naturaleza de los hombres.

Pero a pesar de esas creencias, el hechicero había puesto sus conocimientos al servicio del sumo dignatario, con la esperanza de que el Príncipe de los Sacerdotes, finalmente, se percataría del daño que su iniciativa estaba sembrando entre los habitantes de Istar y que, llegado ese momento, revocaría el edicto y la vida volvería a la normalidad.

Entretanto, seguía leyendo las mentes de los demás.

En medio de la calle, una madre estaba regañando a su hijo por haber tirado al suelo una cesta de frutas, después de que el muchacho le hubiera prometido no hacerlo.

El mago penetró en la mente de la mujer y no encontró ningún mal pensamiento: sólo disciplina, y la enseñanza de que aquello no debía repetirse. Luego, captó los

pensamientos del muchacho y, para su sorpresa, encontró una avalancha de odio y furia en contra de la madre.

*Te odio... Te haré tanto daño como me haces tú a mí... Te arrepentirás.*

Sí, aquéllas eran ideas perversas.

Sin embargo, eran las de un niño, las de un ser inocente e incapaz de tener conciencia del daño que podía ocasionar. ¿Cómo se podían castigar semejantes ocurrencias?

Si el hechicero acusaba al muchacho ante el Príncipe de los Sacerdotes, eso significaría una muerte segura: muchas personas habían sido ya ejecutadas por acusaciones similares. Pero la idea de que se ajusticiase a un muchacho le revolvió las entrañas. Contempló a la mujer y a su hijo, que caminaban calle abajo, y volvió a rebuscar en sus mentes. No encontró nada salvo amor, auténtico amor de hijo y de madre. Los malos pensamientos habían desaparecido, como nubes arrastradas por el viento.

El hechicero se detuvo a reflexionar. Sus órdenes expresas eran denunciar todo lo que se desviara de la ortodoxia del Bien, tal como la había definido el Príncipe. No obstante, se sintió incapaz de hacerlo. No quería ser el responsable de que apartasen a un hijo de una madre.

Entonces, se dio cuenta: el Edicto del Control del Pensamiento era inviable.

Aquella repentina convicción lo dejó sin aliento y con una sola alternativa. Se despidió mentalmente de la madre y del chico, dio media vuelta y se puso a caminar en dirección sur, hacia Silvanesti. Salió de la ciudad, dispuesto a empezar una nueva vida.



—No sé cuantas veces lo habré visto —declaró Caradoc—, pero en cada ocasión que lo contemplo de nuevo me vuelve a asombrar tanta belleza.

—Realmente, es un espectáculo muy hermoso —confirmó Soth.

El rojo perfil del alcázar de Dargaard destacaba sobre el horizonte oriental como un estandarte al viento. Tras haber pasado más de una semana en Palanthas, en las reuniones de la caballería, y después de un largo y monótono viaje de regreso, los caballeros estaban deseosos de regresar al castillo para compartir con sus camaradas todas las enseñanzas y conocimientos que habían adquirido durante aquellos días.

No obstante, a Soth lo movían otros motivos. Por una parte, estaba su esposa, la dulce Korinne; quizá tuviera buenas noticias para él tras su ausencia. Aunque se había prometido no volver a hablar sobre el asunto hasta que su mujer no estuviera de verdad embarazada, inevitablemente pensaba en la felicidad que supondría tener un hijo..., o una hija, incluso. Si así sucedía, él la enseñaría a luchar y la ayudaría a convertirse en la primera mujer que perteneciera a la Orden de los Caballeros de Solamnia... Sacudió la cabeza en un intento de no dejarse arrastrar por su imaginación.

Por otra parte, estaba Isolda que, en esos momentos, ya se encontraría repuesta de sus heridas y ya habría recobrado toda su hermosura. Aunque la elfa no era más que otro de los habitantes del castillo y no había razones por las que debiera interesarse especialmente por ella, Soth no podía negar que estaba ansioso por verla de nuevo, por hablarle y... hasta por tocarla.

—La doncella elfa que llevasteis al castillo... —dijo Caradoc distraídamente.

La súbita mención de la joven sorprendió a Soth y lo devolvió a la realidad. Aunque estaba seguro de que la coincidencia de la pregunta y sus pensamientos era algo casual, no pudo contener un escalofrío.

—¿Os referís a Isolda?

—¿Es ése su nombre?

—Sí.

—Bien. I... sol... da —dijo Caradoc, pronunciando el nombre con dificultad—. Es realmente una mujer atractiva, sea elfa o no.



—En efecto, realmente lo es.

—Una perfecta amante para cualquier hombre.

Se volvió para mirarlo. Su lugarteniente tenía la mirada perdida al frente, y hablaba con el mismo desapasionamiento con el que se referiría a una buena botella de vino o a una buena espada.

—Sí, seguramente lo sería —repuso Soth en un tono pensativo y haciéndose el desinteresado.

Cuando la comitiva de caballeros entró en la fortaleza, fue recibida por una multitud de amigos y familiares que les dieron la bienvenida, y lady Korinne salió a recibir a su esposo ataviada con un espectacular vestido rojo y púrpura, que hacía juego con sus brillantes cabellos. Soth, a pesar de tener la mente distraída, no pudo menos que admirar su belleza y reconocer que realmente la había echado de menos. Desmontó con rapidez y acudió a abrazarla. La besó de manera apasionada.

—¿Me habéis extrañado? —preguntó Korinne.

—Naturalmente que sí.

—Yo también a vos.

—Entonces, quizá deberíamos estar en otro lugar.

—Creía que nunca lo diríais.

Soth entregó las riendas de su montura a uno de los servidores y, caminando con su esposa de la mano, ambos se dirigieron a la torre donde se hallaban sus aposentos.

Cuando llegaron, ella abrió, y él la tomó en brazos y traspasó el umbral del dormitorio. Luego, cerró la puerta con un movimiento del pie y llevó a Korinne hasta el lecho. Mientras se desvestía apresuradamente, percibió algo distinto en la sonrisa de ella, como si se estuviera conteniendo, evitando confesar un secreto que no podía reprimir.

—¿Qué? ¿De qué se trata? —preguntó con impaciencia.

—Nada. Simplemente es que estoy contenta de veros. ¿Es eso algo malo?

—Pues, por vuestra forma de mirarme, habría dicho que teníais algo que decirme, algo especial.

—¿Como qué?

—¡Pues que estáis encinta!

—¡Oh!

Un tenso silencio se adueñó de la situación.

—Bien. ¿Lo estáis o no lo estáis? —preguntó él con brusquedad.

—No —dijo Korinne tras un instante que se hizo interminable.

Loren suspiró profundamente. En ese momento, se sentía frustrado, en especial porque sabía que había sido culpa suya: había roto su palabra de no mencionar el asunto y, con ello, había echado a perder una magnífica ocasión de estrechar lazos

con su mujer.

Ella se apartó a un lado y se puso a llorar amargamente y en silencio. Soth no supo qué hacer. Había luchado contra bandas de ogros, derrotado ejércitos enteros y acometido multitud de actos heroicos, pero, allí y entonces, deseó encontrarse lejos y en cualquier otra parte. Lo irritaba la incapacidad de Korinne para engendrar, aunque sabía que la rudeza no los ayudaría a ninguno de los dos.

El llanto de Korinne se había convertido en un descontrolado sollozo. Tras dudarle un instante, Soth se sentó a su lado y le apoyó una mano en el hombro para consolarla. Los estremecimientos que la sacudían no menguaron; pero, de todas maneras, el caballero pensó que era lo único que cabía hacer. Se acercó más y la abrazó.

Aquella misma noche, tras la cena, Soth se disculpó y se levantó de la mesa con el pretexto de que debía ponerse al corriente de los acontecimientos del castillo. Deambuló durante un rato por los pasillos, y se encontró, inesperadamente, delante de los aposentos de la doncella elfa. Entró en la estancia, pero la halló desierta, excepto por las camas vacías y recién preparadas. Comprobó el resto de habitaciones, sin éxito, hasta que, finalmente, escuchó música procedente de algún lugar en el fondo del pasillo. Siguió los melodiosos sonidos y encontró a Isolda, que tocaba el arpa en la sala de música.

Entró sin hacer ruido y se sentó en un taburete cercano, sin atreverse a interrumpir, para escuchar aquellos preciosos sonidos. Enseguida los reconoció: se trataba de una balada elfa llamada *Bajo la luna plateada*, que hablaba de la distancia, la muerte y el olvido. Mientras escuchaba pudo apreciar la emoción que subyacía en cada nota, y casi pudo ver las ondulantes praderas y sentir el amor de un joven y el dolor por la pérdida de su amada.

La doncella terminó la canción sin percibir la presencia de Soth, que, cuando la última nota se desvaneció, se puso a aplaudir. Isolda se volvió, súbitamente sobresaltada.

—Ha sido una preciosa canción —dijo él.

—No sabía que hubiera alguien escuchándome.

—¿Habría supuesto alguna diferencia?

—No, supongo que no.

—Tocáis y cantáis muy bien.

—Gracias, milord —repuso ella, al borde del rubor—. Istvan me dijo que podía quedarme esta arpa tanto tiempo como yo quisiera.

—Por la forma como la toca, no me sorprendería que quisiera verla desaparecer para siempre.

La doncella rió alegremente, y la espontaneidad de su reacción hizo que Soth

sonriera. El rostro de la elfa parecía iluminado de alegría. Se hizo una larga pausa entre los dos. Al final, intervino.

—Pero, sin duda, no habéis venido hasta aquí para oír cómo toco el arpa, ¿verdad? —preguntó.

—No.

Ella lo observó con curiosidad.

—Decidme: ¿para qué habéis venido?

Soth meditó la pregunta y se dio cuenta de que no tenía una respuesta exacta para ella.

—Quería comprobar cómo os encontrabais. —Dijo. Tras una pausa, añadió—: Y quizás hablar con alguien.

—¿Hablar, de qué?

—De asuntos de familia.

—Yo diría que vuestra esposa es la persona más adecuada para que habléis de ellos.

—Sí, pero ¿qué sucede si ella es el asunto del que hay que hablar?

—Ya veo —repuso Isolda, apartando la mirada—. Sin embargo, ¿no deberíais discutir esto con alguien más próximo a vos? Quizá con algún familiar...

—No. Es algo que es mejor tratar con alguien de fuera del castillo..., alguien como vos.

Aquello era cierto. Si llegaba a saberse la infertilidad de su esposa, la noticia correría por todo Solamnia en cuestión de semanas. Algo le decía que Isolda no hablaría de aquello con nadie, que guardaría el secreto como si fuera de ella.

—Está bien, explicadme —contestó finalmente.

Soth empezó a contar cómo, a pesar de todos sus esfuerzos, Korinne había sido incapaz de quedarse embarazada. También le explicó la angustia que eso les producía y el modo como todo aquello estaba afectando a sus relaciones.

La joven doncella escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando con la cabeza. Y Soth, a medida que se iba sincerando, sentía que, efectivamente, había acudido a ella en busca de alguien con quien hablar. En cierta manera, el solo hecho de compartir sus problemas con otra persona hacía que se sintiera mejor.

Porque realmente era un problema importante. Él era Loren Soth, señor del alcázar de Dargaard y gobernador de Foscaterra, y tenía que ser el padre de una larga dinastía de Caballeros de Solamnia. Su apellido era uno de los importantes, y poseía un pasado reverenciado y un gran futuro por delante; pero, si no era capaz de tener ni un solo heredero, su apellido se extinguiría con él. Para un Caballero de Solamnia, se trataba de un asunto de mayor gravedad incluso que la que podría oponerle cualquier adversario en el campo de batalla. De hecho, a menudo había deseado que ese problema pudiera ser combatido y solucionado a punta de espada; sin embargo, no

era posible. En esa triste historia, sólo podía intervenir la misericordia de Paladine o la benevolencia de Mishakal.

—Éstas llévalas a las habitaciones de las doncellas —ordenó la jefa de lavanderas, una robusta mujer de gruesos brazos—; las otras son para los aposentos del señor del castillo.

La sirvienta se abstuvo de replicarle. Que le recordaran todo aquello era un insulto a su inteligencia: estaba claro que las sábanas que empezaban a amarillear y que tenían visibles remiendos se destinaban al servicio, y que las más blancas, recién estrenadas, se reservaban para los señores. Incluso un niño hubiese podido diferenciarlas.

Hacía ya un año y medio que Mirrel Martlin estaba empleada como sirvienta en el alcázar y se estaba empezando a cansar de las servidumbres de su trabajo. Aunque no le desagradaba la labor en sí, tenía la íntima convicción de que le estaban destinadas mayores empresas. A menudo, soñaba con ocupar el puesto de doncella de lady Korinne o, ¡ojalá Mishakal así lo quisiera!, el de dama de compañía. Cuando lo comentaba con sus compañeras, todas le aconsejaban que se olvidase de aquellas fantasías; pero Mirrel estaba convencida de que más que fantasías, eran sueños que algún día se convertirían en realidad.

—Ahora vete y no las mezcles —mandó la jefa de lavanderas.

La joven recogió los dos montones de ropa y desapareció por el pasillo. Cuando se acercaba a las dependencias de los sirvientes, oyó voces que procedían de alguna de las habitaciones y se alegró, ya que así tendría alguien con quien hablar mientras trabajaba. Guardó la pila de sábanas viejas y, cargando con las destinadas a la cámara señorial, se encaminó hacia las voces. Llegó a la puerta de la habitación de donde provenían y la encontró cerrada. Entonces se dio cuenta de que quienes hablaban eran un hombre y una mujer. Súbitamente intrigada, atisbo por la cerradura y se sorprendió cuando vio que se trataba de lord Soth, que estaba charlando con la joven elfa que había rescatado.

Isolda escuchó pacientemente las palabras de Soth y, cuando éste hubo terminado sus explicaciones, puso la mano sobre la de él en un gesto apaciguador.

—Mi buen señor, sois un compendio de virtudes, pero no parece que la paciencia figure entre ellas.

Soth sonrió.

—Paladine nunca abandona a quienes, como vos, hacen suya la causa del Bien y rechazan el Mal. Si vuestro corazón es puro, Paladine os recompensará con un hijo cuando lo estime oportuno.

Él reconoció la verdad en aquellas palabras y asintió.

—Hablando de Paladine —prosiguió ella—, debo deciros que ya me encuentro

mucho mejor, y que quizás haya llegado el momento de que prosiga mi viaje a Palanthas...

—¿Tan pronto?

—He estado aquí varias semanas y creo que ya es hora de que me reúna con mis hermanas.

—Pero eso es imposible —repuso Soth en un tono entre suplicante y autoritario.

—¿Y por qué? —preguntó Isolda con una débil sonrisa—. Estoy bien.

—Necesito que os quedéis... para tener alguien con quien hablar.

La sonrisa de la doncella se amplió, y la joven se inclinó hacia delante y besó al caballero en los labios.

La iniciativa sorprendió a Soth, y el dulce contacto de aquellos labios despertó los sentimientos de atracción que había intentado dominar. Ya no pudo contenerlos más. Sin dudar, atrajo a la elfa hacia sí y le correspondió apasionadamente.

Mirrel se dio cuenta de que estaba espiando la intimidad del señor del castillo, pero no pudo vencer la curiosidad y los vio conversar durante unos momentos. Entonces, ocurrió: la elfa lo besó, y él le devolvió el beso con ardor. La sirvienta se tapó la boca para acallar un grito de sorpresa y se apartó de la puerta. Luego, volvió a mirar, apretando las sábanas contra el pecho. Los vio besarse durante un largo rato. Cuando se separaron, se apoyó sin aliento contra la pared. En ese momento, se acordó de la ropa que llevaba, destinada al dormitorio del caballero. Fue hacia allí y, por el camino, se preguntó si sería posible que se encontrara con lady Korinne.

—Esto no está bien —dijo Soth, interrumpiendo el beso.

—Tenéis razón; no lo está —repuso Isolda.

Durante unos momentos, permanecieron sentados, en silencio, evitando que sus miradas se encontraran, mientras tomaban conciencia de lo que acababa de suceder.

—Vos tenéis esposa —arguyó la elfa, apoyando una mano sobre el hombro del caballero—. Que no esté embarazada no significa que no lo vaya a estar.

Soth asintió.

—Quizá lo mejor sería que partiera lo antes posible. —Lo miró directamente a los ojos para comprobar su reacción.

Soth sabía que ella tenía razón, pero no podía dejar que se marchara, no en ese momento. La deseaba, a pesar de que sabía que no era correcto. Por otra parte, no estaba seguro de que ella no lo deseara también y no creía del todo en sus palabras.

—No —repuso, al fin.

—Pero... —Su mirada era inocente como la de un niño.

—Quisiera tener la posibilidad de veros de vez en cuando. Os necesito..., aunque

sólo sea para hablar.

—Como deseáis, milord —convino ella, mirándolo fijamente—. Me quedaré algún tiempo más si me necesitáis.

Cuando Mirrel llegó a los aposentos de sus señores, respiró profundamente y llamó a la puerta. No obtuvo respuesta y lo volvió a intentar. Esa vez escuchó una débil voz que respondía desde el interior.

—Las sábanas, mi señora.

—Adelante, está abierto.

Tras dudar un instante, la sirvienta entró en la habitación. Solamente había estado allí una vez, y no recordaba la distribución. En una de las paredes, había una chimenea, en cuyo hogar ardía un pequeño fuego que apenas calentaba. Otra estaba decorada con un motivo compuesto de espadas y rosas, y en el centro se veía una representación de Vinas Solamnus, el caballero fundador de la orden. En el otro extremo de la habitación, se hallaba lady Korinne, sentada en una silla y leyendo un enorme libro.

Mirrel se quedó plantada, en mitad de la sala, sin saber qué hacer con la ropa de cama. Su señora no le prestaba atención, de lo absorta que estaba en la lectura. Tosió para interrumpirla.

—¿Dónde deseáis que ponga estas sábanas?

—Creo que queda sitio en el baúl que hay al pie de la cama.

La criada fue hasta el mueble, lo abrió, guardó lo que había traído y cerró la tapa.

Korinne volvió a concentrarse en el libro; pero, al cabo de unos momentos, se dio cuenta de que la muchacha todavía estaba en el cuarto, mirándola.

—¿Y bien?

Mirrel sintió que el corazón le golpeaba en el pecho con la fuerza de un martillo. Tenía la boca tan seca que apenas pudo articular una palabra.

—Yo... Yo...

—¿Hay algo que me quieras decir? ¿Algo que te preocupa?

—Sí, señora —contestó, agradecida por la perspicacia de la dama.

—No estés nerviosa, no soy ninguna diosa, sólo la señora del alcázar. Siéntate.

La doncella se acomodó con prudencia. No estaba nerviosa por lo que tenía que contar, ya que sus ojos no la habían traicionado, pero sí por la posible reacción de su señora. La dama podía negarse a creerla y enfurecerse, e incluso podía despedirla y prohibirle el acceso al castillo. No obstante, había visto lo que había visto, y le debía la lealtad de contarle la verdad, al igual que habría hecho cualquier caballero.

—Explícame lo que ocurre —pidió Korinne.

—Antes de traeros vuestras sábanas, tuve que llevar otras a los cuartos de la servidumbre...

—¿Y?

—En una de las habitaciones vi a la elfa, que al parecer había estado tocando el arpa.

—Sí. Tengo entendido que tiene un especial talento para interpretar con ese instrumento.

Mirrel hizo una pausa, suspiró y finalmente se atrevió.

—Lord Soth estaba en la habitación con la joven elfa.

El color desapareció del rostro de Korinne, y ésta tuvo que buscar apoyo para no derrumbarse y caer.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó con voz inexpresiva.

—No sé si debo decíroslo —contestó la sirvienta, negando con la cabeza—. No quisiera agraviar a vuestro esposo...

—Cuéntamelo todo —ordenó Korinne en tono irritado y recobrando la compostura— sin omitir nada. Te prometo que tus palabras no saldrán de esta habitación.

La noche era fría, pero lady Korinne apenas lo notaba. Caminaba por el jardín del castillo con la mirada perdida en la distancia. Su mente y su corazón eran un hervidero de emociones, donde bullían la pena, la rabia, la decepción y el miedo.

Al principio, se había negado a creer el relato de su sirvienta. De hecho, no había dejado de decirse que el gran lord Soth, Caballero de Solamnia, eminente miembro de la Orden de la Rosa y conspicuo seguidor del Código y la Medida, nunca la traicionaría de esa manera; pero, a medida que escuchaba, no pudo menos que convencerse de que estaba oyendo la pura verdad. Quedaba claro que el amor de su marido hacia ella se desvanecía; la prueba la había tenido en el modo como le hablaba, en cómo la besaba, en... La historia de la criada no hacía más que confirmar sus peores temores: que estaba perdiendo a su marido en provecho de una doncella elfa.

Aunque quizá no estuviera todo perdido. Según Mirrel, se habían besado; sólo besado. Él era su esposo y tal vez todavía tuviera la oportunidad de recuperarlo antes de que fuera demasiado tarde.

Valía la pena intentarlo. Si algo tenía claro, era que no se rendiría sin luchar; también sabía de qué modo lo haría.

—¿Me habéis mandado llamar, mi señora?

Korinne se giró y vio al joven escudero Engel Espadaplateada. Era de Palanthas, y lady Leyla lo había enviado al castillo con la esperanza de convertirlo en caballero; eso y los lazos que unían a ambas familias le aseguraban una absoluta fidelidad por su parte. Además, como no tenía caballero al que servir, ella podía arreglárselas para encontrarle uno en cuestión de días.

—Sí —contestó, sentándose en un banco—. Tengo una tarea para vos.

—Lo que me mandéis, señora.

—Deseo que viajéis hasta el castillo de Vingaard.

El joven se puso alerta, pues aquello significaba un encargo importante.

—Cuando lleguéis, deberéis encontraros con mi primo, lord Eward Irvine, Caballero de la Espada, y decirle que yo, lady Korinne, le solicito que llame a lord Soth para un asunto urgente y que lo retenga allí, como mínimo, durante dos días enteros. Si apreciáis que duda, le podéis entregar esto como prueba de que yo os envío. —Le entregó un medallón con el emblema de la familia.

—Sí, mi señora.

—Como podéis suponer, éste es un asunto que deberéis mantener en el más estricto secreto —añadió Korinne.

—Naturalmente, lo guardaré con mi vida.

—Si se lo decís a alguien, yo lo negaré todo, y será vuestra palabra contra la mía —añadió en tono amenazador.

—Lo entiendo. Podéis confiar en mí. No os fallaré.

—Sí, sé que no lo haréis.

Korinne sintió una punzada de orgullo por el joven y le palmeó en el hombro.

—Debéis partir esta noche, aprovechando el cobijo de la oscuridad. Ahora, abandonad el jardín antes de que alguien os vea.

El escudero partió apresuradamente, y Korinne estiró la cabeza y contempló el cielo nocturno. Solinari y Lunitari brillaban en el cielo: una blanca y reluciente; la otra, teñida de rojo carmesí, el color de la sangre.





Istvan estaba encorvado sobre su mesa de trabajo, donde mezclaba pellizcos de hisopo con polvos de consuelda. Según los documentos que había podido consultar, aquella combinación debía obrar milagros con las dolencias de las articulaciones, que el paso del tiempo, la vejez, hacía inevitables.

Utilizó una varita para revolver los polvos azules y rojos, hasta que obtuvo una mixtura de color púrpura. Luego, la recogió y la introdujo en una pequeña bolsa de cuero, que ató a su cinturón para tenerla siempre a mano.

Hacía ya días que tomaba aquellas hierbas, pero no era capaz de establecer si realmente ejercían algún efecto sobre él. Decidió que proseguiría con el tratamiento un poco más y que, si no experimentaba ninguna mejora, lo descartaría como el producto de las falsas esperanzas de un viejo tonto.

Alguien llamó a su puerta.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Parry Roslin —contestó una voz.

Aquello le sorprendió. Roslin era el capitán de la guardia del castillo. Por lo tanto, esa visita significaría trabajo.

—Adelante.

—Disculpadme, sanador, pero hay cuatro doncellas elfas en la entrada que solicitan entrar —explicó el robusto soldado.

—¿Y por qué acudís a mí? —preguntó el anciano, desconcertado.

—Lord Soth y la señora ya se han retirado a sus aposentos.

—¿Y Caradoc y Farold?

—Las elfas sólo desean ver a su compañera, Isolda. Dicen que han venido para llevarla de regreso a Silvanesti.

—Ya veo —repuso, pensativo.

—Como la doncella elfa se halla a vuestro cargo, es por eso por lo que he venido a avisaros a vos primero.

Istvan guardó silencio un instante, mientras reflexionaba, y miró la mesa donde quedaban unos pocos restos de hisopo azul en las grietas de la madera. Valioso hisopo azul.

—Habéis hecho bien en avisarme.

El capitán sonrió, una vez despejadas sus dudas.

—Dejadlas entrar —continuó el sanador—, pero llevadlas directamente ante la doncella. Poned un centinela, ya que la visita ha de ser privada. Cuando haya concluido, conducidlas de nuevo a la salida y, si Isolda va con ellas, avisadme. De lo contrario, dejadlo estar y no me llaméis.

Roslin asintió y abandonó la habitación. Istvan se levantó y notó que estaba mucho más rígido y dolorido que antes.

—Me alegro de verte, Isolda —dijo una de las elfas.

—Yo también me alegro de veros a todas.

—Te echamos de menos en Palanthas —intervino otra—. Fue una verdadera lástima que no pudieras acompañarnos. Te habría encantado.

Las jóvenes charlaron alegremente durante un rato, antes de que llegara la elfa mayor, encargada de custodiarlas.

—¡Bien! —dijo al entrar en la habitación y ver a Isolda—. Veo que estás completamente recuperada. Ahora podremos volver todas juntas a Silvanesti, las cinco, las mismas que partimos.

—No pienso ir con vosotras —anunció con firmeza.

Las otras tres callaron de repente, al escuchar las palabras de su amiga, y un silencio cargado de tensión se apoderó del ambiente.

—¿Cómo has dicho? —preguntó la elfa.

—He dicho que no voy a volver a Silvanesti. He decidido quedarme aquí, en el castillo, una tiempo más.

La otra frunció el ceño sin saber qué hacer. Estaba claro que desaprobaba aquella decisión.

—Dejadnos a solas —ordenó a las demás.

Las tres doncellas se levantaron sin decir palabra y abandonaron la habitación. Cuando la puerta estuvo cerrada, habló la mayor.

—¡No lo puedes decir en serio!

—Pues sí, muy en serio.

—Pero ¿qué se le puede haber perdido a una elfa en el castillo de un Caballero de Solamnia?

Isolda no tenía una buena respuesta o, al menos, no una respuesta que pudiera confesarle a la vieja.

—¿Te han dado trabajo?

—No exactamente. Ayudo a cuidar el jardín y las hierbas del sanador, pero no es en concreto trabajo.

—¿Cantas para el señor?

—No.

—¿Amenizas las veladas de esta fortaleza?

—De vez en cuando toco el arpa, pero es más para mi propio entretenimiento que para nadie más.

—¿Cuidas de algún niño?

—No.

—¿Acaso te has convertido en sirvienta de la señora? —preguntó con un destello de curiosidad en la mirada.

—Tampoco.

—Entonces, ¿por qué vas a quedarte aquí cuando tú perteneces a Silvanesti?

—Milord dice que me necesita... para que hable con él.

—¿No habrás estrechado lazos de intimidad con ese hombre? —preguntó la vieja, con aire suspicaz.

Isolda meditó. Lo cierto era que todo lo que había hecho había sido proporcionarle algo de consuelo, por lo menos al principio. Luego, se habían besado, y eso... De todos modos, en el fondo de su corazón sentía que no había hecho nada reprochable, aunque era consciente de que la anciana no lo entendería, por muy convincentes que resultasen sus palabras. En lugar de responder, bajó humildemente la cabeza y guardó silencio.

—Que el gran Paladine se apiade de ti —exclamó la otra elfa con un suspiro.

—Es todo tan repentino... —comentó Korinne—. ¿Estáis seguro de que debéis marcharos otra vez?

—Me temo que sí —repuso Soth—. Vuestro primo, lord Irvine, dice que necesita mi ayuda en el alcázar de Vingard para resolver un asunto de gran urgencia. No conozco exactamente la naturaleza del problema; pero, a juzgar por el tono de su mensaje, creo que lo mejor es partir lo antes posible.

—Bien. Entonces, si debéis partir —dijo con fingida tristeza—, que Paladine os acompañe.

—Gracias, amor mío.

Korinne asintió e intentó devolverle una sonrisa.

—Saludad a lord Irvine de mi parte.

—Así lo haré.

El sol del mediodía se elevaba en el cielo, sobre las praderas del oeste, mientras lady Korinne se asomaba a la ventana de sus aposentos para ver partir a su esposo.

En la distancia, se dibujaban cuatro figuras vestidas con túnicas que se dirigían hacia el sur, siguiendo el pie de las montañas Dargaard. Cabalgaban despacio, y una

de ellas iba claramente encorvada a causa de la edad.

Era frecuente que distintas gentes entraran y salieran del castillo sin su conocimiento —resultaba completamente imposible para ella y su marido estar al día de todo lo que ocurría en la fortaleza—, pero, por alguna razón, aquel pequeño grupo la intrigó. No parecían mercaderes ni mercenarios, y los hechiceros y los clérigos raramente se acercaban por allí. Sí, sentía curiosidad.

De repente, el exterior se animó con el estruendo de los cascos de los caballos que cruzaban el puente levadizo. Instantes después, Soth salía seguido por seis caballeros y, rápidamente, giraron hacia el este y tomaron el camino de Vingaard, alejándose del misterioso grupo de cuatro jinetes.

Korinne observó a su marido y a su escolta durante un buen rato, sin moverse de la ventana, hasta que desaparecieron de su vista. Antes de apartarse echó una rápida ojeada en dirección sur y comprobó que el otro grupo también se había desvanecido en la distancia.

—Ya se han ido, Mirrel —dijo a su nueva dama de honor—. Puedes empezar los preparativos para esta noche.

—Sí, mi señora.

—Lo arreglaremos cuando haya oscurecido.

Las dos lunas ya brillaban en el cielo nocturno cuando Korinne oyó que llamaban débilmente a la puerta.

—¿Quién es?

—Mirrel.

Fue corriendo y abrió. La joven estaba allí, encapuchada y vestida con una capa tan negra que resultaba casi invisible en la oscuridad. Tenía otra igual preparada para su señora.

—Por favor, mi señora, ponéosla.

Korinne se echó la prenda encima de los hombros y la cabeza. Luego, las dos mujeres se encaminaron silenciosamente por los pasillos en dirección a la puerta de salida. Para sorpresa de la señora del castillo, la encontraron desguarnecida y con el rastrillo ligeramente alzado.

—¿Cómo es posible? ¿Dónde están los guardias? —preguntó Korinne.

—Lo arreglé para que se ausentaran unos minutos. Volverán a hacerlo cuando regresemos.

—Pero ¿cómo?

—No subestiméis los encantos femeninos de...

—Basta. No quiero saberlo.

—Sí, será mejor, señora.

Korinne miró de soslayo a su dama y se sorprendió de la ingeniosidad, la eficacia

y la lealtad a toda prueba que demostraba. A pesar de que la joven había sido quien le había dado a conocer la triste verdad sobre Soth, empezaba a estarle agradecida. Desde su llegada al castillo, Korinne había echado de menos la compañía de una amiga. En ese momento, ya la tenía.

Se deslizaron por la abertura y cruzaron velozmente el puente levadizo, intentando mantenerse fuera de la claridad de las dos lunas. Cuando alcanzaron una zona segura, ya en el exterior, Korinne se volvió hacia Mirrel.

—Y, ahora, ¿qué?

—Por aquí, señora. Los caballos aguardan.

De nuevo, sintió admiración por la minuciosidad de la joven y, por primera vez, tuvo la impresión de que su descabellado plan podía salir bien.

Llegaron hasta donde estaban atados los animales, montaron sin decir una palabra y se internaron en la noche.



—El poder de leer las mentes de hombres, mujeres y niños... —musitó el Príncipe de los Sacerdotes, sentado sobre su trono, en un extremo de la gran sala del templo—. Poner fin a todos esos pensamientos malignos..., antes incluso de que puedan convertirse en algo peor... ¿Acaso no es ése un poder reservado exclusivamente a los dioses?

El joven y solitario acólito que se sentaba al lado del sumo dignatario pareció dudar de si era una pregunta que requería una respuesta o no. Tras unos segundos de silencio, asintió.

—Sí. Realmente lo es, venerable.

El Príncipe de los Sacerdotes hizo un gesto de conformidad, y el acólito se sintió aliviado por haber dado la contestación correcta.

—Y ser el único juez de los pensamientos de los demás, y sopesar la maldad inherente en ellos, y castigar en justa correspondencia, incluso con la muerte, ¿no eran ésos poderes exclusivos de los dioses del Bien como Paladine, Mishakal, Majere, Kiri-Jolith, Habbakuk, Branchala y Solinari? Incluso Takhisis, Sargonnas y Morgion, dioses del Mal, y Gilean, Sirrion y Reorx, dioses de la Neutralidad, han tenido poderes semejantes.

Una pausa.

—Desde luego, ilustrísima.

—Pero, ahora, no sólo son los dioses los que tienen ese poder. También yo lo tengo. Y si yo, el Príncipe de los Sacerdotes de Istar, tengo poderes divinos, entonces, sigo siendo mortal, ¿o he ascendido un peldaño hacia la inmortalidad?

Otra pausa.

—Habéis ascendido, sin duda, venerable.

—Sí —afirmó con una furia jubilosa y contenida—. Habiendo adquirido los poderes de un dios, yo mismo debo ser divino.

La gran sala estaba sumida en un silencio mortal.

El acólito contempló al Príncipe de los Sacerdotes y asintió con rapidez.

—Naturalmente, excelentísimo.

—Entonces, subiré a los cielos y ocuparé mi lugar a la derecha de Paladine. Los

dioses me recibirán con los brazos abiertos y me agradecerán que haya llevado la bondad y la virtud a los cuatro rincones de Krynn.

Los ojos del Príncipe de los Sacerdotes se alzaron hacia el techo, y un destello de locura brillaba en ellos. Parecía como si el sumo dignatario quisiera ver más allá del templo, como si pretendiera ver directamente a través de la negrura del cielo nocturno. Se puso en pie.

—¡Si tengo el poder de un dios, entonces, es que lo soy!

El acólito guardó silencio y lo miró con temor.

—Sí, un dios. ¡Eso es lo que soy!

El joven humilló la cabeza.

—Sí, venerable —murmuró.



Mirrel y su señora cabalgaron en dirección sur durante una hora. Luego, giraron hacia el este y bordearon el lado norte de un barranco de las montañas Dargaard conocido como La Herida del Alma.

Korinne había escuchado, desde que era niña, las historias que se contaban sobre los habitantes de aquellas regiones y, aunque nunca había llegado a creer en ellas mientras vivió en la comodidad de su casa de Palanthas, desde su llegada al alcázar de Dargaard había cambiado de opinión.

Allí, todo el mundo, desde el más noble caballero hasta la más humilde fregona, podía relatar historias acerca de las razas perdidas que poblaban los impenetrables valles y las traicioneras laderas de la cordillera de las Dargaard: los bakalis, con aspecto de lagarto; los extraños duendes huldres; los kiris, parecidos a pájaros, y los sombríos, como murciélagos. De todos ellos se decía que vivían en aquellos parajes y, aunque nadie los había visto realmente desde hacía mucho tiempo, eso no alteraba la creencia de que se trataba de una región misteriosa, en la que buscaban refugio todos aquéllos que habían sido incapaces de adaptarse a las costumbres de la sociedad solámnica. A pesar de todo, no era un mundo aislado.

Cuando Korinne se había decidido a emprender aquel viaje no tenía una idea clara de adonde debía dirigirse en busca de consejo, por lo que Mirrel resultó de gran ayuda a la hora de determinar los contactos y asegurarse su atención.

Su destino era una pequeña cabaña situada al pie de una cumbre nevada. La construcción se hallaba medio enterrada en el suelo, y parecía como si la ladera de la montaña la hubiera ido cubriendo con el paso del tiempo hasta enterrarla casi por completo. Una débil luz salía por las ventanas en señal de que, a esas horas de la noche, alguien aguardaba visita en el interior.

Las dos mujeres aminoraron el paso de sus monturas, satisfechas de tener la ocasión de descansar tras la larga galopada. Luego, desmontaron y se aproximaron a la cabaña, andando el último trecho del camino. Encontraron la puerta principal entreabierta, pero, no obstante, Mirrel sugirió que era más prudente llamar primero. Korinne asintió y se recordó a sí misma que su rango de señora del alcázar de Dargaard le iba a servir de poco en presencia de una hechicera de las montañas.



Llamó, pero no obtuvo respuesta.

—Quizá deberíamos entrar —aventuró Mirrel.

Korinne lo volvió a intentar, y, esa vez, respondió una voz cavernosa.

—La puerta, abierta está. Entrad si lo deseáis.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada, y Korinne empujó el batiente mientras Mirrel la seguía, pegada a sus talones.

El techo de la casa era bajo, y tuvieron que agacharse para no golpearse la cabeza con las vigas que lo soportaban. La hechicera estaba sentada en una silla de extrañas formas, que sólo parecía cómoda para ella. Hizo un gesto con una mano, huesuda y nudosa, para invitar a las damas a que tomaran asiento. Afortunadamente, había otros dos asientos que parecían adecuados a las necesidades de seres más normales.

Bajo la parpadeante luz del fuego que ardía en el hogar, Korinne intentó escrutar las facciones de la mujer, pero no pudo distinguir nada, salvo el hecho de que tenía apariencia humana.

Como si la encantadora hubiera adivinado su pensamiento, hizo un gesto con la mano, y las llamas ardieron repentinamente con mayor intensidad. Bajo la súbita claridad, Korinne pudo apreciar la agrietada piel y varios lunares, que, bajo el efecto de la luz, parecían cambiar de sitio cada vez que los miraba; pero, sobre todo, se fijó en los ojos, profundos y oscuros, totalmente negros, incluso bajo la intensidad de las llamas. A Korinne, en contra de lo que había imaginado por las historias que había oído, no le pareció especialmente repulsiva.

—¿Habéis visto suficiente? —preguntó la maga al mismo tiempo que, con otro gesto, menguaba el fuego y dejaba la habitación sumida de nuevo en la penumbra—. Ahora, decidme por qué habéis venido y qué es lo que deseáis.

El corazón de Korinne se puso a latir apresuradamente. No le parecía correcto hallarse en semejante lugar, pero había llegado demasiado lejos y no podía renunciar.

—Mi nombre es Korinne, lady Korinne...

—Quién sois ya lo sé —interrumpió la hechicera, sonriendo y mostrando una fila de dientes amarillentos—; lo que habéis venido a buscar, también. No obstante, mi deseo es escucharlo de vuestros labios.

La dama guardó silencio un instante, mientras reflexionaba sobre el hecho de que, aparte de Mirrel y Soth, nadie más estaba al corriente de sus problemas. Sin embargo, se dio cuenta de que no experimentaba reticencia alguna por confesarle a aquella desconocida sus más íntimos secretos. Tenía la inexplicable convicción de que nada de lo que fuera dicho allí saldría, jamás, de aquellas paredes.

—Soy estéril —confesó, con un asomo de tristeza en la voz—. A pesar de todos mis esfuerzos, no he sido capaz de concebir.

—¿No? —preguntó la hechicera, jocosamente—. ¿Cómo sabéis que sois vos la que no puede?

Korinne guardó silencio.

—¿Cómo sabéis que el problema no reside en el gran lord Soth, Caballero de la Rosa?

Aquellas palabras sorprendieron a Korinne, que jamás había considerado semejante posibilidad.

—¿Cómo podéis estar segura de que el problema no está en su semilla? —insistió.

Se sintió obligada a contestar, de lo contrario la maga seguiría repitiéndole la pregunta una y otra vez.

—No lo estoy —susurró Korinne—. No puedo estarlo.

—Entonces, quizá deberíais regresar y averiguarlo. Luego, podéis venir a verme otra vez.

—¿Y cómo puedo descubrirlo?

—Pues tomando un amante —repuso, con una risa desagradable—. O esperando a que vuestro poderoso señor engendre un bastardo.

—No, no podría hacer algo así.

—Entiendo. Entonces, lo que me estáis pidiendo no es que os haga fértil, sino que os proporcione un hijo.

Korinne calló y se volvió para mirar a Mirrel en busca de una respuesta, pero la dama de compañía parecía tan confundida como ella.

—Sí —dijo, al fin.

—Pues de eso no soy capaz —contestó la hechicera.

—¿Y por qué no?

—Lo que me solicitáis requiere una magia sumamente peligrosa. Incluso si lo intentara, no sabríais si había salido bien hasta pasados muchos meses, y entonces sería demasiado tarde.

—Tarde, ¿para qué?

—Para deshacer el encantamiento. Si mi magia funciona todo irá bien y nadie se quejará; de lo contrario...

—Debéis ayudarme —imploró Korinne, arrodillándose ante los pies de la maga.

—¿Y por qué debo?

La joven esposa intentó encontrar una respuesta, pero fue incapaz. Humilló la cabeza y permaneció en silencio.

—¡Eh! ¿Qué me contestas? —dijo sarcásticamente la maga—. Habla más alto, cariño, no te oigo.

Korinne notó que se ruborizaba. No había razón para que aquella horrible mujer le hablara de esa manera si no era a causa de la desgraciada situación en la que se hallaba; pero, al final, se dio cuenta de que no se encontraba en disposición de pedir y menos aún de ordenarle nada.

El silencio se prolongó hasta que la hechicera habló de nuevo.

—Vamos, decidme otra vez por qué debo ayudarlos.

La dama lo meditó y se preguntó qué razón había para que una persona a quien no conocía, una encantadora de las montañas, se aviniera a ayudarla a ella, la señora del alcázar de Dargaard.

—Porque amo a mi marido profundamente y no deseo más que hacerlo feliz —admitió finalmente.

—¡Ah! ¿Estáis segura de eso?, ¿de que un niño haría feliz a vuestro esposo? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

Korinne consideró la cuestión y, aunque no podía estar absolutamente segura, repuso con todo el convencimiento del que fue capaz.

—Sí.

—Entonces, tal vez, después de todo, sea posible que consigáis lo que tanto deseáis.

—¿Sólo tal vez? —preguntó ásperamente Korinne, pero se abstuvo de añadir más.

—Sí. Entre otras cosas, aún está por decidirse el asunto de la recompensa por mis servicios.

—Puedo pagaros lo que deseáis —contestó firmemente—. No tenéis más que decírmelo y será vuestro.

La carcajada de la hechicera sonó como un disparo en la noche.

—Mirad todo esto. Aquí es donde vivo ¿Creéis que atesoro riquezas?

Las dos damas miraron a su alrededor y comprendieron que a la maga poco le importaban las comodidades materiales. Korinne sintió que la embargaba nuevamente una sensación de derrota. Si no era material, ¿qué otro tipo de retribución sería la adecuada?

—¿Qué es lo que deseáis, pues?

—Quiero lo que sea más valioso para vos —repuso la hechicera, con una torva sonrisa en los labios.

Korinne reflexionó. ¿Qué era lo que más apreciaba? Entonces, se dio cuenta de que la respuesta era sencilla: lo que más deseaba en el mundo era tener un hijo, y ésa era también la ambición de su marido. El valor de un hijo para sus vidas era inconmensurable. Pero ¿cómo podía siquiera pensar en ofrecerlo en pago si no podía ni tenerlo?

—¿Cómo puedo pensar en daros lo que yo más deseo cuando eso es exactamente lo que he venido a pedirlos? —preguntó finalmente.

La maga sonrió ante la observación y, por un momento, casi adquirió rasgos de belleza. Korinne le devolvió la sonrisa, dubitativa.

—Una inteligente respuesta. La respuesta adecuada, de hecho.

Una sensación de alivio se apoderó de las dos damas.

—Si un hijo es lo máspreciado para vos, entonces, quizás os merezcáis tener uno —comentó la encantadora mientras se incorporaba.

Por primera vez, la deformación de sus extremidades se hizo visible, y Korinne se preguntó qué la habría causado; aunque, luego, decidió que era mejor no averiguarlo.

—Os daré un hijo —anunció la hechicera—. Pero debo preveniros de que la magia que voy a utilizar será magia negra, y que es muy, pero que muy peligrosa.

La joven esposa se mordió el labio con angustia, súbitamente atemorizada, y pensó que si seguía escuchando aquellas palabras era posible que cambiase de opinión.

—Además, os prevengo. El éxito de mi encantamiento dependerá enteramente de la virtud y la pureza de corazón de vuestro esposo, lord Soth.

Korinne se acordó, entonces, de lo que le había contado Mirrel sobre Soth y la elfa. Se habían besado, sí; pero ¿cuánto mal podía haber en ello? Por otra parte, si no seguía adelante con sus planes, ¿cuánto tardaría aquel simple beso en transformarse en algo más importante? No obstante, por encima de todo, estaba la condición de Soth como Caballero de Solamnia y miembro de la Orden de la Rosa, y no había duda de que, en ese sentido, era un hombre honorable, consagrado a los principios del Código y la Medida. Su pequeño desliz con la doncella elfa no podía empañar tantos años de rectitud y dedicación a la causa del Bien. Estaba convencida de que la condición puesta por la hechicera no sería un obstáculo.

—Sí. Es un buen hombre —afirmó.

—¿Estáis segura?

—Sí, lo estoy. —No obstante, un ligero temblor apareció en su voz, como si su convicción se debilitara.

—Vos lo amáis, ¿no es cierto?

—Sí... Sí.

—Quizá deberíais temerlo en lugar de amarlo —dijo torvamente—. Hay aspectos oscuros en su familia que pueden llegar a contaminarlo sin remedio.

Korinne sintió miedo de repente, pero hizo un esfuerzo para tranquilizarse y convencerse de que la maga sólo pretendía asustarla.

—Todavía deseáis ese hijo, ¿verdad?

Asintió.

—Pues, entonces, lo tendréis.

La hechicera puso los ojos en blanco y apoyó la mano sobre el vientre de la dama. La joven sintió su cálido, casi ardiente contacto, contra la piel, y la oyó entonar un extraño cántico al mismo tiempo que veía brotar grandes llamas del prácticamente extinguido hogar.

Korinne notó una punzada en su interior, como si algo nuevo y floreciente luchara

por abrirse paso y encontrara acomodado en sus entrañas. Notó los párpados pesados y que el sueño la invadía. Intentó hacer acopio de energías para mantenerse despierta, pero no lo consiguió. Entonces, se dio cuenta de que todas sus fuerzas estaban siendo absorbidas por la nueva semilla que la hechicera le había depositado en el vientre.

—Señora, ¡despertaos!

Korinne notó que le tocaban la mejilla.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Debemos partir. Se hará de día dentro de poco.

Abrió los ojos y vio a Mirrel que se inclinaba sobre ella. Miró a su alrededor y recordó en qué lugar se encontraba.

—¿He dormido mucho rato?

—No, sólo un momento.

—Entonces, será mejor que nos marchemos —dijo, e intentó ponerse en pie sin conseguirlo. Se sentía dolorida por el cansancio.

Mirrel la tomó del brazo y la ayudó a incorporarse. Cuando se dirigían hacia la puerta de la cabaña, Korinne se dio la vuelta para darle las gracias a la hechicera.

—Os lo agradezco —dijo con voz débil.

Entonces, volvieron a sonar, entre las sombras, las lúgubres carcajadas de la maga.

—No me lo agradecáis. Es posible que más adelante me maldigáis.

Las palabras de la vieja le provocaron un escalofrío.



—Querido Loren, ¿qué tal ha ido el viaje? —preguntó lady Korinne mientras ella y su marido se retiraban a sus aposentos, tras el regreso del caballero de su estancia en Vingaard.

—Ha sido extraño —repuso con expresión huraña.

—¿Y por qué? —intentando a duras penas contener una sonrisa y recostándose sobre la cama.

—Veréis, Eward Irvine es un magnífico y experimentado caballero; de hecho, su antigüedad como Caballero de Solammia es superior a la mía —explicó, mientras se quitaba las botas—. Sin embargo, me hizo llamar con tanta urgencia y premura que no pude menos que pensar que algo de especial gravedad estaba sucediendo; pensé que podía tratarse, incluso, de una rebelión de los caballeros de Vingaard.

—¿Y no ha sido así? —preguntó Korinne.

—No, desde luego que no. Cuando llegamos a su castillo no salió a recibirme y, luego, me tuvo esperando durante horas. Al final, cuando nos encontramos, todo lo que me pidió fue ayuda para planear y organizar combates simulados entre los destacamentos de sus caballeros.

Korinne guardó silencio, haciendo esfuerzos por contener el torrente de palabras y buenas noticias que se le venía a la punta de la lengua.

—Aquello no era más que un trabajo para sirvientes y escuderos. En cualquier caso, una cosa ha quedado clara: de ahora en adelante me lo pensaré dos veces antes de acudir a toda prisa a una llamada de vuestro primo.

Soth se dio la vuelta y contempló a su esposa, tumbada sobre el lecho, que sonreía abiertamente.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ocurre? —Se miró a sí mismo, como si algo relacionado con sus vestiduras pudiera ser la causa de aquella actitud.

—¿Recordáis que me ordenasteis que no hablara del asunto de mi embarazo hasta que no estuviera totalmente segura de ello?

—Sí, claro. —Lo recordaba a la perfección.

—Pues bien, ahora estoy segura.

Soth enmudeció de la sorpresa y quedó allí un momento, estupefacto, hasta que

recuperó el habla.

—¿Estáis absolutamente segura? ¿Totalmente?

Korinne se dio cuenta de que no le podía reprochar tanta incredulidad. Ella misma le había dado tantas falsas esperanzas que su reacción resultaba comprensible. Se limitó a asentir, sonriente.

—¡Que Paladine sea loado! —exclamó Soth, saltando sobre la cama y estrechando a su esposa.

Korinne notó que las lágrimas acudían a sus ojos mientras Soth la besaba una y otra vez.

—Mi mujer espera un hijo. ¡Qué noticia más maravillosa!

La joven rompió a llorar y enseguida apreció el salobre contacto de las lágrimas que resbalaban entre los labios de ella y los de él.

—¡Una gran fiesta! ¡Quiero dar una gran fiesta en los salones del castillo, y que acudan todos sus habitantes!

—¿Con qué motivo, milord? —preguntó Pitte, el cocinero del alcázar, un tipo mayor pero robusto, que había preparado comidas para tres generaciones de Soth y que se hallaba en la gran sala junto a los sirvientes principales.

—Voy... —hizo una pausa y respiró profundamente—. ¡Voy a ser padre!

Los congregados apenas pudieron contener su sorpresa, y una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Loren, que, por fin, tenía la ocasión de disfrutar del largamente diferido placer de comunicar semejante noticia. Lady Korinne se hallaba a su lado, tomándolo de la mano, y sonreía tan abiertamente como su marido, o más.

Tras ellos, estaba Mirrel, que tampoco podía ocultar su satisfacción.

—¡Qué grandes noticias, milord!

—Ciertamente. La mejor ocasión para una gran celebración.

—Prepararé un gran festín, mi señor —declaró Pitte, obviamente satisfecho de tener la posibilidad de servir a una nueva generación de la familia Soth—. Es un poco pronto para ciertos productos de temporada, pero, no obstante, organizaré un gran banquete compuesto de caldos, guisos y pasteles.

—Estoy seguro de que será un ágape memorable, Pitte. Siempre nos has servido manjares exquisitos.

—Gracias, señor. ¿Cuándo deseáis que la celebración tenga lugar? —preguntó el sonriente cocinero, enseñando los pocos dientes que le quedaban.

—Tan pronto como sea posible, naturalmente —sugirió Soth.

—¿Dentro de dos días os parece bien?

—Sí. Será perfecto.

—Entonces, os ruego que me disculpéis... Tengo un montón de cosas que organizar. —El fornido sirviente hizo una profunda inclinación con la cabeza y se

retiró a sus fogones.

—Bien —dijo Soth, hablando al resto del servicio del castillo—, en cuanto a vosotros...

Pitte cumplió su palabra y, a pesar del poco tiempo del que dispuso, él y sus ayudantes hicieron un magnífico trabajo y prepararon una gran fiesta. Además de las considerables variedades de queso y carne, el cocinero se ocupó de elaborar diferentes platos, que coloreó usando tintes vegetales, como el perejil para obtener el verde, o el azafrán para conseguir el amarillo. No fue más que un detalle sin importancia, pero contribuyó a elevar aún más la alegría del ambiente.

Pero lo mejor fue la sorpresa que llegó con los postres. Pitte había horneado un gran pastel en forma de cuna, y lo había cubierto de azúcar glaseado y lo había decorado con frutas confitadas en forma de rosas. Cuando lo presentó ante la mesa de su señor, Soth se lo agradeció y se sintió feliz, ya que se daba cuenta de que, incluso antes de que el niño hubiera nacido, ya era objeto de un trato reverente por parte de los habitantes del alcázar de Dargaard. Independientemente de si era niño o niña, estaba seguro de que la infancia de su hijo estaría llena de días felices.

El banquete duró horas, y el vino y la cerveza corrieron en abundancia, llenando a rebosar copas y jarras. Finalmente, los cantos que alababan la memoria y las virtudes de Vinas Solamnus empezaron a sonar desafinados y las voces enronquecidas; ésa fue la señal de que los caballeros estaban llegando al límite de lo correcto. Por eso, Soth se sintió aliviado cuando Caradoc se levantó de su asiento e hizo callar a los reunidos, con un gesto del brazo, y anunció que todos ellos tenían un regalo simbólico que ofrecer a los nuevos padres.

—Mi señor —anunció, mirando primero a Soth y, luego, al resto de los caballeros—. Sé que quizás es pronto para hacer regalos a un niño que todavía no ha nacido, pero la alegría que mis compañeros y yo sentimos al escuchar la buena noticia ha sido demasiado grande como para que la dejáramos pasar sin contribuir a ella con un gesto por nuestra parte.

El lugarteniente dio unas palmadas y, rápidamente, unos servidores entraron en la sala portando unas grandes cajas llenas de bultos.

—Por lo tanto —continuó—, como muestra de nuestra profunda y sincera felicidad por las nuevas de que un joven Soth pronto correteará entre los muros del castillo, quisiéramos que aceptarais estos presentes. —Hizo un gesto que abarcaba los paquetes—. Así vuestro vástago crecerá y se convertirá en un caballero tan importante como vos.

Los servidores depositaron los regalos en el suelo, y todos pudieron admirar su contenido. Las cajas estaban llenas de espadas de madera y escudos finamente tallados, junto con varias preciosas armaduras de cuero repujado; todo ello en



distintos tamaños y tallas, los correspondientes a las fases de crecimiento de un niño.

Soth se quedó estupefacto y sin palabras. Muchos de aquellos objetos formaban parte del patrimonio familiar de sus poseedores, los caballeros, y habían pasado de mano en mano y de generación en generación. Su valor, aunque intangible, resultaba incalculable.

Se puso en pie y se inclinó ante Caradoc y el resto de los reunidos en un gesto de agradecimiento.

—Os estoy profundamente reconocido. Gracias a todos. Ahora, quisiera levantar mi copa para brindar a la salud de los Caballeros de Solamnia, los mejores padrinos que una criatura podría tener jamás.

Los congregados estallaron en vítores y se hizo un momentáneo silencio mientras todos vaciaban sus copas.

Soth se inclinó sobre su esposa.

—Tengo que levantarme para darles las gracias personalmente a cada uno de ellos —le dijo.

—Desde luego —repuso la dama—. Tras un detalle semejante es lo menos que podéis hacer.

El señor de Dargaard abandonó su asiento de honor en la mesa y fue hasta su lugarteniente para abrazarlo.

—Korinne y yo estamos emocionados por vuestro gesto —dijo mientras le palmeaba enérgicamente la espalda.

—Hemos estado guardando esos objetos durante meses, mi señor. Solamente esperábamos el momento adecuado para entregároslos.

—Y habéis esperado mucho...

—Sí. Hemos esperado... un poco —contestaron al unísono algunos caballeros.

—Vuestra paciencia y atenciones son inapreciables para mí —concluyó Soth.

Caradoc hizo un gesto, como si quisiera restarle importancia, y bebió un sorbo de vino.

Soth se apartó de aquel grupo y se disponía a ir hacia otra de las mesas de sus fieles camaradas cuando se topó con Isolda, que había pasado toda la velada tocando el arpa y entreteniendo a los comensales con sus bellas canciones. Por la expresión que vio en su rostro, el caballero supo que en la mente de ella había otras preocupaciones, aparte de los versos y la música.

—Quisiera hablar con vos —susurró la elfa.

Él se dio cuenta de que se encontraba en una posición delicada. Para todos los habitantes del castillo, Isolda era una invitada con un rango especial y, a causa de su raza, no dejaba de suscitar cierta curiosidad. En cualquier caso, no pasaba inadvertida; si hablaba con ella en ese momento, se convertiría en el centro de atracción de todas las miradas.

—Como deseáis —repuso, al mismo tiempo que caminaba hacia un rincón menos visible.

—Ante todo, dejadme que os felicite, a vos y a vuestra esposa por la feliz noticia.

—Gracias —contestó Soth, con una cortés sonrisa.

Isolda adoptó una actitud distendida, como si la conversación fuera lo más natural y para dar la apariencia de que transcurría entre dos viejos amigos.

—Quería deciros que, ya que Korinne está encinta y, al parecer, vuestros problemas han quedado resueltos, creo que lo mejor es que regrese con los míos a Silvanesti —explicó mientras afinaba las cuerdas de su instrumento.

Soth sabía que ella estaba en lo cierto y que no había lugar para una elfa entre los muros del alcázar, especialmente a partir de ese momento; pero cuanto más contemplaba la belleza de la doncella, más se convencía de que no podía permitir que se fuera. Cualesquiera que fueran las razones, debía permanecer en el castillo, cerca de él.

—¡No! —respondió con un imperioso susurro que pronto fue acallado por las conversaciones que los rodeaban—. Debéis quedaros... Por favor.

—Pero ¿qué voy a hacer aquí? —preguntó Isolda, moviendo negativamente la cabeza—. Istvan no hace más que perder su valioso tiempo intentando encontrar tareas adecuadas para mí.

—Quizás os podáis quedar para... —buscó frenéticamente una razón que pudiera ser convincente— para ayudar a Korinne durante el embarazo.

—¡Oh!, lo dudo mucho. Creo que vuestra esposa es la última persona que desearía verme cerca de ella o del niño.

—No tiene ninguna razón para estar en contra de vos.

—Tal vez, pero tengo el presentimiento de que no soy su huésped favorito.

Soth se giró un momento para devolver el saludo y las felicitaciones a un caballero que pasaba. Luego, volvió su atención a Isolda.

—Quiero que os quedéis —insistió, subrayando la expresión, e hizo una pausa—. A medida que prospere el embarazo de mi esposa, os necesitaré a mi lado más que nunca.

—De acuerdo —admitió ella, que se había sentido traspasada por la intensidad de la mirada de ojos azules de Soth—. Me quedaré.

Él echó la cabeza hacia atrás y sonrió, como si la elfa hubiera dicho algo gracioso.

—¡Estupendo! —exclamó con alegría y en voz alta para hacerse oír por encima del barullo—. ¡Sí, realmente, soy un hombre muy feliz!

Korinne observó a su marido moverse a través del gran salón, saludando a la gente y estrechando manos aquí y allá. Parecía más contento que nunca, y se sintió satisfecha por haber sido la responsable de ello.

Pero, entonces, vio cómo, tras separarse de Caradoc, Soth se topaba con la doncella elfa. Aquel repentino encuentro le provocó náuseas y un escalofrío, y contempló, con aparente indiferencia, cómo su esposo y la bella criatura conversaban en el otro extremo de la sala. No apreció nada extraño o sospechoso en sus ademanes, nada que pudiera sugerir que eran algo más que simples amigos, y tuvo que recordarse que, al fin y al cabo, el vínculo que existía entre ellos se debía al hecho, en absoluto despreciable, de que Soth había salvado la vida de la doncella.

Se sintió algo mejor cuando se fijó en cómo él interrumpía la conversación para saludar a los caballeros que se le acercaban, mientras la elfa se entretenía afinando el arpa. Cuando acabaron de hablar, vio que Soth se despedía cortésmente y que se separaban como lo harían unos simples amigos.

Nada raro había ocurrido, y su esposo fue a charlar animadamente con otros camaradas. Sin embargo, una sensación de malestar se apoderó de sus entrañas.



Los meses transcurrieron como días para unos y como años para otros.

Para la mayoría de los habitantes del castillo, el tiempo pasó velozmente, mientras preparaban el cuarto del niño, tejían sus ropas o intentaban adivinar con qué nombre lo bendeciría su padre.

Por el contrario, para lady Korinne, el invierno avanzó a paso de tortuga. Si bien durante los primeros meses se pudo entretener en las tareas propias de la situación, como decorar el dormitorio de su futuro hijo, el resto del tiempo tuvo que guardar cama y estricto reposo bajo las constantes atenciones de Istvan, el sanador, cuyos regulares análisis y exámenes siempre concluían con una misma respuesta.

—Todo marcha perfectamente, tanto para la madre como para la criatura, tal como era de esperar.

Sin embargo, a la joven dama aquellas palabras no le servían de consuelo ni le aliviaban los dolores que experimentaba en su interior. El niño se había convertido en algo más que una simple carga y, a menudo, se preguntaba por qué no sabía de otras madres que se quejasen de ataques tan constantes como los que la aquejaban a ella.

Por lo tanto, no fue una sorpresa para nadie que Korinne pasara la mayor parte del tiempo descansando. Las noches y los días se sucedían para ella indistintamente, sumidos en una especie de neblina provocada por el estado de duermevela que los calambres hacían inevitable.

Como resultado, el invierno fue para Soth como un largo paréntesis durante el que se encontró privado de la compañía de su esposa y acosado por la impaciencia y la expectación que el acontecimiento despertaba en él. Cuando Korinne parecía encontrarse mejor, o bien se dedicaba a organizar la llegada del niño, o bien se encontraba con que Soth estaba ocupado administrando los territorios de Foscaterra de la mejor manera posible. Si dormía, no se la podía molestar y, cuando sólo descansaba, parecía tan abatida por el malestar que se mostraba inaccesible a los torpes intentos de Soth por consolarla.

Así pues, uno de los días más fríos de aquel mes de Deepkolt, Soth fue en busca de otras compañías. Semanas atrás había ordenado a Istvan que acomodase a Isolda en aposentos privados. El sanador había cumplido las órdenes y había instalado a la

hermosa elfa en una habitación dotada con dos entradas en el extremo sur del castillo. Uno de los accesos daba al pasillo y el otro comunicaba con un pequeño almacén que era raramente utilizado. Soth le dio las gracias y, como recompensa, le prometió que le llevaría más hisopo azul la próxima vez que fuera a Palanthas, y no volvió a hablar más de aquel asunto.

El señor del alcázar de Dargaard cruzó a tientas la fría y oscura despensa. Sus manos palparon la áspera superficie de unos tablones de madera y, cuando estuvo seguro de que no se equivocaba, llamó, golpeando con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó una suave voz desde el otro lado.

—Soy yo. Lord Soth.

La puerta se abrió enseguida.

Los meses pasaron.

Brookgreen...

Yurthgreen...

Fleurgreen...

Llegó la primavera, que vistió de flores y de frutos los jardines y los árboles. Y, con ella, el momento para que Korinne diese a luz a su hijo.

Soth descansaba tumbado sobre la cama. Su musculoso cuerpo se hallaba cubierto de sudor y, a su lado, la delgada figura de Isolda, igualmente sudorosa, se acurrucaba entre sus brazos. Cuando se hubo acomodado, lanzó un suspiro de satisfacción.

—El castillo tendrá una nueva boca que alimentar dentro de poco —dijo la elfa en voz queda.

Él sonrió brevemente. Aunque no le gustaba hablar de su esposa y su embarazo en presencia de Isolda, nunca le había prohibido expresamente a la elfa que lo hiciera, ya que ella casi nunca mencionaba a Korinne.

—Sí. El niño puede nacer en cualquier momento —repuso con sequedad.

Isolda lo contempló con una sonrisa coqueta en el rostro, y él se dio cuenta.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No estoy hablando del hijo de vuestra esposa.

Soth guardó silencio durante un instante.

—Entonces, ¿a quién os referís?

—A mí; me refiero a mí.

El caballero abrió la boca para hablar, pero ninguna palabra le salió de los labios. Se incorporó en el lecho y miró a la doncella, que lo contemplaba con una expresión alegre, como un kender que hubiera acabado de hacerse con un tesoro.

—¿Queréis decir que...?

Ella asintió.

Al principio, Soth se sintió exultante, pero, poco a poco, la alegría se tornó en preocupación. Solamente podía pensar en los problemas que le ocasionaría la presencia de un hijo bastardo dentro de los muros del castillo; en los secretos y en las mentiras que tarde o temprano aparecerían para sembrar el rencor y la discordia entre sus dos herederos. Y eso le recordó a sus hermanastros muertos, asesinados por orden suya, para asegurarse así su posición como único heredero al trono de Foscaterra.

Entonces, en aquel horrible instante, se percató de que, aunque se había distanciado de su padre, no había conseguido apartarse de su mal ejemplo y había engendrado un bastardo, tal y como Aynkell Soth había hecho en el pasado. Además, para empeorarlo, el suyo sería un semielfo.

Las palabras de su padre le volvieron a la memoria: «No te apresures a condenarme, hijo mío. Tú eres carne de mi carne, y siempre lo serás. Llevas demasiado de mí para que puedas juzgarme tan severamente». Soth sintió un frío repentino al recordarlas.

Miró a la elfa, vio la alegría y la felicidad reflejadas en sus ojos y supo que no podía compartir con ella aquel sentimiento de catástrofe que le atenazaba el corazón.

—Son unas magníficas noticias —repuso, intentando disimular sus verdaderas emociones.

—Pues nadie diría que...

Unos fuertes golpes en la puerta interrumpieron las palabras de Isolda.

—¿Quién es? —preguntó la elfa con voz serena.

—Disculpadme, pero ¿acaso está lord Soth con vos?

Ambos cruzaron una mirada de sorpresa y asombro.

—¿Quién osa molestarme aquí? —bramó Soth para dar a entender al mensajero que no era de su agrado que lo interrumpieran durante sus escasos momentos de intimidad.

—Soy yo, Caradoc, milord.

Saltó de la cama y fue rápidamente hasta la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sin dar más muestras de enfado.

—Se trata de vuestra esposa, mi señor. Está dando a luz a vuestro hijo y os reclama.

—Voy ahora mismo.

Se volvió a mirar a Isolda, incapaz de añadir más. La elfa lo miró con ojos comprensivos.

—Id. Os necesita.

Soth se vistió apresuradamente y salió corriendo por el pasillo a la vez que escuchaba los lamentos de Korinne, que empezaba a sufrir las primeras contracciones.

A juzgar por la intensidad de los gritos, dedujo que su mujer debía de estar padeciendo dolores indecibles. Había oído decir que el dolor de parto era el que se olvidaba primero, pero, en esos instantes, no creyó que eso fuera posible.

Llegó a las dependencias de Istvan y se detuvo para llamar a la puerta, aunque en su calidad de señor del alcázar no tenía por qué hacerlo. Esperó unos segundos, pero nadie acudió, y se percató de que los aullidos habían ahogado su aviso. Abrió la puerta para entrar y, entonces, los alaridos de Korinne lo golpearon a todo volumen.

Soth dio un respingo. Aunque había escuchado muchas veces a sus hombres en la batalla y los gemidos de los heridos y los mutilados, nunca antes había oído algo tan horripilante como aquello. Se lanzó al lado de su mujer.

Ella lo vio y se relajó ligeramente, y sus quejidos menguaron. Él le tomó la mano mientras la dama luchaba por recobrar el aliento. Estaba empapada de sudor y tenía el pelo húmedo y pegado a la cabeza. Los labios aparecían resecos y agrietados, y el pecho le latía furiosamente, como si acabara de llegar corriendo desde Palanthas.

—¡Loren...! —jadeó cuando hubo recobrado fuerzas—. Os he llamado varias veces. ¿Dónde estabais?

Soth no encontró palabras con las que responder. Se dio cuenta de la mirada llena de confianza de Korinne, de cómo su sola presencia la había tranquilizado, y se sintió insoportablemente culpable por haberla traicionado.

—Estaba... Estaba reconviendo a uno de los caballeros —repuso tras unos segundos de vacilación.

Ella pareció tranquilizarse con la intrascendencia de la conversación.

—¿De veras? ¿Y quién ha sido el que ha obrado mal?

—Eso no tiene importancia, ahora. Lo único que importa es cómo os encontráis.

—Ya podéis ver lo bien que me...

Un súbito relámpago de dolor le atravesó el cuerpo, y Korinne echó la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que arqueaba la espalda ante la magnitud del espasmo. Soltó un agudo chillido y se desplomó sobre las sábanas.

Soth le pasó una mano por la frente y miró interrogativamente al sanador, que se encontraba al lado de la mujer.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó.

Istvan negó con un gesto de la cabeza.

—Todo parece normal. He asistido a más de veinte partos a lo largo de mi vida, y aparentemente todo va como debe. Sólo la intensidad de sus dolores me preocupa.

—¿No podéis preparar algo que la alivie?

—Lo he intentado —contestó el sanador, encogiéndose de hombros—, pero nada de lo que le he administrado ha dado resultado. Únicamente vuestra presencia parece haberla calmado.

—Entonces, me quedaré hasta que nazca el niño.

—Os lo agradezco. Tal vez seáis una buena ayuda.

Soth miró con recelo al viejo y se preguntó sobre el verdadero significado de sus palabras. Como de costumbre, tenía la impresión de que Istvan decía menos de lo que sabía.

—¡Puedo ver la cabeza! ¡Puedo ver la cabeza! —gritó el sanador, mientras gruesas gotas de sudor le resbalaban por la nariz.

Estaba trabajando solo, pues Soth, temeroso de que alguien más pudiera ver a su esposa en aquel lamentable estado, le había prohibido que llamara a un asistente.

En ese momento, el caballero aguardaba en el pasillo, fuera de la habitación. No había tenido más remedio que obedecer a Istvan, que no quería tener cerca a ningún padre inexperto que pudiera ponerlo nervioso con sus constantes quejas y comentarios; por lo tanto, tuvo que marcharse del cuarto.

—Debéis empujar, mi señora. ¡Empujad más fuerte!

—¡No puedo! —contestó Korinne al borde del agotamiento.

Supo que la mujer le decía la verdad. Nunca, en sus largos años de experiencia, se había encontrado con un parto tan lento y doloroso como aquél. El nacimiento de una criatura siempre era complicado, aunque no se presentaran dificultades inesperadas, pero Korinne ya llevaba casi doce horas intentándolo.

—Haced un esfuerzo, por favor —insistió en un tono lo más compasivo que pudo.

Normalmente, se mostraba mucho más duro con las mujeres durante aquellas ocasiones, pues estaba convencido de que, de ese modo, ellas se aplicaban más, y así se abreviaba el sufrimiento. Pero en aquel caso no se sentía capaz: Korinne llevaba demasiado tiempo esforzándose y sufriendo.

La mujer reprimió un sollozo y volvió a empujar, con todas sus fuerzas, y la cabeza del niño se abrió paso unos centímetros.

—¡Bien! ¡Eso es! ¡Intentadlo otra vez!

—¿Se ha movido?

—Sí. ¡Adelante!

Apretando los dientes y tensando todos los músculos, hizo toda la presión que pudo a fin de empujar a la criatura a través del estrecho canal.

—¡Bien, veo una oreja! ¡Seguid así!

Korinne no sabía si gritar o reír. Notaba cómo el bebé se movía dentro de ella y, después de tantas horas de dolor, estaba segura de que el parto tocaba a su fin.

Se aferró a los costados de la cama e hizo un supremo esfuerzo. Clavó las uñas en la dura madera y gritó al mismo tiempo que la cabeza del bebé aparecía por entero, seguida del cuello y los hombros. El resto del cuerpo del recién nacido salió casi disparado sobre los cobertores, e Istvan se apresuró a tomarlo en sus brazos. El



sanador no pudo reprimir un respingo.

Envolvió a la criatura con mantas.

—Mishakal, ten piedad —murmuró.

Fuera de la habitación, Soth llevaba esperando lo que se le antojaba una eternidad. Los gritos de su mujer lo habían martirizado; pero, una vez que cesaron, empezó a preocuparse y a temer lo peor.

Estar allí, sentado en silencio, era mucho peor que escuchar los lamentos. Al final, no pudo soportarlo más, se levantó y abrió la puerta de la habitación.

El cuarto le pareció aún más silencioso que el pasillo. Vio a Korinne, que yacía sobre la cama y respiraba profunda y regularmente, y a Istvan, sentado ante su mesa de trabajo, con la cabeza entre las manos, exhausto, sin duda, tras el interminable episodio. Buscó con la mirada a su hijo recién nacido, pero no lo localizó.

Cerró la puerta tras de sí, y el ruido sobresaltó al sanador, que dio media vuelta y lo miró. Estaba pálido y tenía un destello de miedo en los enrojecidos ojos. Al acercarse, a Soth le pareció más viejo y ajado que nunca.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en un susurro.

El sanador asintió.

—Lady Korinne descansa. No debéis preocuparos. Se recuperará.

—¿Y cómo está el niño?

—Descansa también, en aquel cesto —repuso, y señaló una pequeña cuna de oscura madera que el sanador había escogido entre las que habían recibido el día de la boda.

Soth escrutó la faz de Istvan unos instantes y se percató de que algo no había ido bien. Tendría que estar alegre y no abatido, y Korinne debería estar acunando al bebé en los brazos. Sí, algo había ocurrido, algo malo.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—Quizá sería mejor que...

—He preguntado si puedo ver a mi hijo —insistió Soth, elevando el tono de voz.

Korinne se agitó.

—¿Sois vos, Loren?

Istvan, que sabía que era mejor no contrariar a su señor, se levantó.

—Naturalmente, milord —repuso. Fue hasta la cuna, levantó a la criatura envuelta en una manta escarlata y se la entregó a Soth.

El caballero la sostuvo lo mejor que supo. No estaba demasiado acostumbrado a tener niños en brazos, pero aquel cuerpecito le pareció extrañamente huesudo.

Entretanto, el viejo sanador se apartó y fue a sentarse junto al lecho de la madre.

Soth apartó el rojo cobertor que ocultaba la cara del niño... y sintió horror.

Los ojos del recién nacido eran dos negras esferas desprovistas de párpados, y

una serie de protuberancias óseas le desfiguraban la cabeza.

Tragó saliva y apartó la tela un poco más.

Todo el tronco era una deformación monstruosa: ambos brazos surgían del mismo costado, mientras que una pierna nacía a continuación del hombro, y la otra, de la parte baja de la espalda, como una cola abominable.

Soth notó que sus fuerzas flaqueaban y que se le subía el estómago a la garganta.

¡Aquello no podía ser hijo suyo! Aquel ser no era sino el engendro de uno de los dioses oscuros y diabólicos.

Volvió a mirar a la criatura y no pudo reprimir una mueca de repugnancia.

¡Ni siquiera se lo podía llamar humano! ¡No era más que un monstruo!

Y si había sido la obra de un dios infernal, entonces, se debía a la intervención de alguna bestia espantosa: un centauro o, quizás, un sátiro. De lo contrario, ¿qué otra cosa habría podido causar semejantes deformidades en un cuerpo humano?

Las imágenes de Korinne yaciendo con otro hombre —¡con otra criatura!— le atravesaron el cerebro como una llamarada y lo llenaron de odio. Volvió a cubrir con la manta al recién nacido y lo apartó de sí.

—¿Lo habéis visto? —preguntó débilmente Korinne—. Decidme si es hermoso.

Una loca furia se apoderó de la voluntad de Soth.

—¡Tomad! —exclamó violentamente, mientras tendía el bulto hacia el sanador.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —gritó Korinne, intentando incorporarse.

—¿Acaso pensáis que esto es hermoso? —replicó Soth con furia—. ¿Habéis estado tan ciega en vuestra entrega a las fuerzas del Mal que no os dais cuenta de la monstruosidad que habéis engendrado?

—¿Cómo? ¡Dejadme ver a mi niño! ¡Dejádmelo ver!

—¿Niño, decís? —rugió Soth. Arrebató la criatura de los brazos de Istvan y, tras arrancarle la manta y destaparla, la alzó por encima de su cabeza con ambas manos—. ¿Es éste, en verdad, vuestro niño? ¿No será en todo caso el resultado de vuestra execrable infidelidad, de vuestra diabólica falta de fe?

Korinne contempló a su hijo con muda incredulidad. Su mente era un torbellino de confusión.

—¡Yo no os he sido jamás infiel! —contestó, al fin.

—¡Mentís! ¡La mentira anida en vos como una segunda naturaleza!

Dominado por la ira, Soth zarandeaba al recién nacido, y el sanador se lo arrancó de las manos.

—¡Os juro que nunca os he engañado!

—Entonces, ¿cómo explicáis semejante aberración?

—¿Mi niño? —repitió, presa del desconcierto. Hizo una pausa y, repentinamente, pareció comprender. El rostro se le convirtió en una mueca de terror—. ¡Es culpa vuestra! ¡Vos lo habéis creado así!

—¿Acaso vuestro diabólico amante os ha hecho enloquecer?

—¡No! ¡Fue por culpa de vuestra mala semilla! Tuve que acudir a una hechicera de las montañas para que me diera un niño... ¡El que vos erais incapaz de darme!

—¡Así pues, este engendro del Mal es el resultado de la más perversa de las magias!

—¡No de la magia, pero sí de vuestra alma corrompida!

Por un momento, las palabras de Korinne despenaron un resquicio de miedo en la mente de Soth.

—Istvan —ordenó—, salid de la habitación.

El sanador obedeció e intentó llevarse al recién nacido consigo, pero el caballero lo detuvo.

—Dejad a ese monstruo aquí —siseó con furia contenida.

Siguió con la mirada al viejo, hasta que éste depositó al niño en la cuna de madera y abandonó la habitación, cerrando la puerta tras él. Luego, se encaró con su esposa.

—¿Qué clase de locuras estáis diciendo? —rugió.

—La maga me advirtió de que la salud del niño dependería de la pureza de vuestra alma —repuso Korinne, conteniendo el llanto—. Yo sabía que me erais infiel con la elfa, pero jamás imaginé que fuerais capaz de cometer tantas vilezas, a lo largo de vuestra vida, como para que esta pobre criatura naciera así de... —Su voz se desvaneció, y estalló en sollozos.

Soth la contempló con una mezcla de odio y súbito terror. Si aquellas palabras eran ciertas, entonces, las deformidades del bebé no eran más que el reflejo de su propia alma, de la parte más oscura y desconocida de su ser. Un impulso demente se adueñó de él en el instante que comprendió que no sólo había hecho suyos los pecados de su padre, sino que se los había transmitido al feto engendrado por Korinne. Nunca podría librarse de las atrocidades cometidas, y éstas perdurarían, de generación en generación.

—¿Cuáles son vuestras faltas? —preguntó su esposa en tono acusador—. ¿Qué barbaridades habéis cometido para que yo haya alumbrado semejante horror?

Soth le dirigió una mirada asesina, y el pánico que le habían provocado las palabras de la dama cedió ante una incontenible oleada de furia. Una arrasadora combinación de odio, celos, cólera y demencia homicida lo inflamó como un fuego abrasador, y se apoderó de su voluntad. Desenfundó la daga que le pendía del cinto y, empuñándola en la poderosa mano, la sostuvo ante los ojos desorbitados de terror de Korinne.

—¿Qué...?, ¿qué vais a hacer? —gritó despavorida—. ¡No! ¡Por favor, no!

Él se abalanzó, rugiendo y con el rostro deformado por una siniestra mueca de locura que casi parecía una sonrisa.

Los alaridos de Korinne se mezclaron con los roncós gruñidos del recién nacido.

Luego, cayó un pesado silencio.

Caradoc y el sanador aguardaban fuera de la habitación. El lugarteniente no sabía por qué motivo su señor deseaba estar solo, especialmente sin la compañía de Istvan, pero lo que sí sabía era que su deber consistía en respetar los deseos de Soth y asegurarse de que nadie lo molestara.

Cuando los gritos de Korinne traspasaron las paredes, el sanador se puso rápidamente en pie e intentó de manera desesperada llegar hasta la puerta; al fin y al cabo, su trabajo era curar a los enfermos y aliviar el dolor. Sin embargo, Caradoc, en lugar de franquearle el paso, se interpuso en su camino y lo detuvo.

—Quizá sería más apropiado que aguardaseis a que vuestro señor os llame —dijo con absoluta frialdad.

Los dos permanecieron allí, presos por sus respectivos juramentos de obediencia a su señor; pero cuando los chillidos de la mujer se intensificaron, Caradoc tuvo que hacer un esfuerzo para contener sus impulsos de irrumpir en los aposentos. No obstante, tampoco dejó de vigilar al viejo sanador, que se paseaba arriba y abajo por el pasillo, retorciéndose las manos. Luego, no oyeron nada más y aguardaron pacientemente.

Al cabo de un rato, la puerta se abrió, y Soth apareció en el umbral. Tenía el pelo empapado de sudor y unas mechas grises le habían surgido en las sienes.

—¿Va todo bien, mi señor? —preguntó Caradoc en tono preocupado.

—No, me temo que no.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el sanador, poniéndose en pie.

—Que, desgraciadamente, tanto lady Korinne como el niño han muerto durante el parto —contestó Soth con absoluta calma. Después, miró directamente al viejo y añadió—: A pesar de vuestros desesperados esfuerzos.

—Yo... Yo no... —quiso protestar éste.

El caballero lo fulminó con la mirada para silenciarlo y se volvió hacia su fiel lugarteniente, que no pudo evitar un estremecimiento ante aquella gélida actitud.

—He dicho que lady Korinne y el niño murieron durante el parto —insistió, repitiendo las palabras con deliberada lentitud—, a pesar de los denodados intentos de nuestro mejor y más capaz sanador.

—Sí, milord —repuso Caradoc, con presteza.

Soth aguardó la respuesta de Istvan.

—Naturalmente, mi señor —contestó éste, sin tardanza.

—Bien, entonces, deshaceos de los cuerpos —ordenó el caballero a Caradoc— y aseguraos de que no queda el más mínimo rastro de ellos.

—Como mandéis.

—Istvan, ha sido una larga noche. Creo que los dos necesitamos descansar —dijo

Soth, llevándose al viejo por el hombro y apartándolo de la habitación.

Caradoc entró en el cuarto. No había dado dos pasos, cuando se dio cuenta de que chapoteaba en medio de un charco de sangre. Avanzó un poco más y se detuvo en seco cuando vio la cama, en el fondo de la estancia.

Sintió arcadas y se tapó la boca para contenerlas, pero no pudo apartar la mirada del lecho empapado de sangre. Hizo un esfuerzo por dominarse, aunque inevitablemente se percató de que Soth nunca se había ensañado de aquel modo con nadie, ni siquiera cuando se había enfrentado en cruel combate a las peores criaturas del Mal.



La silueta de la pira se destacaba nítidamente contra el rojizo cielo del atardecer, y sobre ella descansaban, uno al lado del otro, dos ataúdes; uno grande, de un tamaño normal, y otro mucho más pequeño.

Lord Soth había ordenado expresamente que los cuerpos de lady Korinne y de su hijo fueran incinerados para prevenir cualquier posibilidad de contagio de la enfermedad que había provocado la muerte de ambos durante el parto. A pesar de la consternación que esa decisión provocó entre los allegados de la dama, el señor del alcázar de Dargaard se mostró inflexible. Sin embargo, no explicó nada acerca de la dolencia.

Una de las personas que más protestaron por el tipo de ceremonia fue lady Leyla, la madre de Korinne, que hubiese preferido que los cuerpos de su difunta hija y su nieto reposasen junto al de su amado marido, en el panteón de la familia Gladria, en Palanthas. Soth se negó en redondo ante tal petición y, luego, nadie más se atrevió a formular nada parecido.

Cuando los últimos troncos fueron apilados en la base de la estructura, la multitud congregada se apiñó alrededor, como si buscara calor y consuelo. A pesar de los hermosos y cálidos colores de aquel ocaso, el aire era más frío de lo normal, como si fuera un sutil recordatorio de los incidentes que habían motivado aquella reunión.

Soth había sido el más afectado por los dos fallecimientos, y era cosa normal que así fuera. Sin embargo, más que afligirse y mostrar su dolor, su reacción fue la de apartarse de todo y de todos, salvo de su estrecho círculo de allegados y confidentes. El grupo lo componían, naturalmente, sus fieles caballeros; aunque también parecía participar en él el anciano sanador. Sin embargo, lo que llamó más la atención de la gente fue la constante presencia de Isolda Denissa, la doncella elfa, siempre presente a su lado.

Todo el mundo comprendía el lazo de amistad que unía a los dos —especialmente fuerte por tener su causa en un acto tan heroico como el rescate de una vida—; pero tan intensa familiaridad, habiendo transcurrido apenas unos días tras la muerte de lady Korinne y su hijo, era algo que a muchos sorprendía.

Sin embargo, también estaban los que se mostraban agradecidos a la elfa por su

presencia en el castillo, puesto que se daban cuenta de que cada vez que ella hablaba con su señor, o cuando éste la tenía cerca, la actitud de Soth parecía menos angustiada y más accesible al trato. Si aquél era el efecto que la doncella ejercía sobre el caballero, más de uno estaba dispuesto a darle la bienvenida.

Los últimos asistentes se agruparon en torno a la pira funeraria, y Soth se encontró en apretado contacto con Isolda. Cuando las teas fueron arrojadas entre los troncos y las llamas comenzaron a prender en la madera, él se inclinó y le susurró algo al oído. Algunos de los que pudieron observar aquel detalle lo encontraron extraño, y otros lo interpretaron como un ominoso presagio de que la vida ya no sería la misma en el castillo de Dargaard sin la reconfortante presencia de lady Korinne.

Isolda lloró al contemplar las llamas que trepaban hacia los ataúdes en los que descansaban la difunta señora del alcázar y el niño. Estaba convencida de que perder a mujer e hijo, y especialmente a un vástago tan deseado como aquél, tenía que ser una experiencia inenarrablemente dolorosa, y aunque Soth se había mostrado fuerte en el doloroso trance, no tenía duda de que la tragedia se había cobrado su precio y que su amante y señor estaba devastado por dentro.

El fuego ardió con furia, consumiendo la pira y levantando chispas ardientes. Los ataúdes desaparecieron, devorados por la hoguera, e Isolda lloró amargamente. Entonces, Soth se inclinó sobre ella.

—No lloréis, amada mía —le susurró al oído—. Tan pronto como hayan transcurrido los obligados seis meses de duelo, el castillo tendrá una nueva señora y, después de eso, la llegada de otro sucesor será motivo de regocijo para todos.

La elfa no pudo dejar de llorar, pero sólo ella se dio cuenta de que las lágrimas ya no eran de dolor sino de felicidad.

Seis meses más tarde, a mediados de Darkember, lord Soth e Isolda Denissa contrajeron matrimonio en el salón mayor del alcázar de Dargaard. La ceremonia estuvo lejos de tener la magnificencia de la boda entre Soth y Korinne, pero a nadie le hubieran parecido correctos tanta pompa y boato a sólo unos meses de la muerte de la anterior esposa.

Caradoc flanqueaba a su señor ante el altar, y Mirrel hacía lo propio al lado de Isolda. Al principio, la dama de compañía había rechazado la petición, pero, de alguna manera, la elfa consiguió convencerla de que la necesitaba a su lado para que la ayudase con los detalles del protocolo y para guiarla en el gobierno del castillo. Cuando le explicó cuáles serían sus deberes como consejera, Mirrel aceptó gustosa, con la esperanza de que, desde su nueva posición, podría mantener vivo el recuerdo de Korinne en los años venideros.

Otro de los convidados importantes fue el anciano Istvan, que parecía haberse convertido en una de las personas más allegadas a Soth. También estaban presentes, y en un lugar destacado, los trece caballeros, vestidos con sus relucientes armaduras y alineados como una guardia de honor para los contrayentes. Finalmente, completando el grupo, se encontraban las compañeras de viaje de Isolda, las elfas rescatadas de las garras de los ogros por el novio y sus hombres. La única que faltaba era la vieja elfa que había estado encargada de su custodia. Cuando Soth se interesó por ella, una elfa le explicó que la pobre se hallaba indispuesta, mientras que otra le confió que la anciana no había querido asistir a la boda porque consideraba que ése era un enlace maldito.

Había otro convidado de fuera del castillo: lord Cyril Mordren, Sumo Sacerdote de los Caballeros de Solamnia. Tras ser reclamado para que acudiera desde Palanthas a officiar la ceremonia, había mostrado abiertamente su sorpresa por no haber sido avisado para hacer lo propio con ocasión del entierro de lady Korinne. Sin embargo, condujo los ritos con su proverbial formalidad, aunque se percató del abultado vientre que aparentemente la novia quería disimular.

—Por lo tanto, en este momento, yo os declaro marido y mujer —anunció solemnemente—. Podéis besaros si lo deseáis.

Soth tomó a su nueva esposa en los brazos y la besó con pasión en la boca. En la sala se oyeron aplausos, pero no fueron numerosos ni duraderos.

—¿No la has visto? —preguntó una de las sirvientas mientras disponía los platos para la fiesta—. Le llega hasta aquí. —Señaló más allá de la barriga.

—Quizá sea que está engordando, solamente —repuso otra con un montón de vasos en la mano—. Ya sabes lo que puede ocurrir cuando se vive bien en el castillo.

—¿Alguna vez has visto a un elfo gordo, tú?

—No, pero...

—Hazme caso si te digo que milord no ha perdido el tiempo.

—¡No es posible!

—¡Oh, sí! Y hay quien dice más cosas todavía.

—¿Qué dicen? ¿Qué dicen?

La criada miró suspicazmente a un lado y al otro, para asegurarse de que nadie podía oírla.

—Hay quien asegura que lady Korinne no murió durante el parto. Dicen que falleció después.

—¿Quién lo dice?

—Alguien que sabe cosas...

—¿Quién es?

—Mirrel, la dama de compañía de la elfa en persona.



—No, eso no puede ser cierto; no de milord.

—Tú cree lo que quieras. Por mi parte estoy convencida de que la verdad nunca saldrá a la luz. Pero te aseguro que han pasado seis meses desde la muerte de la primera señora y que el estado de la nueva esposa de lord Soth está más avanzado que eso.

—¡Es imposible!

—Ya veremos, pero te apuesto mi sueldo de un mes a que dentro de poco, antes de lo que esperas, tendremos un nuevo Soth corriendo por los pasillos.

—No, no voy a aceptar tu apuesta —repuso la otra después de pensarlo un rato.

Pasó Darkember, seguido de Frostkolt y Newkolt. Durante el transcurso de aquellos meses, el embarazo de Isolda siguió su curso, hasta que un día llegó el momento del parto.

Istvan, el viejo sanador, no aguardaba con placer la tarea de traer otro niño al mundo, especialmente al mundo del alcázar de Dargaard, que no era más que una sombra de lo que había sido en el pasado. Desde la muerte de lady Korinne, la vitalidad y la alegría que bullían entre sus paredes se habían desvanecido. En esos momentos, en su lugar, reinaba una atmósfera sombría y cargada de malos presagios.

Sin embargo, a pesar de todas sus aprensiones, Istvan puso manos a la obra para que el vástago de Soth naciera sin dificultades y, al contrario de lo sucedido en el parto anterior, el alumbramiento de Isolda fue rápido y estuvo casi desprovisto de dolores. Cuando el sanador tuvo al bebé en los brazos, sintió una punzada de pánico al pensar en la posibilidad de que fuera un monstruo como el anterior, y cerró los ojos un instante. No obstante, suspiró aliviado al comprobar que se trataba de un niño, un varón sano y robusto, con todo en su sitio, incluida una negra mata de pelo como la de su padre sobre la cabeza.

Así pues, mientras la madre y el niño descansaban, Istvan llamó a Soth para que se reuniera con ellos.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó en un tono que delataba sus temores.

—Sí.

—¿Estáis seguro? ¿Todo?

—El niño y la madre se encuentran perfectamente.

—¿Es un niño?

—Sí, un chico, sano y por completo normal. Os felicito —contestó el anciano, que aguardaba alguna palabra de gratitud por parte del padre.

Pero Soth no dijo nada. En vez de eso, apartó bruscamente al sanador y se precipitó a la habitación para ver a su nueva familia.

Istvan suspiró con aspecto cansado y cerró la puerta tras de sí al marcharse.

—Eres un diablillo bien guapo —susurró Mirrel al bebé, mientras se ocupaba de él. El niño, un semielfo, había sido agraciado con el nombre de Peradur, en honor de su tatarabuelo, el primer miembro del clan Soth que formó parte de los Caballeros de Solamnia y luchó bajo el mando de Vinas Solamnus en persona.

La criatura respondió emitiendo unos suaves balbuceos. Era un niño contento y de buen carácter, y Mirrel se sentía orgullosa de que estuviera creciendo tan rápidamente y bien. Aunque estaba al corriente de las infidelidades de Soth hacia Korinne y resultaba evidente que el niño había sido concebido durante su embarazo, Mirrel era incapaz de no quererlo. Lo veía como el protagonista, inocente e involuntario, de una sórdida trama de engaños. Por otra parte, su añorada Korinne había anhelado tan ardientemente tener un hijo que habría deseado que éste creciera como si hubiese sido de ella.

Si había que culpar a alguien de todo lo sucedido, ése tenía que ser el renombrado lord Soth, señor del alcázar de Dargaard, Caballero de la Rosa y mujeriego impenitente.

Pero Mirrel ya se había ocupado de esa cuestión. Había difundido sus opiniones entre todos aquéllos que habían querido escucharla, que aumentaban día tras día. Sabía que difundir y propagar esos rumores era una tarea peligrosa, y que corría el riesgo de perder su rango y su posición en el castillo, incluso la vida, si había que fiarse de las hazañas de Soth; sin embargo, no tenía intención de desistir. Lady Korinne había arriesgado hasta su vida para darle a Soth un hijo, y él se lo había agradecido siéndole infiel primero y asesinándola después, cuando descubrió que el bebé no era como esperaba.

No tenía pruebas de eso último, pero estaba convencida de que así había sucedido todo. En una ocasión, Istvan le había contado que la dama había sobrevivido al parto, y aunque el anciano se había retractado inmediatamente y había alegado que se había confundido por su mala memoria, ella no creyó sus excusas. El viejo sanador era muchas cosas, pero no chocheaba. Mirrel se fiaba de lo que le decía el instinto, y aprovechó cualquier ocasión para extender cuantos rumores pudo. Se había propuesto vengar la muerte de la desgraciada Korinne, aunque por el momento se contentaba simplemente con deslucir la imagen de héroe de Soth. El resto vendría después.

—Serás un buen caballero cuando crezcas —dijo al niño mientras lo acunaba—; uno mucho mejor y más digno que tu padre...

—¡Mirrel! —interrumpió la voz de Isolda.

La dama de compañía se dio la vuelta y vio que la elfa estaba en el umbral de la puerta. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero saltaba a la vista que había sido el suficiente como para que la hubiera oído hablar mal de Soth.

—¿Sí, mi señora?

Isolda entró en el cuarto, y Mirrel tuvo que admitir que su belleza era magnífica.

Había quienes decían que rivalizaba ampliamente con la de Korinne, pero para ella no era cierto. Ninguna mujer habría podido estar a la altura de su bien amada señora, ni en hermosura ni mucho menos en bondad.

—He oído comentarios desagradables, esta mañana, durante mi paseo por el castillo.

—¿Desagradables, señora? ¿Como cuáles?

—La gente murmura que lady Korinne no falleció durante el parto, sino que eso sucedió después —comentó, tomando asiento al lado de Mirrel.

La dama de compañía se dio cuenta de que Isolda había hecho una pausa para darle la oportunidad de que desmintiera tales acusaciones; pero no lo hizo. Permaneció sentada y en silencio, con las manos recogidas sobre el regazo.

—He intentado desmentir esas calumnias, pero me parece que no he tenido éxito.

Mirrel se percató de que pisaba un terreno peligroso; no obstante, decidió ir más allá. Quizás aquélla fuera la ocasión propicia para decirle la verdad a Isolda y hacer el intento de convencerla sobre lo ocurrido.

—Entonces, tal vez sean ciertos —aventuró.

—¡Eso jamás!

—Pero ¿qué pasaría si lo fueran?

La elfa la observó con suspicacia.

—Sois vos, ¿verdad?, la responsable de esas infamias, de esas mentiras —dijo luego.

—No son mentiras en absoluto, señora —repuso Mirrel, pensando que ya no tenía nada que perder—. Son la pura verdad.

—¡Mentirosa! —gritó Isolda.

Mirrel decidió que no la harían callar tan fácilmente. Se incorporó, en actitud desafiante, y le contó a Isolda todos los detalles del viaje a las montañas y el encuentro con la hechicera, en especial su advertencia de que la salud del niño dependería exclusivamente de la pureza de corazón de lord Soth.

—¡Ya basta! —Isolda se tapó los oídos con las manos y sacudió la cabeza—. ¡Mentiras! ¡Son todo mentiras!

—¿Y qué saco yo de todo esto? ¿Cómo podrían beneficiarme? ¿Qué otra razón tengo para mentir que no sea mi incuestionable lealtad a lady Korinne?

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

El niño había empezado a llorar.

—¡Fuera de mis aposentos! ¡Fuera de la torre! ¡Fuera del castillo!

—Podéis despedirme, pero no podréis escapar a la verdad —contestó Mirrel, poniéndose en pie.

Isolda señaló la puerta abierta, sin añadir ni una sola palabra más, y la dama de compañía se marchó.

El rastrillo se alzó mucho antes de que Mirrel estuviera lista para partir. Alrededor de los guardias que vigilaban la entrada del puente, se agruparon varios de sus compañeros para despedir a la joven dama. Ninguno de ellos veía con agrado su marcha, ya que, después de todo, Mirrel pertenecía al alcázar y había prosperado al lado de lady Korinne por sus propios méritos.

—No te preocupes —dijo una de las lavanderas—; volverás pronto.

—¿Qué te hace pensar que tengo ganas de regresar a un castillo tan horrible y maldito como éste? —repuso, mirando fijamente a la mujer—. Tal como están yendo las cosas por aquí, tengo suerte de marcharme con vida.

Mirrel estaba convencida de que había tenido la fortuna de haber sido despachada por Isolda. Si la elfa se lo hubiese contado a Soth, seguramente habría desaparecido para siempre, asesinada por el propio señor o por alguno de sus fieles caballeros.

—Entonces, que Mishakal te guíe —dijo otra mujer.

—Eso mismo os deseo yo a vosotros —contestó Mirrel. Se dio la vuelta y salió, cruzando el puente. Fuera, la luz del día que se acababa estaba siendo devorada por las tinieblas.



Era una noche serena, y las estrellas brillaban en el negro firmamento con la intensidad de los diamantes.

El Príncipe de los Sacerdotes de Istar estaba, de pie, en el balcón más alto de la torre del templo, y vestía una de sus más elegantes túnicas, blanca y amarilla, adornada con la más exquisita pedrería.

Estaba allí para dirigirse a los dioses, sus hermanos, sus iguales.

Se encaramó a lo alto de una plataforma, que se elevaba por encima de la barandilla, sin prestar atención a las alturas ni a la falta de protección, y permaneció allí, como suspendido en el vacío, rodeado sólo por la fría brisa nocturna y la intensa negrura del cielo.

—Compañeros míos —dijo en voz alta, al mismo tiempo que alzaba los brazos hacia lo alto—: durante años me esforcé en llevar la paz a las razas y tribus de todo Krynn y, de hecho, esa labor se convirtió en el objetivo de toda mi vida. Una vez lo hube conseguido, mi siguiente propósito fue hacer que durase cientos de años, algo que vosotros no fuisteis capaces de conseguir para los seres que se hallaban bajo vuestra tutela. Además, aún fui más lejos y proclamé el Manifiesto de la Virtud, que declaraba formalmente que el Mal era tanto una afrenta a los mortales como a los dioses.

Grandes nubes empezaron a surcar el cielo.

—Yo solo desterré el Mal de la faz de Krynn y permití que el Bien se extendiera por todas partes cuando encabecé el Cerco a la Hechicería, que desterró a los perversos magos y aseguró que su magia diabólica nunca más sería puesta al servicio del Mal.

Las nubes se hicieron más espesas y comenzaron a ocultar las estrellas.

—Y, ahora, con el Edicto del Control del Pensamiento, he adquirido el poder de leer las mentes de las gentes de Istar, para así impedir que los malos pensamientos puedan llegar a convertirse en actos perversos. De este modo, he conseguido derrotar al Mal, incluso antes de que llegue a manifestarse.

Una densa capa de nubarrones descendió del cielo, oscureciendo aún más la noche; la acompañaba el distante rugido del trueno.

—Por lo tanto, amigos, colegas, os imploro. Puesto que mis poderes son comparables a los vuestros, os solicito que me permitáis ascender a los cielos y ocupar el lugar que me corresponde, entre Paladine y Mishakal, como uno de los grandes dioses de Krynn. Juntos, me ayudaréis a gobernar Krynn de tal modo que nunca más haya lugar para el Mal.

Los truenos se hicieron más graves y poderosos.

—¡Aceptadme ahora! —gritó el Príncipe de los Sacerdotes por encima del fragor de la tormenta—. ¡Elevadme a los cielos, junto a vosotros, y os demostraré que...!

Una detonación ensordecedora surgió del negro manto que ocluía el firmamento e hizo temblar el templo hasta los cimientos.

El sumo dignatario luchó por mantener el equilibrio sobre la plataforma, hasta que la onda expansiva se desvaneció.

—¡Os exijo que me aceptéis como uno de vosotros!

Las nubes comenzaron a girar, como un torbellino, arrastradas por el viento que arremolinaba la túnica del Príncipe de los Sacerdotes.

—¡Os lo ordeno!

Un rayo fulminante cayó sobre la plataforma y la hizo estallar, convirtiéndola en un montón de astillas. El dignatario salió despedido hacia atrás, aterrizó de espaldas contra el suelo y perdió el conocimiento.

Empezó a caer una lluvia fría e intensa, y el impacto de las gotas lo despertó. Parpadeó, medio aturdido, bajo la tormenta y alzó un puño hacia lo alto en actitud desafiante.

—¡Lo lamentaréis! ¡Lamentaréis lo que habéis hecho!

El trueno rugió de nuevo, y los relámpagos iluminaron la negrura.

—Quizá controléis los cielos, pero yo... ¡Sólo yo controlo el mundo!

Una nueva descarga eléctrica cayó, esa vez sobre la torrecilla con el estandarte que culminaba el gran torreón, y la hizo añicos. El Príncipe de los Sacerdotes apenas tuvo tiempo de guarecerse en el interior antes de que las piedras que se derrumbaban cayeran sobre el balcón, desprendiéndolo y arrastrándolo hacia el suelo.



Mirrel cabalgó varios días por las llanuras de Solamnia en su camino hacia Palanthas. Era una buena amazona y pudo arreglárselas perfectamente durante el largo trayecto hasta la capital.

Tenía familiares allí, gente que le daría cobijo y la ayudaría a comenzar una nueva vida en la ciudad. Aquélla era una de las razones de su viaje, pero no la más importante.

Lo que la llevó a cruzar velozmente las praderas fue la esperanza de conseguir que el Primer Jurista de los Caballeros de Solamnia, lord Adam Caladen, le concediera una audiencia. Si la obtenía, estaba convencida de que podría explicarle lo mismo que había ido contando a todos los que en el castillo la habían querido escuchar. Pero esa vez habría una diferencia: ante el Primer Jurista no se mostraría tan remilgada con las palabras, sino que daría una versión lo más verdadera y gráfica posible de las atrocidades cometidas por lord Soth.

Luego, si nada sucedía, podría descansar con la conciencia tranquila, segura de que habría hecho todo lo posible para que la verdad fuera conocida y el responsable no quedara sin castigo. A partir de ahí, si la gente no quería prestar atención, lo dejaría estar de una vez para siempre.

Cuando explicó aquellos planes ante sus parientes, la tomaron por loca e intentaron convencerla de que el Primer Jurista era un hombre demasiado ocupado para prestar atención a los comentarios de una antigua sirvienta de un alcázar tan lejano como el de Dargaard. Pero Mirrel no se dejó impresionar; ya no era una simple criada, sino que había disfrutado del rango de dama de compañía de lady Korinne. Aunque sólo fuera por eso, estaba segura de que lord Caladen la atendería.

Sin embargo, su primera visita a la Sala de la Justicia Suprema, cerca de la bahía de Branchala, en la parte este de Palanthas, fue cualquier cosa menos un éxito: la acompañaron a una habitación solitaria y húmeda, donde la hicieron esperar y, luego, se olvidaron de ella.

Esa misma noche, sin haberse dado por vencida, fue a visitar a lady Leyla Gladria, que, al enterarse de la relación que la había unido con su bien amada hija, la atendió sin demora. Allí, Mirrel explicó su historia a la anciana mujer, y ésta se

mostró dispuesta a escuchar cualquier cosa que pudiera aclarar el misterio que rodeaba la muerte de Korinne y de su hijo recién nacido. La doncella, por fin, había encontrado algo más que una persona dispuesta a escucharla. En ese momento, se había ganado una aliada.

—Sabía que ese hombre, por muy Caballero de Solamnia que fuera, no era una buena persona, ni el marido indicado para mi hija —comentó lady Leyla—. Siempre estuve convencida de que Soth tenía un lado perverso, a pesar de sus esfuerzos por mostrarse encantador, esfuerzos que, por otra parte, enseguida me resultaron sospechosos.

Mirrel escuchó pacientemente a la anciana durante un tiempo que se le hizo interminable; pero, aun así, no le importó que la mujer se repitiese ni que se pusiera a llorar en varias ocasiones. Se percató de que la infeliz todavía no había superado la muerte de su hija y entendió que, si aquella conversación la ayudaba en algún sentido, entonces, no estaría haciendo más que demostrar su lealtad a lady Korinne.

Cuando la vieja señora terminó de confesarle sus sentimientos, y una vez que hubo recobrado la compostura, se quedó mirándola y asintió.

—Si lo que deseáis es una entrevista con lord Adam Caladen, eso es lo que yo os conseguiré.

—Por lo que recuerdo de estas montañas, la cabaña de la hechicera debe de estar al pie de aquella cumbre —dijo Soth, apuntando con su enguantado dedo la nevada cima de una de las montañas más altas de la cordillera de las Dargaard.

—Encabezad la marcha, pues, mi señor —repuso Caradoc, que no estaba demasiado seguro de las intenciones de su comandante.

Soth había mencionado algo sobre la necesidad de matar a una hechicera para preservar la verdad, pero poca cosa más. Al final, Caradoc se había encogido de hombros y había interpretado las órdenes de Soth como una consecuencia más de la tragedia que se había abatido sobre él.

Los dos jinetes se internaron en el sombrío barranco conocido con el nombre de La Herida del Alma y, tras unas horas de camino, llegaron a un pequeño refugio de piedra, medio enterrado en la ladera de la montaña y situado al pie de los enormes y nevados picachos.

—¡Allí es! —exclamó Caradoc.

Los jinetes azuzaron sus monturas y se dirigieron a toda prisa hacia la cabaña.

De las ventanas no surgía luz alguna. Soth desmontó y fue hasta la entrada. Dudó un momento; luego, desenvainó su espada, le propinó una patada a la puerta y entró en la vivienda, agachándose y sosteniendo la hoja delante de él. Tras registrarla rápidamente, se dio la vuelta y miró a su lugarteniente con una expresión de disgusto pintada en la cara.



—Aquí no hay nadie. ¡La hechicera se ha ido! —gritó, y la emprendió a golpes con su arma contra el miserable mobiliario.

Caradoc se protegió el rostro de las astillas que volaban en todas direcciones y salió al exterior. Allí, esperó pacientemente a que la cólera de su señor se desvaneciera.

A la mañana siguiente, tres caballeros llegaron al hogar de los parientes de Mirrel, y uno de ellos, un hombre apuesto y pelirrojo, que lucía un enorme mostacho, llamó ceremoniosamente. La joven y leal doncella abrió.

—¿Sois vos Mirrel, la antigua sirvienta del alcázar de Dargaard y dama de compañía de lady Korinne?

—Sí —contestó sin saber a qué venía todo aquello.

—Lord Caladen nos ha pedido que os escoltemos hasta la Sala de la Justicia Suprema. Por favor, aprestaos a partir sin pérdida de tiempo.

Mirrel se cambió apresuradamente de ropas y los acompañó. Cuando llegaron, la hicieron pasar de inmediato y la condujeron ante una enorme puerta de madera que tenía el símbolo de los Caballeros de Solamnia, un martín pescador que sujetaba una espada y una rosa entre las patas, y llevaba una corona en el pico, labrado en el centro. Llamaron y una voz contestó desde el otro lado.

—Adelante.

Mirrel abrió. Lord Caladen estaba sentado en medio de la estancia. Enfrente de él había otro asiento, supuestamente destinado a ella. No había otras puertas ni ventanas, y nadie más estaba presente. Quedaba claro que nada de lo que se dijera allí saldría de aquellas cuatro paredes.

Entró y tomó asiento, mientras notaba cómo se le aceleraba el pulso y se le secaba la garganta. Lord Caladen sonrió y, de repente, se sintió más relajada.

—Leyla Gladria me ha hecho saber que vuestro relato puede ser de mi interés.

—Sin duda lo será —repuso Mirrel en tono confiado.

—Pues, entonces, contádmelo todo.

Mirrel no omitió una sola palabra.

«Una acusación de asesinato —pensó el Primer Jurista— es un hecho muy grave, pero que un Caballero de Solamnia acabe con la vida de la propia esposa y la del hijo recién nacido es lo más grave que puede suceder sobre la faz de Krynn».

¿Cómo era posible que un hombre con tan buena reputación, un comandante reverenciado por sus hombres, un Caballero de la Rosa, en definitiva, fuera capaz de un crimen semejante?

Todos coincidían en sus virtudes y nobleza; todos, menos la antigua dama de

compañía de lady Korinne. Por otra parte, si había que creer las palabras de la mujer, eso significaba que lord Soth había sido infiel a su esposa durante el embarazo, y con una elfa, además; eso era algo que cuadraba con la reputación del padre de lord Soth, Aynkell.

No obstante, aunque ese comportamiento inmoral iba en contra de los principios del Código y la Medida, Caladen se sentía inclinado a hacer la vista gorda en esos asuntos. Y, sobre todo, deseaba ser capaz de rechazar las acusaciones de asesinato como el resultado de un desmedido afán de venganza de una mujer despechada. Sin embargo, no podía.

Había demasiadas coincidencias, y el relato de la joven había sido muy preciso. Hacía tiempo que circulaban rumores sobre aquel asunto, rumores que habían llegado hasta Palanthas mucho antes de que lo hiciera Mirrel. Eran rumores que hablaban de gente que decía haber oído los gritos de un recién nacido y también los de Korinne, cosa que indicaba que, efectivamente, se había producido un nacimiento y que la madre había sobrevivido al parto. Luego, estaba el misterioso asunto de la incineración de los cadáveres.

Aun admitiendo el dolor de lord Soth ante los acontecimientos, un procedimiento como aquél iba en contra de las tradiciones solámnicas. Tendría que haberse construido una capilla ardiente para que los familiares y los allegados pudiesen haber rendido tributo y presentado sus últimos respetos a la difunta, que, luego, debía haber sido enterrada en el panteón de la familia Gladria. Ése habría sido el procedimiento adecuado para una persona de la importancia de lady Korinne.

Como todo el mundo, lord Caladen había oído las explicaciones que justificaban la cremación como una medida encaminada a prevenir que se extendiera una extraña enfermedad; pero le resultaba difícil de creer: ¿qué enfermedad podía causar la muerte, durante el parto, de una criatura y su madre? Bajo la luz de aquellas preguntas, la explicación que parecía más lógica era que la incineración había tenido como objetivo borrar las pruebas de algo turbio.

Entonces, recordó el repentino enlace, tan sólo seis meses después del fallecimiento de lady Korinne, de Soth y la elfa, y el nacimiento del segundo hijo antes de que hubiesen transcurrido los nueve meses.

Ante tal cúmulo de circunstancias sospechosas, el Primer Jurista decidió que era de rigor una investigación a fondo.

—¡Fenton! —llamó a su asistente, Garnett Fenton, Caballero de la Espada.

—¿Sí?, lord Caladen.

—Mandad un mensaje al alcázar de Dargaard.



Soth tardó varias semanas en emprender su viaje a Palanthas, y durante ese tiempo, los rumores se extendieron por la comunidad de los Caballeros de Solamnia como una mancha de aceite. La mayoría de los destacados en la capital de Solamnia no sabía qué pensar del hecho de que Soth hubiera sido llamado para que compareciera ante la Sala de Justicia Suprema.

Unos creían que debía ser a causa de haberse mostrado negligente en el cumplimiento de sus deberes como Caballero de la Rosa, o bien por haber infringido los preceptos del Código y la Medida. Otros pensaban que quizás era debido a algo peor, no por haber transgredido las leyes, sino las reglas de la decencia por las que todos los habitantes de Solamnia se guiaban. El resto opinaba firmemente que era inocente de cualquier cargo, y que aquel asunto no era más que una conspiración para desacreditar el buen nombre de los Soth.

El tiempo que tardó el señor del alcázar de Dargaard en presentarse ante el Primer Jurista, dio a éste la oportunidad de recabar la información necesaria para verificar las acusaciones de Mirrel. Para su decepción, se encontró con que los testimonios, todos ellos de personas que no tenían motivos sino para decir la verdad, corroboraron la mayor parte del relato de la mujer.

Aquellas averiguaciones convencieron a lord Caladen de que no tenía más alternativa que asegurarse de impartir justicia, sin importar si la reputación de los Caballeros de Solamnia salía perjudicada en el proceso. En su opinión, la caballería se beneficiaría antes de un rápido proceso, en el que se condenase con severidad al culpable, que no de un intento de ocultar los hechos. Estaba convencido de que la verdad siempre acababa prevaleciendo y que, si en ese desagradable caso se intentaba una mala componenda, al final todo se descubriría y, en lugar de afectar sólo al culpable, destruiría la reputación de todo el cuerpo de caballeros solámnicos. No, aquél era un asunto que requería una drástica solución, y cuanto más rápida, mejor.

A Soth y su grupo de escolta les dio la bienvenida una patrulla de seis caballeros —dos por cada orden—, al pie de la Torre del Sumo Sacerdote, el baluarte de los Caballeros de Solamnia que guardaba el paso de montaña que daba acceso a la capital.

—Disculpad lord Soth —dijo Garnett Fenton, el Caballero de la Espada que capitaneaba el grupo—, pero el Primer Jurista ordena que entréis en la ciudad solo.

Aunque semejante orden no era frecuente, Soth ya había oído hablar de ella. Sin embargo, no encontró motivos que la pudieran explicar. Él había sido requerido en Palanthas para despachar un asunto de rutina y no entendía por qué no podía entrar acompañado de sus camaradas. A pesar de todo, obedeció y se separó de su escolta.

—Esperadme, no tardaré —les dijo.

—Aquí estaremos, milord —repuso Caradoc—. O mejor dicho, os aguardaremos en El Pato Mareado.

Soth se echó a reír. El Pato Mareado era una conocida taberna de las afueras, y muchos de los visitantes que llegaban a Palanthas y entraban en ella decidían que no valía la pena proseguir el viaje.

—Bien, pero guardadme una jarra.

—Eso no os lo podemos prometer —comentó jocosamente Caradoc.

Los caballeros de Soth se echaron a reír, pero no así los seis de la escolta.

Soth fue acompañado a lo largo del camino que conducía a la Sala de la Justicia Suprema y, mientras cabalgaba por las calles de la ciudad, se percató de que había más caballeros por los alrededores de lo que era habitual.

De repente, lo asaltó un mal presentimiento. No sólo había jinetes a ambos lados del camino, sino que éstos tenían sus armas desenfundadas y listas para la lucha. Tomó las riendas con fuerza e intentó separarse de la fila de escoltas que lo encuadraban, pero no lo consiguió. Entonces, intentó desenvainar su espada, pero el caballero que montaba a su izquierda se le adelantó y le arrebató el arma de las manos. Soth había pasado, en cuestión de minutos, de ser lord Soth, señor del alcázar de Dargaard, a ser prisionero del Primer Jurista, lord Adam Caladen.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó con un gruñido de malhumor a sus acompañantes.

Nadie respondió.

—¿Acaso os habéis vuelto locos?

Más silencio.

Intentó apearse del caballo, pero el poco espacio del que disponía no se lo permitió.

—Lord Caladen os lo explicará todo cuando os presentéis ante la Sala de la Justicia Suprema —intervino el caballero Fenton—. Hasta entonces, tened la bondad de comportaros con la máxima dignidad y honor.

Soth tuvo que morderse el labio para reprimir una imprecación, pero no hizo más intentos de escapar. Cuando entraron en el patio que daba paso a la Sala de la Justicia Suprema, vio que allí había otra docena de jinetes, con sus armas desenfundadas,

preparados para recibirle y, entre la multitud que se había congregado, distinguió una cara que le resultó familiar y que no pertenecía a ningún caballero. Era la cara de una mujer.

Rebuscó en su memoria y recordó que se trataba de la antigua dama de compañía de Isolda, que también había sido la misma que había servido a Korinne durante el año que precedió a su muerte.

¿Cuál era su nombre? ¿Miriam? ¿Miranda?... ¡Mirrel! ¡Así se llamaba! Isolda la había expulsado del castillo, y todo el mundo había creído que se había marchado a Istar. Pero no; en vez de eso, había ido directamente a Palanthas, a ver al Primer Jurista.

—Podéis desmontar ahora —indicó Fenton.

Soth se apeó de su caballo, y los guardias lo rodearon rápidamente. También Mirrel se acercó, protegida por un grupo de caballeros, para verlo bien en ese momento de desgracia, y él la observó.

«Eres afortunada —se dijo, lleno de odio—. Si no fuera por ellos, ya te habría matado con mis propias manos».

El ambiente dentro de la Sala de la Justicia Suprema era sombrío. A pesar de las numerosas ventanas, la luz no entraría hasta más avanzado el día. Toda aquella penumbra no hacía sino acrecentar lo fúnebre de la situación.

Lord Caladen estaba sentado sobre una silla que de tan alta casi parecía un trono. A su izquierda, se encontraba un joven Caballero de la Corona, que actuaría como secretario y cuya tarea sería anotar todo lo que se dijera durante el proceso de investigación. A su derecha estaba el Caballero de la Rosa Drey Hallack, que ejercía de asesor del Primer Jurista en asuntos relacionados con el Código y la Medida. Más atrás, se encontraban Olthar Uth Wistan, Guerrero Mayor, y lord Cyril Mordren, Sumo Sacerdote de los Caballeros de Solamnia. Ellos no participarían en el juicio, pero estaban allí para prestar todo su apoyo a lord Caladen. Quedaba una silla vacía en honor de Leopoldo Gwyn Davis, el Gran Maestro, fallecido hacía poco tras una larga enfermedad. El Gran Consejo de Caballeros tenía que designar a su sucesor, pero esa reunión todavía tenía que celebrarse.

Más a la izquierda del escriba, se encontraban siete caballeros, dos de la Orden de la Corona, dos de la Orden de la Espada y tres de la Orden de la Rosa. Ellos componían el jurado y, por mayoría simple, decidirían el destino del acusado.

Cuando Soth contempló todo aquello se dio cuenta de que la situación era mucho más grave de lo que había imaginado. Si sólo se hubiera tratado de una simple infracción del Código y la Medida, habría bastado con una entrevista a solas con el Primer Jurista, pero la presencia de los siete caballeros le decía a las claras que los cargos que pesaban en su contra eran muy graves. La única vez que Soth recordaba

haber asistido a una vista con jurado había sido a causa de una acusación de asesinato.

Era evidente que sobre él recaía entonces una acusación similar, y se sintió aliviado porque sobre él recaía presunción de inocencia entretanto no se pronunciara una sentencia condenatoria.

Lord Caladen alzó la mano, y los murmullos que constituían un permanente ruido de fondo cesaron de inmediato. Soth permaneció orgullosamente en pie, decidido a no ceder ni mostrar debilidad ante sus acusadores.

—Lord Loren Soth, del alcázar de Dargaard —anunció lord Caladen—, habéis sido llamado ante la Sala de la Justicia Suprema para responder oficialmente de las muertes de vuestra esposa, lady Korinne Gladria, y de su hijo recién nacido, y de las circunstancias que rodearon dicho acontecimiento.

Un gemido de asombro recorrió la Sala de la Justicia Suprema a causa de la gravedad de aquellas acusaciones, que por primera vez se hacían públicas.

Soth notó la furia que crecía dentro de él, y cómo se ruborizaba. Se hallaba ante lo que no era más que una investigación del tribunal, pero bien podía suceder que lo consideraran culpable a raíz de lo que allí se descubriera. En cualquier caso, aunque fuera declarado inocente, su buen nombre quedaría mancillado para siempre a causa de la mera acusación. Se juró a sí mismo que, cuando todo terminase, haría pagar a los responsables de aquello el peor de los precios posibles; el peor.

—En efecto, fue una gran tragedia —declaró en un tono que no revelaba sus verdaderas emociones—, una tragedia que me afectó muy profundamente. Desde entonces, no he deseado otra cosa sino poder olvidarla y creo que estaba en el buen camino. Sin embargo, es mi interés colaborar con la justicia, así que responderé a cuantas preguntas tengáis a bien formularme. De este modo, tanto este tribunal como yo mismo podremos enterrar para siempre tan triste suceso.

Lord Caladen asintió con un gesto de cabeza, y los comentarios de los presentes llenaron el ambiente, hasta que fueron acallados por un ademán enérgico del secretario.

—¡Silencio ante el tribunal! —ordenó, y una quietud sepulcral se apoderó del lugar.

El Primer Jurista prosiguió.

—Lord Soth, parece ser que hay quienes creen que lady Korinne no murió durante el parto.

—La gente tiene derecho a opinar, aunque sus opiniones sean viles —repuso el caballero con indiferencia.

—También afirman que vuestra esposa no falleció de muerte natural, sino que fue asesinada por vuestras propias manos.

Se produjo otro sobresalto colectivo entre el público, y algunos de los presentes

no pudieron reprimir exclamaciones de repulsa.

—Son sólo comentarios insidiosos y carentes de fundamento.

—Puede ser que sí, pero también puede ser que no —dijo lord Caladen, haciendo un gesto que invocaba a la esperanza.

Soth guardó un prudente silencio.

—Lo más interesante de todo es que aquéllos que creen que lady Korinne y su hijo fueron asesinados han declarado que conocen al responsable cuya mano empuñó la espada homicida.

—¿Y de quién se podría tratar?

—De vos, caballero.

Un joven entró precipitadamente en la taberna El Pato Mareado y se dirigió a un grupo de caballeros que se hallaba conversando tranquilamente. Uno de ellos levantó la cabeza cuando vio al muchacho que se acercaba.

—Te va a dar un ataque si sigues corriendo de esa manera, chico —dijo Caradoc, riéndose.

—¿Sois vosotros los caballeros que acompañaban a lord Soth esta mañana?

—Sí, somos nosotros. ¿Qué sucede? —preguntó el lugarteniente con hosquedad.

—Que lord Caladen acaba de acusar a vuestro señor de haber asesinado a lady Korinne y a su hijo.

—¿Cómo? ¡Mentiras! ¡No es posible! —exclamaron los demás caballeros al unísono, en un arrebato de indignación.

Caradoc, no obstante, se encogió de hombros y tomó otro sorbo de su cerveza.

—¡Yo no hice nada semejante! —protestó Soth con tono airado—. Amaba a mi esposa con ternura y jamás le habría hecho daño alguno. ¿Qué miserable se atreve a levantar tan falsos testimonios, a lanzar semejantes calumnias?

—Para empezar, la antigua dama de compañía de lady Korinne —repuso el Primer Jurista.

—¿Acaso vais a creer a una simple sirvienta en lugar de a un Caballero de la Rosa, un hombre que ha dedicado su vida a la causa del Bien y que siempre se ha guiado por los principios del Código y la Medida?

—No. Las palabras de la joven Mirrel no fueron suficientes para convencerme de que debía iniciar esta investigación. Tuve que escuchar otros testimonios para estar seguro.

Lord Caladen hizo un gesto a uno de los soldados y, unos momentos más tarde, éste apareció por el pasillo acompañando a una vieja elfa, y la llevó ante el jurado. Soth la reconoció y se sintió aliviado. Él había salvado a esa mujer del ataque de los

ogros y estaba convencido de que su declaración no lo perjudicaría.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el secretario.

—Mi nombre es Olsla, Olsla Stirling —repuso.

—Por favor, ¿podrías relatarnos todo lo que sepáis acerca de lord Soth y su relación con su primera esposa, lady Korinne?

La anciana miró al señor del alcázar antes de responder, y éste pudo verle un destello de satisfacción en los ojos. Se dio cuenta de que la elfa estaba seguramente en contra de él por haberle arrebatado a Isolda.

—Hace ya muchos meses, tuve que viajar al castillo de Dargaard para intentar que Isolda Denissa, mi protegida, regresara con sus compañeras elfas.

—¿Por qué había sido conducida esa joven doncella hasta allí?

—Lord Soth se la llevó a toda prisa para que recibiera atención médica de manos del sanador del alcázar.

—Por lo tanto, ¿su intervención le salvó la vida?

—No sabría responder a eso, señor. Tal vez sí; pero también es posible que hubiera sobrevivido sin ayuda de ningún tipo. De lo que sí estoy segura es de que, cuando intenté convencer a Isolda para que regresara a Silvanesti, rehusó de plano.

—¿A qué motivo atribuisteis su decisión?

—Me contestó que prefería quedarse en el castillo, ya que lord Soth le había dicho que la necesitaba allí.

—¿Sabéis la razón?

—Parece ser que la doncella elfa lo consolaba, puesto que su esposa, lady Korinne, no podía darle hijos.

Los cuchicheos volvieron a oírse por toda la sala.

—Todo esto es ridículo —estallo Soth—. Si voy a tener que enfrentarme a una acusación de asesinato, espero que los testigos que presente el tribunal no se limiten a una insignificante sirvienta y a una anciana medio senil. —Se dio la vuelta para encararse con el jurado—. ¡Es su palabra contra la de un Caballero de la Rosa!

—¡Eso! ¡Sí! —exclamaron varias voces entre el público.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —contestó el Primer Jurista—. Entonces, quizás aceptéis la palabra de Istvan, el sanador, el único hombre que estaba presente en el momento en que vuestra esposa dio a luz.

La mención de aquel nombre sorprendió a Soth, puesto que desconocía que el viejo sanador hubiera emprendido viaje a Palanthas. Pero estaba convencido de que el anciano le era totalmente leal y que, por lo tanto, corroboraría sus declaraciones de inocencia. Sonrió con aire de suficiencia.

—Naturalmente que sí, lord Caladen. La palabra de Istvan será suficiente para mí y la última que deba oírse sobre este enojoso asunto.

—Conforme, entonces. ¡Que traigan al sanador!



Al cabo de un momento, la frágil figura de Istvan apareció, avanzando por el pasillo, entre el gentío. Soth le hizo un gesto de complicidad cuando pasó por su lado, pero el anciano no le prestó atención: sus aterrorizados ojos estaban fijos en la persona del Primer Jurista.

—¿Cómo os llamáis?

—Istvan. Istvan, el sanador.

—¿Se os conoce por otros nombres?

—No.

—¿Sois el sanador del alcázar de Dargaard?

—Sí.

—¿Os ocupasteis de la joven elfa llamada Isolda Denissa cuando llegó al castillo?

—Sí.

—¿Y qué pensasteis de sus heridas cuando la visteis?

—Bueno... Yo diría que estaba gravemente herida, y debo añadir que, si lord Soth no la hubiera traído para que yo la curase, quizá la doncella no estaría hoy con vida.

Soth no pudo evitar una sonrisa. Istvan pertenecía a su círculo de íntimos, y si lord Caladen pensaba que podría presionarlo para que declarase en su contra, se iba a llevar una desagradable sorpresa.

—También estabais presente durante el alumbramiento de lady Korinne, ¿no es cierto? —prosiguió el Primer Jurista, imperturbable.

—Sí.

—¿Podrías decirnos si la dama y su hijo sobrevivieron al parto, o si fallecieron durante el alumbramiento?

Pareció que Istvan dudaba unos segundos.

—Fue un embarazo problemático desde el principio, y lady Korinne sufría constantemente de dolores y calambres. Por desgracia, su situación empeoró durante el parto. No pudo soportarlo y sucumbió ante un cúmulo de complicaciones. El niño tampoco sobrevivió.

Varias voces de apoyo se oyeron en el recinto.

Soth sonreía abiertamente. Si el testigo, el único testigo de lo sucedido, aseguraba que Korinne había fallecido al dar a luz, entonces, el Primer Jurista no tendría más remedio que presentar excusas públicamente por toda aquella mascarada y exculpar a Soth de inmediato.

Pero no parecía que lord Caladen hubiera acabado de interrogar al testigo; antes al contrario, daba la impresión de que no había creído ni una palabra del testimonio del sanador. El Primer Jurista vio la sonrisa de triunfo que se dibujaba en el rostro del señor del castillo y se dirigió nuevamente a Istvan.

—Os advierto que, como sanador del alcázar de Dargaard, estáis obligado a

seguir los preceptos del Código y la Medida.

—Naturalmente, milord.

—Entonces, entenderéis que constituye una falta grave contra el honor declarar con falsedad, muy especialmente ante este tribunal.

—Si, lo sé.

—Así pues, supongo que no tendréis inconveniente en participar en una pequeña prueba que zanjará esta cuestión de una vez por todas.

Istvan no tuvo más remedio que aceptar.

—Como deseéis.

Soth miró a su alrededor, preguntándose en nombre de qué o quién iba todo aquello.

Lord Caladen señaló a una persona de entre el público y le hizo un gesto para que se aproximase. Una figura bajita, que vestía una túnica amarilla y blanca, salió de la multitud.

—¿Un hechicero? Pero ¿qué clase de juego es éste? —protestó Soth.

—Aquí no jugamos a nada, lord Soth —interrumpió con sequedad el Primer Jurista—. Aquí sólo estamos para averiguar la verdad.

—Pero se trata de un mago, y vos sabéis tan bien como yo que la magia ha sido declarada fuera de la ley por el Príncipe de los Sacerdotes de Istar. ¿De qué puede servir su testimonio ante este tribunal?

—El Príncipe de los Sacerdotes de Istar no ha prohibido toda la magia. Aquélla que se encamina a procurar el triunfo del Bien y la verdad está plenamente admitida.

—¡Pero yo...!

—Si Istvan dice la verdad —continuó lord Caladen, sin inmutarse—, no le importará que este mago lo someta al encantamiento de la verdad, pues sólo servirá para confirmar su testimonio.

Soth había caído en su propia trampa, al igual que el sanador antes. Si protestaba podía dar la impresión de que tenía algo que esconder, pero si se conformaba y asentía, todos descubrirían la verdad. No podía arriesgarse a eso.

—¡Protesto! Istvan ya ha declarado todo lo que sabía.

—Y vos habéis dicho que aceptaríais su testimonio como la declaración definitiva. Así pues, callad y dejad que hable.

El hechicero se aproximó y dejó al descubierto una gema azul que pendía de un cordón y que sostenía con la punta de los dedos. Acercó la piedra al rostro del anciano, y ésta empezó a brillar con una extraña incandescencia. El mago pronunció unas cuantas frases ininteligibles y, cuando hubo terminado, se volvió hacia lord Caladen e hizo un gesto afirmativo. El sanador estaba rígido e inmóvil, y tenía la mirada perdida en la distancia.

—Istvan se halla bajo el control de un encantamiento que le impide decir una

mentira aunque quiera —anunció el Primer Jurista al jurado y al público para demostrar que no se trataba de ningún truco y que no pretendía, con aquella maniobra, manipular la voluntad del anciano—. Istvan, os voy a hacer una pregunta a la que quiero que respondáis con la palabra verde.

El sanador asintió con la cabeza.

—¿De qué color es el cielo?

—Azul.

—Bien. Ahora, decidme, cuando lord Soth llegó con la doncella elfa, ¿qué pensasteis de las heridas? ¿Es cierto que eran graves?

—No, no lo eran. Sus lesiones se hubieran curado solas con el paso del tiempo.

El silencio más absoluto reinaba en la sala.

—¿Y podéis decirnos si lady Korinne y su hijo sobrevivieron al parto?

—En efecto, sobrevivieron, y no sólo eso: la dama parecía encontrarse mucho mejor tras el nacimiento del niño.

—¿Qué sucedió con el niño?

—El recién nacido se encontraba bien. El único problema era que sufría graves deformidades.

—Entonces, si la madre y el niño estaban vivos, ¿cómo se explica su muerte repentina?

—Soth entró en los aposentos donde estábamos los tres y me mandó que saliera. Cuando lo volví a ver, me anunció que ambos habían muerto durante el nacimiento.

No se oía entre los presentes ni la más leve respiración.

—¿Alguien más entró en las habitaciones junto con lord Soth?

—No.

—¿Qué aspecto presentaban los cuerpos cuando los volvisteis a ver?

—Estaban totalmente despedazados y apenas eran reconocibles como restos humanos.

Se escucharon ahogadas exclamaciones de horror entre el público.

El Primer Jurista respiró profundamente y le hizo un gesto al hechicero, que se adelantó y deshizo el encantamiento. Pareció que Istvan se despertaba, y parpadeó varias veces.

Soth había asistido al interrogatorio sin articular una sola palabra y, en ese momento, se encontraba allí, en pie, asumiendo la orgullosa postura de los nobles Caballeros de Solamnia. Sin embargo, su actitud no podía disimular la verdad de lo sucedido.

Era un asesino, y todo el mundo lo sabía.

—Caballeros de Solamnia —dijo lord Caladen, dirigiéndose a los miembros del jurado—, habéis escuchado las palabras que el sanador ha pronunciado bajo el hechizo de la verdad. ¿Cómo juzgáis al acusado?

Los siete representantes de las tres órdenes deliberaron calladamente durante un momento. Luego, lord Walter Dukane, Caballero de la Rosa, se dispuso a hablar.

—Culpable de todos los cargos, milord; por unanimidad.

El Primer Jurista asintió y se volvió para mirar a Soth.

—Loren Soth —dijo, despojándolo de su título de lord—, aprecio que habéis atentado gravemente contra los principios del Código y la Medida y os encuentro culpable del asesinato de vuestra esposa y de vuestro hijo, ambos delitos castigados con la muerte. Así pues, seréis encarcelado de inmediato y ejecutado públicamente en la plaza central de Palanthas mañana, al mediodía.

Los guardias se llevaron prisionero a Soth, cuyo rostro se había tornado una máscara impenetrable.

Entre los asistentes reinaba la consternación, y varios de ellos lloraban.



El kender se encontraba, de pie, en la entrada de su casa situada a las afueras del pueblo de Mid-O-Hylo, contemplando cómo la niebla descendía por las laderas de las altas montañas occidentales. La gris neblina estaba cubriendo el terreno con un manto que, a diferencia de otras veces, parecía oscuro y siniestro.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó su joven hijo, que venía corriendo por el jardín, haciendo ondear su larga trenza.

—No lo sé, pero algo sucede.

—¿Qué?

—No tengo ni idea —repitió el padre.

—Es seguro que se trata de algo raro —aventuró el muchacho kender mientras observaba cómo la bruma invadía los alrededores del pueblo y oscurecía la luz del sol.

—Sí, me parece que tienes razón.

—Me recuerda mucho a la bola de cristal con nieve dentro que encontré en la mano de aquel caballero que dormía durante nuestro último viaje a Thelgaard.

El padre no dijo nada. Sus ojos estaban fijos en la neblina, y parecía que aquel fenómeno lo hubiera hipnotizado, borrando su actitud normalmente jovial, una actitud que siempre lo había ayudado, incluso en los peores momentos de su existencia.

Por primera vez en su vida, el kender supo lo que era el miedo.

—Métete dentro de casa —ordenó a su hijo.

—Pero, padre, esto es escalofriante —protestó el joven—. ¿No podemos quedarnos aquí fuera y verlo un poco más?

Por toda respuesta, el kender dio unos pasos hacia atrás, pero su hijo se quedó donde estaba, agitando las manos en un vano intento de asir jirones de aquella extraña opacidad.

—Muy bien, puedes quedarte aquí si lo deseas, pero yo me voy adentro. Resulta mucho más fantasmal si se contempla a través de la ventana.

—¿De verás? ¿Más fantasmal? ¡Déjame entrar!

El joven kender entró en la casa como un rayo, seguido de su preocupado padre,

que, cuando estuvieron dentro, atrancó la puerta y echó el pestillo. Era la primera vez que lo hacía desde que había instalado la cerradura que había encontrado en la entrada de una taberna de Caergoth, donde no le daban, a su juicio, ningún buen uso.

Sabía que cerrar una puerta con llave era, según un antiguo dicho kender, atentar contra la correcta naturaleza de las cosas, pero estaba demasiado asustado por el ominoso manto de bruma para preocuparse por eso.



—¡Está claro que la justicia ha cometido un grave error! —exclamó Caradoc, que se hallaba frente a sus camaradas caballeros en El Pato Mareado, con un pie sobre la silla.

—¡Sí, una gran injusticia! —repuso uno de ellos.

El lugarteniente no estaba seguro de quién lo había dicho, pero se sintió reconfortado por la demostración de lealtad. Todos ellos estaban todavía bajo el efecto de la sorpresa que les había causado la noticia. Lo que había empezado como un viaje de rutina a Palanthas, había acabado con el arresto y la condena a muerte de su comandante. ¡Menuda locura!

Después de todo, lord Soth representaba para ellos lo mejor del espíritu de los Caballeros de Solamnia, y no era sino el mejor ejemplo de las honorables virtudes de aquel cuerpo.

Sin embargo, nada de todo eso impedía que algunos de ellos tuvieran buenos motivos para empezar a cuestionar la conducta de su comandante. Habían sido testigos de su comportamiento, tras el rescate del grupo de elfas de las garras de los ogros y, aunque nadie había hecho el más mínimo comentario, a todos les había llamado la atención la insistencia de Soth en acompañar a Isolda Denissa hasta el castillo.

A eso había que añadir la sentencia del tribunal en sí misma: Soth había declarado ante la Sala de la Justicia Suprema y, luego, siete Caballeros de Solamnia —siete camaradas— lo habían encontrado culpable y, por unanimidad, lo habían sentenciado a muerte. Ese tipo de decisiones no era frecuente y la ausencia de discrepancias hacía pensar que algo fuera de lo normal había merecido semejante castigo. Tampoco cabía desconfiar del Primer Jurista, ya que éste jamás habría condenado a muerte a un destacado Caballero de la Rosa sin que hubiera comprobado fehacientemente su culpabilidad. Por lo tanto, no podían poner en duda la rectitud del proceso ni sus conclusiones.

Caradoc analizó la situación. Si Soth era ejecutado, eso podría despejar el camino de su ascenso a la máxima jefatura del alcázar de Dargaard. Sin embargo, lo descartó. Lo más probable sería que, tratándose de la base de operaciones de los Caballeros de

la Rosa, el mando del castillo recayese sobre otro caballero de la misma categoría. En ese caso, él, Caradoc, seguiría sumido en el anonimato al que lo obligaba su pertenencia a la Orden de la Espada. Así pues, tuvo claro que su rango estaba íntimamente ligado al destino de su señor y que, incluso si éste era degradado, sería mejor seguir siendo su lugarteniente que no un Caballero de Solamnia como los demás.

Entonces, se percató de que, a su alrededor, sus camaradas habían empezado a murmurar y a quejarse, y notó en el ambiente la semilla de la deslealtad. Él no debía permitir que aquellos pensamientos arraigasen en sus mentes; de lo contrario, se perdería toda esperanza de que Soth pudiera regresar al alcázar de Dargaard.

—No hay nadie entre nosotros que no le deba la vida a lord Soth —exclamó—. A mí me la ha salvado en más de una ocasión y creo que a vosotros también.

La mayor parte de ellos se pusieron de parte de Caradoc, pero todavía los había que dudaban.

—A ti, caballero Krejlgard —continuó el lugarteniente—, ¿acaso no te rescató de las profundidades del río Vingaard cuando te caíste de tu caballo?

El Caballero de la Corona bajó la cabeza y guardó silencio.

—Meyer Seril: ¿quién alimentó a toda tu familia cuando una plaga de langostas arrasó sus cosechas?

—Es cierto —admitió éste—. Eso hizo.

—Y tú, Derick Serioescriba, ¿no fue lord Soth el que respaldó tu petición de incorporarte a la caballería cuando todos te consideraban demasiado débil?

—Es verdad, y me avergüenza admitir que lo había olvidado.

—¡Sí, me parece que todos lo hemos hecho! —exclamó Caradoc—. Deberíamos sentirnos avergonzados por haber dudado, aunque fuera sólo por un segundo, de la inocencia de lord Soth. Por mi parte, no tengo la más pequeña duda de que, si a cualquiera de nosotros nos ocurriera lo mismo, él no estaría perdiendo el tiempo preguntándose si éramos culpables o inocentes.

Los caballeros empezaron a discutir entre ellos, y Caradoc se dio cuenta de que había logrado convencerlos casi por completo.

—¿En qué estás pensando, Caradoc? —preguntó Colm Farold.

—En que creo que es nuestro deber rescatarlo —repuso, hablando en voz baja y tras asegurarse de que nadie en la taberna les prestaba atención.

—Pero está custodiado por caballeros como nosotros —objetó Farold.

—Esta noche sí, pero mañana...

Farold asintió con convicción.

—De acuerdo. Estoy contigo.

La seguridad de las palabras del caballero contagió a los demás.

—Yo también te seguiré —afirmó Meyer Seril.



—Y yo —aseguró Serioescriba.

Uno a uno, todos los componentes de la escolta de Soth se fueron sumando a la iniciativa de Caradoc.

El sol matutino no conseguía traspasar la espesa cubierta de nubes que hacía que las sombras de la noche se prolongaran todavía, y una fría brisa procedente de la bahía de Branchala se añadía a la inclemente mañana. Algunos habitantes de la ciudad interpretaron aquello como un mal presagio de lo que iba a suceder y prefirieron quedarse en sus casas; otros simplemente no querían asistir a la humillación que iba a suponer la ejecución pública de un noble caballero. Pero la mayoría salió para presenciar el acontecimiento. Las calles se llenaron pronto de ciudadanos de todas las clases —clérigos, mercaderes, artesanos y trabajadores—, y tanto los tenderetes como los puestos de venta no tardaron en agotar sus mercancías.

Los guardias despertaron a Soth al amanecer y le ofrecieron un frugal desayuno, a base de pan y agua, que éste rechazó. Luego, lo condujeron hasta una carreta, lo desnudaron de cintura para arriba y lo encadenaron por las muñecas a una picota que se alzaba en el centro de la plataforma del vehículo.

Los caballeros encargados de aquellas tareas parecían llevarlas a cabo con muy poco entusiasmo; apenas se detenían a mirar al caballero y evitaban su contacto en la medida de lo posible. Allí estaba Soth, uno de los más destacados Caballeros de Solamnia, un camarada, rebajado a la condición de un simple criminal. En el fondo de sus corazones, pensaban que no tenía demasiada importancia si el señor del alcázar de Dargaard era culpable o no; para ellos, se trataba de un Caballero de la Rosa, y se merecía un final mejor.

Sin embargo, sabían perfectamente que el Código y la Medida era implacable con aquéllos que se desviaban de sus preceptos y que, para demostrarlo, establecía que los caballeros que lo infringieran debían ser castigados con más severidad que los ciudadanos ordinarios, porque, de lo contrario, la reputación de toda la caballería resultaría perjudicada.

Por esa razón, los que se ocupaban de Soth en aquella lúgubre mañana de su ejecución no deseaban otra cosa que acabar lo antes posible con la tarea. Él lo sabía y les facilitaba el trabajo, dejándose maniatar sin decir palabra. Al final, cuando hubieron acabado de encadenarlo a la picota, hizo un simbólico intento de liberarse, aun sabiendo que el más humilde escudero habría hecho bien el trabajo.

Los caballeros recogieron sus herramientas y se marcharon, pero uno de ellos se quedó atrás. Soth lo reconoció por sus ropas como un Caballero de la Corona, pero era demasiado joven para que su rostro le resultara familiar. El muchacho lo miró con una expresión de tristeza.

—Que Paladine tenga piedad de vuestra alma —dijo en voz baja.

Soth lo contempló de arriba abajo y no pudo reprimir un sentimiento de desprecio. ¡Que aquel imberbe se atreviera a compadecerse de él era algo que lo sacaba de sus casillas!

—¡No, jovencito, que Paladine se apiade de la vuestra! —repuso con furia.

El chico se sorprendió cuando escuchó aquellas palabras y abandonó precipitadamente la carreta. Las burlonas carcajadas del condenado lo persiguieron durante un buen rato.

Los leales caballeros de Soth estaban reunidos en el establo abandonado que habían escogido para evitar que nadie los pudiera espiar, o simplemente escuchar, mientras trazaban los planes para liberar a su señor. Habían pasado toda la noche discutiendo los detalles de la operación y, en ese momento, veían amanecer.

Lo que tenían planeado no les iba a resultar fácil. Si Soth hubiera estado cautivo en manos de una banda de ogros o de bárbaros, o prisionero de algún perverso encantamiento de goblins, todo habría resultado más sencillo. Pero estaba en poder de los Caballeros de Solamnia, y eso significaba que tendrían que enfrentarse a adversarios tan diestros como ellos. Además, para complicar la situación, su inferioridad numérica era evidente.

Debatieron largamente la táctica que debían emplear, hasta que Caradoc encontró una solución que podría darles cierta ventaja.

—Somos todos Caballeros de Solamnia, ¿cierto?

—Sí, naturalmente —asintieron los presentes.

—Y todo el mundo da por hecho que acataremos el destino de lord Soth sin protestar —comentó Caradoc— y que nos comportaremos de acuerdo con los principios del Código y la Medida...

Todos lo escuchaban, expectantes.

—Si es como digo, cualquier intento por nuestra parte de liberar a milord nos otorgará la ventaja del factor sorpresa, ya que nadie espera que nos rebelemos contra la sentencia del tribunal.

Los reunidos consideraron el significado de aquellas palabras. Finalmente, Western Kern habló.

—Tus palabras significan que nadie espera nuestra acción porque semejante osadía sería una traición que nos convertiría inmediatamente en unos renegados y nos pondría fuera de la ley. Además, eso significaría nuestra expulsión inmediata del cuerpo de los Caballeros de Solamnia.

Caradoc suspiró. Si Kern dudaba, era probable que los demás también lo hicieran. Sabía que sólo tenía una oportunidad para convencerlos. Si fracasaba, la suerte de su señor estaría echada.

—No, no será ninguna traición —argumentó—. Al contrario, será un acto de

suprema lealtad hacia nuestro comandante. Y en cuanto a la posibilidad de convertirnos en renegados, ¿quién os dice que nuestra reputación no esté ya comprometida por haber servido a las órdenes de lord Soth? De hecho, ni siquiera podemos estar seguros de que vayan a permitirnos salir de la ciudad sin juicio previo.

—Caradoc tiene razón —decidió finalmente Kern, tras haber sopesado los pros y los contras—. Probablemente ya estemos todos condenados ante los ojos del resto de la caballería. Por lo tanto, creo que lo que debemos hacer es aprovechar todo lo que podamos la ventaja que, sin duda, nos proporcionará el factor sorpresa. Será la única manera de rescatar a lord Soth y de salir de Palanthas con vida.

Todos asintieron.

—Bien —dijo Caradoc—. Pongámonos manos a la obra.

La carreta que llevaba al condenado se puso en movimiento con una brusca sacudida y se dirigió al patio de la Sala de la Justicia Suprema para encontrarse con su escolta: cuatro caballeros, ataviados con sus más brillantes armaduras, que la acompañarían sobre sus monturas en el largo trayecto por las calles de Palanthas, hasta la plaza central, el lugar escogido para la ejecución.

La ciudad había sido construida como una rueda gigantesca; cada calle era como un radio que conducía directamente al centro. En ese momento, la comitiva salía de la Ciudad Vieja, donde se encontraban la Sala de la Justicia Suprema, la gran Biblioteca de Astinus y otras dependencias encargadas de la administración y defensa de Solamnia.

Tras unos minutos de camino, abandonó ese sector y entró en los barrios más nuevos de la capital. Allí, las calles eran más amplias, y el aire parecía más limpio y respirable. Soth inhaló profundamente y... recibió en la cara el impacto de un huevo podrido. Fue sólo el primero de la lluvia que a continuación le cayó encima.

La organización de las avenidas resultó una ventaja para los caballeros de Soth. De ese modo, pudieron tomar cada uno una vía diferente, y no obstante converger en el centro, donde iba a tener lugar la decapitación. Así pudieron reunirse sin levantar sospechas y pasar desapercibidos hasta que llegara el momento de intervenir para rescatar a Soth y escapar.

Meyer Seril se había presentado voluntario para seguir la misma ruta de la carreta que llevaría al reo y se unió a la caravana que lo conducía justo cuando ésta salía por la puerta de la muralla de la Ciudad Vieja.

A pesar de que llevaba puesto el casco y no se distinguía de otros caballeros, Soth lo reconoció por su montura y, cuando pasó por su lado, le hizo un gesto de asentimiento que aquél reconoció.

A partir de ese momento, el condenado se mantuvo aún más erguido sobre la plataforma y soportó estoicamente la avalancha de insultos y de basura que le caía de todas partes.

A Meyer se le encogió el corazón cuando se percató de cómo trataban a Soth y, al ver a un hombre que lanzaba un huevo contra la espalda de su señor, movió su caballo hasta que se colocó enfrente del agresor. Entonces, hizo cocear a su montura, y los cascos del animal alcanzaron de lleno al desgraciado individuo, que salió volando y cayó hacia atrás, para quedar tendido y jadeante en el suelo.

El caballero se aproximó al infeliz.

—Disculpad a mi caballo, pero tanto alboroto debe de haberlo puesto nervioso —dijo amablemente—. Confío en que estéis bien.

Colm Farold fue el primero de los camaradas de Soth que llegó a la plaza central de Palanthas. Había llegado desde la parte sudeste de la ciudad y, por lo tanto, había tenido que recorrer menos distancia. Al poco rato, Caradoc apareció por la vía que iba hacia el sur, y Western Kern desembocó en la plaza desde la dirección opuesta, arrastrando a otro caballo por el bocado. Era un animal grande y parecía lo suficientemente fuerte como para desempeñar la labor que le habían asignado. Sin embargo, a pesar de sus obvias cualidades, no pertenecía a la misma casta que el resto de monturas de los caballeros y, cuando estuvieran cabalgando por las llanuras, se quedaría atrás. La pregunta era: ¿cuánto tardaría en suceder eso?

A medida que sus leales caballeros fueron entrando en la plaza de la ejecución, Soth se mostró cada vez más altivo y desafiante. Se mantenía, de pie, muy erguido y ni siquiera parpadeaba cada vez que lo alcanzaban las porquerías que le lanzaba la enfurecida multitud. Tenía el largo y negro pelo pegado al cráneo, y el musculoso cuerpo aparecía manchado allí donde se habían estrellado los podridos proyectiles: su aspecto era más el de un bárbaro pintarrajeado y listo para el combate que el de un Caballero de Solamnia caído en desgracia.

El carro que lo transportaba se acercó al patíbulo, donde un verdugo encapuchado aguardaba a que el reo fuera puesto en posición. A pesar de lo nublado de la mañana, la enorme hacha de doble filo que el ejecutor sostenía entre las manos brillaba de un modo siniestro.

Cuando el vehículo se detuvo, Caradoc asió con fuerza las riendas de su caballo. A él le correspondía dar la señal para que sus camaradas se pusieran en marcha. Comprobó la situación en la plaza y vio que los Caballeros de Solamnia de mayor rango todavía no habían llegado, y que había filas de guardias a ambos lados de la calle que contenían al gentío y que no prestaban demasiada atención a lo demás, pues la idea de que el condenado pudiese escapar estaba totalmente fuera de sus pensamientos. El lugarteniente cruzó la mirada con todos y cada uno de sus

caballeros y recibió de ellos un gesto de conformidad; luego, miró a Soth, que se agitaba con impaciencia, y le hizo una imperceptible señal de que aguardase.

Un murmullo se alzó entre el público cuando llegaron el Primer Jurista, el Sumo Sacerdote y el Guerrero Mayor. Caradoc esperó a que estuvieran a punto de ocupar sus asientos y, entonces, hizo una señal a una mujer que se encontraba al otro lado de la plaza. Inmediatamente, ésta se puso a gritar de manera histérica.

—¡Mi hijo! ¡Alguien me ha robado a mi hijo!

Los chillidos atrajeron la atención de todo el mundo y, alrededor de la mujer, la gente se puso a buscar frenéticamente. Ése fue el momento que escogió Caradoc para ordenar a sus camaradas que entrasen en acción.

A toda velocidad, Western Kern se dirigió hacia el patíbulo y saltó sobre el verdugo. Sin darle tiempo para reaccionar, le arrancó la tremenda hacha de las manos y le propinó un directo a la mandíbula con su mano acorazada que lo envió, volando por los aires, encima del gentío que se agolpaba en torno al cadalso. Acto seguido, empuñó la temible arma y empezó a asestar terribles golpes a la cadena que tenía prisionero a Soth. Sin embargo, los templados eslabones resistieron.

—El poste, Kern. Cortad el poste por la base —gritó Soth.

El leal caballero se lanzó contra la picota y le asestó tres potentes hachazos que la hicieron saltar en pedazos. Entonces, Soth la levantó y, manejándola como si fuera un enorme garrote, giró y se enfrentó con dos Caballeros de Solamnia que se precipitaban sobre él para impedir que escapara. Con ayuda de la picota, paró diestramente las mortales estocadas que le lanzaron. Luego, hizo girar el poste en el aire y barrió a sus oponentes con la misma facilidad con que habría despejado de polvo la superficie de una mesa.

—¡Por aquí, milord! —gritó Kern al mismo tiempo que saltaba de la plataforma a su caballo.

Soth estaba todavía encadenado a la picota, por lo que tuvo que asirla fuertemente y llevársela consigo cuando saltó de la carreta sobre la montura que Western había llevado para él.

Profirió un salvaje grito de triunfo, azuzó al animal incluso antes de haber puesto los pies en los estribos y se lanzó a galope tendido por entre la atónita multitud, mientras sostenía la picota, a modo de improvisada arma, por encima de la cabeza.

Entretanto, Colm Farold y los demás caballeros se ocuparon de hacer frente a los Caballeros de Solamnia que actuaban como guardias. Sin embargo, la intrépida acción había tomado por sorpresa a los presentes, y la mayoría de los solámnicos tardó en reaccionar. Sólo unos pocos se recobraron a tiempo y se lanzaron contra los camaradas de Soth, pero éstos estaban atentos, los esquivaron con facilidad y salieron a toda velocidad en pos de su comandante.

Mientras galopaba, raudo, por las calles de la ciudad, con Western Kern

encabezando la huida y abriendo paso entre la gente, Soth se percató de que otro jinete se le acercaba y reconoció en él a Eiwon van Sickle, Caballero de la Espada.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó este último—. ¿No os dais cuenta de que estáis quebrantando todos los preceptos del Código y la Medida?

—De acuerdo con el Primer Jurista ya hice eso hace mucho —repuso fieramente Soth—. ¿Qué puede importar lo que haga a partir de ahora?

—¡Deteneos y afrontad vuestro destino como un verdadero caballero! —amenazó Van Sickle mientras desenvainaba su espada.

Soth se echó a reír, y en la mirada apareció un destello de locura y de odio.

—¡Mi destino me espera fuera de las murallas de esta ciudad moribunda! —gritó—. ¡Un día, mi nombre será conocido desde Palanthas a Istar, desde Ergoth a Balifor!

—¡Vuestro destino os aguarda aquí! —contestó Van Sickle, blandiendo su arma—. ¡Preparaos para encontrarlo!

Sin dejar de cabalgar, Soth levantó la picota y bloqueó la primera arremetida del jinete. Luego, mientras su contrincante volvía a levantar la hoja para asestar un nuevo tajo, lo golpeó con el poste en la espalda. El impacto desmontó al caballero, que cayó entre los cascos de su montura y fue arrastrado entre una nube de polvo. Soth volvió a asir el grueso madero y prosiguió su huida a galope tendido a la vez que profería un salvaje alarido.

Salieron de las calles de la ciudad y se adentraron en el despejado terreno que mediaba entre la ciudad y la Torre del Sumo Sacerdote, deseando que los solámnicos que había apostados allí no estuvieran al corriente de lo que había sucedido en la plaza. Sin embargo, lo estaban y parecían dispuestos a hacerles frente. Soth se dio cuenta de que tan pronto como llegaran a la Torre del Sumo Sacerdote les impedirían el paso; entonces, se encontrarían atrapados entre ellos y los que habían salido en su persecución, que les estaban ganando terreno.

Caradoc cabalgaba al frente del grupo de escapados, pero Farold le dio alcance.

—¡Los de la Torre del Sumo Sacerdote son demasiados! —gritó, casi sin aliento—. ¡Nos cortarían el paso y nos harán pedazos!

Caradoc no le hizo caso y siguió galopando, ya que para él la amenaza también venía por detrás. Saltaba a la vista que tenía que tomar una decisión; pero, como estaba acostumbrado a recibirlas de su comandante, dudó.

—¡Las montañas! —gritó una voz a sus espaldas.

Caradoc se volvió y se percató de que había sido Soth quien había hablado.

—¡Hacia las montañas! —repitió aquél.

El lugarteniente frenó a su montura para permitir a Soth que le diera alcance.

—Son demasiados como para que podamos hacerles frente —dijo cuando llegó a su altura—. Es mejor que nos dirijamos hacia las montañas.

Caradoc se dio cuenta de que era una idea acertada. Allí podrían esconderse

fácilmente y sobrevivir el tiempo necesario o, por lo menos, hasta que se cansaran de perseguirlos. Asintió y partió de nuevo al frente de los jinetes. Luego, gritó una orden, y todos emprendieron rumbo hacia el norte.

—¡Los vamos a atrapar! —gritó Garnett Fenton, el jinete que encabezaba la patrulla de perseguidores.

Tras él, cabalgaban siete caballeros más, y pronto recibirían refuerzos. Miró al frente y vio cómo los guardias de la Torre del Sumo Sacerdote preparaban sus monturas para salir al encuentro de los fugitivos. Soth y los suyos debían de estar locos si creían que podrían escapar.

—¡Adelante, estaremos encima de ellos dentro de un instante! —arengó Garnett a sus hombres.

Pero, inesperadamente, los rebeldes cambiaron de dirección y se lanzaron a galope tendido hacia las montañas.

Fenton espoleó a su caballo para que fuera más deprisa, pero el animal no respondió. Cablgaron así durante unos minutos, hasta que llegaron al lugar donde Soth y sus hombres se habían desviado; entonces, tomaron la misma dirección y se adentraron en los bosques que había al pie de las montañas. Sin embargo, al cabo de un momento, los perdieron de vista e, incapaces de encontrar el rastro, se detuvieron. Parecía como si el grupo de renegados se hubiera desvanecido, hubiese sido tragado por la espesura.

Fenton se dio la vuelta para hablar con sus hombres.

—Apostad centinelas en la Torre del Sumo Sacerdote. Seguramente intentarán regresar al alcázar de Dargaard. Cuando lo hagan, estaremos preparados para perseguirlos de nuevo.

—Es cierto mi señora —dijo el caballero Valcic—. Lo he oído de boca de varias personas.

Soth y sus caballeros llevaban ya una semana ausentes del castillo, pero era la primera noticia que Isolda tenía del destino con el que se había encontrado su marido al llegar a Palanthas.

—Es posible que esté todavía con vida —continuó Valcic, que intentaba presentar el lado más positivo de los terribles acontecimientos—. Dicen que se ha refugiado en las montañas.

—Gracias, caballero —repuso Isolda, despidiéndolo con un gesto de la mano. Luego se desplomó sobre el lecho entre un mar de lágrimas.

¡Lord Soth, un Caballero de la Rosa, convertido en un forajido!

Le resultaba difícil creer que alguien tan respetado y venerado pudiese haber

caído en desgracia de manera tan rápida y trágica. ¿Y a causa de qué? A causa de la muerte de Korinne y su hijo recién nacido. ¡Todo aquello era ridículo! Él la había salvado y había dedicado toda su vida a la causa del Bien.

Estaba convencida de que todo obedecía a un malentendido, y que no se tardaría en desagraviar a Soth. Cuando éste regresara al castillo, así se lo diría.

Entrelazó los dedos para iniciar una plegaria y rogó a Mishakal que le concediera consuelo y sabiduría.





Brin Scoville se palmeó la prominente barriga y lanzó un suspiro de satisfacción tras haber dado buena cuenta de la succulenta cena que le había preparado su esposa.

Él se había pasado todo el día trabajando en el campo; mientras que ella no había salido de la pequeña cocina, pues había estado muy ocupada preparando no sólo la cena de ese día, sino también abundantes cantidades de conservas y mermeladas con las que llenarían la despensa y que les servirían para pasar el invierno que se avecinaba.

Por alguna razón que desconocía, Brin tenía la impresión de que iba a ser una de las peores estaciones que las llanuras recordaban en muchos años. Quizá se debiera al dolor que sentía en las articulaciones o en la vieja cicatriz de la mano. No lo sabía, pero estaba convencido de que iban a ser unos largos y gélidos meses. Era mejor que estuvieran preparados para hacerles frente.

Contempló a su hijo y a su hija, que jugaban delante del hogar con unos toscos juguetes de madera, y sintió una corriente de satisfacción. Eran dos niños adorables, tranquilos y educados, y tenían un brillante y feliz futuro por delante. Le gustaba verlos mientras se entretenían de aquella manera, ajenos a las dificultades de la vida cotidiana.

Su mujer le llevó la pipa y el tabaco, y él se lo agradeció con una sonrisa. Llenó con dedos expertos la cazoleta y se acercó a la estufa de la cocina en busca de alguna ascua con que encenderla. Para su sorpresa, el fuego se había apagado, y el rescoldo no conservaba ni un ápice de calor.

—¿Cómo es que ni las cenizas están todavía calientes? —preguntó a su mujer.

—No lo entiendo —repuso ella—. No hace ni un momento que estaba cocinando sobre las brasas. Aún deberían estar al rojo.

Scoville las removi6 con la mano: estaban frías. De hecho, parecía que toda la casa se estaba enfriando por momentos.

—Papá —dijo su hijo—, el suelo está helado. ¿No podrías encender el fuego?

Era muy temprano para prender la chimenea principal de la casa, pero con la cocina apagada no tenían otra fuente de calor.

—Me parece bien —añadió su esposa—. Así nos iremos a dormir calentitos.

—De acuerdo. ¿Quién me quiere ayudar?

—¡Nosotros! —contestaron alegremente y al unísono sus hijos.

Los muchachos amontonaron ramitas y leña en el hogar, y Scoville echó mano de dos trozos de pedernal. Los hizo chasquear, golpeándolos con fuerza, pero no saltó ni la más pequeña chispa. Lo intentó varias veces más, pero sin éxito.

El sol se ocultó tras el horizonte, y la noche se extendió rápidamente por la llanura. Un frío sobrenatural se abatió sobre la casa.

—Venid conmigo —dijo la mujer—. Nos calentaremos todos juntos bajo las mantas.

Los niños corrieron a refugiarse en los brazos de su madre mientras Scoville reanudaba sus intentos de encender la chimenea. Al final, cansado y entumecido, se metió bajo los cobertores totalmente vestido. No encontraba explicación posible para lo que estaba sucediendo, pero no tenía la menor duda de que algo raro pasaba; algo extraño y peligroso.



Al abrigo de un peñasco y oculto bajo el denso ramaje de los árboles, Meyer Seril examinó las pesadas hojas del hacha de doble filo que le había arrebatado al verdugo. Una de ellas estaba mellada y rota debido a los intentos de partir las cadenas de Soth durante el rescate; no obstante, la otra se encontraba en buenas condiciones.

—Descargad el golpe con todas vuestras fuerzas —ordenó Soth, al mismo tiempo que colocaba las manos a ambos lados del poste, de manera que la cadena que le aprisionaba las muñecas quedase cruzada sobre la madera—. Confío en vos, Seril.

El caballero asintió, complacido por aquella demostración de confianza. La cadena era de grueso acero y sería necesario un hachazo fortísimo y certero para romperla de un tajo. El arma había sido diseñada para seccionar madera, carne o huesos, pero no para cortar metal. El primer embate la mellaría sin remedio, por lo tanto tenía que ser el definitivo.

Blandió el hacha, la alzó por encima de la cabeza y la descargó sobre la cadena con toda la energía de la que fue capaz. Sonó el ruido del acero chocando contra el acero. No obstante, aunque los eslabones casi se habían partido, Soth todavía no estaba libre. Meyer contempló el quebrado filo, vio que aún tenía intacta una zona de corte y lo intentó de nuevo. Esa vez, la cadena se partió en dos.

—¡Bien hecho! —exclamó Soth.

Enterraron el poste y volvieron a montar. Aunque podían esconderse en las montañas por tiempo indefinido, ninguno de ellos confiaba en esa posibilidad. Sabían que, de ese modo, sus perseguidores tendrían tiempo de organizar patrullas de búsqueda y que registrarían los bosques sin descanso.

Así pues, el problema era que los Caballeros de Solamnia estaban al tanto de que intentarían regresar al alcázar de Dargaard y los estarían aguardando; eso sin contar que, sin duda, ya habrían cortado otras posibles rutas de escape hacia el norte.

Soth y sus hombres pensaron en la posibilidad de separarse en dos grupos, pero descartaron la idea por varios motivos: uno de ellos porque, siendo todos fugitivos, por separado correrían más riesgos de ser capturados; pero, sobre todo, porque se guardaban mutua lealtad y, si lo conseguían o fracasaban, preferían que les ocurriera a todos juntos. El castillo era el único lugar donde estarían seguros, por lo tanto, lo

más lógico era que partieran hacia allí cuanto antes y lo más rápidamente posible.

Se desprendieron de sus armaduras para viajar más ligeros y contar con una cierta ventaja frente a sus pertrechados perseguidores. Su plan era sencillo: se ocultarían allí para reponer fuerzas antes de lanzarse a una desesperada carrera a través de las llanuras.

A la mañana siguiente, tras una noche de tenso descanso y antes de la salida del sol, descendieron apresuradamente de las montañas y se dirigieron hacia el este. Cuando desembocaron en la llanura, se lanzaron a galope tendido. Sabían que sus monturas no podrían soportar aquel ritmo indefinidamente, pero confiaron en que así pondrían la mayor distancia posible entre ellos y los centinelas apostados en la Torre del Sumo Sacerdote, antes de que los descubrieran. Faltaban unas horas para el amanecer. Soth deseó que ese tiempo les diera suficiente ventaja.

Bram Fuentevalle, un joven Caballero de la Espada que hacía unos escasos dos meses era todavía escudero, fue el primero que detectó el penacho de polvo que se levantaba en la pradera. Hacía horas que había iniciado su turno de guardia y escrutaba el horizonte cada diez minutos. No había observado ningún movimiento sospechoso hasta que, por el rabillo del ojo, percibió una leve polvareda, lejos, en la leve claridad que antecede al amanecer. Hizo un esfuerzo por aguzar su visión y pudo distinguir los cinco diminutos puntos, quizá seis, que cabalgaban a toda velocidad en dirección al lejano alcázar de Dargaard. ¡Sin duda, eran Soth y sus camaradas!

Fuentevalle fue hasta la campana de alarma y la agitó enérgicamente.

—¡Son ellos! —gritó—. Cabalgan a toda velocidad hacia el noreste. Yo diría que ahora se encuentran a medio camino de Ciervoblanco.

Al cabo de un instante, doce caballeros salieron de la Torre del Sumo Sacerdote y, minutos después, otros seis partieron y se desplegaron en un amplio abanico con la esperanza de interceptar la ruta de escape en la llanura. La persecución estaba en marcha.

El primer grupo de jinetes cabalgó a todo galope, pero el peso de sus armaduras fue una carga demasiado ardua y tuvieron que aminorar el paso para que sus monturas pudieran recobrar el aliento. Al mediodía aún no divisaban claramente a los fugitivos y se vieron obligados a acampar a orillas de un riachuelo. Los caballos agradecieron el descanso, pero no así los caballeros.

—Levantad vuestras dormidas cabezas —ordenó Soth, a la vez que les golpeaba los pies con la punta de la bota.

Era noche cerrada, y la oscuridad los envolvía por completo. Hacia el sudoeste, un débil resplandor indicaba el lugar donde las luces de Palanthas se reflejaban contra

las nubes. En la dirección opuesta se encontraba el alcázar de Dargaard, pero se hallaba demasiado lejos —a uno o dos días a caballo— para que pudieran distinguirlo.

Sus camaradas protestaron y se quejaron, pero Soth hizo caso omiso de los gruñidos; era más importante que siguieran adelante. Ya tendrían tiempo de sobra para descansar cuando llegaran al castillo. Se despertaron todos y, tras devorar las pocas bayas y frutos secos que llevaban consigo, se pusieron a caminar llevando sus monturas de las riendas. Sabían que, si comenzaban a galopar en ese momento, los caballos no resistirían toda la jornada; además, estaba demasiado oscuro para que pudieran desplazarse a mayor velocidad. Ya montarían cuando amaneciera. Por el momento, cuanto más distancia pudieran poner entre ellos y sus perseguidores, mejor.

—¡Un jinete! —exclamó el centinela—. ¡No! ¡Un grupo de jinetes! ¡Se acercan al castillo!

Los caballeros que aguardaban noticias, sentados y aburridos en la gran sala del alcázar, se despertaron de golpe.

Darin Valcic fue el primero que llegó al puesto de observación de la torre para echar una ojeada por sí mismo.

—¿Dónde? —preguntó cuando se hubo situado al lado del vigía.

Arnol Kraas, el escudero de Meyer Seril, señaló una diminuta nube de polvo que parecía elevarse del horizonte.

—¡Allí!

La vista de Valcic no era tan aguda como la del joven escudero; pero, aun así, pudo distinguir la polvareda que éste le indicó, aunque fue incapaz de deducir el número de hombres a caballo que había.

—¿Cuántos creéis que son?

—Cinco o seis, como mucho —repuso el escudero.

Otros caballeros se reunieron con ellos en el puesto de observación.

—¡Son ellos! —exclamó Valcic con rotundidad.

—¿Quiénes?

—Lord Soth y su escolta. Preparad una ceremonia de bienvenida y un banquete para celebrar su regreso —ordenó el caballero.

—Sí, pero ¿qué es aquello? —preguntó el centinela.

—¿El qué?

—Hay otra nube de polvo un poco más atrás —indicó, señalando el lugar.

Valcic escrutó el paisaje en un intento de distinguir lo que el escudero le había indicado y, por fin, lo consiguió: prácticamente invisibles contra el diáfano horizonte, se veía galopar a otro grupo de jinetes. Era un grupo mucho más numeroso.

Entonces, se percató de que perseguían a su señor.

—¡Olvidaos de la recepción de bienvenida! —gritó a los caballeros que lo

acompañaban—. ¡Preparad los caballos y traed las armaduras! ¡Aprestaos para la lucha!

Normalmente, un aviso como ése hubiera sido recibido con vítores, pero, en ese instante, todos guardaron silencio.

—¡Los estamos alcanzando! —gritó Garnett Fenton con entusiasmo.

Era cierto. A pesar de que los fugitivos tenían la ventaja de su reducido número, de sus veloces caballos y del apremio por llegar al castillo, los Caballeros de Solamnia de Palanthas ganaban terreno. A ese ritmo, los interceptarían antes de que acabase el día, si no antes.

—¡Es cierto! —repuso Eiwon van Sickle—. Pero ¿conseguiremos cortarles el paso antes de que alcancen la fortaleza?

Fenton no contestó; en cambio, espoleó a su caballo para que galopara aún más deprisa.

Soth vio a los caballeros que se aproximaban desde el norte y temió que se tratara de jinetes que habían sido enviados para interceptarlos, procedentes del castillo de Vingaard. Sin embargo, cuando estuvieron más cerca distinguió los colores de los estandartes que los identificaban como caballeros de Dargaard y respiró aliviado. Estaba seguro de que con su ayuda llegarían al alcázar a tiempo, sanos y salvos.

—¡Qué alegría poder veros sanos y salvos; especialmente a vos, milord! —exclamó Valcic cuando los dos grupos se encontraron.

—También nuestros pobres y cansados ojos se alegran de veros —repuso Soth.

—Sí, pero quizá deberíamos aplazar los saludos para otro momento —interrumpió Caradoc—. ¡Nuestros perseguidores vienen pisándonos los talones!

Soth miró por encima del hombro y se sorprendió al ver lo cerca que estaban los caballeros de Palanthas. Si eran capaces de mantener ese ritmo de marcha, les darían alcance antes de que anocheciera.

—Es cierto —advirtió—. Será mejor que continuemos nuestro camino.

Espoleó su montura, y todos iniciaron una última y definitiva carrera hacia el castillo.

Faltaban pocos kilómetros para que llegaran a su destino cuando Soth notó que su caballo desfallecía, mientras que los del resto de sus hombres todavía aguantaban. El animal estaba cubierto de sudor y una blanca espuma le borboteaba del bocado; no obstante, el jinete le clavó las espuelas en los ijares para que mantuviera el galope. En el acto, la montura se desplomó, y Soth salió despedido por el aire; cayó pesadamente

en el suelo.

Los caballeros que lo precedían no se percataron del incidente, pero los que iban detrás se detuvieron para ayudarlo.

—Podéis cabalgar a mi grupa —se ofreció Colm Farold.

—Ni pensarlo —repuso Soth—. Tendréis suerte si conseguís que vuestra montura os lleve hasta el castillo.

—Tomad mi caballo —interrumpió Valcic—. Está descansado y fresco. Sería un honor para mí que os transportara hasta la seguridad del castillo.

Soth se sintió conmovido por la generosidad de aquel gesto, pero rehusó el ofrecimiento, puesto que habría significado que el caballero daba su vida a cambio de la de él.

—Lo lamento, pero no puedo aceptar.

—¡Insisto!

—Os sugiero que os pongáis de acuerdo lo antes posible —indicó Caradoc—, porque, de lo contrario, ninguno llegará vivo a su destino.

Soth miró fijamente a Valcic, y éste asintió.

El antiguo señor del alcázar montó y se alejó sobre el caballo.

Valcic se dio la vuelta para enfrentarse a los perseguidores. A juzgar por cómo vibraba el suelo bajo sus pies y por la polvareda que levantaban, debían de ser por lo menos medio centenar de jinetes.

Supo que sería una lucha breve, pero estaba decidido a ofrecer la mayor resistencia posible, para que, de ese modo, sus camaradas tuvieran una mejor oportunidad.

Desenvainó la espada y se aprestó a morir combatiendo.

La patrulla de solámnicos se le echó encima, pero, en el último instante, se separaron y pasaron a su lado a toda velocidad, haciendo caso omiso de su presencia. Valcic permaneció allí, de pie, en medio del polvo, y se puso a toser sin que pudiera evitarlo.

Soth, que entonces montaba su nuevo caballo, encabezaba el grupo de jinetes que galopaba hacia el alcázar. Ya no guardaba ningún parecido con el galante caballero que había partido de allí hacía poco más de una semana; en cambio, por su aspecto se asemejaba más a lo que, en realidad, era en aquellos momentos: un sucio y desmelenado fugitivo, de talante violento y mirada furiosa, a pesar de su altivo gesto y del destello de orgullo en los ojos.

Al cabo de un momento, el grupo de escapados cruzó el puente levadizo entre la atronadora trápala de los cascos de los caballos. Dos de las monturas se desplomaron

de agotamiento nada más haber cruzado el patio y, tras ellas, cayó la pesada puerta de rastrillo, mientras se oía el traqueteo del puente que se alzaba de nuevo.

Fuera, la patrulla de Caballeros de Solamnia se detuvo apresuradamente antes de precipitarse en el foso. Luego, tuvo que dar media vuelta para ponerse fuera del alcance de la lluvia de flechas que lanzaron los arqueros del castillo desde las almenas.

—¿No vamos a asediar el alcázar? —preguntó con incredulidad Van Sickle, mientras contemplaba la roja estructura de la fortaleza.

Garnett Fenton lo miró a los ojos.

—No —contestó—. Tendría un coste de vidas demasiado alto y, total, ¿para qué?

—Entonces, ¿qué vais a hacer? Es seguro que lord Caladen no desea que Soth se salga con la suya y quede sin castigo.

—El Primer Jurista me dio instrucciones precisas. Os aseguro que ese asesino no quedará impune.

—Pero ¿cómo?...

—Reflexionad un momento —interrumpió Fenton—. Soth ha vivido toda la vida como un respetado y admirado caballero; pero, a partir de ahora, sus crímenes serán conocidos en todos los rincones de Kryn. Allí donde pretenda esconderse, lo señalarán como un criminal y se burlarán de él como caballero caído en desgracia. Para un solámnico de su rango, semejante futuro es aún peor que la muerte.

—Sí, me doy cuenta de lo que decís —admitió Van Sickle, refrenando un escalofrío al pensar en ello—, pero no podemos dejar las cosas de esta manera.

—No. Tenéis razón. Tendrá que someterse a ciertas condiciones.

Un rato más tarde, Fenton galopó hasta la entrada del alcázar llevando un blanco estandarte. Cuando estuvo al pie del puente levadizo, se incorporó sobre los estribos y habló en voz bien alta, para que todos lo oyeran.

—¡Loren Soth, a partir de este instante debéis consideraros expulsado con el máximo deshonor del cuerpo de los Caballeros de Solamnia! Además, si en algún momento osáis traspasar las fronteras de Foscaterra, será el deber de cualquier solámnico el daros caza como a un perro y conducirlos a Palanthas, para que seáis inmediatamente ejecutados. —Hizo una pausa—. Si habéis entendido mi mensaje, hacédmelo saber.

Al cabo de unos minutos, una columna de blanco humo surgió tras las almenas de la torre principal. Cuando la vio, Fenton hizo un gesto afirmativo.

—¡Así sea, pues! —exclamó.

La patrulla de Caballeros de Solamnia dio media vuelta y regresó a Palanthas.



# TERCERA PARTE

---

La muerte de un caballero

---



—¡Decídmelo que no es cierto! —gritó Isolda—. ¡Decídmelo que Korinne murió durante el parto, que no fue asesinada por vos!

Era una pregunta que había hecho otras veces, aunque nunca con tanta vehemencia. En ese momento, como siempre había sucedido anteriormente, Soth le dio la espalda y guardó un silencio que a Isolda le pareció más ominoso que nunca.

—Decídmelo, por favor —suplicó, al borde del llanto.

Ella estaba convencida de que, si había hecho algo malo y se avenía a confesar sus errores, todavía tendría una pequeña esperanza para redimirse y rehabilitar su buen nombre.

Y también el de ella.

Si era cierto que él había matado a su primera esposa y a su hijo, la gente se daría cuenta de que ella, Isolda, se había quedado embarazada mientras Soth aún estaba casado con Korinne. Entonces, todos creerían que había sido por ese motivo por el que él se había distanciado de su esposa. Y que, quizás, había hecho algo más que distanciarse, como haber matado —su mente se resistía a aceptar aquella posibilidad— a su mujer y a su hijo recién nacido.

Si todo eso resultaba cierto, ella sería la cómplice de aquellos crímenes y tan culpable como el propio Soth. De ser verdad, él no recuperaría su rango de Caballero de Solamnia y se convertiría en un proscrito fugitivo al que se le podría dar caza como una alimaña. Y ella tendría que acompañarlo en tal fatal destino si alguna vez tenía la osadía de aventurarse fuera de los muros de la fortaleza. Después de todo, ¿quién sería capaz de perdonar tamañas monstruosidades? Incluso la bondad de Mishakal encontraría difícil el hecho de hacerlo.

Soth suspiró profundamente, se dio la vuelta y miró a Isolda a los ojos.

—Korinne falleció a causa de las lesiones que le ocasionaron las deformidades del hijo que llevaba en las entrañas —dijo serenamente y sin que le temblara la voz.

Isolda lo escuchó con atención. Aquellas palabras no parecían negar gran cosa, pero él las había pronunciado sin titubear y no sin cierta convicción.

Deseaba creerlo desesperadamente. Por un momento, pensó en insistir para obtener de él una declaración más contundente pero, finalmente, desistió ya que

estaba claro que no sacaría nada más de su marido. Tendría que conformarse con aquello, en especial a partir de esos momentos.

Soth había cambiado profundamente en las últimas semanas. Su rostro, antes por lo general alegre, aparecía serio y preocupado; su talante bromista y abierto se había transformado en reserva y retraimiento, y sus ojos, que con anterioridad solían ser chispeantes y estar cargados de pasión, estaban llenos de odio y resentimiento.

Gruñía y protestaba por todo, e incluso evitaba la compañía de los leales caballeros que lo habían arrancado literalmente de las garras de una muerte certera.

Isolda se percató, entonces, de que ellos le habían salvado la vida, pero no habían sido capaces de salvar también su honor. Éste había sido sacrificado en el rescate y, con él, una parte del alma de su esposo.

¡Ojalá hubiera una forma de restaurar la dignidad perdida, la de él, la de ella, la de toda su familia!

Isolda rezó desesperadamente a Mishakal para que le mostrara el camino.

Los meses de verano pasaron, y todo el castillo fue perdiendo su calor, como si el sol ya no entibiara su interior, como si los fuegos en los hogares sólo desprendieran humo en lugar de calidez.

Soth intentó reanudar sus tareas habituales, pero se encontró con que, de pronto, tenía poco en que ocuparse. Los habitantes de Foscaterra lo habían abandonado y habían dirigido sus miradas al oeste, hacia el alcázar de Vingaard, en busca de protección ante los bandidos y de justicia para la solución de sus disputas. A él, todo aquello no lo sorprendió. ¿Quién sería capaz de pedir justicia, de solicitar el consejo de un asesino? Nadie que estuviera en sus cabales.

Le pareció increíble, pero empezó a echar de menos los días en que había tenido que despachar los insignificantes y aburridos detalles de la administración cotidiana de los asuntos de Foscaterra. En aquellos momentos, hubiera dado cualquier cosa para no tener que atender esas estúpidas reclamaciones; pero, en ese instante, habría pagado cualquier precio a cambio de escucharlas de nuevo.

Estaba sentado en su trono, en medio del enorme y desierto salón de actos del castillo, y, por alguna razón, el asiento le parecía cómodo ese día. En el pasado no había podido soportar estar allí más de lo imprescindible; pero, entonces, podía pasar horas recostado, con los ojos cerrados, rememorando los momentos más felices de su vida anterior.

—¿Por qué no salís a montar a caballo? —preguntó una voz que surgía de las sombras.

Soth no levantó la mirada. Sabía que se trataba de Isolda y no le respondió.

—Loren —lo llamó de nuevo, mientras entraba en la sala.

—¿De qué se trata? —contestó, mirándola furiosamente.

—¿Por qué no salís un rato?

—Y vos, ¿por qué no os ocupáis de vuestro hijo y me dejáis a mí en paz?

La elfa no retrocedió ante el exabrupto y siguió avanzando.

—Me duele veros así, vagando por el castillo como un alma en pena, o aquí, inmóvil como una estatua. Os contemplo y sólo veo una pálida sombra de lo que fuisteis una vez.

—¡Ya basta! —rugió Soth, incorporándose de un salto.

Pero Isolda insistió.

—También los caballeros, vuestros camaradas, se resienten de esta situación. Se habían acostumbrado a vuestras órdenes y a vuestra guía permanente y, ahora que no la tienen, se sienten abandonados.

—¡He dicho que basta!

—Pero sois todavía un Caballero de Solamnia, y los demás también. No importa lo que haya sucedido; debéis seguir ordenando vuestra vida de acuerdo con el Código y la Medida, de lo contrario viviréis una muerte en vida.

Soth ya había oído suficiente. Fue hacia su esposa, la agarró de los hombros y, con sus fuertes manos, le propinó un empujón que la mandó rodando por el suelo. El cuerpo de la elfa apenas hizo ruido cuando cayó al duro suelo, y no salió ni un quejido de sus labios.

Él la miró durante un momento, avergonzado por lo que acababa de hacer y, a la vez, lleno de odio hacia sí mismo por haberlo hecho. Salió precipitadamente de la fría y desierta sala.

Isolda se levantó, dolorida. Recompuso su aspecto lo mejor que pudo y luchó por contener las lágrimas que amenazaban con inundarle los ojos. El llanto no estaba motivado por lo que acababa de suceder, puesto que quedaba claro que Soth no era la misma persona que había conocido. El hombre que ella amaba, el valeroso y galante guerrero, había desaparecido. En su lugar, había surgido ese personaje, siniestro y amenazador, que había dejado a un lado todo el bien que había hecho y por el que alguna vez había luchado.

Se dirigió a la capilla. Había orado a Mishakal en busca de orientación y consejo y, en cierta medida, lo había recibido. Estaba cada vez más convencida de que sabía lo que ella, su hijo Peradur y todos los habitantes del castillo necesitaban: Soth tenía que encontrar un modo de redimirse.

Entró en la capilla y se arrodilló en el lugar habitual, donde lo había estado haciendo a diario durante las últimas semanas. Cerró los ojos y rogó desesperadamente para que su marido encontrara la manera de rehabilitarse.

Las habitaciones habían sido en su origen los aposentos del sanador; sin embargo, dado que Istvan no había regresado al alcázar tras su declaración ante la Sala de la

Justicia Suprema, Isolda había decidido convertirlas en sala de juegos y de estar para su hijo. Al principio, Soth rechazó la idea, pero, como que mantener su negativa ante la elfa habría supuesto tener que dar explicaciones, acabó por aceptarlo.

A pesar de los espantosos recuerdos que aquellas paredes despertaban en él, recuerdos que no deseaba sino enterrar para siempre, Soth se dio cuenta de que cada vez pasaba más horas allí, en compañía de Peradur. Una de las razones era que disponía de todo el tiempo; la otra obedecía a su creencia de que, cuantos más momentos pasaran juntos, mejor podría evitar que las culpas que su padre le había transmitido se las transmitiese él a su hijo.

No sabía exactamente cómo el hecho de que estuvieran juntos podría evitar lo que para él había sido una auténtica maldición; pero, puesto que Aynkell casi no se había ocupado de él cuando era pequeño, estaba convencido de que si hacía todo lo contrario, su hijo crecería libre de las pesadas y negras culpas que la dinastía de los Soth había transmitido de generación en generación. Cualquiera que pudiera ser el resultado, a Soth le pareció que nunca podría ser peor para Peradur de lo que había sido para él.

—Eres un buen chico —le dijo al niño, con un vozarrón lleno de ternura—, un buen chico que algún día será un magnífico caballero.

El niño sonrió.

—Sí, un gran caballero.

Soth tomó una pequeña espada de madera de un baúl que estaba repleto de juguetes y la puso en la palma de la mano de su hijo. El arma estaba hecha de madera de abeto y no tenía filo ni punta, para evitar que la criatura pudiera hacerse daño con ella. El crío agarró la empuñadura instintivamente y la sostuvo en el aire con aparente facilidad.

El caballero sonrió con gesto de admiración y dejó que Peradur mantuviese el juguete en alto como si se tratara de un trofeo. Luego, al niño se le acabaron las fuerzas, y la espada se le cayó encima; entonces la cogió con ambas manos y se la llevó a la boca para masticar la blanda madera.

Loren rió brevemente. Lo que más deseaba en el mundo era que su hijo siguiera sus pasos y llegase a ser algún día un caballero que pudiera mantener viva la llama de la tradición; pero aquél era un sueño que no parecía que fuera a cumplirse. Y la culpa era suya y sólo suya.

Los Caballeros de Solammia jamás aceptarían a un semielfo entre sus filas. Por lo que recordaba, lo más alto que un ser así había llegado jamás en la jerarquía de la caballería era a simple escuelero. Además, suponiendo que hubiese podido ser aceptado en virtud de su ilustre apellido, eso ya no era posible. Su nombre había quedado asociado para siempre a la violación de los principios del Código y la Medida, y era sinónimo de deshonor. Nadie con ese apellido podría formar parte

nunca más de los Caballeros de Solamnia.

Soth lamentó que un niño que apenas tenía unos meses ya estuviera condenado de antemano por los errores y los pecados de su padre y, por qué no decirlo, también por los de su abuelo.

Contempló a su hijo, que masticaba su espada de juguete, y se preguntó cómo era posible que una criatura tan inocente, alguien que se suponía que debía representar una fuente de alegrías, sólo pudiera causarle remordimientos y avivar su sentimiento de culpa. Y, sobre todo, inundarlo de una pena tan abrumadora.

Ninguna herida de espada podía llegar a doler tanto como aquello. Y lo peor era que ese dolor no remitiría con el paso del tiempo, porque ¿qué sentiría su hijo hacia él cuando creciera y se hiciera mayor?: ¿odio, resentimiento, vergüenza?

La sola idea le provocó escalofríos.

—Perdonad, milord... —dijo una voz a sus espaldas, suavemente.

Se dio la vuelta y vio que se trataba de Jenfer Clinyc, la joven sirvienta que se encargaba de cuidar al pequeño Peradur desde que Mirrel había sido despedida. A Soth le agradaba la muchacha puesto que era buena con el niño, discreta, no tenía pretensiones y, sobre todo, porque era de una lealtad a toda prueba.

—Perdonad, señor, pero es la hora del baño del pequeño.

El caballero asintió, acarició la cabeza de su hijo y se levantó. Le echó una última mirada y salió de la habitación.

Caminó un rato sin rumbo fijo y, luego, fue a la capilla. Cuando llegó, abrió la puerta sin hacer ruido y se sorprendió de encontrar allí a Isolda; sin hacer comentarios se acercó y se arrodilló a su lado. Juntó las manos en gesto de oración y empezó a rezar con fervor a Paladine, patrón de los Caballeros de la Rosa y padre espiritual de los Caballeros de Solamnia, para que lo guiase por aquellos momentos de tinieblas.



El rugido de las llamas era ensordecedor. Parecía que cada fragmento de madera del alcázar de Dargaard ardía, y cortinas de fuego, naranja y amarillas, trepaban por las paredes como serpientes furiosas.

Entonces, entre el fragor del incendio, surgió una voz.

—¡Padre! —chilló.

Era la llamada de su hijo, de Peradur.

Soth corrió a través del castillo que se quemaba, con los ojos llenos de lágrimas y la ropa pegada al sudoroso cuerpo.

—¡Peradur! —llamó, a su vez.

—¡Padre! ¡Por aquí!

Soth echó a correr hacia adelante.

De repente, notó que un intenso calor le abrasaba la espalda. Se dio la vuelta y vio que tenía la capa, que colgaba tras él, convertida en una tea. Se arrancó del cuello el cordel que la sujetaba y la arrojó al suelo, donde fue devorada por el fuego.

—¡Padre! ¿Dónde estáis, padre?

—¡Estoy aquí! —respondió Soth—. ¡Ya llego!

Desenvainó su espada y la usó para abrirse paso entre los escombros ardientes que se habían desplomado del techo. Al fin, llegó a los aposentos de su hijo. Estaban llenos de humo, y las llamas amenazaban con consumir las vigas que sostenían la techumbre.

—¡Padre! ¡Salvadme!

La densa humareda cegaba los ojos de Soth, se los llenaba de lágrimas ardientes, y apenas le permitía ver nada.

—¡Por favor, padre! ¡Ayudadme!

Soth se movió, orientándose por los gritos y las llamadas de su hijo. Entonces, vio la cuna. ¡Lo había conseguido! Dio unos pasos más y miró dentro y vio... el monstruoso rostro de la hechicera que le devolvía la mirada con una horrible mueca burlona.

—¡Padre! ¡Ayudadme! —rió. Y, de pronto, la que había sido la voz de su hijo se convirtió en un berrido sobrenatural que salía de aquella desdentada y deforme boca,

y se transformaba en una carcajada siniestra que se elevó por encima del rugido del incendio.

Soth retrocedió, horrorizado, y gritó desde lo más profundo de su alma.

Isolda flotaba.

Una luz brillante la rodeaba y llenaba el interior de su ser con una cálida sensación.

Y una voz, una hermosa voz le hablaba, no a los oídos, sino en la mente; una voz que le decía, muy dulcemente, lo que tenía que hacer.

Ella lo comprendió.

De repente, un estruendo ensordecedor, como el de un cristal que estallara hecho añicos, deshizo el mágico encanto del sueño. Isolda abrió los dormidos ojos y miró en derredor, convencida de que algo se desmoronaba.

—¡No!

Aquel grito estaba teñido de pánico y tristeza a partes iguales. La elfa se dio la vuelta y se percató de que había sido su esposo el que había gemido.

—¡Loren, despertad! —dijo, mientras lo agarraba por los hombros y lo agitaba.

Sin embargo, sus intentos resultaron vanos. Lo volvió a intentar y esa vez lo sacudió con todas sus fuerzas.

—¡Loren, despertaos de una vez!

Soth abrió los ojos y jadeó ruidosamente. Tenía el rostro cubierto de sudor y estaba pálido como la cera. Miró a su alrededor, con el aspecto de un demente, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano para recordar lo que le rodeaba.

—Tranquilizaos, no pasa nada —dijo Isolda—. Sólo es una pesadilla, como las que habéis tenido anteriormente.

—¡No! —susurró él, tembloroso—. ¡Ésta no era como las otras! ¡Era mucho peor! ¡Ha sido escalofriante, horrible!

—Explicadme de qué iba —pidió ella, apaciguadora.

—¡No puedo! ¡Era demasiado terrible! Prefiero hacer un esfuerzo para olvidarla que tener que recordar de nuevo.

—Sí, quizás eso sea lo mejor —repuso la elfa, mientras contemplaba cómo él se secaba las lágrimas con la sábana.

Intentó serenarse y respiró profundamente.

—Yo también he tenido un sueño —dijo.

—Espero que, por Paladine, haya sido menos espantoso que el mío.

—Tenéis razón. De hecho, ha sido una revelación.

—¿De veras? ¡Contadme!

Sonrió tímidamente, y escogió con cuidado las palabras.

—Vos sabéis que durante las últimas semanas he orado ante el altar de Mishakal



en busca de un camino, de una guía que nos condujese a vuestra rehabilitación...

—Sí —repuso él—, ya me habéis hablado antes de vuestras plegarias.

—Pues bien, esta noche han tenido respuesta.

Él la contempló con incredulidad, pero, ante el silencio que siguió, quiso saber más.

—Por favor, contádmelo.

—Mi sueño no ha sido en absoluto una pesadilla. Al contrario, ha sido agradable y placentero. En él, me hablaba una voz, una voz de mujer. ¡Estoy convencida de que era Mishakal en persona!

Soth dudó si creerla o no. Por muy compasiva que fuera la diosa —era la diosa de la bondad y la sabiduría—, no creía posible que se dignara dirigirse a ningún mortal. Sin embargo, no pudo dejar de sentirse impresionado por la seriedad del semblante de su esposa y por la convicción con la que apoyaba sus palabras. Así pues, quizá fuera cierto lo que le estaba contando, y decidió escuchar su relato.

—Explicadme qué dijo la voz —pidió.

—No podría referirlo todo, ya que algunas partes del sueño no tenían demasiado sentido para mí, pero...

—Si pudieseis repetirme las palabras exactas, quizá podría ayudaros a que encontraseis una explicación.

—Tal vez tengáis razón —repuso Isolda, y se concentró en un intento de recordar lo sucedido. Cerró los ojos y, cuando de repente los abrió y empezó a hablar, tenía la mirada fija en algún punto del espacio. Soth tuvo la impresión de que algo o alguien se había apoderado de la voluntad de la elfa y de que hablaba por su mediación.

—El que fuera un antiguo Caballero de Solamnia llamado Loren Soth puede hallar el perdón de sus abominables pecados y la redención para él y para sus hombres si viaja hasta el Templo del Príncipe de los Sacerdotes en Istar.

Sorprendido e intrigado a un tiempo, Soth se aproximó para escuchar mejor las suaves palabras que surgían como por arte de magia de los labios de su mujer.

—Al llegar allí, se enfrentará al Príncipe de los Sacerdotes y le conminará a que renuncie a su rango y a sus planes o, de lo contrario, el sumo dignatario sufrirá la ira de los dioses.

Isolda calló durante un momento y permaneció totalmente inmóvil. Luego, respiró en profundidad y reanudó su discurso.

—Éste se negará en redondo y fulminará a Soth con un rayo; pero ése no será el final del enfrentamiento, pues, gracias a la intervención de Paladine y de Mishakal, el caballero se incorporará y reanudará el combate. Así, cada vez que el Príncipe de los Sacerdotes abata al caballero y lo envíe al inframundo, éste se recobrará una y otra vez, y en cada ocasión renacerá más poderoso que la anterior, hasta que su poder y

fortaleza le permitan acabar con el Príncipe de los Sacerdotes.

Isolda pareció flaquear, pero continuó.

—Solamente cuando haya completado con éxito su misión, cuando el Príncipe de los Sacerdotes haya sido borrado de la faz de Krynn, podrá el caballero Soth pasar del mundo de los vivos al de los muertos y descansar en paz para toda la eternidad.

Soth contuvo el aliento; la emoción lo embargaba.

—Si fracasa, todo Krynn sufrirá la arrogancia del Príncipe de los Sacerdotes. Los cielos arderán y la tierra se estremecerá. Toda la vida, tal como la conocemos ahora, cambiará para siempre, y ese suceso será conocido como el Cataclismo...

Isolda soltó un gemido y se desplomó, exhausta, sobre el lecho. Soth la tomó en sus brazos y la estrechó con fuerza, hasta que, poco a poco, ella recobró el sentido.

—¿Os encontráis bien? —preguntó.

—Creo que sí —repuso la elfa con voz débil y llevándose una mano a la frente—. Me parece recordar una voz y unas palabras..., unas palabras sobre el Príncipe de los Sacerdotes y una terrible destrucción.

Él asintió, con el semblante súbitamente ensombrecido.

—¡Entonces es cierto! —exclamó ella con asombro—. Mishakal nos ha enseñado el camino de la redención. Cuando hayáis completado vuestra misión podréis reincorporaros a los Caballeros de Solamnia, y todo volverá a ser como antes. ¡No, aún será mejor!

La sonrisa y la expresión de incontenible alegría que le había asomado a la cara se desvanecieron cuando observó el rictus de tristeza que apareció en el rostro de él.

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

—Es la naturaleza de la misión —repuso con sequedad.

—¿Cuál es la misión? ¿Qué sucede?

Soth suspiró. Era evidente que Isolda sólo había actuado como intermediaria de los dioses y que desconocía el contenido del mensaje.

—Debo enfrentarme al Príncipe de los Sacerdotes de Istar —explicó, lacónico.

—¿Y qué? Él no es más que un clérigo, y vos sois un poderoso y diestro guerrero.

—Tal vez, pero no creo que esté a la altura de sus secretos y terribles poderes.

—Entonces, podéis prepararos y entrenaros especialmente para combatirlos.

—Vos no lo entendéis —contestó él, negando con la cabeza. No quería dar más explicaciones ni tener que entrar en detalles, pero se dio cuenta de que era inevitable—. Si acepto la misión que se me propone, el único momento en que mi alma podrá descansar en paz será cuando haya acabado con el Príncipe de los Sacerdotes.

—Sigo sin comprenderlo. ¿A qué os referís?

—Lo que os estoy diciendo es que la única manera que tengo de salir triunfante de la misión y salvar al mundo de la destrucción es sacrificando mi propia vida en el intento.

Isolda lo miró con incredulidad. Quiso articular una respuesta, pero se había quedado sin palabras.



En la isla Sancrist, gnomos y humanos contemplaron con horror cómo los cielos, habitualmente azules allí, se cubrían de espesas y negras nubes de humo que surgían de las rugientes profundidades del volcán del Monte Noimporta.

En Qualinesti, un rabioso incendio arrasó el bosque de Wayreth, asolando a su paso vastas extensiones de robles, arces, fresnos y vallenwoods, así como grandes plantaciones de frutales.

En Silvanesti, las llamas que devastaban los legendarios y fabulosos bosques de la zona oscurecían de tal modo el firmamento que la luz del sol no conseguía traspasar las cortinas de humo y el día se había convertido en noche cenicienta.

En Ergoth, las aguas se desbordaron e inundaron los terrenos que rodeaban la ciudad de Daltigoth, anegando granjas, pastos y bosque, pero también casas y construcciones que durante siglos habían sobrevivido al paso del tiempo.

En Istar, la gente huía despavorida en busca de un lugar donde refugiarse de las rojas mareas que estaban barriendo la ciudad como si se tratara de un baño de sangre.

En Solamnia, el viento empezó a soplar con fuerza a través de las llanuras, agitando las aguas del río Vingaard y asolando el país con una violencia tan desatada que parecía como si quisiera barrer de su faz todo rastro de vida.



—Eso supone pagar un alto precio —dijo Soth.

—Sí, lo sé —repuso Isolda, con calma—, pero pensad por un momento el cambio que puede significar para la gente de Krynn, por no hablar de lo que significaría para vuestro hijo.

El caballero no estaba sorprendido por las palabras de su esposa. Desde que había tenido aquella visión, Isolda se había mostrado inflexible en su determinación y deseaba desesperadamente que él aceptara el encargo de viajar hasta Istar para enfrentarse al Príncipe de los Sacerdotes y evitar así el Cataclismo, aun sabiendo que perecería en el intento.

A Soth no le preocupaba este último extremo, pues, para él, la vida nunca había tenido menos valor que entonces. Sin embargo, sí que le sorprendía la aparente indiferencia con la que Isolda parecía contemplar el futuro sin su compañía.

—¿Qué será de vos y de nuestro hijo? ¿Tendréis la fuerza y el coraje suficientes como para salir adelante sin mi protección?

—Será una prueba tan dura que me cuesta imaginarla —contestó ella, abrazándolo enérgicamente—. Sin embargo, tengo que ser fuerte. Además, sé que cuando triunféis estaréis para siempre a nuestro lado y formaréis, para siempre, parte de nuestras vidas, porque os las deberemos exclusivamente a vos.

Se aferró a él, y las lágrimas le brotaron de los ojos.

Soth reflexionó sobre las palabras de su esposa. Era cierto lo que acababa de decir: si tenía éxito en su misión, todos los habitantes de Krynn le deberían la vida. Pero ¿qué sería de la elfa y de su hijo? Ella parecía desolada ante la posibilidad de que él desapareciera; sin embargo, era lo bastante valiente como para admitir que era por una causa que valía la pena.

Estaba decidido. Iría a Istar y se enfrentaría al Príncipe de los Sacerdotes.

—Pero eso de que tenga que dar su vida a cambio... —dijo Derick Serioescriba, mientras mordisqueaba un pedazo de pan duro.

—Será a cambio de salvar a todo Krynn de la muerte y la destrucción —intervino

Colm Farold, tras depositar su taza de té—. Desde luego es una causa lo bastante buena como para que merezca semejante sacrificio.

Los caballeros estaban sentados alrededor de una mesa, discutiendo las últimas noticias. Según les parecía, se le había presentado a su señor una oportunidad para expiar sus culpas y sus abominables pecados y para pasar a la historia como un héroe de la talla del mismo Huma Dragonbane.

A todos ellos se les antojaba que aquélla era una ocasión magnífica para que Soth recuperara las glorias pasadas, pero algunos dudaban de la veracidad de la visión de la elfa. Desconfiaban más de la mensajera que del mensaje, pues pocos de ellos confiaban plenamente en Isolda; eso sin considerar el asunto del sacrificio de Soth. ¿Acaso no se podía evitar el Cataclismo sin que él tuviera que perder la vida en el intento?

Todas aquellas cuestiones y otras hacían que más de uno se preguntara si todo aquello no sería más que una estratagema del Primer Jurista, lord Caladen, para atrapar a Soth y ejecutarlo. Sin embargo, también estaban los que creían que el mensaje era cierto, ya que ningún otro caballero tenía la bravura necesaria para enfrentarse al sumo dignatario y obligarlo a renunciar a su pretensión de usurpar el puesto de los dioses.

—Está siendo utilizado como un simple peón en una lucha que no le concierne —dijo Serioescriba.

—En absoluto —negó Farold—. Es una oportunidad que tiene de salvarse él y de salvar, de paso, a toda la caballería.

—¿Salvarse? —rió Derick—. ¿Cómo puedes decir algo así, cuando para triunfar debe sacrificarse?

—Porque, si sale victorioso, salvará a todo Krynn, y su muerte no habrá sido en vano. Al contrario, vivirá para siempre y será un héroe para todos nosotros.

Soth llamó a la puerta de los aposentos de Western Kern y de Meyer Seril. Se trataba de una gran habitación con todo el espacio necesario para que ambos guardaran sus enseres personales y sus pertrechos de combate como espadas y armaduras de diverso tipo. El mobiliario era austero y lo componían dos camastros, una mesa en el centro, un escritorio y unas pocas sillas.

Kern y Seril estaban sentados ante la mesa y mataban el tiempo jugando a un juego de naipes llamado Briscopa que habían aprendido en Palanthas, donde era muy popular. Los dos caballeros miraron al señor del castillo, sorprendidos por la intrusión.

—Disculpad si os interrumpo —dijo Soth.

—No es ninguna molestia, milord —aseguró Kern.

—Por favor, entrad —rogó Seril.

—Gracias —dijo Soth, yendo a ocupar una silla entre los dos leales camaradas—. Perdonadme, caballero Seril, pero he venido aquí para cruzar una palabras con el caballero Kern.

—Faltaría más, milord —repuso, a la vez que se levantaba para marcharse—. Nosotros podemos acabar nuestra partida en cualquier otro momento.

Soth aguardó a que el otro hubiera salido. Luego habló.

—He venido a deciros que estoy decidido a aceptar el cometido de los dioses. — Su voz sonaba firme, pero no podía ocultar un dejo de duda, como si todavía no estuviera convencido de su decisión—. Saldré hacia Istar mañana por la mañana y... me gustaría que vos me acompañaseis.

Kern se quedó sin palabras.

—Debéis entender —continuó Soth— que esta petición no os obliga en lo más mínimo. La decisión de acompañarme os corresponde exclusivamente a vos. Si decidís quedaros en el alcázar, nadie sabrá de ello, y yo jamás os tendré de menos.

»Los otros a los que también se lo he pedido son Caradoc y Farold. Faltabais vos. Los tres sois mis más fieles camaradas.

Al final, Kern recuperó el aliento.

—Será un honor para mí el poder acompañaros —repuso.

—¡No sabéis cuánto os lo agradezco! —exclamó Soth, poniéndole una mano en el hombro.

El sol brillaba intensamente sobre las abruptas cumbres de la cordillera de las montañas Dargaard, como si Mishakal en persona, la diosa de la curación, la sabiduría y la virtud, les estuviera señalando el camino.

A diferencia de otras ocasiones en el pasado, esa vez había poca gente para despedirlos. Bien era cierto que estaban los demás caballeros, muchos de los cuales habrían deseado tener la posibilidad de acompañar a Soth y su reducida escolta; pero, aparte de éstos, no había nadie más. Sólo Isolda estaba presente y vestía un atuendo de un intenso color rosa, en homenaje a la orden a la que Soth había pertenecido. Su profunda fe en la sabiduría de Mishakal la ayudaba en aquellos momentos a superar el dolor de ver partir a su esposo para siempre jamás.

Soth deseó que Peradur hubiera heredado algo de la fortaleza de su madre, ya que le sería útil en el futuro si tenía que convertirse en Caballero de Solamnia. Pero no tardó en percatarse de que esa idea no era más que una simple fantasía: el cuerpo de caballería nunca aceptaría a un semielfo, y menos aún a uno que fuera hijo de un caballero maldito. Sin embargo, Soth todavía confiaba en que sería posible que su hijo tuviera una oportunidad, en caso de que él resultara vencedor de la misión y consiguiera rescatar a Krynn del fatal destino que lo aguardaba.

Se acercó a Isolda y le tomó las manos.

—Por favor, habladle bien de mí al muchacho —dijo.

—Desde luego. Eso haré.

—Y asegúraos de explicarle que di mi vida tanto por él como por todo el pueblo de Krynn.

—Yo no tendré que explicarle vuestras hazañas, milord. De eso se ocuparán los bardos y los poetas que cantarán vuestra gesta por toda la eternidad.

Soth se inclinó para besar a su esposa y, cuando se separaron, ella hundió el rostro entre las manos y lloró desconsoladamente.

Él contuvo su impulso de consolarla. Ya era demasiado tarde para eso. En cambio, se fue hasta donde estaba la sirvienta con su hijo y tomó al niño en brazos. Acercó el rostro al de la criatura y le susurró algo al oído.

—Cuando seas mayor no me odies por haberte abandonado. Esto es algo que hago por ti: el mundo será un lugar mucho mejor si yo no estoy en él.

El chico hizo un gesto y balbuceó, como si hubiera comprendido.

Soth lo besó en la frente y se lo devolvió a la doncella. Luego se apartó y se reunió con los tres caballeros que lo aguardaban: Caradoc, Farold y Kern.

Al cabo de un momento, el grupo salió por la puerta del castillo y cruzó el puente levadizo sin mirar atrás.

Aquél era un viaje que, en circunstancias normales, podía durar unos diez días, pero, al ritmo que iban, tardarían por lo menos el doble de tiempo en llegar a Istar. Soth no tenía ninguna buena razón que lo impulsara a precipitarse hacia la muerte, y el cabalgar despacio le permitía disfrutar de sus últimos días de vida; también le daba la oportunidad de reflexionar sobre lo que había sido su vida, los errores que había cometido y los pecados que arrastraba consigo.

Al final del tercer día de viaje, ya estaba convencido de que lo mejor que podía hacer era sacrificarse. Al fin y al cabo, era un Caballero de Solamnia y su más ferviente deseo siempre había sido llegar a convertirse en el más famoso de todos ellos. En el pasado, había llegado a rozar toda esa gloria con la punta de los dedos, pero, en ese momento, no sólo había perdido la oportunidad, sino que se había convertido en un renegado y en el peor de todos los caballeros a lo largo de la historia.

No era más que un fugitivo y una vergüenza para los demás; una burla para toda la caballería.

Sólo si conseguía cumplir con el mandato que había recibido de los dioses podría, alguna vez, recuperar su pasado glorioso. Para ello tenía que entregar su vida a cambio, y estaba decidido a que así fuera.



El grupo había partido en dirección este nada más salir del alcázar, y había seguido la ruta que serpenteaba por la ladera de las montañas. Sin embargo, la mañana del tercer día, cambiaron de orientación y torcieron hacia el sudeste, hacia Estwilde, por un camino poco frecuentado que los llevaría a través de la cuenca formada por las Dargaard y el extremo noreste de las montañas Khalkist.

A diferencia de las llanuras de Solamnia, Estwilde era un terreno más abrupto, perfilado de colinas y montañas, y poblado de densos bosques de espesa vegetación. También era un territorio famoso por lo salvaje de sus habitantes, ya que estaba poblado de seres peligrosos, como ogros, malvados humanos y enanos de las colinas. No obstante, la comitiva de caballeros no se encontró con ninguno durante los días que atravesó aquel territorio.

—¿Creéis que no nos han reconocido como Caballeros de Solamnia y que guardan una prudente distancia? —preguntó Colm Farold, tras unos días sin que se hubieran topado con nadie.

—¿Desde cuándo unas bestias inmundas como los goblins y los ogros respetan a los Caballeros de Solamnia? —repuso Caradoc.

El resto de los jinetes se echó a reír, menos Soth.

—Es cosa de Paladine —contestó.

—¿Cómo?

—Sí, es Paladine, que guía nuestro camino para que tengamos un viaje sin incidentes y podamos llegar a nuestro destino libres de las interferencias y de las molestias que supondría un encuentro con unas desagradables criaturas.

Los caballeros guardaron silencio, ya que se habían quedado impresionados por la solemnidad con la que Soth se había referido a su misión. La alegre camaradería de antes se desvaneció.

—Bueno, pues ya que Paladine guía nuestros pasos —añadió Caradoc en un intento de alegrar el ambiente— bien podría enviarnos una cabra o un ciervo para que se cruzase en nuestro camino. ¡Me estoy muriendo de hambre!

De repente, divisaron una forma a lo lejos.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —preguntó Kern, señalando a lo lejos.

—Caradoc acaba de pedir un ciervo. ¿Qué otra cosa puede ser? —repuso Soth.

Caradoc y Kern desenvainaron sus armas y salieron a todo galope en pos de la presa.

Más tarde, todos coincidieron en que estaba deliciosa.

El aire de aquella parte de las Khalkist era gélido y seco. Tras diez días de continuo cabalgar, los caballeros empezaban a sentirse fatigados y esperaban con ansia que

llegara el momento en que hubieran acabado de cruzar los pasos de montaña para divisar las acogedoras planicies de Istar. Por otra parte, estaban deseando encontrar compañía, ya que el humor sombrío y callado de Soth tampoco había resultado de ayuda, aunque entendían que su comandante fuera parco en palabras, dado el destino fatal que lo aguardaba.

Habían pasado cerca del asentamiento costero de Thoradin, que sus habitantes, los enanos de las montañas, denominaban «reino»; pero se mantuvieron a una prudente distancia para evitar que los vieran y los obligaran a rendir tributo a su rey.

En ese momento, se acercaban a la zona de las Khalkist, de la que se decía que estaba poblada por los zakhar, una esquiva y misteriosa raza de enanos que había sido infectada por una plaga de hongos. La enfermedad los había deformado hasta tales extremos que se habían visto obligados a refugiarse bajo tierra, donde se dedicaban a la forja de las mejores espadas y armaduras. Según contaban los rumores, el nombre de Zakhar significaba «los malditos», y sus portadores tenían por costumbre masacrar a todo aquél que entrase en sus territorios y no perteneciera a su raza.

Los caballeros aguardaban con ilusión la posibilidad de encontrarse con aquellos seres deformes. No sólo sería un estupendo entrenamiento para sus espadas, sino que les serviría de tema de conversación durante el resto del viaje.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Caradoc.

—¿Ver, el qué? —contestó Farold.

—Allí, más adelante, en el camino. He visto algo que se movía entre la maleza.

—Yo no he visto nada —terció Kern.

—Algo se ha movido —insistió Caradoc—. Estoy seguro.

—Me parece que el frío te ha congelado el cerebro —dijo Kern—. Allí no hay nada.

—¡Silencio! —intervino Soth—. ¡Caradoc tiene razón, allí hay algo!

Avanzaron un poco más y, entonces, divisaron un grupo de tres doncellas elfas.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el lugarteniente—. De todas las cosas con las que es posible tropezar en estas montañas dejadas de la mano de los dioses, la última con la que esperaba toparme era con un trío de elfas.

—¡Callaos! —atajó Soth.

Caradoc cerró la boca, y el resto de sus compañeros guardó silencio, mientras su comandante se aproximaba a las elfas que se cruzaban en el camino y les impedían el paso.

—Buenas mujeres, por favor, apartaos —ordenó Soth con firmeza—. Tenemos asuntos que resolver en Istar y no podemos retrasarnos.

Las tres doncellas se echaron a reír.

—¡He dicho que os hagáis a un lado! —rugió Soth, azuzando su caballo.

La más alta de las tres elfas, una bella y morena joven de oscuros ojos, se

adelantó y sonrió al caballero.

—¿Qué te hace pensar que el Príncipe de los Sacerdotes, alguien que es tan poderoso como los mismos dioses, querría hablar con una persona como tú, Soth? — Sus palabras sonaron como el siseo de una serpiente y pronunció su nombre con una mueca de disgusto.

A Soth le llamó la atención que la doncella supiera quién era él, pero no dejó traslucir su sorpresa.

—Soy Loren Soth, del alcázar de Dargaard, Caballero de la Rosa.

Las doncellas volvieron a reír.

—Tú no eres nada, no eres nadie. No eres más que el hijo de un clérigo miserable, y te has pasado la vida intentando ocultar tus fechorías tras su persona. Pero, ahora, todo Krynn está al corriente de lo ocurrido. Todos saben que jamás fuiste llamado a ser un verdadero Caballero de Solamnia por la forma en que te negaste a aceptar tu destino y huiste cobardemente de la justicia que te impusieron tus propios camaradas.

Soth sintió que lo recorría una oleada de sorpresa y furia ante las palabras de la elfa. ¿Cómo era posible que aquella criatura supiera tanto sobre él? ¿Hasta dónde habían llegado las noticias de su deshonra?

Sus compañeros se acercaron y se situaron a su lado.

—Mi pasado no es asunto vuestro, ni tampoco algo que deba interesar al Príncipe de los Sacerdotes.

—Te equivocas, te equivocas completamente. Si un mortal recibe el encargo de acabar con el sumo dignatario, al menos debe ser un mortal sin tacha y un caballero del máximo rango; no un vulgar criminal, no el asesino de su esposa, su hijo y sus hermanastros.

Caradoc dio un respingo cuando escuchó aquellas palabras. Al igual que su señor, había hecho todo lo posible por enterrar el recuerdo de aquella infamia en lo más profundo de su memoria.

—¡Qué pronto nos olvidamos de esas trivialidades sin importancia, como la de liquidar a nuestros parientes más próximos!, ¿verdad, Soth?

Soth no dijo nada e hizo un esfuerzo por dominarse. A pesar de que por dentro hervía de furia, era incapaz de no sentirse trastornado por el súbito repaso de sus fechorías.

—No le prestéis atención, milord —intervino Farold—. Salta a la vista que han sido enviadas por el Príncipe de los Sacerdotes para deteneros. Él sabe perfectamente que vos podéis derrotarlo y os teme.

—¡Ah, el buen caballero Farold! —exclamó otra de las elfas—. Otro infeliz caído en desgracia, otro traidor a la caballería que no pudo someterse a las decisiones de un jurado e impidió que su bien amado señor tuviera la oportunidad de expiar sus culpas como le correspondía por su rango de caballero.

—¡Ya es suficiente! —rugió Soth—. No permitiré que se insulte a mis hombres de este modo.

—Y lo mismo vale para Caradoc y Kern —continuó la elfa, haciendo caso omiso de las amenazas de Soth—. El Código y la Medida les pareció aceptable hasta el momento en que fue usado para juzgar y sentenciar a su vil señor. Entonces, olvidaron sus años de entrenamiento y devoción a sus preceptos. ¿Y para qué? Para salvar a un asesino de mujeres y niños inocentes.

—¡Ya basta! —bramó Soth, que apenas podía contenerse.

—La verdad es un arma poderosa, ¿no es cierto? —intervino la tercera elfa.

—No temo a la verdad —repuso él, pero se acordó de cómo durante el juicio le había preocupado la idea de que las noticias de sus fechorías pudieran llegar a los oídos de Isolda. Añadió—: Al menos ya no; no tengo nada que perder.

—Pues quizá deberías, ya que la verdad que yo conozco sería suficiente para enloquecer a un hombre.

—¡Apartaos y dejadnos pasar! —intervino Caradoc—. Ya hemos perdido demasiado tiempo con estas charlas inútiles.

—Dejad que hable —ordenó Soth.

—Milord —suplicó Farold—, estas elfas son unas enviadas del Príncipe de los Sacerdotes cuyo único propósito es impedir que lleguéis a Istar y lo derrotéis. ¡Acordaos del Cataclismo del que nos previno la visión de vuestra esposa! ¡Recordad lo que puede sucederle a las gentes de Krynn y a vuestro hijo!

—¡Ah, Peradur! —exclamó la mujer—. ¿Cómo sabes que realmente es hijo tuyo?

—¿Qué habéis dicho?

—Milord, no tenemos tiempo que perder...

—¡Silencio! ¿Qué habéis dicho de mi hijo?

—Tuyo o de cualquier hombre de verdad del castillo —se burló la elfa.

Soth apretó los dientes con fuerza.

—Tú no pudiste hacer que Korinne engendrara un hijo. ¿Qué te hace pensar que lo conseguiste con Isolda?

—Korinne era estéril. No podía tener hijos —afirmó con rotundidad.

—¡Pobre imbécil! Korinne se quedó embarazada después de su visita a la hechicera de las montañas, y ni siquiera un embarazo tan difícil le impidió dar a luz a su hijo —dijo en tono acusador la elfa, mientras señalaba a Soth—. Tú fuiste el que no pudo darle un niño.

La cabeza le daba vueltas y se sentía mareado y furioso.

—Pero yo he tenido un hijo. ¡Peradur es hijo mío!

—No, Soth, no es tuyo. Nadie sabe exactamente quién es el padre, pero desde luego no eres tú.

—¡Mentís! Yo le salvé la vida a Isolda, y ella me ama. Nunca me sería infiel. No

se atrevería.

Las tres elfas se echaron a reír.

—Pobre idiota.

—Soth, el tonto.

—¿Nunca te extrañó que fuera Isolda quien tuviera la visión que te ha traído hasta aquí?

—Yo recé a Paladine —repuso el caballero, apretando los puños—. Él me mostró la destrucción que llegaría con el Cataclismo. Isolda rezó a Mishakal y la diosa le mostró cómo podía evitarse.

—¡Qué ingenuo!

—¡Qué crédulo!

—¿Y no encontraste sospechoso que Isolda, una mujer que dice amarte y que se supone que es la madre de tu hijo, estuviera tan deseosa de verte partir en una misión que sólo puede acabar con tu muerte?

Soth ya había reflexionado sobre aquello, pero su fe en Isolda lo había persuadido de la rectitud de la elfa. Sin embargo, en ese momento, ya no estaba tan seguro.

—Mientras tú y tus caballeros cruzáis medio país, ella se está acostando con todos los hombres del castillo, empezando con el primer caballero y acabando con el último sirviente —añadió la elfa con evidente satisfacción, ya que sabía que estaba tocando un punto vulnerable—. Aunque será mejor así. De este modo, Isolda podrá disfrutar de la compañía del verdadero padre de su hijo, sea quien sea.

—¡Basta, basta!

Soth quiso apartar aquellas palabras de su mente, pero no pudo. Las elfas habían demostrado que sabían todo acerca de él: sabían la verdad sobre el asesinato de sus hermanastros; sabían la verdad sobre la muerte de Korinne. Si conocían todo eso, ¿por qué no iban a saber también la verdad acerca de Isolda? Eso quería decir que... ¡Peradur no era su hijo, sino un bastardo! Y que Isolda no era más que una gata en celo a la que no le importaba con quién se acostaba.

Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que era cierto. Isolda no había dejado de acosarlo, de hacerle proposiciones, incluso cuando estaba todavía casado con Korinne, y ésta estaba embarazada. La elfa se había comportado como una advenediza, cuya sola ambición había sido ocupar el lugar de la dama del castillo.

Y si había sido capaz de todo eso, ¿qué le iba a impedir ser infiel mientras él estaba fuera? ¿Qué le iba a impedir seducir a algún poderoso caballero, entonces que Soth no era más que un fugitivo de la justicia? Y, finalmente, ¿qué mejor ocasión iba a tener para llevar a cabo sus infidelidades que esos días en los que él se hallaba de viaje, en una misión de la que no iba a regresar?

Cuantas más vueltas le daba, más se enfurecía.

Las elfas continuaron hablando, pero Soth ya no era capaz de distinguir sus

palabras; solamente oía un torrente de ruido que lo enloquecía por momentos.

—¡Silencio! ¡Callad! —gritó.

Pero las doncellas no lo obedecieron.

—Para ella, cada hombre es un amante...

—¡Basta!

—Y los desea a todos...

—¡Basta! ¡Basta! —gritó una vez más. Luego, cegado por la ira, desenfundó la espada, desmontó y arremetió contra ellas.

—Milord, ¡no! —gritó Farold.

Pero fue demasiado tarde.

Un odio sin límites, donde se mezclaban los celos, la ira y el resentimiento, se apoderó de sus actos y su voluntad. Las elfas no dejaron de hablar mientras Soth se lanzaba sobre ellas con la espada en alto.

—Su deseo es incontenible...

—El lecho donde yace arde de pasión...

Con un veloz movimiento del brazo, el caballero alcanzó a la primera elfa, y la hoja del arma la decapitó limpiamente. La cabeza rodó por el suelo y el cuerpo se desplomó, pero no por ello los labios dejaron de moverse: la cercenada testa seguía recitando su venenoso discurso.

—Con vos lejos...

Soth descargó otro tajo.

—Su deseo no conocerá barreras...

Y otro, y otro, hasta que logró silenciar el cuerpo mutilado.

Luego, se volvió y se abalanzó contra las demás. La segunda doncella cayó despedazada, pero tampoco enmudeció.

—Cuando haya acabado con los hombres del alcázar...

Levantó una vez más la espada y le atravesó el gáznate antes de que pudiera concluir la frase. La última de ellas pareció reírse del caballero cuando éste la abrió en canal con una fulminante estocada.

—¡Lord Loren Soth —cacareó—, el cornudo del alcázar de Dargaard!

El caballero le clavó otra vez la poderosa hoja y empezó a descuartizarla a golpe de mandoble, hasta que no quedó de ella más que una masa irreconocible y sanguinolenta esparcida por el rocoso suelo. Y no paró. Parecía un carnicero enloquecido, troceando y dando alaridos bestiales.

Finalmente, sus caballeros lo sujetaron por los brazos y le arrancaron el arma de la mano.

—Milord, ¡basta ya!

Soth miró, anonadado, a su alrededor y se estremeció de terror cuando contempló cómo los cuerpos salvajemente mutilados de las elfas parecían perder sustancia y se

disolvían en el frío aire de la mañana.

—¡Fantasmas! —jadeó Kern.

—Sí, fantasmas enviados por el Príncipe de los Sacerdotes para que nos impidieran llegar a Istar —añadió Farold.

Soth no dijo nada. Para él era lo mismo que hubieran sido fantasmas o seres de carne y hueso, lo importante había sido el mensaje, la verdad de aquellas palabras.

—Ahora ya podemos continuar nuestro camino —dijo Caradoc, mirando a su señor.

Pero éste no contestó. En vez de eso, montó en su caballo y salió a todo galope en la dirección por la que habían llegado.

Farold, Kern y Caradoc se quedaron mudos de asombro.

—Pero, en nombre de Paladine, ¿adónde cree que va? —exclamó Kern.

—Al alcázar de Dargaard, probablemente —anunció Caradoc con un gesto de impotencia.

—¿Y qué ocurre con nosotros? —preguntó Farold.

—¿Acaso crees que tenemos elección? —repuso.

—Sí. Podríamos continuar hasta Istar y enfrentarnos nosotros tres contra el Príncipe de los Sacerdotes.

—Así no conseguiríamos nada —contestó Caradoc—. El poder de resistir a los rayos y a los ataques del Príncipe de los Sacerdotes era sólo de Soth. Nosotros no tenemos la más mínima garantía de que podamos hacer lo mismo. Simplemente, moriríamos en el intento y el sumo dignatario saldría vencedor. —Miró a sus compañeros—. Yo, por mi parte, prefiero dar la vida por una causa mejor.

—Estoy de acuerdo —contestó Farold.

Kern hizo un gesto de asentimiento.

—Pero, si Soth regresa al castillo, ¿qué va a hacer allí? —preguntó.

Los tres caballeros contemplaron el paisaje que los rodeaba y el lugar donde los masacrados cuerpos de las elfas se habían desvanecido. Un destello de horrorizada comprensión apareció en los ojos de Farold, mientras intercambiaba una silenciosa pregunta con sus camaradas.

—Por el amor de Paladine, ¡no! —exclamó Kern.

Caradoc no perdió el tiempo intentando articular una respuesta. En cambio, dio media vuelta, montó a caballo y partió a toda velocidad por el camino de regreso que había tomado Soth.

«Maldita traidora, mujer infiel, perversa gata encelada, embustera y lasciva. Quiso deshacerse de mí enviándome a una muerte cierta», pensaba Soth mientras cabalgaba de vuelta hacia el castillo.

Su mente era un torbellino de odio en el que sólo había sitio para la venganza, y

en su cuerpo no cabía el agotamiento ante semejante galopada.

«Ahora ya no me dirijo hacia mi muerte, sino hacia la suya».

La montura de Caradoc tropezó y relinchó cuando uno de sus cascos dio contra una piedra. El animal intentó recobrar el ritmo del galope, pero al cabo de un rato comenzó a desfallecer.

Los jinetes llevaban cabalgando tanto tiempo que se les antojaba que habían pasado varios días. A pesar de sus denodados esfuerzos, no habían sido capaces de ganarle distancia a su señor. Soth y su caballo parecían seres sobrenaturales, dotados de una fuerza y una resistencia fuera de este mundo, que no parecía abandonarlos a medida que se acercaban a su destino.

De repente, el corcel de Caradoc se desplomó, exhausto, contra el suelo y lo arrastró consigo. El jinete se recobró como pudo del inesperado impacto y vio cómo Kern y Farold daban media vuelta a sus monturas y acudían en su ayuda.

—Sube a mi grupa —ofreció Farold, palmeando el empapado lomo del animal.

—No insistas —su voz se quebró, mientras intentaba recuperar el aliento—. Aunque dispusiera de un caballo fresco y descansado, no reanudaría esta persecución. Estamos siguiendo a un demonio al que nunca atraparemos. Soth está totalmente poseído. Aun suponiendo que lográramos darle alcance, dudo mucho que pudiéramos detenerlo, ni siquiera sumando nuestras fuerzas.

El caballo de Farold resopló, como si estuviera de acuerdo con aquel razonamiento.

—Sí. Creo que estás en lo cierto —contestó Farold con un gesto de derrota.

—Este asunto parece haber quedado fuera de nuestro alcance. Lo lamento —agregó Kern.

Los dos caballeros desmontaron y, junto con Caradoc, se sentaron a descansar antes de reemprender el camino, a pie.

La noche caía; pero, en la creciente oscuridad, Soth no aminoró la marcha. Mientras, Kern, Farold y Caradoc se esforzaban por dejar atrás el lúgubre paisaje de las montañas Khalkist. Desde la distancia que los separaba de su señor, creyeron ver, recortada contra la roja silueta de Lunitari, la figura de un veloz jinete.





Los temblores sacudieron el terreno durante horas.

Por toda la ciudad de Istar, se oían gritos de terror. Hombres mujeres y niños chillaban, presa del miedo, mientras a sus pies se abrían grietas descomunales que se los tragaban como a muñecos insignificantes.

Nadie estaba a salvo y no había un lugar seguro donde esconderse. Todo el suelo era una sucesión de fracturas y de fallas boqueantes que devoraban casas, familias, barrios enteros, como mandíbulas insaciables y aterradoras.

El cielo había adquirido un tono ceniciento y, en ese momento, se reflejaba en él el resplandor de los incendios que arrasaban la que había sido una de las más hermosas ciudades de Krynn.

En el templo, refugiado entre sus gruesos muros, el Príncipe de los Sacerdotes rehusaba reconocer sus errores y el hecho de que su desmedido orgullo era el único responsable de la furia de los dioses que se abatía entonces sobre ellos.

Como un demente, se aferraba a la loca esperanza de que los dioses se darían cuenta de su importancia y le pedirían que ascendiese a los cielos, para ocupar el justo lugar que le correspondía entre ellos.

—¿Es éste el signo? —preguntó, elevando la voz por encima del rugido del terremoto que lo asolaba todo alrededor de él.

Todavía no había acabado de pronunciar aquellas palabras, cuando una bola de fuego del tamaño de una montaña surcó el cielo y se abatió sobre Istar.



Los centinelas del alcázar se percataron de que Soth regresaba mucho antes de que éste llegara al castillo. Así pues, cuando el jinete y su montura cruzaron a toda velocidad el puente levadizo, la puerta de rastrillo se encontraba alzada, y una comitiva de caballeros se había reunido para recibirlo.

Soth miró en derredor y se sorprendió cuando vio la expresión que se reflejaba en los rostros que lo rodeaban: todos lo miraban como si acabaran de asistir al regreso de un fantasma.

Aquella era una reacción comprensible: nadie, tras haber asistido a su partida, esperaba verlo de nuevo con vida. Sin embargo, Soth lo entendió de otra manera. En su mente, la expresión de incredulidad que se había apoderado de los reunidos sólo se podía explicar porque, con su repentina aparición, los había sorprendido en pleno acto de infidelidad con Isolda. Aquella certeza lo enfureció todavía más.

Desmontó en medio de un silencio sepulcral y caminó entre los presentes. En el patio del castillo, sólo se oyeron los resoplidos de su caballo, el roce de los cascos en el suelo y el repiqueteo de las botas de Soth sobre la dura piedra.

—¿Dónde está mi esposa? —rugió.

—Está... Está en sus aposentos, milord —repuso Parry Roslin, el capitán de la guardia, con súbito temor.

—¿Con quién? —le preguntó Soth, enfurecido, al mismo tiempo que lo agarraba por el cuello y lo zarandeaba violentamente.

—Creo... Creo que está con vuestro hijo, señor —articuló entre jadeos el oficial.

Soth lo empujó a un lado, y Roslin cayó pesadamente al suelo. Sus camaradas acudieron a prestarle ayuda mientras miraban al Caballero de la Rosa con expresión de temor y preocupación.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! —dijo una voz femenina que surgía de algún lugar de lo alto de la torre.

Él la reconoció de inmediato, y la ira que lo dominaba se multiplicó por dos.

—Mi señor, ¿qué os trae de vuelta tan pronto? —preguntó Isolda, con tono de sorpresa, mientras aparecía por la puerta de acceso al torreón con su hijo en brazos.

—¡Veo que os alegráis de mi regreso! —replicó Soth, volcando en su voz todo el

sarcasmo del que era capaz.

—Naturalmente que me alegro de veros, mi señor —contestó, sorprendida por la pregunta—. Pero ¿qué ha ocurrido con la misión que teníais encomendada?

—¿Misión? ¿Qué misión? —Una torva sonrisa se le dibujó en la cara—. ¡Querréis decir con la muerte que habíais planeado para mí!

—No os entiendo, milord.

—No, claro que no. No entendéis cómo he conseguido, por fin, ver con claridad a través de vuestra perfidia. Pero, ahora, ya estoy al corriente de todo y sé que me habéis sido infiel desde el principio.

—Señor, ¿de qué estáis hablando? —La voz de Isolda estaba teñida por la confusión y el miedo, y las lágrimas le inundaban los ojos.

—¡Oh! ¡Qué bien fingís vuestra inocencia, incluso en este momento que os obligo a que os encaréis con las mentiras de vuestra infidelidad! —se burló Soth. El tono de su voz era gélido, como un susurro letal.

—¿Qué habéis dicho? —Su esposa parecía sinceramente sorprendida por aquellas palabras—. ¡Jamás os he sido infiel!

Soth no contestó. Su mente estaba totalmente dominada por las palabras de las tres doncellas elfas y por el demonio de los celos. Sus frases le resonaban en los oídos como un eco de muerte: «Cada hombre es un amante para ella y los desea a todos. Lord Loren Soth, Caballero de la Rosa, el cornudo del alcázar de Dargaard».

—¡Yo nunca os he engañado! —repitió Isolda en un intento de convencerlo.

Dio unos pasos hacia atrás, apartándose de Soth, y entró en una de las salas de la fortaleza.

—¡Embustera! —rugió él, mientras se abalanzaba sobre ella y la arrojaba de manera brutal al suelo.

Isolda cayó dolorosamente de espaldas, abrazando al niño con fuerza contra el pecho para protegerlo de la caída. Intentó incorporarse, pero estaba demasiado aterrorizada por la expresión que veía en el rostro de su marido y paralizada por su propia incredulidad.

Entonces, se oyó un tremendo rugido que provenía del exterior y que hizo que toda la estructura del castillo temblara. Al instante, se escuchó el tronido de una explosión, y el penetrante olor de los incendios que comenzaban a arrasarse Krynne llegó hasta ellos, mientras la luz del sol quedaba oscurecida por espesas nubes de negro humo. Sin embargo, ni Soth ni Isolda prestaron demasiada atención al fenómeno.

—¿Se puede saber qué os ocurre? —preguntó ella, tan aterrada como enfurecida por aquella injusta agresión—. Soy vuestra esposa y la madre de vuestro único hijo.

—¿Mi hijo, decís? ¡No es hijo mío, y dudo que vos sepáis quién es el verdadero padre! —bramó Soth, mientras se le acercaba y la obligaba a arrastrarse de espaldas

por el suelo para escapar de su amenazadora presencia.

Las palabras de él la hirieron en lo más profundo del corazón y no pudo contener el llanto por más tiempo.

—¿Cómo os atrevéis a acusarme de este modo? Yo siempre os he amado, desde el momento en que me salvasteis la vida. ¿Cómo podría yo hacer nada que os perjudicase?

—Vos yacisteis conmigo estando yo todavía casado con Korinne. Si no tuvisteis remordimientos entonces, si no os importó pasar por encima de un juramento de matrimonio, ¿cómo puedo estar seguro de que habéis cumplido el que me hicisteis a mí?

—Yo fui quien quiso marcharse del castillo cuando me enteré de que vuestra esposa estaba embarazada —replicó la elfa, haciendo acopio de todas sus fuerzas—. Pero fuisteis vos, y sólo vos, el que quiso que me quedara. ¡Vos me pedisteis que permaneciera en Dargaard para tener la ocasión de ser infiel a vuestra esposa!

Peradur, asustado por la violencia de la discusión, se había puesto a llorar, y sus gritos reverberaban en las paredes de la vacía y desierta estancia. Pero no había nadie en el castillo para oír lo que allí dentro sucedía, ya que todos habían abandonado el lugar cuando se dieron cuenta de las posibles consecuencias que la irreprimible furia de Soth podía tener.

—¿Y vos osáis acusarme a mí? —estalló el caballero—. Vos que os habéis burlado del matrimonio y os habéis acostado con todos los hombres que os han apetecido...

—¡Por la mano bendita de Mishakal! ¿Se puede saber qué demonio os ha poseído?

—¿Acaso sabéis quién es el padre del niño?

—¡Vos! ¡Vos lo sois! —exclamó entre violentos sollozos.

—¡Bruja traicionera y mentirosa!

Isolda fue incapaz de responder nada; se acurrucó en el suelo en un intento de proteger a su hijo y lloró desconsoladamente.

Soth se acercó, amenazador, y desenvainó la espada.

—¡Oh, no! —suplicó Isolda, cuando se dio cuenta—. ¡En nombre de Paladine, no! ¡No, por favor!

En ese instante el castillo fue alcanzado por la onda expansiva del impacto de la montaña de fuego que se había abatido sobre la desprevenida ciudad de Istar.

Toda Solamnia se quebró bajo los efectos de aquel desastre, y el orgulloso alcázar de Dargaard empezó a desmoronarse. Profundas grietas aparecieron en las paredes, entre los rojos bloques de sanguinaria, y los techos se tambalearon. Todo era un caos de objetos que se rompían al caer y gritos de los que huían despavoridos.

El suelo del gran salón se partió en dos, atravesado por una boqueante fisura, y la

sacudida hizo rodar a Isolda por el suelo, mientras que Soth se esforzaba por mantener el equilibrio.

—¡Ayudadme! —gritó, mientras aferraba a su hijo contra el pecho e intentaba incorporarse.

—¿Ayudaros a vos, que me habéis traicionado de manera tan vil? —repuso Soth, negando con la cabeza.

El suelo tembló nuevamente, y la fortaleza se estremeció hasta sus cimientos.

Isolda gritó, y Soth miró hacia arriba, justo a tiempo para ver cómo el gran candelabro que colgaba de lo alto se desplomaba. Él tuvo la impresión de que todo transcurría lentamente, como si el tiempo se hubiera detenido, y contempló el modo como la gran lámpara caía, despacio, muy despacio, directamente sobre la elfa y su hijo.

Instintivamente, Soth se abalanzó para ayudarla, pero no pudo hacerlo lo bastante deprisa. El pesado armatoste, decorado con coronas y espadas, alcanzó de lleno a Isolda y la empaló violentamente contra el suelo.

En ese momento, toda la rabia y la locura se desvanecieron de la mente del caballero. Contempló a su esposa, que todavía estaba con vida y cuyas heridas sangraban abundantemente mientras hacía un esfuerzo por respirar, y se percató de sus errores y de hasta qué punto le había fallado.

—¡Tomadlo! —llamó Isolda entre gorgoteos sanguinolentos.

Soth vio entonces que, a pesar de las terribles heridas, la elfa había conseguido proteger al niño del impacto y que se lo tendía.

—¡Tomadlo! —imploró.

Se adelantó para cogerlo. Sabía que era su obligación ocuparse de él y protegerlo de los desastres que ocasionaría el Cataclismo, acompañarlo a través de los avatares que el negro futuro, sin duda, les depararía.

Pero, cuando se lanzó hacia adelante, oyó una voz que le susurraba al oído. Era una voz clara y poderosa, diferente a todo lo que había oído antes sobre la faz de Krynn, y se dio cuenta de que sólo podía tratarse de la voz de un dios.

*Nuestros hijos sangrarán por nuestros pecados.*

Soth se detuvo en seco.

De repente, todo cobró sentido en su cerebro. Él había sufrido por los pecados de su progenitor, pero, en lugar de aceptar su destino y sobreponerse a él, lo único que había hecho era sumar los suyos propios, mucho más horribles y peores que los de su padre. Si salvaba en ese instante a Peradur de las llamas y la devastación, sólo serviría para que tuviera una vida llena de miseria y vergüenza, ya que estaría condenado a sufrir por los pecados de él, su padre, y los de su abuelo, y, entretanto, en medio de semejante sufrimiento no dejaría de cometer los suyos propios, quizás aún peores.

Sería un ciclo infernal que duraría eternamente... Salvo que él, Soth, lo interrumpiera.

Dio un paso atrás.

Las llamas de las velas que rodaban por el suelo comenzaban a prender en la ropa de Isolda.

—¡Salvadlo! —gritó Isolda, presa del pánico.

Soth no se movió, y se mantuvo impasible.

—¡Salvad a vuestro hijo! —aulló mientras las llamas le devoraban el mutilado cuerpo, pero aún con fuerzas para mantener al niño fuera de su alcance.

El caballero no hizo ni el gesto.

El fuego trepó por los brazos de Isolda y, con una súbita llamarada, envolvió el cuerpo de la criatura, que ardió como una tea entre horribles berridos.

Entonces, Soth oyó que, de entre la hoguera en que se había convertido la elfa, surgían las palabras de una eterna maldición.

—¡Morirás esta noche entre las llamas, al igual que tu hijo y yo. Pero no morirás del todo, pues tendrás que vivir por cada una de las vidas que has segado en tu sangrienta locura!

Si hubo algo más, Soth no lo escuchó. Lo único que consiguió percibir fueron los alaridos de dolor y pánico que parecían surgir de todos los rincones del castillo, que se venía abajo.

Intentó cerrar su mente ante tal horror, pero fue incapaz.

Echó a caminar por la pira en que se había convertido la estancia y se dirigió al salón del trono. A medida que avanzaba, como un hombre maldito que se dirigiera a su propia ejecución, un camino de cenizas se abrió a sus pies, aislándolo de las hogueras que lo rodeaban. Cuando llegó, la sala ardía como una antorcha, pero la silla real estaba intacta.

Soth fue hasta ella, entre el humo y el calor insoportable, tomó asiento y miró la indecible devastación que todo lo asolaba, la devastación que sólo él podría haber evitado.

Sentado, esperó a que le llegara la muerte. Entonces, el incendio lo rodeó y se abalanzó sobre él. El caballero ni siquiera gritó.

Farold, Kern y Caradoc notaron que el suelo se estremecía bajo sus pies.

A lo lejos, podían divisar el alcázar de Dargaard, y aquella visión de las imponentes torres fue un alivio tras la larga marcha que habían realizado en pos de su comandante.

Pero, en ese instante, mientras se deleitaban contemplando la majestuosa estructura, notaron que el terreno temblaba y rugía, al mismo tiempo que una vaharada de aire ardiente los golpeaba en la cara.

—¡Mirad, allí! —gritó Kern, a la vez que señalaba un punto en el cielo.

Todos lo vieron. Una formidable bola de fuego, más grande que una montaña, surcó el firmamento. Caía hacia tierra y dejaba tras de sí una terrible estela incandescente, roja y anaranjada, que ocluía los rayos del sol y oscurecía el paisaje con sombras amenazadoras.

—¿Será eso? —murmuró Farold, lleno de aprensión.

—Y eso, ¿qué se supone que es? —preguntó Kern.

—Eso es el Cataclismo, seguro —contestó Caradoc.

Realmente, lo parecía, ya que todo, las montañas, las llanuras y la vegetación se estremecieron a su paso.

—Sí, me temo que Caradoc tiene razón —dijo Farold—. Sólo los dioses tienen poder para hacer algo como eso. Un cielo ardiendo sólo puede ser obra de ellos y de su ira.

—¿Ira de los dioses contra lord Soth? —inquirió Kern, absolutamente atónito.

Farold asintió.

—En efecto, contra milord, contra el Príncipe de los Sacerdotes, contra las gentes de Krynn...

—¡Y pensar que lord Soth pudo haberlo evitado! —exclamó Caradoc presa del más absoluto asombro.

—Quizá. Pero el Príncipe demostró, al enviar a aquellas malditas elfas, que sus poderes de persuasión eran superiores a la fortaleza de milord —reconoció Farold.

Entonces, el castillo estalló en llamas.

—¡Por los dioses! ¡No! —gritaron todos.

Caradoc y Kern montaron apresuradamente, y el lugarteniente tuvo que ayudar a un aturrido Farold a subir a la grupa de su caballo. Los tres emprendieron con rapidez el camino hacia la ardiente fortaleza.

No tardaron en comprobar los daños que el incendio infligía al alcázar y vieron con estupor que, incluso allí donde los materiales no eran combustibles, también prendía el fuego. ¡Hasta las rojas piedras parecían arder!

Los caballeros intentaron aproximarse, pero el intenso e insoportable calor los detuvo y los obligó a retroceder. No tuvieron más remedio que sentarse y contemplar el devastador trabajo de las hogueras. Sin embargo, cuando el incendio parecía remitir, unas súbitas llamaradas surgieron del suelo, a sus espaldas, y los obligaron a moverse en dirección al castillo.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? —preguntó Kern, con preocupación evidente.

—Me parece que el alcázar nos reclama —dijo Caradoc con calma, tras contemplar la situación.

—¿Cómo?

—Está claro —prosiguió, convencido de que, aquella vez y para siempre, sus pecados les habían dado alcance—. Nosotros formamos parte de ese mundo, parte de

lord Soth. Los dioses no dejarán que escapemos. Nuestro destino está demasiado ligado al de nuestro señor. No podremos huir.

Un sendero humeante se abrió ante ellos y los condujo hasta el puente levadizo, mientras a sus espaldas aumentaba la violencia del calor. No había duda de cuál era la dirección que debían tomar.

Los tres caballeros cruzaron el foso y entraron en el patio, que era como un huracán de llamas en el que se derretían hasta los muros de granito. Entonces, la tormenta de fuego cayó sobre ellos, y se reunieron con lord Soth para toda la eternidad.



## Epílogo

El incendio duró cuatro días y, cuando se hubo apagado, todo lo que quedó del alcázar de Dargaard —la antigua joya de los Caballeros de la Rosa y el orgullo de Solamnia— no fue más que un montón de escombros retorcidos que apenas conservaba la forma originaria de una rosa.

Hubo quienes consiguieron escapar del fuego arrojándose al foso que rodeaba la fortaleza, pero los supervivientes fueron escasos. Casi todos los habitantes del castillo perecieron, entre terribles agonías, sólo para renacer posteriormente como fantasmas, espectros que rondaban las ruinas humeantes al servicio de lord Loren Soth, el Caballero de la Muerte.

La vida tardó semanas en reaparecer por los alrededores de la fortaleza; al final, unas tímidas briznas de hierba se atrevieron a brotar entre las cenizas que cubrían lo que antes había sido un terreno fértil y verdeante.

En el calcinado jardín surgió un extraño rosal que dio unas pocas flores, muy espinosas y de un rojo muy intenso y brillante. Fueron unos brotes hermosos, pero ningún viajero de los muchos que pasaron por allí se atrevió a llevarse ninguna consigo. Nadie quería perturbar ni llamar la atención de las almas torturadas de lord Soth, el Caballero de la Rosa Negra, y sus camaradas, que deambulaban por entre los escombros.

Y al anochecer, mientras la oscuridad se apoderaba de las devastadas llanuras de Solamnia, se podía escuchar el siniestro chirrido del mecanismo que hacía descender el puente levadizo. Entonces, Soth y sus trece fieles caballeros aparecían bajo el derruido arco de la entrada. No eran más que fantasmales esqueletos, leales a su señor más allá de la muerte. Luego, montaban sobre sus irreconocibles y deformados corceles y se lanzaban a todo galope a patrullar, como un enjambre de pesadilla, por las llanuras de Foscaterra.

Soth estaba sentado en su trono. Las paredes que lo rodeaban aparecían derruidas y ennegrecidas por el fuego, al igual que su armadura. Toda la carne del cuerpo le había ardido y se había carbonizado; no obstante, no había muerto. Luego, toda la piel, los músculos y los órganos se le habían ido desprendiendo en dolorosos y achicharrados fragmentos, hasta que finalmente sólo quedó un pelado esqueleto.

Nada había vivo bajo su existencia de no-muerto, nada salvo los ojos: dos brillantes ascuas del mismo color rojo anaranjado de las llamas que lo habían

devorado, dos brillantes ascuas que ardían de pena y remordimiento, de dolor ante el infinito tormento que sabían que tendrían que soportar durante toda la eternidad, ya que aquella terrible forma que había adoptado era el castigo que recibía por todos sus pecados.

Tanto sufrimiento le era, a veces, demasiado insoportable y, en esos momentos, rojas lágrimas brotaban de aquellas atormentadas cuencas y siseaban, como gotas de agua sobre ardiente metal, mientras caían al suelo.

Además, para empeorar su tormento, a su alrededor bailaban los espíritus de las tres elfas que había asesinado en su camino hacia Istar; danzaban y le repetían las mismas palabras que entonces, como una insoportable y lúgubre letanía que nunca le permitiría olvidar su fracaso como caballero y como esposo.

Así, mientras se sentaba en su horrible trono, lamentándose por todas las faltas de su vida anterior y maldiciendo su nueva existencia de espectro, los gritos de las elfas seguían desgarrándolo por dentro, y lo acosaban con sus fantasmales cánticos.

Intentó cerrar los ojos, pero sabía que al igual que la muerte no llegaría para rescatarlo de aquella realidad de pesadilla con el consuelo del olvido eterno, tampoco el sueño lo haría. Los volvió a abrir. Allí, en el brillo anaranjado que los animaba, ardía el dolor eterno por todos sus pecados.

## Cántico de las elfas espectrales

Y en el reino de los sueños,  
cuando la recuerdes, cuando se expanda ese universo onírico  
haciendo titilar la luz,  
cuando te acerques al confín del sol y la bienaventuranza...,  
nosotras avivaremos tu memoria,  
te haremos experimentar todo aquello de nuevo,  
a través de la eterna negación de tu cuerpo.

Porque al principio fuiste oscuro en el vacío de la luz  
y te extendiste como una mancha, como una úlcera.

Porque fuiste el tiburón que en el agua remansada  
comienza a moverse.

Porque fuiste la escamosa cabeza de una serpiente,  
eternamente ávida de calor y forma.

Porque fuiste la muerte inexplicable en la cuna,  
la traición hecha hombre.

Y aún más terrible que todo eso fuiste,  
pues atravesaste un callejón de visiones  
incólume, inmutable,

mientras las mujeres gritaban desgarrando el silencio  
y hendían la puerta del mundo  
dando paso franco a indecibles monstruos,

mientras las entrañas de un niño se abrían en parábolas de fuego,  
en las fronteras  
de dos universos en llamas,

mientras el mundo se dividía, deseoso de engullirte,  
deseoso de entregarlo todo  
para extraviarte en la noche.

Todo eso atravesaste incólume, inmutable,

pero ahora lo ves  
engarzado en nuestras palabras, en tu renacimiento  
al pasar de la noche a la consciencia de existencia en la noche,  
y sabes que el odio es la paz del filósofo,  
que su castigo es imperecedero,  
que te arrastra a través de meteoros,  
a través del invierno petrificado,  
a través de la Rosa pisoteada,  
a través de las aguas del tiburón,  
a través de la negra comprensión de los océanos,  
a través de rocas y de magma...  
hasta ti mismo, un absceso intangible  
que reconoces como la nada.  
La nada que volverá una y otra vez  
bajo las mismas reglas.